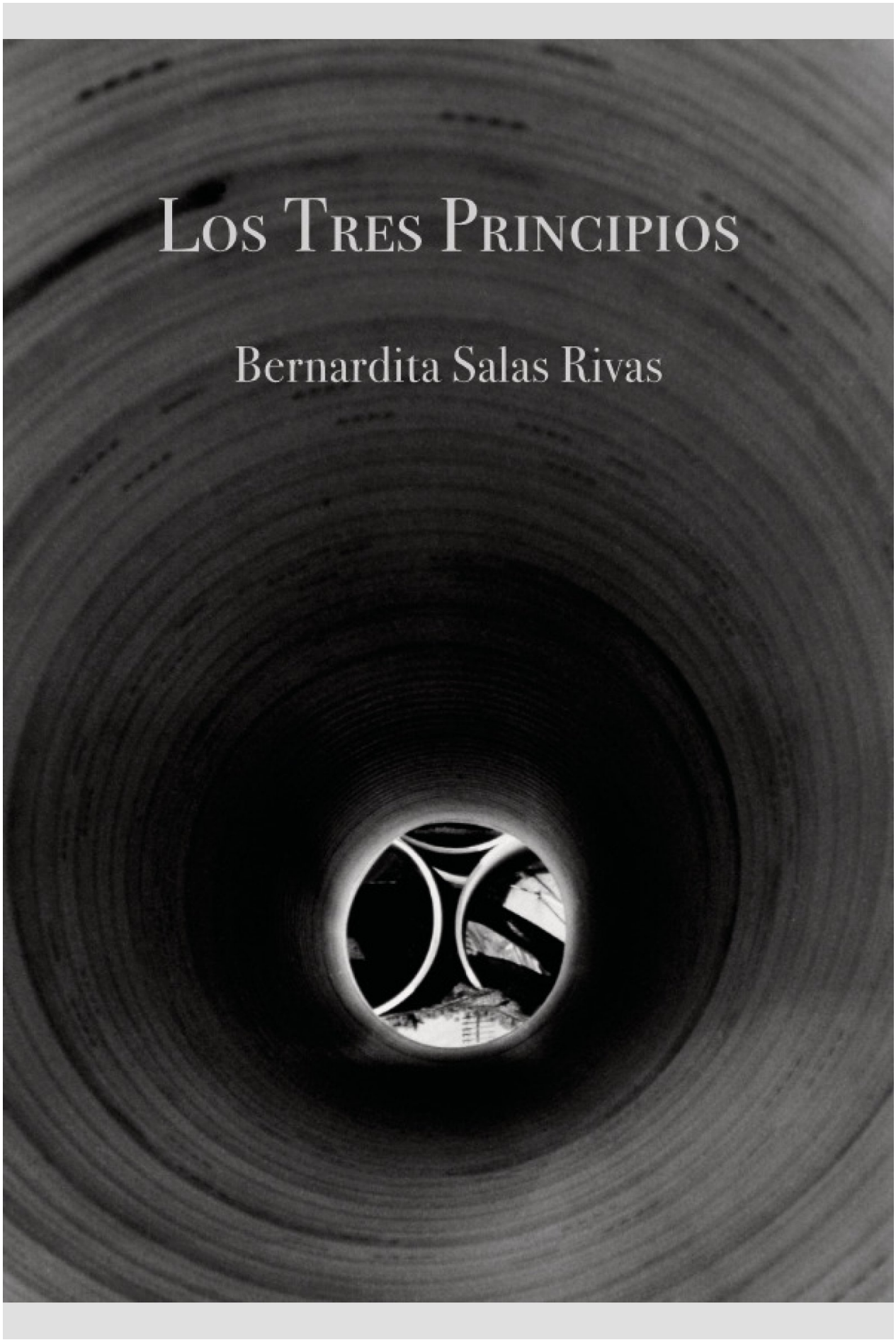
Los Tres Principios
Bernardita Salas Rivas

Los Tres Principios

Bernardita Salas Rivas

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 8713

Título: Los Tres Principios
Autor: Bernardita Salas Rivas
Etiquetas: Reflexión, Autobiografía, Fe

Editor: Fernando Guzmán
Fecha de creación: 18 de enero de 2026
Fecha de modificación: 26 de enero de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

La vida comenzó a escribir este libro un 28 de marzo del año 1931, cuando a Bernardita Salas Rivas se le ocurrió nacer en Santiago de Chile. Para las primeras páginas contó con la tradición, tantos años guardada en los tinteros de los Rivas, y con la sabiduría ancestral de su madre —doña Julia— en el manejo de la pluma familiar. Todo ello amasado con los colores de la naturaleza y los olores de la tierra que el trabajo de su padre —el patrón don Jorge Salas en el fundo — le regalaba durante las largas estancias en El Durazno y El Naranjo. Luego, desde el otro lado del mundo, la marea de la vida le trajo al doctor Emilio Valle Ramos para continuar escribiendo a cuatro manos. Y ahí estalló la primavera con avispas y mariposas: es Chile un país tan largo que de Santiago les llevó a Potrerillos, y de Potrerillos a Purranque, y de Purranque a Iquique, y de Iquique a Antofagasta... juntos, los dos fueron convirtiendo en laboratorios clínicos, en microscopios y tubos de ensayo, en placas y pipetas, en diagnósticos y curaciones los proyectos profesionales compartidos. Juntos pelearon por los sueños soñados, juntos más allá de la punta del mástil de la más alta bandera, de la nube que más rápido pasa y de la estrella que parecía más lejana. Y por el camino iba floreciendo el amor y, como suele decirse, el amor iba dando sus frutos: Luis Emilio, la Consuelito, los Tintines, el Kiko y de regalo, el Antonio. Una hija y seis hijos que doña Bernardita, convertida ya en bisabuela, dice ahora que la hicieron feliz y que la animaron a recoger en 234.154 palabras todos estos recuerdos que ahora tienen ustedes entre sus manos. La Historia, con mayúsculas, mientras tanto, hizo de las suyas y torció algunos renglones. Pero esa sería otra

historia. Bernardita Salas Rivas. La vida, puh.

Los tres principios © 2025 por Bernardita Salas Rivas. Este libro está publicado bajo licencia CreativeCommonsAttribution-NonCommercial4.0International. Para ver el detalle de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/
Editado en Junio de 2025

¿Porquéesperaraestarmoribundosparadecirnosquenosqueremos?”

Esta era la pregunta que Quico me hizo en mi cuerdo [illegible] cuando nos conocimos.

No esperemos estar moribundos para decirnos que nos queremos, expresemos y vivamos nuestro amor.

Quienes [illegible] nos apoyan incondicionalmente, [illegible] nos han animado a esta aventura.

Mis hijos, por [illegible] y finalmente todos los [illegible] de la familia,

Sin ellos no hubiera sido posible.

Los Tres Principios

¿Por qué esperar a estar moribundos para decirnos que nos queremos?”
Esta enseñanza la aprendí de Pablo, mi hermano. Quiero dedicar mis recuerdos, este libro, a mis hijos; es una forma más de decirles cuánto los quiero y también una manera de recordar cuánto me han querido ellos.
No esperemos a estar moribundos para decirnos que nos queremos; expresemos, vivamos y seamos amor.
Quiero hacer un agradecimiento especial a todas las personas que han ayudado a que este sueño se haga realidad: a Emilio, por su compañía y aportaciones cuando escribía la historia en cuadernos; a Dafnne, por su ayuda a convertir el manuscrito en un mecanoscrito; a Consuelo y Ramón, por la revisión y la santa paciencia; a Juan Agustín por sus ideas artísticas y buenos consejos, y a Antonio por la edición y producción final de esta obra.
A mis hijos, por su apoyo incondicional y, finalmente, a todos los que me han animado en cada etapa de esta aventura.
Sin ellos no hubiera sido posible.
--PRIMER PRINCIPIO--
RECUERDOS
Yo, según testigos presenciales, fui muy deseada; mis padres tenían muchos deseos de tener un hijo, pero... nada; no llegaba, no podía llegar, a mi mamá le habían dicho que no podría tener hijos. Así pasaron casi tres años hasta que el otro milagro se logró; y lo digo así, porque el año anterior a mi concepción, mi mamá, al comer unas conservas (las primeras que se hacían en Chile) tuvo una retinitis y quedó ciega; apenas distinguía la luz de la oscuridad, mi abuela (mi tatá), se la llevó a su casa y la cuidaba día y noche, el médico la visitaba con frecuencia y decía que no veía solución, que la lesión era muy grande; mis padres sufrieron mucho porque llevaban dos años de casados y se veían con este gran problema. Un tres de febrero, mi tatá le propuso a mi mamá que rezaran la novena de la Virgen de Lourdes, y así lo hicieron; el día 11 o sea, el día en que se conmemora la Virgen de Lourdes, mi mamá le dijo: “Que linda eres mamá”, y mi tatá le contestó: ¿Y cómo lo sabes? Ella le replicó: “porque te veo linda”; Las dos se abrazaron llorando de alegría y llamaron al médico, quien después de hacerle toda clase de pruebas le dijo: “Julita usted está

sana, no tiene ni siquiera una cicatriz en la retina ¿Qué ha hecho?”. Mi mamá le contestó: “La novena a la Virgen de Lourdes”, el médico, asombrado, le dijo: “Yo testifico que éste es un milagro y quiero presentarla en la Cátedra de Oftalmología para que la vea mi profesor”, ella dijo que sí y así se hizo; luego de varios días de estar adaptándose de a poco a la luz, la vio el profesor quien aseguró que no había nada y que si no fuera porque el médico tratante era de toda su confianza no creería en tal retinitis, y también dijo que era un milagro.

Así pasó un tiempo hasta que otro milagro se logró: todo era novedad, todo júbilo, nadie pensó que el momento no podía ser peor, en medio de una tremenda crisis económica, donde no había plata y los productos no se vendían, en medio de todo eso me anuncié; yo no sabía nada de eso y allí estaba feliz, nadando y sintiéndome lo mas importante del mundo.

De alguna manera se hizo mi ajuar, algo para cubrirme; si no me importa ahora ¡qué me iba a importar en ese momento!

Estábamos viviendo en la calle Seminario al llegar a Providencia; en esos tiempos allí se acababa Santiago y el Parque Japonés era una ruina.

Un día avisé que llegaba; era un 28 de Marzo de 1931, y ¡Sorpresa!: Era niña, lo más deseado por todos, nadie lo podía creer ¡niña! pero con una boca tremenda de estruendosa y unos pulmones potentes; lloraba y lloraba “¡dolor de estómago!” decía una, “agua de anís” contestaba otra y ¡venga agúita! Lo que yo quería eran los pechos de mi mamá, pechos tiernos a los que me aferraba a sacar lo que hubiera, leche o sangre era igual, parecía una ñigua. ¡Pobre madre, me tenía terror! Y la cuidadora le insistía en que me diera lo que fuera para que ella pudiera dormir un rato. A la semana se fue porque dijo que yo la estaba enloqueciendo (y fue la primera que lo dijo; muchas han dicho lo mismo a lo largo de los años).

En esos primeros días me llevaron al Seminario para que me bautizaran. Mi madrina, la tatá, mi padrino mi tío Fernando; buenos padrinos y muy queridos por mí. El problema empezó en la pila bautismal, el sacerdote preguntó mi nombre y la tatá le dijo “Bernardita de María Inmaculada”, el sacerdote, con el agua en la mano, empezó “Bernarda”. ¡No! Le dijo mi tatá “Bernardita”; otra vez empezó el ritual “Bernarda” y mi tatá se indignó y le dijo “O la bautiza como Bernardita o me la llevo y la dejo mora”, ante tal ofensiva el padre renunció y me bautizó como Bernardita y así es como he tenido toda mi vida que defender mi nombre y explicar que me llamo así en agradecimiento a la Virgen de Lourdes por el milagro que le hizo a mi mamá. Una vez amansado el padre, seguramente mi tatá achicaría los ojos azules y todo seguiría como es costumbre; en esos casos y como se decía entonces “Salió mora de casa y volvió cristiana”.

Llegando a casa, mi mamá se hizo cargo de una cosita que parecía

endeble y a la que no se atrevía a maniobrar; una cosita que lloraba, que lastimaba y eliminaba, a la que había que limpiar, alimentar y tratar de silenciar ¡Problema! Primer baño, siguiendo las instrucciones del manual de los corta-palos, preparó el susodicho baño y con terror me enjabonó y me metió al agua, ¡Claro está que enjabonadita y en agua tibia me resbalé y si no está cerca mi tatá, capaz que me hubiera ahogado! Y seguimos batallando, yo por sobrevivir y ella por aprender. ¡Qué humillación para mi vieja!, el llanto no cesaba hasta que se tomaron cartas sobre el tema y llamaron a un pediatra; me examinó todo lo visible y estaba bien, luego dijo:
—Sáquele los pañales. ¡Fuera los pañales!
—Señora ¿No sabe qué es esto? —preguntó
—No, doctor.
—+Es una cocedura enorme que duele como una quemadura ¿No sabía?
—No, doctor.
—¿Y qué creía que era? —ya mi mamá estaba al límite.
—Este, que yo pensé que era natural.
—¿Natural?
—Sí, como son los monitos.
Poco faltó para que el médico le pegara, pero le dio pena al verla tan incapaz y me recetó un ungiento de óxido de zinc con aceite (fórmula de pobre que también yo habría de usar en el futuro). Otra cosa que me recetó fue un alimento, fosfatina Falliere, que me la daban diluida, a ver si no me comía a mi mamá en un acto canibalesco. Todo resultó, yo satisfice mi hambre, mi potito sanó y se acabaron los llantos, todo el mundo descansó y durmió; así fui creciendo en medio del amor, todos me querían, mi papá chocho conmigo, a los seis meses me llevaba a trotar en sus brazos y subíamos el cerro San Cristóbal, era lo que más quería; una niña regalona.
A los pocos meses, la crisis nacional llegó a la familia, mi papá encontró un trabajo en Angol para exportar manzanas, debe haber sido mal pagado, porque sólo le alcanzaba para él y, por lo tanto, nosotros emigramos al fundo San José, en San Carlos, donde había unas grandes casas patronales; nosotros éramos mi mamá, sus hermanos casados con hijos, mi tía Luz y mi tatá, que comandaba el buque; poco había que comer porque era invierno, así es que la comida familiar eran porotos y una manada de pavos que poco a poco se fue acabando; la verdad es que no creo que fuera un menú muy exquisito. Afortunadamente, para los chicos, una pobre vaca despistada parió en Marzo y daba algo de leche para las guaguas que éramos el Nano y yo. También quedaba algo para que el ternero no se muriera de hambre; poco pasto, poca comida para todos.
La convivencia debe haber sido de espanto, menos mal que mi papá

estaba ausente.
Pasó el invierno y empezó a salir pasto verde por todas partes, la vaca se entusiasmó y comió hasta hartarse; el resultado fue terrible, los niños con diarrea verde y el ternero a las puertas de la muerte. La madre del Nano tenía unos ahorros así es que se llevó a su hijo a Santiago; yo fui al Hospital del pueblo, San Carlos, donde me trataron muy bien, me llenaron las tripas de agua a cucharaditas y boté toda la leche que me hizo mal; me recuperé antes que el Nano. Tuvieron mas cuidado con la vaca, por mucho que le gustara lo verde; hubo que buscar paja para equilibrar la alimentación de la única fuente de leche y con eso mantenernos vivos y sanos a nosotros.
Primavera, tiempo de sembrar, de hacer producir la tierra, porque la crisis no tenía ni para cuando terminar. No sé quién tomó la iniciativa de empezar una huerta surtida para la casa, pero lo hicieron, felices de olvidar los porotos con pavo.
No sé si estaríamos dos años en esas condiciones, pero a mi tatá le llegó una platita y compró una quinta en la calle Pedro de Valdivia, en la primera cuadra, eso eran las afueras de Santiago y es de allí de donde tengo mi primer recuerdo consciente; entré saltando y brincando hasta el fondo donde había colgado un columpio de un árbol, yo me subí y fui feliz, me adapté de inmediato; mi mamá trataba de educarme, de desalvajarme, pero le cundía poco porque el resto de la familia me consentía todo. Estábamos allí mi tatá con su segundo marido, un italiano de apellido Almanza, el Coco (hijo enfermo mental de mi tatá), el tío Fernando y familia y mi mamá conmigo, o sea que mi único rival era el Nano, a quién yo aporreaba todo el tiempo; era lento, flojo y malo para los puñetes y yo era todo lo contrario y, como si fuera poco, era cabezón. Pero un día tuvo su día de venganza: me mordió la nariz, tardó años en borrárseme la cicatriz ¡Qué virulento el niño!.
La casa era muy chilena, una gran galería donde se hacía de todo, los dormitorios y baño daban a la galería.
Un día, mi tatá y mi mamá cosían y en un rapto de locura les robé las tijeras y apreté a correr; como era atolondrada tropecé y me caí enterrándome las tijeras en el vientre. ¡Qué escándalo! Según mi mamá se me veía la tela del vientre, me curaron y me tendieron en un diván en la galería, allí me contaban cuentos y me consolaban con manjar blanco hecho por la Antuca ¡Maravilloso! Hasta las penas se pasaban así.
Almanza me quería porque él nunca tuvo un hijo, yo le hacía gracia. Conmigo fue cariñoso y cómplice: me convidaba a la despensa y mientras él se tomaba un vinito con aceitunas, yo me empachaba con manjar. También el fue el primero que me regaló una revista, El Billiken, que me

encantaba.
El jardín era grande y se podía jugar a mil cosas, con mi mamá pasábamos inventando juegos.
Antes de llegar a esta casa quinta, mi mamá me llevó a ver mi Trinidad (la abuela de mi mamá) y ella nos regaló unas monedas para que me compraran zapatos ¿Qué usaría yo? Seguramente ojotas de cuero, de las que se usan el campo y ahí empezó la tortura de mis pies que dura hasta hoy.
Un día me llevaron a pasear a la Plaza Pedro de Valdivia con el Nano, y las niñeras, que se odiaban, nos azuzaban a nosotros para que peleáramos ¡Qué crueldad, el pobre Nano pasaba lleno de moretones!
De esos tiempos tengo un recuerdo entrañable. Mi tatá organizó un viaje en tren a Los Andes, a ver a la Rebeca Fernández, (monjita carmelita descalza hermana de la hoy Santa Teresa de Los Andes). Tengo un recuerdo muy claro de la Rebeca y de la monjita que la cuidaba en el Locutorio. Ella se levantó el velo que la cubría para mirarme, no sé si los grandes se dieron cuenta porque estaban entretenidos con Rebeca. La monjita llevó el cuento a la comunidad que había una niña y pidieron que me pasaran por el torno y por allí pasé a visitar el convento (esto me lo contó mi mamá, yo no lo recuerdo). Lo que sí recuerdo es haber pasado mi brazo a través de dos rejas y haber tomado la mano de Rebeca.
Hermosa iglesia tienen las Carmelitas en Los Andes, muy iluminada y a un lado, haciendo martillo, la capilla de la comunidad. Muchos años más tarde pude comprobar mis recuerdos y los encontré, el convento está abierto al público y fui y busqué hasta que encontré el torno, el locutorio y la doble reja. La iglesia está igual y del interior del convento seguí sin recordar nada.
La Plaza Pedro de Valdivia era muy grande y bonita, tenía una gran pileta central y muchos árboles y
arbustos donde se podía jugar a la escondida, era un sitio encantador y muchas veces nos mandaban con las niñeras para dejar al mundo en paz... ¡Supongo!
Una vez, al volver me encontré con una novedad: un guagúito negrito con cara de santo y me dijeron que era mi hermano. Yo creí que, después de las explicaciones de mi mamá, mi hermano llegaría desde su guatita donde yo lo había sentido patalear, tendría una parte activa en ese asunto, pero no fue así, me lo dieron hecho. Éramos polos opuestos, yo era rubia, blanca, de ojos claros, revoltosa y maldadosa; y él, negrito con pelo y ojos negros, bueno buenísimo; sólo lloró cuando nació, no lastimó a mi mamá al mamar; era suave y tierno desde que nació.
Hubo un mal asunto allí, su cuidadora era celosa y me decía que Pablo me

iba a quitar el cariño de mis padres y yo le creí y una vez me pillaron haciéndole daño, lo estaba ahorcando; al saber este asunto la niñera salió de la casa y yo me gané una mala fama, pero mi mamá me defendía. A lo mejor comprendía lo que era sentirse destronada y nunca me lo hizo sentir; yo seguí siendo la reina de dos familias, la de mi tatá y la de mis padres.

Mi papá me gozaba cuando iba a Santiago, salía conmigo, me llevaba a las tiendas y me compraba ropa; también me llevaba a pasear al cerro San Cristóbal. El siempre quiso tener una niña, que fuera suya y siguiera sus consejos, todo fue bien de chica, pero después...

Después del nacimiento de Pablo era mi mamá la que nos llevaba a la plaza a “tomar aire”; parece ser que eso es muy saludable en mi familia, porque cada tanto había que “tomar aire”. Una vez yo le pedí con insistencia a mi mamá que me llevara a rezar al Sagrado Corazón, ella se asombró porque no se le ocurrió que hubiera tal estatua en la plaza. Ante mi cargoseo, fuimos y ella se moría de la risa: “Mi Sagrado Corazón” al que yo le rezaba (quién sabe qué) y al que le llevaba florcitas (robadas) era una gran estatua con pedestal de mármol de ¡¡Don Pedro de Valdivia!! Con coraza y armadura, con espada y espadín; mucho me costó entender la diferencia entre uno y otro personaje. Me encantaba ir de paseo con mi mamá porque me contaba historias que, ciertas o no tan ciertas, me fascinaban. Lo que ella no podía evitar era la rivalidad entre las empleadas y tanto, tanto le cascaba yo al Nano, que se convirtió en un peligro; el mordisco que me pegó en la nariz me frenó por un tiempo, pero se cambió la modalidad: ahora yo lo desafiaba a correr por la orilla de la pila, a subirse a un arbolito, a deslizarse por un declive que había en la plaza al lado de las escaleras, a comer ramitas, a buscar bichos (que él temía); con todas estas cosas yo siempre tenía la delantera y nadie me podía acusar de pegarle, pero él ¡Me odiaba!.

La convivencia era ¡Difícil!, las niñeras ¡Horribles!; no sé porqué no me podían ver; en cambio, al flojo del Nano lo querían.

HUELQUÉN

Más o menos cuando Pablo tenía un poco más de un año, un día llegó mi papá feliz ¡¡Tenía trabajo cerca de Santiago!! Administraría un fundo en Huelquén se lo dejaron los dueños con la casa puesta, plenos poderes en el campo y un buen sueldo, todo era fantástico y nos podíamos ir de inmediato, sólo con nuestras ropas (que no serían muchas).

Yo feliz, porque todos los cambios me gustaban; imaginaba un campo enorme, lleno de cosas para jugar, para hurgar y todo, todo a mi disposición; el asunto no fue tanto ni tan poco; disponíamos de una buena casa, piezas al sol rodeando un hall con estufa, un enorme comedor,

cocina, despensa, baño con un calentador de agua que se calentaba con corontas de choclo y un sitio prohibido desde el primer día: “El cuarto del carburo”, con el que se daba luz de toda la casa, el gas salía por unas lámparas con un silbido, con un olor especial e iluminaba bastante; si después se puso electricidad no me acuerdo. Ese cuarto vedado lo vi una vez de la mano de mi mamá y ella me explicó el veneno que se hacía allí y lo peligroso que era; el pozo del carburo sólo lo manejaba Don Pruda y aunque la puerta no tenía llave, nunca, nunca intenté entrar; fue mi primera limitación, mi primer NO y mi mamá creyó en mí.
Huelquén, tierra y tiempo maravillosos para crecer y vivir; aunque las casas estaban al lado de las bodegas, nos dijeron que no eran de nosotros; por lo tanto sólo íbamos con los papás. Nuestros campos de acción eran una huerta frutal donde había de todo, donde maduraban las frutas de un árbol tras otro casi todo el año, tenía un parrón al medio; también habían hortalizas y un gallinero que era, para nosotros, la atracción máxima; en cuanto se descuidaban partíamos Pablo y yo, despacito hasta los ponederos y las espantábamos hasta que se les caía el huevo ¡Qué diversión! Tomar el huevo “calientito” y blando y esperar que se pusiera duro en la mano; siempre nos preguntamos porqué eran así y no de otra forma, pero preguntar habría sido delatarnos.
Antes del huerto había una acequia y cerca de ella un sauce llorón. Debajo de él, mi mamá nos mandó a hacer un cajón de arena donde jugábamos Pablo y yo a las horas de más calor ¡Qué cosa más entretenida!. Mi mamá siempre tejía para nosotros, para el que iba a nacer (Jorge y luego Mariano) o simplemente por si alguien lo necesitaba; ella se convirtió en la madrecita de los inquilinos y como podía los ayudaba.
No es que fuéramos ricos, es que el fundo producía todo y muy pocas cosas se compraban, así es que vivíamos bien. Mi papá tenía un Ford (no sé de qué año) en el que nos llevaba al pueblo, al médico o de compras.
Yo ya tenía una idea fija: sería médico. Mi primer
paciente fue Pablo; él tenía una diarrea de verano terrible y mi mamá estaba muy preocupada. Le daban agua de arroz, pollito hervido y clara de huevo, y nada, la fiesta continuaba como si no le dieran una dieta especial. Un día al examinar la deposición encontró mi mamá unas pepas de tomate ¡Qué digestión más lenta! ¡15 días de régimen y todavía botando pepas! Se asustó y consultó al médico; él se rió y le dijo que a la que tenía que vigilar era a esta chiquilla (yo... pobrecita... aprendiz de médico) y así lo hizo. Al día siguiente, a la hora de la siesta, cuando todos estaban adormilados, nosotros nos íbamos a la huerta y allí yo le preparaba “El remedio”: un brebaje de tomates maduros exprimidos a mano en un tarro de sardinas, viejo y oxidado y, además, le picaba unos cebollines tiernos,

todo mezclado y ¡Venga, a tomar su remedio a sorbitos! Pablo, como siempre, mansamente se tomaba el remedio. En esa consulta nos pillaron y a mí me dieron una conferencia sobre cómo funciona el estómago e intestino; además, que si quería ser médico tenía que empezar a estudiar mucho. No hubo ni un reproche, ni un castigo ni un reto, sólo buenos consejos a nivel del niño; tanto así que nunca me sentí culpable de haber enfermado a mi hermano.
A pesar de todo, con Pablo nos queríamos mucho y jugábamos todo el tiempo, jamás dijo que no a ninguna de las barbaridades que se me ocurrían a mí, yo le quería y lo admiraba por lo bueno, lo dócil, lo amoroso que era y también admiraba que él pudiera hacer pipí de esa manera tan fácil, sin sacarse la ropa; en un rinconcito cualquiera hacía pipí sin problema. Un día, a la hora de la siesta —nuestra hora—, se me ocurrió que yo también podría hacer pipí parada, me puse de piernas abiertas en la acequia, a la orilla del sauce llorón, y solté el pipí. Fue un desastre, salió como una regadera empapándome la ropa y los zapatos, no sé como pude esconder la gracia, pero nadie lo supo y yo tuve un gran sentimiento de culpabilidad. A lo mejor fue la primera vez que supe que había hecho algo indebido, aunque en casa nunca se hablaba de ese tipo de prohibiciones, a lo mejor a mi mamá le habría dado risa de verme tan tonta.
Yo tenía una muñeca, que se llamaba Violeta, no tenía ninguna gracia y era eso, sólo una muñeca. Yo no le tenía mucho cariño, pero Pablo si; él me la pedía con todo amor que se la prestara, yo no podía entender ese amor por una “cosa” que para mí no significaba nada, nunca fui aficionada a las muñecas prefería jugar a cosas mas activas, de todas maneras, a veces estaba de malas y no se la prestaba. Mi papá encontraba espantoso el amor de Pablo por la Violeta y trataba que jugara por lo menos a la pelota, pero mi mamá lo comprendía y lo dejaba jugar; un día llegó con una muñeca negra... de raza negra y se la regaló a Pablo; al abrir el paquete la miró y la botó diciendo “Negla oliule” (era bien malo para hablar) y se acabó la negra, ni la tocó nunca, su amor era la Violeta.
Al poco tiempo de vivir en Huelquén hubo un cambio de párroco en la parroquia; se fue uno viejito
que no conocí y llegó don Carlos Valenzuela, un cura joven, lleno de vida y de entusiasmo, simpático y amistoso; muy pronto hizo amistad con las señoras de los fundos cercanos y les propuso que prepararan a los hijos de los inquilinos para que hicieran su Primera Comunión. Mi mamá organizó a los niños para hacerles clases de Catecismo y puso unos bancos debajo del parrón y a mí en un piso a su lado, supongo que con el objetivo de tenerme tranquila. Así me fui yo empapando del viejo y querido Catecismo y aprendiendo.

P: Decidme hijos ¿Hay Dios?
R: Sí, Padre Dios hay.
P: ¿Cuántos dioses hay?
R: Un solo Dios no más.
P: ¿Dónde está Dios?
R: En el cielo, en la tierra y en todo lugar.
Y seguían, seguían las preguntas y respuestas que abarcaban los temas fundamentales de la fe. También aprendí oraciones nuevas (porque mi mamá rezaba todas las noches con nosotros, pero eran oraciones infantiles). Ahora yo me sentía grande aprendiendo el Credo y cuando llegó su momento, la pregunta más importante de todas ¿Qué diferencia hay entre el pan y el vino consagrados y el no consagrado? Yo saltaba... la respuesta ya se me salía de la boca... ¡Qué ganas de ser grande para poder decir "En la hostia consagrada está Jesús entero con su carne, su sangre, su alma y su divinidad!" ¡Y los niños no entendían, y no aprendían!
Y yo con las puras ganas, porque si decía algo mi mamá me mandaba a la casa.
Se estaba bien debajo del parrón aprendiendo cosas de Dios ¡Qué sabia me parecía mi mamá! No era la misma que jugaba conmigo a las piedrecitas debajo del sauce o con la que salía a buscar flores al potrero, era otra persona y a mí me encantaba estar a su lado y oír, aunque no me dejara hablar; debe haber sido la única vez que la obediencia fue para mi algo dulce.
Y... llegó el día del examen con don Carlos y allá partió mi mamá con sus niños, y conmigo a la cola (no me dejaba sola nunca, no se fiaba de mí).
Al llegar a la Parroquia, don Carlos recibió a los niños uno por uno y en una distracción de mi mamá, me colé a dar el examen. No fallé, contesté todo bien y estaba feliz, pero, cuando salía, mi mamá le dijo a don Carlos: "Bernardita no estaba incluida en el curso, entró de puro intrusa, por favor perdónela" y don Carlos se rió y le dijo "¿Perdonarla, de qué Julita? Si es la que más sabe de su curso y si ella quiere hacer su Primera Comunión yo se la doy". ¡Qué felicidad más grande la mía! Volvió a la carga mi mamá "Pero don Carlos, si ella no tiene ropa ni zapatos blancos"; don Carlos le replicó, "Yo la veo con un delantal blanco, si está limpio basta, si no tiene zapatos blancos, que entre descalza y como es obligatorio cubrirle la cabeza, póngale un pedazo de tul blanco, eso no puede ser muy caro", y mi mamá se doblegó ante esas facilidades que le daba el cura párroco; y así fue como, después de mi primera Confesión —de la que no tengo recuerdo—, llegó el momento más feliz de mi vida. Hoy, 65 años más tarde, reitero mi felicidad en ese día y en los muchos que siguieron después.

Recibí el Cuerpo de Cristo con toda la seriedad que se tiene a esa edad 5 años y 9 meses, con la responsabilidad de la continuidad de Cristo en la Eucaristía y la alegría propia de un niño que se encuentra con otro niño, pero que es Dios.
De todo el grupo de Primera Comunión fui la única de delantal, la única descalza, me habría podido sentir mal, pero no me importó nada, fui feliz entre muchas niñas vestidas de largo y hasta una vestida de novia, el traje con cola y pajes. Después de la Misa nos fuimos a nuestra casa y nos habían preparado un chocolate con galletas; jugamos toda la tarde y mi papá nos sacó varias fotografías.
Don Carlos hizo mucho por esa Parroquia, la adecentó por dentro y por fuera, juntó a la gente que estaba dispersa e hizo gran amistad con mi mamá, quien tuvo el gusto de conocer a la Icha —hermana de don Carlos— y formar un grupo de mujeres colaboradoras de la Parroquia; a nosotros, los niños, nos encantaba ir a la casa Parroquial, siempre había algo rico especialmente cuando llegaba Panchito —hermano menor de don Carlos—, quien se sacaba la sotana de seminarista y jugaba con nosotros de igual a igual ¡Qué lindos esos tiempos en que estaba tan unida la familia, la parroquia y Dios siempre presente!.
Pasaron unos meses y llegó Semana Santa, gran momento de conversión, Don Carlos predicaba desde el púlpito unas homilías que hacían llorar a grandes y chicos —y también a él—. En esos tiempos niños y adultos íbamos a las celebraciones, especialmente al sermón de las siete palabras el Viernes Santo; hoy me parece increíble haber estado tanto tiempo atendiendo y viviendo lo que don Carlos decía, pero así fue y también desde esa época fue mi gran amistad con Panchito.
Cerca del sauce llorón hizo construir mi mamá una gruta de piedra y cemento, no muy grande, adecuada al tamaño de nosotros; en la hornacina puso una imagen de la Virgen de Lourdes, que con Pablo solíamos adornarla con flores y velas, pero en un determinado momento, Pablo se rebeló y quiso tener también su imagen; mi mamá le compró un Niño Jesús de Praga para que lo tuviera en su pieza, pero... Pablo, Pablito, tenía una idea fija: quería a su Niño Jesús en mi Gruta; por lo tanto, en cualquier descuido me sacaba mi Virgen y ponía su niño en mi Gruta, menos mal que Jorge todavía no estaba operante porque si no hubiera habido tres imágenes volando.
Carmen Lagos fue la única cuidadora que tuvo paciencia conmigo de guagua. Siempre nos visitaba, pero especialmente cuando maduraba el durazno de San José; éste tenia una gracia o desgracia: era chico e insípido para comerlo crudo, pero en almíbar era una maravilla de sabor y olor. Lo reconocería en cualquier parte; lo he buscado, pero no lo he

encontrado ni vuelto a oler.
Otras cosas curiosas recuerdo haber comido en Huelquén: las flores de las acacias dulces las pasaban por un batido y las freían; quedaban crujientes y con todo el aroma de la flor. También, en primavera salíamos a los potreros a buscar yuyos y la cocinera hacía una ensalada rica.
A Pablo le costaba hablar, pronunciar algunos sonidos no podía, pero era tan tranquilo que a nadie le preocupaba, salvo cuando decía alguna frase apocalíptica, como una vez que estaban las amigas de mi mamá reunidas en casa y Pablo trataba de hacerse notar —como todo niño— y en un momento saltó una grada chiquitita y con cara de pícaro miró a las mujeres y dijo: “Ay chi choy yaulo yo” (ay si soy diablo yo); las mujeres se morían de la risa y lo celebraban harto.
En otra oportunidad, en que en casa había visitas, nosotros estábamos jugando fuera hasta que oscureció, entonces entramos y Pablo se puso a pasear por el hall con las manos atrás y decía cantadito: “Ya chicho la noche ya. (Ya se hizo la noche ya) y seguía dando vueltas hasta que no pudo mas y les largó “ya chicho la noche ya ¿Cuándo che van las vichitas?” (Ya se hizo la noche ya ¿Cuándo se van las visitas?).
Otra vez, llegó un comprador de cebollas y mi papá estaba en el campo; mi mamá lo hizo pasar y le ofreció algo (como se estila en el campo). Al poco rato Pablo empezó a canturrear “Esto no le va a gustar a mi papá”, pero lo decía tan cantadito que nadie le entendía, salvo mi mamá que disimulaba.
Si bien la pareja que formábamos Pablo y yo era muy dispareja, no por eso dejábamos de ser amigos, y más que eso éramos cómplices y nos queríamos mucho. Nada de lo que hacíamos se contaba, todo era silencio, si nos lastimábamos también nos quedábamos callados; él me decía hermana y yo a él hermano hasta que mi mamá intervino diciendo que esta casa parecía un convento, así me quedó el nombre de hermana y a él siempre le dije Pablo.
Seguramente en ese tiempo mi mamá quedó esperando a Jorge, niño que esperamos todos con mucha ilusión; preparamos su cuna, sus pañales, su ropita, hasta que un día, mi mamá se fue a Santiago. Seguramente nos dejó con alguna abuela, no lo recuerdo, pero al cabo de una semana llegó con Jorge y con una gran adquisición: ¡Una vieja, la Tena, que había cuidado a mi papá y llegó para quedarse! ¡Qué lío! Para ella sólo existía Jorge y al resto que nos partiera un rayo.
Jorge nació feo, orejón y flojo. No quería mamar y mi mamá tenía leche para varios niños. De a poco se fue acostumbrando a comer a sus horas, pero un día ¡Día de capa! le llevaron a mi mamá una bandeja de cuncas —testículos de ternero— que a ella le encantaban y como no encontró

colaboración de nosotros se pegó una gran panzada, ¿El resultado? ¡Catastrófico! Se llenó de leche y Jorge no tenía ganas de bulla y menos a media noche, que era su hora de dormir con la Tena, quién montó en cólera cuando la mamá lo fue a sacar de su cuna para que la aliviara en algo siquiera. Supongo que era alza de leche y fue por pocas horas, pero fue angustiante ver a la mamá sacarse leche para botarla ¡Pobre madre!

Me parece que mi tatá se enfermó y mi mamá se llevó al Coco (su hermano enfermo mental) al fundo. Con él hacíamos buena amistad y jugábamos de igual a igual, el único problema que teníamos era que él no podía decir mi nombre y me decía “Canelita”; yo me enfurecía con él hasta que aprendió a decir algo como “Undandita” y yo me di por satisfecha.

Un día fueron unos amigos del papá a buscarnos para salir a alguna parte y en el comedor (no recuerdo si era casa o restaurante) empezamos a comer y a contar cosas. A medida que se tomaban sus traguitos, más cuentos se contaban (Pablo y yo no pintábamos nada ahí); de pronto oí a uno que empezó a explicar un postre al que le ponían “canela” (yo me puse al rojo vivo) y él seguía contando que le ponían más “Canela” (yo ya estaba morada); tanto fue que mi mamá me sacó de la mesa y me llevó al jardín hasta que se me pasara la rabia y volviera a la normalidad.

Parece mentira, pero a pesar de los años todavía respingo cuando oigo decir “Canela”.Era habitual que mi abuelo por parte de mi papá (El Viejo, le decíamos) pasara algunas temporadas con nosotros. Yo lo quería mucho y mi mamá también. Él no tenía muy buena acogida en su casa porque era un bohemio; además de no haber trabajado nunca (era abogado), se tomaba sus vinitos ¿Cuántos? no lo sé, pero en el fundo mi mamá le daba vino y él se lo tomaba y, que yo sepa, nunca pidió más, por lo que presumo que un alcohólico no era, solo se alegraba la vida, que la tenía muy triste, bastante marginado vivía él.

Mas o menos cuando nació Jorge me regalaron una cocina a leña, igual a las grandes, con su caldera para calentar agua, dos platos para hacer comida y un fogón para hacer el fuego. Venían también varias ollitas de aluminio y cucharas de palo para revolver. Me instalaron la cocina en el repostero sobre una lata y con un tubo que salía por el techo. Don Pruda me cortaba palitos del tamaño del fogón para que yo cocinara y dejara al mundo en paz.

El primer intento de cocinar fue arroz con leche; medio crudo me quedó, pero yo pensé que a Jorge le encantaría comer algo más sólido que leche; me pillaron justo cuando yo le estaba “cuchareando” mi guiso. Mi mamá con mucha paciencia me volvió a enseñar que a las guaguas sólo se les da leche de su mamá y nada más. No recuerdo ni un reto ni un reproche de ella.

Un día, mi mamá me arregló una pieza al lado de la de ella (hasta ese momento dormíamos todos juntos papá, mamá, Pablo y yo). A mí me pareció enorme para mí sola, pero mi mamá me dijo que era mía, para que pusiera todas mis cosas, todo lo que yo quisiera y que para dormir íbamos a tener las cabeceras de las camas, la de ella y la mía muy cerca y que podríamos dormir tomadas de las manos si dejábamos la puerta abierta, y así lo hicimos. A los pocos días ya estaba acostumbrada a dormir sola; desde ese momento yo empecé a soñar y a recordar mis sueños, mi mamá me preguntaba todos los días "¿Qué soñó?" y así me fui acostumbrando a recordar lo que soñaba. Mi primer sueño fue: "en un matorral grande de zarzamora iba pasando un zorro, a medida que él pasaba el matorral se abría y dejaba un hueco por donde pasaba el zorro y después de él, se cerraba". El sueño no era en colores sino todo en sepia, no había sonidos ni olores ni daba miedo, era nada más que eso.
Mi papá consideró que era tiempo que aprendiéramos a andar a caballo y le compró a Pablo una silla de huaso chica; a mí me ensillaron con la silla de mi mamá, que era inglesa ¡Qué grande me sentí! Justo hasta que me subieron a un caballo manso y yo vi al mundo desde arriba, ahí se me quitó lo grande y tuve que aprender a sujetar las riendas y a afirmar las rodillas en la silla para no caerme. Me costó bastante tomar el ritmo, menos mal que el papá siempre andaba al paso y nos enseñaba a "sacarle marcha al caballo", como si fuera cosa habitual. Así fue como salimos de nuestro recinto para conocer lo que realmente era el fundo; provistos de chupallas (la mía redonda, la de Pablo en punta) nos fuimos a lo que el papá llamaba "recorrer el campo". Vimos potreros plantados de cebollas, otros con vacas y terneros, pero lo más lindo de todo eran las plantaciones de cáñamo; seguramente sería el tiempo de la flor, porque estaban enormes, de más de tres metros y exhalaban un olor fuerte y pegajoso (en ese tiempo nadie hablaba de marihuana). Sólo se plantaba para hacer cordeles de distinto grosor; al final del fundo había un tranque donde se ponían las varas de cáñamos a pudrir; el cáñamo podrido y seco se vendía a las fábricas de cordel. (Hoy los potreros de cáñamo los tienen alambrados, con corriente y con vigilantes armados).
Cuando sembraban maíz, íbamos con la mamá en una carreta tirada por bueyes, sentados en la parte de atrás; eran paseos felices donde una piedra en el camino nos hacía saltar y caer en el fondo de la carreta y cuando llegábamos al potrero, sacábamos los mejores choclos para hacer humitas o pastel o hacerlos simplemente hervidos con mantequilla hecha en casa ¡Qué cosa más rica!
Una vez debo haber hecho alguna maldad mayor que de costumbre, porque mi mamá me castigó poniéndome en la pieza donde dormían ellos.

¡Qué indignación! Me pareció un atropello, y en vista de lo cual me senté al medio de la pieza y me hice caca; y eso no fue todo, porque con las dos manos tomé la caca y pinté la pieza a rayas hasta que se me acabó la “pintura”. La pieza apestaba y cuando mi mamá llegó, al verme tan enojada se rió de mí, llenó la tina de agua caliente y me bañó entera incluyéndome el pelo. Yo me avergoncé y ni pregunté quién se dio el trabajo de limpiar mi obra de arte. No era yo una niña fácil de tratar, pero mi mamá se las arreglaba para ir educándome, a pesar de mí misma.
Yo tenía el pelo muy liso, resbaloso y rubio desteñido; me lo mantenían corto, a la altura del lóbulo de la oreja y con chasquilla, la cual era un problema cortar porque siempre, siempre me quedaba dispareja; una vez estábamos en la operación de enderezarla, mi mamá me sentó en la cómoda que había en el baño y empezó a tratar de dejarla pareja, yo movía la cabeza y aparecían mechones más largos, ella decía “que difícil es arreglar esto” y en un momento que se dio vuelta yo tomé las tijeras y me di un tremendo tijeretazo y le dije “es muy fácil, mamá”; mi vieja se llevó un disgusto y yo quedé por meses con un mordisco en la chasquilla.
Y hablando de pelos, había una niña en el fundo que tenía un pelo negro, pesado y unas trenzas maravillosas ¡Mi envidia! Y le pedía a mi mamá que me hiciera también trenzas; en mi imaginación me veía con un par de trenzas rubias y pesadas. Tanto pedí que me dejó crecer el pelo, hasta que llegó el momento de la maravilla final: mi mamá, con gran paciencia me trenzó el pelo y cuando me miré al espejo ¡Hubiera llorado si no hubiera insistido tanto en tenerlas! Eran dos rabitos de ratón y ¡Vueltas para arriba! ¿Dónde estaban mis soñadas gruesas trenzas? Sólo donde están la mayoría de mis ilusiones, en mi imaginación.
Más o menos en este tiempo, en que yo luchaba por esas trenzas pesadas y gruesas, mi mamá esperaba a Mariano. Todos estábamos muy contentos con la nueva “hermanita”; yo estaba feliz de tener una hermana y mi papá “loco” por una niña; no sé de dónde pudo salir esta idea, pero todos lo dimos por cierto. Con esa ilusión nos fuimos mi mamá y yo a casa de la tatá, — que en ese tiempo vivía en un departamento en Plaza Italia—. Lo recuerdo bastante oscuro y muy alto (yo, que venía del sol y del campo... todo me parecía oscuro). Allí esperamos la llegada de “María”. Una noche, bien aburrida de esperar, mi mamá me dejó dormida y se fue con la tatá al cine que había en los bajos del edificio y estando allí... “rompió aguas” y empezó a tener contracciones, pero la película era tan entretenida que se aguantó hasta el final. Cuando llegó a casa llamaron a la matrona (en ese tiempo las criaturas nacían en casa), y cuando ésta llegó estaba a punto de dar a luz. Al día siguiente yo desperté con el llanto de la guagua ¡Otra vez me perdía yo un acontecimiento tan importante

para mi vida de doctora! A pesar de todo fue una alegría muy grande verlo tan robusto. La sorpresa fue que de María ¡Nada!: Era un Mariano fuerte, espabilado que miraba con enormes ojos al mundo, (del que no ve nada). No me importó que fuera hombre, yo ya me llevaba bien con los otros así es que me encantó. Después de unos días vino mi papá a buscarnos y a conocerlo. Cuando mi papá lo vio, se le cayeron las lágrimas ¡Él quería una María! Así es que tuvo que contentarse conmigo que ya tenía bastante adelantado el camino de la regalía.

A mí me gustaba tener a Mariano en brazos, yo ya había crecido lo suficiente como para no lastimarlo ni darle comidas exóticas.

Los hermanos éramos muy distintos unos de otros: Pablo, bueno y morenito; Jorge, caprichoso, llorón y gordito; Mariano, una guagua amorosa y buena, y yo, una sabandija que todo lo sabía, y lo que no sabía, lo inventaba; blanca y rubia parecía alemana. Siempre jugábamos juntos y no peleábamos (porque era imposible), la regla era y fue siempre: “Yo mando y ustedes obedecen”.

Mi papá tenía un criadero de perros galgos finos, de carrera. Los perritos al nacer eran muy frágiles y enfermizos, con cualquier cosa se ponían al borde de la muerte, por eso mi papá en cuanto nacían los llevaba, con mamá perra incluida, al hall de la casa y cerca de la estufa. En los días soleados los sacaba al corredor de la entrada donde había una vieja enredadera flor de la pluma —glicinia— la que, al llegar la primavera florecía y perfumaba todo el corredor. Tan fuerte es el recuerdo de ese olor que hasta hoy, cuando florecen las elicinias, vuelvo a esos días en que jugábamos con los perritos, no recién nacidos sino cachorritos; de chicos muy lindos, de grandes, no; se ven desproporcionados, patas largas y hocico largo. La utilidad que tenía era que corrían muy ligero y en Santiago había un canódromo donde hacían carreras de galgos con apuestas. También los llevaban a los campos a correr detrás de las liebres. Era raro que cazaran alguna porque las liebres son artistas y corren en zigzag haciéndoles el quite a los árboles, generalmente los perros quedaban incrustados en los troncos, ¡Rápidos, pero tontos!

Poco tiempo tenía mi mamá para dedicarse a mí sola. Yo gozaba escuchándola cuando me leía cuentos, pero a veces, ella tenía que hacer otras cosas y rápidamente empezaba a leer palabra por medio y yo me perdía y me daba rabia de no entender. Jamás imaginé que era un truco de ella y hasta grande pensé que era yo la que no entendía, así empecé a necesitar liberarme de que otra persona me leyera y fui preguntando a uno y a otro hasta que ¡Por fin! empecé a entender. Cuando pusieron un paradero de micro casi frente al portón de entrada, todos los días una profesora de la escuela esperaba su micro. Un día la mamá tuvo la

brillante idea de invitarla a tomar té, ahí la aproveché y entre trago y trago la bombardeaba a preguntas hasta que me llevó un silabario, el que usaba en su escuela, la última palabra en didáctica; tengo la primera página ante mis ojos:
0-j- 0j j-o- joo-j-0 ojo
Y así seguían páginas y páginas donde se suponía que los niños aprendían a leer; eso fue hasta que ¡Al fin algo con sentido!: Un pequeño cuento, la alegría mía fue enorme ¡Entender! ¡Por fin saber lo que decían las letras! Y así, de un viaje me leí todos los cuentos del silabario y de paso los Billikens y los Penecas. Y todo cuanto hubiera escrito en la casa yo me lo leí. Yo feliz de saber leer y mi mamá feliz también de tenerme tranquila un rato.
Al llegar la primavera empezábamos a trabajar en el jardín. Un año nos compraron unas herramientas chicas para cavar la tierra y sacar las malezas. Era muy entretenido, por un lado iba Pablo sacando maleza y por el otro yo haciendo competencia. Jorge apenas andaba y seguía a la mamá que, supongo haría el trabajo más importante. Un día de esos, Jorge tomó la horqueta chica y con todas sus fuerzas me la clavó en el cráneo. Vi estrellitas de colores, me dejó cuatro heridas que no paraban de sangrar, todos asustados porque la sangre es tan escandalosa que parecía que nunca iba a secarse. Pero todo pasó, el susto, el dolor y la tremenda sorpresa que un niño tan chico tuviera tanta fuerza como para lastimarme ¡A mí, la capitana de bandidos! como me decía mi mamá.
Don Pruda era el viejo hortelano que cuidaba tanto la huerta como el jardín y era el encargado del pozo del carburo, hombre importante... pero flojo tremendo. La mamá andaba todo el día diciéndole: “Don Pruda ¿Quiere ver cómo van las arvejas? o ¿Y los porotos? o lo que fuera y él contestaba con ese tono cansino de los flojos “ya iré, Misia Julia”; si iba o no eso no lo supe yo, pero un día mi mamá se aburrió y le dijo al papá que lo cambiara por otro inquilino porque “este Pruda es un flojo”. Mi papá estuvo de acuerdo, pero don Pruda les dijo: “Si, si, me voy, pero Pablito se va a “apensionar”, ya lo verán” y se fue. Ese día Pablo preguntó, “¿Y Prua?” “No está, se fue a su casa” le dijo la mamá y desde ese momento Pablo no quiso comer, nada le apetecía, le ofrecían una cosa y otra y NADA el niño no quería comer. La niñera dijo moviendo la cabeza y con voz de tragedia: “Pensión” y la cocinera lo confirmó: “Pablito tiene pensión y capaz que se malogre”, y Pablo sin comer. Pasaron los días y empezó a enflaquecer, mi mamá se preocupó y lo llevó al médico quien lo encontró sano, le preguntó “¿Qué quieres?” y él le dijo “a Prua” y mi mamá tuvo que claudicar y volver a llamar a Don Pruda. Menos mal que todo fue bien, el encuentro de Pablo y Don Pruda fue de cuentos de hadas, todos lloraban y Don Pruda le dio

de comer al pobre Pablo que perecía de amor por su “Prua”.
Jorge era el gran regalón de don Carlos el párroco y de la Icha, su hermana. Muchas veces lo invitaban a almorzar y luego se dormía su siesta en la cama de Don Carlos, después contaba lo grande y blandita que era la cama de su amigo. Cuando llegaba Panchito del seminario jugaba a la pelota con Jorge y se lo lanzaban uno al otro y el chiquillo se moría de la risa. La única que reclamaba era mi mamá que decía que se lo devolvían sin botones en la ropa.
Una vez Don Carlos llevó a Jorge a Paine. Iban de compras para la casa, él se bajó y dejó a Jorge en el auto mientras iba a la tienda. En la espera, pasó un heladero ofreciendo helados a 5 (centavos, claro está). Jorge le pidió uno y el heladero le preguntó: “¿Quién paga?” “Mi papá” contestó el chiquillo y “¿Quién es tu papá?” quiso saber el heladero, “ese que viene allí” le dijo Jorge al ver que Don Carlos venía a tranco largo, con la sotana al viento. Claro está que pagó el helado y quedó el cuento “del hijo del cura”. Después don Carlos le contaba a mi mamá ¡"Chiquillo de miéchica, mire que decir que soy su papá"! Y se reían.
Muy poco nos sacaban a pasear fuera del recinto de la casa, pero hubo un día en que mandaron a las nanas a buscar algo por allí cerca, y nos llevaron a Pablo, Jorge y a mí. Íbamos por el camino saltando y jugando. Al entrar a la casa donde íbamos, se me hundió el puente del canal, del canal más peligroso y más profundo. No alcancé a tener miedo porque la Otilia, de un manotón me tomó del pelo y me levantó, creí que me arrancaría la piel con el pelo ¡Qué dolor! Pero no hubo ni una palabra de consuelo, todo lo contrario ¡Me retó! Y yo me preguntaba ¿De qué me puede retar? Si fue el puente el que se hundió. Cuando llegamos a la casa me acusaron, como si fuera culpable de algo terrible, pero mi mamá vio mi cara de dolor y de susto, me llevó a su pieza, a su cama y me consoló, me pasó sus manos suavecitas por la cabeza y me decía “Ya, ya pasó, no se va a volver a caer al canal ni va a volver a salir con la Otilia sino conmigo”, así hasta que me dormí y se me pasó el susto y el dolor.
¡Qué maravilla! Un día llegó el papá de Santiago con una bicicleta ¡Para mí! Me la mandó la tía Luz porque a Oliverio le quedaba chica, ¡Si a él le quedaba chica, a mí me quedó enorme! Pero de todas maneras mi papá me subió y me fue equilibrando hasta que pude pedalear, siempre con mi papá corriendo a mi lado por si me caía. Muy pronto pude andar sola, le perdí el miedo hasta que un día... a la hora de la siesta —hora en que bullen las malas ideas— me subí a la bicicleta y ““pedalié” a toda velocidad por la entrada y... seguramente sería una piedra que me hizo perder el equilibrio: me caí a horcajadas sobre el fierro que va delante del asiento de la bicicleta de hombre. ¡Qué dolor más grande! Creí que me había

quebrado un hueso y me quedé botada entre las plantas, esperando que se me pasara. Estuve largo rato así hasta que me hice la valiente y me levanté. Quedé adolorida por varios días, pero aprendí que para correr había que ser más grande o, por lo menos, tener las piernas más largas.
Estando Mariano recién nacido, Jorge fue con el cuento a casa de don Carlos y con cara de asombro les contaba que la guagua que trajo la mamá de Santiago está muy grande y "habla". A la Icha le hizo mucha gracia esta expresión porque sabía que no tenía ni quince días, así es que con picardía le preguntó: "¿Y qué dice?" Jorge muy serio le contestó: "Dice Jueves", risas y más risas en la casa parroquial. "¡Miren el enterado que dice Jueves a los quince días de nacido!"; Jorge se molestaba porque se reían de su cuento, lo mejor era que en realidad se oían como Jueves los sonidos del llanto de Mariano.
En el Ford de mi papá, mi mamá sacó carné y lo manejaba bastante bien, ella lo aprovechaba para ir a Paine y a Buin o a ver a sus amigas de los fundos cercanos. Esa zona agrícola es de fundos pequeños que producen verduras y frutas de gran calidad.
En el camino había una curva cerrada y en la curva un hoyo, cada vez que pasábamos por allí, la mamá nos decía que había que tomar la curva más abierta para no caer en el hoyo y tener cuidado con lo que podía venir por el otro lado. Ella se preocupaba de manejar bien y respetar las leyes del tránsito. Mi papá, tenía muchos años de conductor —incluso fue corredor de carreras— se despreocupaba un poco, a lo mejor pensaba en otra cosa o nosotros lo distraíamos con nuestros cuentos o juegos, el caso es que siempre, siempre caía en el hoyo y nos hacía saltar, tanto fue que le pusimos: "el hoyo del papá" y cuando nos acercábamos nos empezábamos a preparar para el acontecimiento. Nos daba risa que tratábamos de silenciar y murmurábamos "que viene el hoyo, que viene el hoyo" hasta que ¡Zas! caíamos, saltábamos y nos reíamos. Hasta mi mamá se reía y el papá muy serio decía: "Yo no sé de que se ríen".
Paquito, hijo de mi tío Paco y el mayor de los primos, era muy simpático y amigable. Como fue el primer sobrino de mi mamá, ella lo quería mucho y lo invitaba a Santa Teresa. Era una fiesta estar con él porque hilaba una historia con otra y un chiste detrás de otro.
En una oportunidad, debe haber sido en Semana Santa, en las vacaciones, mi mamá le preguntó, prudentemente, si él se confesaría —un poco pisando huevos porque no sabía de sus costumbres religiosas—, él muy desenvuelto le dijo: "Si tía Julia, no tengo ningún problema porque tengo un sistema que desorienta a los curas". Mi mamá se quedó de una pieza y le preguntó: "¿Qué sistema es ese?" A lo que él contestó: "yo me confieso así: tres contra el cuarto, cinco contra el sexto, dos contra el

séptimo, dos contra el octavo, diez contra el noveno, y se los digo bien rápido; así me dan la absolución sin alcanzar a calcular los pecados de los que me he confesado” “¡Plop!”.
Tendría Mariano un año y medio, más o menos, cuando un día se organizó un paseo muy especial, nosotros estábamos contentos y ayudábamos como podíamos a la organización, nos subíamos al auto, nos bajábamos, íbamos a la casa, pedíamos naranjas, en fin estábamos nerviosos. Mi papá revisaba el agua, la bencina, el aire de los neumáticos o limpiaba el parabrisas. Mi mamá se preocupaba en la cocina de los últimos detalles del picnic. En un momento en que todos estábamos en actividad, mi papá dio la orden: “Subirse al auto”; rapidísima, me subí al lado de la ventana, oí un portazo y un grito tremendo, llegaron mis padres a saber qué pasaba y resultó ser que Pablo cerró la puerta del Ford, le pescó el dedo medio a Mariano y se lo descabezó en la última falange. ¡Pobre Mariano! Le debe haber dolido mucho. Afortunadamente mi mamá no perdió la calma, tomó el trozo de dedo que estaba colgando de la piel, se lo ajustó al dedo, se lo envolvió en un pañuelo y le dijo a mi papá: “Jorge, urgente, vamos al hospital de niños”. Esto era en Santiago a una hora en auto. Nosotros nos quedamos con las puras ganas de salir al paseo o de ver lo que le iban a hacer a Mariano. Esta vez no sentí que me dejaran de lado, estaba muy preocupada por el accidente y que dejara a Mariano para siempre con un “dedo mocho” .También, parece que la cirugía no era lo mío.
Luego mi mamá nos contó que al llegar al hospital, le limpiaron el muñón y la falange, se la acomodaron bien y le dieron unos puntos por debajo del dedo y todo se lo vendaron sobre una tablilla que tuvo que mantener por un par de semanas.
Nadie dijo nada.
Nadie pudo culpar a nadie.
Nadie dijo nunca que Pablo había cerrado la puerta.
Todo quedó en el silencio y cada uno guardó para sí el secreto.
Pablo había hecho su primera y única maldad de su vida.
¿Maldad? ¿Pablo? ¡Imposible!
Distracción, tal vez.
No creo que Pablo lo haya hecho de adrede, eso imposible.
Feliz fui en Santa Teresa, pero nada es eterno en este mundo y menos en el pequeño vivir de los niños, dependientes de sus padres y así llegó el momento de decir ¡Adiós! A mi mamá le entregaron su parte del fundo que heredó de su abuelo y mi papá lo tenía que trabajar. No creo que para él haya sido fácil decidir, porque estaba lejos, en la cordillera de San Carlos, en cambio, Santa Teresa estaba a una hora de Santiago y era un fundo chico en plena producción. Por otro lado la tentación de pasar de

empleado a dueño, era lo bastante grande como para dejar todo y partir de pionero a unas tierras muy poco trabajadas, era un desafío, y a él le gustaban los desafíos y los riesgos.
Para mi mamá debe haber sido un gusto muy grande el volver a las tierras donde pasó su juventud y nos supo contagiar su optimismo y su felicidad; no obstante, ella entendía nuestra turbación por el cambio.
Nos instó a despedirnos de todo aquello que nosotros queríamos. Así empezamos con Pablo la larga despedida de los árboles: los naranjos, el bosque de eucaliptos, los frutales... uno por uno les decíamos adiós. Hubo algunos que nunca volvimos a probar y que mi mente y mi corazón los guarda como un tesoro. Así fue pasando hasta que llegó Marzo y nos tuvimos que ir. ¡Qué pena dejar ese fundo, esa casa, esos amigos! Los niños no piensan en que pueden volver por lo que su pena es mayor.
SANTIAGO
Llegamos a Santiago a una casa espantosa, lúgubre, húmeda, fría, fea y llena de ruidos. Quedaba al frente de una estación de ferrocarril desde donde partían los trenes al Volcán. Al centro, la plaza Italia, al otro lado, lo que sería, —andando el tiempo— el parque Providencia. En ese tiempo había una pileta grande y un pedazo de parque al que llamaban “Japonés”.
La casa tenía un hall con una ventana a la calle y una fila de dormitorios oscuros y fríos, a lo mejor era menos terrible, pero nosotros veníamos del campo, del sol y del silencio. A la casa entrábamos a comer y dormir, también cuando llovía. El contraste fue brutal, y no debe ser imaginación mía porque nos enfermamos todos: uno se mejoraba y otro caía enfermo, hasta que el médico le dijo a mi mamá que si quería que sanáramos, que se cambiara de casa. Mi mamá debió pasarlo verdaderamente mal, sola y sin plata con cuatro niños enfermándose y teniendo que buscar otra casa.
Un día la abuelita Rosa, la mamá de mi papá, le avisó que se desocupaba la casa del lado de ella y que era buena. Todos la fuimos a ver y nos gustó ¡Tenía un patio con dos árboles, un pino y un caqui! Rápidamente, mi mamá, hizo contrato y nos mudamos. En la casa nueva teníamos sol y amplitud y vivimos varios años allí.
Junto con cambiarnos de casa, se puso mi mamá a buscar colegio para Pablo y para mí. Las hermanas de mi papá le aconsejaron que me pusieran en las monjas alemanas. ¡Inocencia de mi mamá! Me matriculó y me fue a dejar, iría yo a primera preparatoria A, o sea un Kinder. No quisiera dejarme ir por sentimientos, pero... ¡Qué mal lo pasé en ese colegio!, yo veía unos corredores largos, largos con patios embaldosados, llenos de niñas —la gran mayoría alemanas— que sólo hablaban alemán y las monjas, sólo alemanas y a nosotros, las menores del colegio divididas en: “habla alemán” y “no habla alemán”. No recuerdo haber aprendido

nada, pero yo ya sabía leer y escribir y con los números me entendía bastante bien. Mi recuerdo, el que persiste: ¡Horror a las papas fritas! Nos daban muy seguido, unas papas fritas largas y gordas que se me quedaban pegadas en el paladar y si tomaba agua ¡Espanto! Se formaba una capa de grasa en toda la boca ¡Y no desaparecía con nada! Me enseñaron en trabajos para el hogar, a tejer con palillos como tejen las alemanas: con la lana envuelta en el dedo índice de la mano izquierda. Cuando mi tatá me vio haciendo una tira ¡Casi le da un infarto!: "así no se teje", me dijo, y con santa paciencia me enseñó a tejer como ella, según decía "estilo inglés" que teje muy parejo una vez que se aprende.
A Pablo lo pusieron en un colegio chico y mixto,
según mi mamá "para que se le quitara lo tímido" Ese colegio quedaba muy cerca de las monjas donde estaba yo. El primer día de clases le preguntó mi mamá a Pablo: "¿Cómo le dicen en el colegio? ¿Le dicen Pablo, Pablito o Salas?" Pablo muy serio le contestó: "Me dicen bon jour". ¡Es claro, era un colegio francés!
Mi mamá quedó muy contenta con La Maisonnette y en cuanto pudo me cambió y con ese cambio tan oportuno me cambió la vida, ¡Otra vez fui la misma niña de antes, alegre, libre y feliz! Me encantó el nuevo colegio, era lleno de sol, con un patio enorme y ¡Con un árbol donde nos podíamos subir! El colegio se regía por el sistema Montessori que da mucha libertad a los niños, también responsabilidad; el niño era una persona importante al que se le quería y creía, jamás dudaron de nosotros: si habíamos estado enfermos no necesitábamos justificativo. Jugábamos todo el día, yo era feliz, pasarían cuatro años para darme cuenta de que en esos "juegos" yo había aprendido tanto como otras niñas de mi edad y ¡Libre de torturas de tablas, fechas o nombres! Al poco tiempo mi francés mejoró tanto que sin darme cuenta empecé a hablarlo en clases. Al fondo del patio habían dos salas grandes: una para hombres, donde hacían carpintería y trabajos manuales; la otra donde nosotras, vestidas con túnicas griegas de todos colores y descalzas, bailábamos acompañadas por un plano; era danza moderna, casi diría que de expresión corporal. ¡Qué lindo era sentirse liviana y aprender a dar vueltas y saltos! También en esa sala había un sitio donde nos enseñaron a lavar y planchar —de eso no fue mucho lo que aprendí.
Otra cosa importante aprendí en ese colegio: a buscar libros en la biblioteca. ¡Qué cantidad de libros había! yo no había imaginado jamás encontrar algo así, y me dejaban sacar libros para la casa, aunque daban una fecha para entregarlos, yo siempre los devolvía antes y para los fines de semana me llevaba dos y para las vacaciones de invierno ¡Los que me prestaran!. Era insaciable. Teníamos, una vez por semana, una clase que

se llamaba “Control”; no era un examen, sino control sobre el cuerpo de uno mismo. Había bastante material: cajitas de madera con semillas de distintos tamaños dentro, uno las movía y sonaban, y uno tenía que hermanarlas. Una caja grande cubierta por un paño, había que meter una mano, tocar una tela y luego con la otra mano sacar una igual. La profesora hacía una raya en el suelo y había que caminar por la línea, primero sola y luego con algo en las manos o en la boca. Habían marcos con telas: a un lado botones, al otro ojales que había que abrochar y desabrochar; otros con broches y otros con cordones de zapatos. Había mapas de Chile y de los continentes con los países recortados como si fueran puzzles, al principio se armaban; cuando uno estaba segura lo hacía con la vista tapada, así los países se quedaban en los dedos. ¡Cuántas cosas podría recordar de ese colegio! Pero bastaría con leer un libro del sistema Montessori para saber cuánto y cuan bien se aprende con ese sistema.

Hay cosas que no se pueden olvidar el primer año serio, es decir primera preparatoria. Teníamos siete años y mi compañero de curso más querido era Jorge Edwards, serio y estudioso ese año se sacó todas las medallas y el “Grand Prix D'honeur” ¿Quién iba a pensar que sería un gran escritor? A lo mejor ya ni se acuerda de ese colegio que, a lo mejor le dio la libertad de mente para poder escribir. Fue el único año que estuvimos juntos, luego lo cambiaron a un colegio “más serio”, supongo que sería San Ignacio, donde iban todos los “mateos” de Santiago.

Al año siguiente y sin el hechizo de Jorge, la “matea” fui yo; casi sin pensarlo tuve los premios y el “Grand Prix D'honeur” pero no pude ir a recibirlos porque estaba enferma, tanto, que ni me importó.

Después de mejorarme nos fuimos al fundo a pasar las primeras vacaciones y empezó mi vida a fluctuar entre Santiago y el fundo, dos vidas tan distintas, pero complementarias.

En la casa de la calle Rancagua estábamos cómodos, la casa tenía un hall, comedor y cocina en el primer piso con un patio grande atrás donde jugábamos; un garaje subterráneo y sobre él una gran habitación que quedaba en entrepiso. Arriba, tres dormitorios y un baño, que daban a un hall donde había una salamandra, un patio interior donde mi mamá ponía las jaulas con los canarios y los dormitorios del servicio, dos habitaciones con baño.

Cuando hacía frío nuestra vida se desarrollaba en torno a la salamandra. Allí estudiábamos, leíamos o jugábamos; en ese tiempo no abundaba el dinero porque la inversión que hubo que hacer en el fundo era grande, así es que cada peso se cuidaba mucho.

Mi tío Hernán, el hermano menor de mi mamá, tenía una tornería,

“Carrera” se llamaba, y le quedaban muchos sobrantes de palos torneados con dibujos caprichosos. Mi mamá le encargó los más adecuados para que nosotros hiciéramos construcciones; también agregó unos listones trozados, todos iguales, con los que hacíamos muchas cosas, hasta trenes.
En la casa del lado vivía la abuelita Rosa, madre de mi papá, con dos hijas solteras y mi abuelo Julio, al que le decíamos “el Viejo”. Yo lo quería mucho y era regalona suya. Muchas veces lo íbamos a ver con Pablo y nos sentábamos a ambos lados de su sillón y con un paño le frotábamos la cabeza hasta que se la dejábamos brillante, como una bola de billar. Él tenía a lo largo de su pieza una biblioteca muy completa, le prestaba libros a mi mamá hasta en francés. A nosotros nos hablaba de libros de aventuras y cuando se cansaba me decía: “Anda a pedirle a tu madre sesenta cobres para un vaso de tinto”. Yo corría a pedírselos a mi mamá, ella me daba las tres monedas de veinte centavos y me decía: “Acompañe a su abuelo al “Negro bueno” y no se mueva de su lado, después lo va a dejar a su casa. ¡Ojo! Que no los vea “Misia Rosa”.
Debe haber sido bien divertido ver la figura alta y desgarbada del Viejo, con un abrigo negro y una gorra gris, bastante descuidado y con un gran bigote, de la mano de una mocosa de delantal y sandalias con el control de las tres monedas que le darían un momento de felicidad ¡¡Y todo esto a escondidas!!
Con el Viejo yo tenía una buena relación, era un gran conversador y tocaba temas que muchas veces yo no entendía ¡Cómo sería su soledad que me trataba como persona grande!
Cuando mi papá volvía del fundo en tren, nos traía de regalo unas tortitas que hacían en Curicó de galletas y manjar ¡Eran ricas! A su padre le traía unas tortas de higos secos que a él le encantaban. También mi mamá lo invitaba a casa cuando hacía cosas ricas, era bien goloso.
Creo que el Viejo no se sentía bien en su casa, siempre estaba solo en su pieza leyendo, daba la sensación que estaba marginado. Seguramente su historia no sería muy positiva para su mujer y sus hijos. Él fue abogado, pero nunca trabajó: se gastó su herencia y la de su mujer, acabó sin nada. ¡Pidiendo unos cobres para un vaso de vino!
El Viejo siempre se vestía igual, no sé si tenía otra ropa o si estaba tan estropeada como la de siempre, así se paraba en la reja de su casa los domingos, justo cuando venía la gente saliendo de Misa de 12, donde iba la gente elegante. Por más que su señora lo llamaba y le decía: “Julio entra, qué dirá la gente que te ve”. El siempre le contestaba lo mismo: “Para la gente que es” en un tono de indiferencia, la abuelita se ponía al rojo vivo. Sus problemas habrían tenido en el pasado, quien sabe, pero el presente que me tocó vivir a mí era muy duro para él y violento para ella y

sus hijas que hacían caso de todo lo que le oían a su madre. No las vi yo tener un gesto de cariño con él.
Por las mañanas, cuando nos iban a dejar al colegio, amanecían en el patio de delante unos montoncitos de barro muy bien hechos, redondos, unos sobre el otro formando una torre, nosotros los juntábamos y mientras caminábamos hasta el colegio las amasábamos y formábamos bolitas tenían una textura suave que invitaba a hacer cosas, nunca tuvimos tanta como para hacer algo más que unas pequeñas bolitas que luego se nos perdían. Estoy segura que eran de barro, pero la ilusión de nosotros era creer que era caca de lombrices porque aparecían más abundantes después de la lluvia.
Éramos bastantes sanos, pero pasamos por todas las “pestes” —así se llamaban a las enfermedades infectocontagiosas de los niños—, tuvimos tos convulsiva (tos ferina) en Huelquén. Daba compasión oír a Pablo que tosía sin parar y cuando tenía que inspirar le salía un pito, típico de la enfermedad. El pobre se afligía y mi mamá también. Tuvo que aislar a los chicos, se los encargó a la Tena y los deportó a la última pieza con prohibición de vernos. Seguramente se contagiaron antes porque muy pronto estuvieron todos tosiendo y ““pitiando”. Yo tuve la suerte de tenerla más suave y menos escandalosa, pero... no todo fue tan, tan simple, se me complicó con una neumonía, cuando no habían antibióticos y la curación era en base a cataplasmas de linaza, vahos de agua caliente y variadas tisanas de hierbas del campo con eucaliptos. Estuve mal de verdad, pero salí adelante, flaca como un espectro y seguía tosiendo, en vista que no se me pasaba me mandaron a “cambio de clima” —medida muy frecuente en esa época—. Fui con mi tatá a Viña del Mar por quince días a una pensión. Con ella yo me avenía mucho y nos queríamos, fuimos felices y yo sané.
Estando en la calle Rancagua les dio sarampión — alfombrilla— a los chicos, Pablo y yo la pasamos en Huelquén sin pena ni gloria. Pero para acompañarlos o para ser solidarios a nosotros nos dio Rubeola y contagiamos a mi mamá. Otra vez nos separaron, pero ahora los “floreros” éramos nosotros que teníamos a la mamá toda pintada en la pieza, con fiebre y malestar. A nosotros nos dio bastante suave y la cuidábamos a ella.
Cuando llegaba el pediatra tenía que buscarse la vida para descubrirnos, pero su preocupación era mi mamá que estaba en edad fértil. A nosotros nos daban harta limonada y nos espolvoreaban con talco mentolado para paliar la picazón.
A los otros marginados, Jorge y Mariano, los cuidaba la Tena y los trataba de entretener. El único problema era que Mariano no quería que lo viera el

médico y se escondía. La primera vez que fue el médico gritaba: “¡Me falta uno!” y mi mamá, aun sintiéndose mal, le gritó: “¡Desarme la cama!” y allí, al fondo, estaba el perla, oculto.
Estas pestes, más la varicela que nos dio después, nos dejaban muy a mal traer. Para que recobráramos la salud nos ayudaban con “aceite de hígado de bacalao”, una asquerosidad, pero no nos quedaba otra alternativa, o nos tragábamos el aceite o nos quedábamos en cama. Como si fuera poco, además la alimentación se complementó con interiores de vacuno, hígado, riñones, sesos que, según el pueblo decía que eran muy recomponedores.
No debe haber sido muy exigente el colegio porque, a pesar de las pestes, seguíamos sacando buenas notas, por lo menos yo. A Pablo le costaba un poco, pero mi mamá era implacable para enseñarle de una manera gráfica. Así nos vimos un día armando en el hall de la casa, un plano del centro de Santiago con los sillones. Sacamos todo lo que se podía quebrar (seguro que el papá estaba en el fundo ya que esta manera de enseñar no lo convencía). Nos proveíamos de palomitas de papel de diario y la mamá nos contó de una manera teatral el asedio de Santiago por los mapuches, luego lo representamos. Pedro de Valdivia era Pablo —que se tenía que aprender la historia—; yo, única mujer, era Inés de Suárez. Mi mamá el cacique que mandaba a los mapuches y los niños que sobraban eran los atacantes. Una vez provistos de armas y municiones y bien estudiada la historia, mi mamá dio el alarido inicial. Pablo y yo defendíamos la ciudad con palomitas y los indios atacaban. En cuanto uno asomaba la cabeza, yo se la cortaba y mandaba una pelota de papel fuera del cuartel con indio incluido —así duraba más—. Todo esto acompañado por ruidos, gritos y amenazas. Sea como fuera Pablo y yo ganábamos. Éramos militares españoles, de raza blanca y despreciábamos a los indios de piernas cortas y torcidas que, además, se dejaban cortar la cabeza. A pesar de estas historias —que salían en los textos— no resultábamos ser racistas ni abusadores con los menores.
Otras veces interpretábamos escenas patrióticas como el asedio de Rancagua o combates navales. No hay duda que lo pasábamos regio. Mi mamá también disfrutaba, éramos conscientes que cuando llegara el papá no debía haber armas ni cabezas enemigas en ninguna parte. Si a Pablo le sirvió el show para aprobar sus exámenes no lo sé, pero nos divertíamos a morir.
Un año nos avisaron que no podíamos ir al fundo. ¡Qué pena más honda! Ya nos parecía que la maravilla de las vacaciones se nos había acabado para siempre, pero había una razón importante ¡Mi mamá esperaba guagua! ¡Qué ilusión para nosotros! menos para Mariano que a los cinco

años se sentía que era, y que seguiría siendo, el conchito de la familia. Enfermo de celos a pesar de toda la delicadeza de mi mamá, él no quería saber nada de otro hermano, le bastaba con los que tenía y su lugar lo quería mantener a toda costa.
Nosotros, los grandes, estábamos felices y radiantes, yo ya me sentía mamá y grande. Tendría entre diez y once años. La noticia contribuyó a domesticarme bastante, intenté tejer un chaleco —el resultado fue algo deforme que no se sabía lo que era—. Me preocupé de la salud de la mamá, no la dejaba salir sola ni tomar peso, casi me sentí la madre de ella. Me parece que en ese momento descubrí que la quería mucho, por ella, no por lo que me daba o tapaba, fue un descubrimiento fantástico, pero no por eso dejé de ser la regalona fundida del papá.
Ese año decidieron que las vacaciones de verano las pasaríamos en Las Cruces en casa de la señora Blanca. Ella tenía una gran casa casi al final de la calle antigua del pueblo, más allá del cuartel de carabineros y antes de doblar hacia una enorme casa en toda la punta, luego el camino se perdía rumbo a la Punta del Lacho. Fuera de unas pocas casas muy antiguas que daban a la Playa Chica, en Las Cruces no había nada, sólo campo y mar. Una tiendita con una mini central telefónica abastecía a los veraneantes de esta zona.
Al otro lado de la Playa Chica, al sur, había algunas casas en torno a un Sanatorio para enfermos del corazón, algún comercio y el correo. Más al sur, la inmensa y despoblada Playa Grande, de arena negra y series de olas a lo largo reventando una tras otra, una sobre otra. Era bonita de ver, pero mala para el baño, llena de hoyos traicioneros que no se veían. Era muy raro que fuéramos allá. Mucho más bonitas y entretenidas eran las playitas de arena dorada y conchas, llenas de pozas con quisquillas, pequeños caracoles y otros moluscos. Nos encantaba juntarlos para mirar lo que hacían, coleccionábamos caracoles e inventábamos historias de príncipes y hadas entre las rocas.
También hacíamos paseos a la Punta del Lacho, constituida por enormes rocas y entradas de agua donde se azotaban las olas cubriéndonos de espuma, salada y energizante; a esta parte solamente íbamos con mis padres porque era peligroso asomarse a ver el mar profundo, batiendo las matas de algas que dócilmente se dejaban ir y venir. Se podían ver sólo cuando había marea baja y el mar estaba en calma, cuando estaba en alta las olas pasaban sobre las rocas y se estrellaban produciendo un ruido de truenos que daba miedo.
Más al norte había playas amarillas donde el mar era tranquilo y nos podíamos bañar. Corríamos en fila desafiando a las olas que nos mojaran “¡Mar indecente, mar indecente, te desafío!” Le gritábamos sin saber que

por la noche, por lo menos yo, tendría pesadillas en las que corría y corría por una pendiente cada vez más pronunciada y el mar azul negro, en una enorme ola, me perseguía para atraparme. Despertaba asustada con mi mamá al lado que me tranquilizaba: “Sólo son sueños”, me decía, “cuéntemelos y se van”. Así me iba durmiendo, pero no escarmentaba, cada vez que íbamos a esas playas hacía lo mismo.

Cuando mi mamá se sentía bien y animada, íbamos con ella a pasar el día a “Las Salinas”, la última playa de Las Cruces, más allá estaba El Tabo —otro balneario —. Casi a orillas del mar había un campesino que cultivaba un pedazo de tierra; tenía lechugas costinas, largas y jugosas, arvejas dulces, habas tiernas, papas nuevas y hacía un rico pan de huevo dulce, que nos encantaba comer en la playa. Muchas veces comprábamos verduras y se las llevábamos a la señora Blanca para la cena. Muy rica la verdura regada con agua dulce y por la noche mojada por la brisa marina.

En la casa de la señora Blanca había un oratorio muy bonito, chico y acogedor. Ella lo mantenía siempre limpio y adornado. Si algún sacerdote pasaba, ella le pedía que celebrara Misa y tocaba unas campanas agudas, alegres, claras y de distintos tonos; las tocaba con un ritmo que parecía canto: “Tlín; tiqui-tiqui, tlín, tlin; tiqui-tiqui, tlín, tlin”; se oían desde lejos y venían personas de todas partes.

En ese verano hubo otra familia de huéspedes con los que hicimos bastante amistad, eran alemanes. Los padres apenas hablaban castellano, pero los hijos, nacidos y educados en Chile, lo hacían bien. Eran mayores, pero los dos menores hicieron buena junta con nosotros y con mi mamá que acarreaba a propios y a ajenos a nuestros paseos. Al padre, Don Werner, no le gustaba que se hablara durante las comidas y desesperado porque nadie le hacía caso un día propuso: “Juguemos a la Julia muda” —creo que ni se enteró que mi mamá se llamaba Julia—, el asunto era comer en silencio y el que lo lograba hasta el final recibía un premio, un caramelo o un chocolate. ¡Para qué decir el resultado! Durábamos un par de minutos mirando el plato y luego empezaban las miradas cómplices, las sonrisas y luego las carcajadas incontenibles. No recuerdo que nadie recibiera el premio, por lo menos en nuestra mesa, a lo mejor sus hijos soportaban esa disciplina, no lo sé.

A Don Werner le gustó tanto ese sitio que edificó una casa, igual a él: grande y cuadrada. Durante mucho tiempo la vimos crecer en las distintas vacaciones de Semana Santa o de invierno. Su preocupación era que quedara muy sólida y bien “platachada”. ¿Sería el estuco? ¿Sería el enlucido? Nunca lo supe ni lo pregunté pero la casa sigue igual hasta la última vez que pasé por allí. A lo mejor eran sus bisnietos los que jugaban en la calle, alemancitos iguales a sus antecesores.

La señora Blanca nos contaba que estuvo viviendo muchos años en Islandia, no supe si se casó allá o se fue recién casada. Nos hablaba con admiración de los paisajes boscosos y de las planicies llenas de ovejas, el mar azul y blanco, los pescadores, la nieve, el viento y el frío, un frío del que nosotros no teníamos idea del frío que podía ser. Para ella el invierno chileno era como allá el verano. ¡Qué complicado era para nosotros imaginarnos una cosa así!

De vuelta en Santiago nos preparábamos para la llegada de la guagua. Mi mamá no tenía ropa de los mayores porque creo que ni esperaba quedar embarazada. Tuvo que empezar de la nada. Ella tejía muy bien y le hizo chalecos y patitas. Con su máquina de coser Singer de mano se las arregló para hacer unas camisas que parecían de muñeca y pañales, montones de pañales de lienzo que a pesar de ser una tela bastante fina quedaban casi igual de tiesos que los de tocuyo.

Trataba mi mamá de enseñarme a hacer dobladillo, pero desde siempre fui torpe con las manos, y no me quedaban derechos; lo intentaba una y otra vez con igual resultado. Prefería leer en lugar de trabajos manuales.

Estaba bien gorda mi mamá. Un día, cuando salíamos de Misa de la Asunción, iglesia que quedaba en Vicuña Mackenna —una avenida muy ancha y al medio doble vía de “carros eléctricos” (tranvías)—; ella tropezó en un riel y se cayó de bruces, quedó equilibrada en la panza y no podía pararse. Nos dijo que terminábamos de atravesar la calle y ella se quedó en el suelo. ¡Qué terrible me sentí, ya me parecía que un “carro” la iba a trozar! ¡Qué angustia y yo sin poder hacer nada! De la mano con Mariano la miraba y sufría. Menos mal que una amiga de ella venía también saliendo de Misa y la ayudó. ¡Qué maravilla tener mamá otra vez! Y menos mal que no le pasó nada a ella ni a la guagua.

Durante la preparación del ajuar, un día apareció uno de mis hermanos con paperas. ¡Una lata! Fuimos cayendo uno tras otro cada veinte días con dolor, inflamación de las parótidas y fiebre. Bien poco había para aliviarnos: aspirina, mucha agua y un ungúento negro y maloliente (Ictiol) con el que nos embetunaban la cara y después nos amarraban un paño. No sé cuánto tiempo estuvimos turnándonos con fiebre y malestar. Lo que es yo, me saqué el premio mayor, primero se me infló un lado y a los veinte días el otro. En ese intertanto nació Juan Agustín en la casa. Yo no me enteré de nada, no me explico como nacían los niños en ese tiempo sin que los hermanos lo supieran ¡Qué valiente era mi mamá! Porque dolores tuvo que tener, ella decía que tenía partos largos, ni un quejido oímos a pesar que no había ni la anestesia ni los calmantes que hay ahora.

¡Qué pena saber que estaba la guagua y no poderla ver! Mi mamá se aisló con el niño para que no le trasmitiéramos la enfermedad. Un día, que

dejaron mi puerta abierta, lo divisé en brazos de una enfermera, ella lo levantó y lo vi. ¡Qué niño más lindo! Más empeño puse en sanar para poder estar cerca.
Los días pasaron y también el peligro de contagio. Llegó el momento en que tuve a Juan Agustín en mis brazos, ¡Emocionante! Yo recordaba haber tenido a Mariano en brazos, pero era muy chica; lo que sentí ahora fue algo mucho más fuerte, fue amor. ¡Cómo quise a ese niño! Llegaba del colegio a regalonearlo, a tomarlo en mis brazos. Nunca me privó mi mamá de estar con él. A veces me quedaba en casa, sin salir de paseo, para quedarme con él. Era un niño lindo, creo que fue el niño más lindo que he visto.
Ese invierno fue muy helado, nos costaba mucho levantarnos para ir a clases, nos daba mucho frío. Un día, estando en el colegio empezó a nevar, fue algo tan excepcional que dejamos las clases y primero salimos al patio, luego se organizó un paseo al Parque Forestal que quedaba al frente del colegio, al otro lado del río Mapocho. Bien abrigados sentimos la nieve en la cara y corrimos por el césped haciendo caminitos en la nieve recién caída. Los arbustos empezaron a perder el color y pronto estaba todo casi cubierto de blanco, con pena volvimos al colegio. Fue una de las pocas veces que vi nevar en Santiago en tanta cantidad.
Mariano se chupaba el dedo gordo de una mano, ya llegaba a tener un callo, pasaba el tiempo y no se le quitaba la costumbre, le ponían acíbar, pero igual siempre estaba con el dedo en la boca. Cuando vio que mi mamá le daba pecho a la guagua le dieron unos celos terribles, nada sacaba mi mamá con mimarlo más de la cuenta y no hacerle sentir que la guagua era más importante que nadie. También tenía celos del papá, en cuanto se iba al fundo, el perla se acostaba en su cama y le decía a mi mamá que él era su marido y a mi mamá le daba mucha risa tener un “marido-hijo”.
Ella tuvo mucha leche y muy buena, crio hasta tarde a Juan Agustín; además, le convidaba al hijo de una empleada que no tenía leche. Lo más dramático fue un día que el papá llegó desalado contando que la hija de un primo de él, uno de los que llamaban “los pájaros Salas”, se estaba muriendo ¡De hambre! La madre no tenía leche y la de tarro le daba diarrea. A mi mamá le dio una enorme impresión, dejó a Juan Agustín con la niñera y partió conmigo a ver a esa criatura.
El departamento era muy feo y oscuro, cerca de la Estación Mapocho, un barrio donde todos los edificios eran iguales. Nos impactó cuando nos mostraron la guagua estaba fría y de un color azulado muy poco normal, hasta yo me di cuenta que se estaba muriendo. Mi mamá se abrió la blusa y le metió el pezón en la boca y empezó a sobárselo hasta que comenzó a

salir leche, la guagua la probó y se aferró a la fuente de la vida como una ñigua. “Despacio, despacio” le decía mi mamá, pero el hambre era más que la prudencia. Vi con mis ojos cómo esa criatura empezó a cambiar de color hasta quedar rosada ¡Qué alegría para esos padres! Era hija única y todos los días iba mi mamá a darle leche. Después de algunas veces, le empezó a mandar un frasco con su leche y el padre la iba a buscar. ¡Salió adelante la niña! ¡¡Y le pusieron Bernardita!! Yo me sentía muy orgullosa ¡Como si la leche hubiera sido mía!

No habían pasado muchos meses cuando Juan Agustín empezó a pasar malas noches. No quería tomar sopa, sólo pecho y por las noches lloraba y lloraba. Mis padres se alternaban para atenderlo, pero se agotaban. Muchas veces me lo pasaban a mí al amanecer para que ellos pudieran dormir un par de horas. Yo me lo metía en la cama y trataba de hacerlo callar, a veces le sobaba la barriga y otras, vencido por el cansancio se dormía apegado a mí. Daba mucha pena sentirlo llorar. Lo llevaron al médico, pero no le encontró nada, dijo que era un niño sano y robusto, que a lo mejor sería regalía.

Un día nos avisaron que el Viejo estaba muy enfermo. No me dejaron ir a verlo, pero mi mamá fue y lo encontró muy mal, con muchos dolores. Preguntó por qué no le daban algo para atenuárselos; la respuesta de mi abuela fue insospechada: “El médico le recomendó morfina, pero yo no quise que se la pusieran para que no se volviera “morfinómano”. ¡Y el pobre Viejo lleno de dolores, muriéndose!

Yo no supe cuando se murió pero me llevaron a verlo en la urna, vestido con sus mejores ropas, esas que no se ponía nunca. De un color céreo su cara, no parecía él, pero tenía una expresión de paz.

Mi abuela, mis tías y mis primas, todas de negro hasta la más chica, ¡Lloraban! ¡Ahora lloraban! ¡Bien pudieron haber sido cariñosas con él en vida! Mi mamá se opuso a que yo vistiera de luto, dijo que no era para niñas y tampoco para ella que estaba criando. Nosotros sí lo quisimos en vida y no lo lloramos porque, evidentemente, estaba mejor en las manos de Dios.

Lo eché de menos, me quedó un vacío, era un amigo que ya no estaba, ya no tenía quien me dijera: “Laucha, anda a pedirle unos cobres a tu madre”. Nadie me dijo nunca más laucha y yo lo había olvidado hasta que leí un libro de la Isabel Allende donde dice que a ella le decían así, curioso ¿Verdad?

Dejé de ir a la casa del lado, sin el Viejo no tenía sentido, a él yo lo quería y él a mí; del resto de la familia, yo no sentía ni que me quisieran ni yo a ellas.

No sé cuándo mi tatá compró una quinta en la calle Pedro de Valdivia

pasada la plaza, la misma donde yo jugaba de chica con el Nano. Seguramente sería más o menos al mismo tiempo de cambiarnos nosotros a la calle Rancagua.
La quinta de mi tatá era grande, como una parcela: tenía a la entrada dos cuadros de césped con dos palmeras al centro de cada uno. Un laurel de olor, inmenso. Antes de llegar a la casa, un rectángulo de maicillo donde los primos jugábamos al fútbol. La casa era de estilo inglés linda y cómoda, estaba rodeada de jardines y en la parte de atrás habían árboles frutales: paltos, damascos y almendros, una pequeña huerta donde cultivaban hortalizas para la casa y ¡Frambuesas!
Los domingos nos juntábamos toda la familia a disfrutar “del campo” y del “buen aire”. Formábamos una buena pandilla bulliciosa y siempre con ganas de comer los dulces y otras cosas ricas que hacía la Antuca.
Mi tatá era una señora muy linda, de tipo claro, con dos hermosos ojos azules que, al menor descuido, los abría y ponía en orden al más desordenado. Tenía el pelo blanco y se peinaba con un moño alto. Siempre estaba impecable. Siempre bien vestida. Siempre cariñosa conmigo, nos queríamos con un amor más grande que el de abuela y nieta. Cuando yo salía de alguna enfermedad, ella me llevaba a su casa a convalecer. En tiempo de damascos me iba los fines de semana a dormir con ella y al amanecer oía como iban cayendo, uno a uno, los más maduros ¡Plash, plash! Al levantarnos lo primero que hacíamos era recogerlos para el desayuno ¡Qué maravilla! ¡Blandos y dulces! Luego, con los restantes la Antuca hacía mermelada, riquísima, transparente y perfumada, era una estupenda dulcera, todo lo que hacía le quedaba rico. De las pocas cosas que he rescatado de ella es el dulce de membrillo, rubio y amoldado. Ella lo hacía con mucha azúcar, kilo a kilo hecho almíbar, después lo juntaba con la pulpa de membrillo hervido y pasado por el cedazo, luego lo ponía a fuego lento y revolvía todo el tiempo hasta darle el punto exacto. No diré que me queda igual, pero sí parecido.
En el fondo de la quinta, el jardinero había hecho un foso donde iba poniendo todas las hojas secas y la maleza que sacaba. Poco a poco se iba convirtiendo en tierra de hojas con la que abonaba las flores. Tenía buen gusto para colocar flores de estación. En el costado de la casa, había césped y en él unas redondelas de flores: en una había peonías dobles, rosadas, enormes. Valía la pena esperar que florecieran porque lo hacían una vez en el año y duraban pocos días, pero cuando estaban en plena floración parecía un pedazo de jardín japonés.
En las otras redondelas plantaba pensamientos, petunias u orejas de oso, que siempre estaban con flores de distintas clases y colores. Raúl, el jardinero, también era el chofer que manejaba un auto gris, mucho más

moderno que el Ford de nosotros. Cuando se casó, mi tatá le mandó construir una casa al costado de la quinta y le dejó una habitación al Coco, allí tenía unos sillones y ¡Un auto piano! Era de lo más divertido, se le ponía un rollo y había que pedalear, muy parejo para que se pudiera oír la música. Las teclas del piano se movían y nosotros jugábamos a que tocábamos, pero esta diversión estaba reservada a los regalones del Coco entre los que nos contábamos Pablo y yo, a veces alguna prima, pero nadie más.

El Coco era hermano de mi mamá. Tuvo, al nacer, un traumatismo cerebral, por eso era retardado mental. De joven parecía que se nivelaba con sus hermanos, pero pasando los años se fue retardando cada vez más. En el tiempo de mi infancia era como un chiquillo más de la tropilla de primos, jugaba a la par con nosotros aunque era más torpe y hablaba mal, pero nosotros le entendíamos. Para entretenerse también tenía un banco de carpintero con varias herramientas donde él “maestriaba” tablas y las clavaba una sobre otra. Yo creo que Raúl se las desclavaba después porque era un cuento de nunca acabar.

Cuando el tiempo estaba bueno, íbamos a pasear con mi mamá al Parque Forestal. Los mayores llevábamos las bicicletas y mi mamá el coche de Juan Agustín ¡Qué coche más bueno! Se lo compraron a Pablo cuando nació y sirvió para todos los hermanos y luego para algunos sobrinos.

El parque era muy entretenido para nosotros: había unas cuestas, las subíamos y bajábamos en las bicicletas a toda la velocidad que podíamos, nos sentíamos “la muerte”, el aire nos zumbaba en los oídos y se nos ponía la cara roja. También había columpios para los chicos. Mi mamá paseaba a Juan Agustín o se sentaba en un banco a tejer. Muchas veces nos cruzamos con don Arturo Alessandri, ex-presidente de Chile y compañero de partido de mi abuelo Ramón. Mi mamá lo saludaba y conversaba, generalmente, de los tiempos en que eran diputados y le contaba anécdotas de su papá lo que la llenaba de emoción.

A nosotros, lo que más nos gustaba era su perro, “Ulk”; lo veíamos enorme y amable, le hacíamos cariño con un poco de cuidado y él movía la cola —hoy está embalsamado en el Museo de Ciencias—.

A veces íbamos al Parque Japonés —que ya estaba bastante adelantado—, íbamos con la niñera. A Jorge no le gustaba ir sin la mamá y sin la Tena y lo demostraba haciendo unas verdaderas escenas; se tiraba al suelo, gritaba, pataleaba y se revolcaba en la tierra. Nosotros le decíamos “Vieja loca” y le sacábamos pica. En casa, en cualquier momento le decíamos: “Vieja loca” y se ponía otra vez a gritar. Nosotros éramos malos, como son los niños, y le hacíamos burla.

A una de mis primas Rivas, hija única de mi tío Fernando, que era morena,

de cara chica, eléctrica y de mal humor, le decíamos “Guinda seca”, en las tardes familiares en casa de mi tatá, ella y Jorge se tenían rabia, bastaba que se juntaran para que surgieran problemas:
— ¡Vieja loca! —¡Guinda seca!
Y se iban a las manos. Las madres tenían que separarlos porque de otra manera se arañaban. Mi tatá, toda una señora, se indignaba, encontraba que estas peleas estaban “fuera de lugar” en su casa. Demás está decir que ninguno de los dos era muy querido por ella —por lo menos lo parecía—.
Mi tatá tendría muchas cosas buenas, tiernas y bonitas, pero... era de lo más preferenciera. Había nietos con fuero —a lo mejor por ser los mayores—-: Luz y Paquito —hijos de mi tío Paco—, Alma —hija de mi tía Luz—. Nietos con amor: Nano —hijo de mi tío Fernando—; María Teresa —hija de mi tío Hernán—, Pablo y yo. El resto pasaban de indiferencia a molestia y entre éstos figuraban Jorge y Paz, que de paz no tenía nada.
La quinta de Pedro de Valdivia era para mí la gloria, podía hacer parte de mi vida del fundo, nadie se metía conmigo ni con mis fantasías que me llevaban a ver hadas y enanos en el laurel. Además, me regaloneaban y malcriaban, a lo mejor tanta regalía fue el resultado de un año realmente malo, si no era una enfermedad, era una peste.
Para completar el cuadro —debo haber tenido las defensas por el suelo—, un día amanecí enferma, muy enferma, con mucha fiebre. Mi mamá llamó al médico quién diagnosticó “Pulmonía”. ¡Menos mal que ahora había un medicamento, la última palabra, recién llegado de Estado Unidos! Con este antecedente me llenaron de Sulfatiazol y bicarbonato —para que no se formaran piedras en los riñones—, yo abría la boca y tragaba, medio consciente, pero a los pocos días empecé a delirar, veía cosas tremendas, me asustaba porque no eran sueños, los veía despierta, como si estuviera en un teatro. Recuerdo que había una visión que me afligía mucho: estaba de Presidente de la República don Pedro Aguirre Cerda y yo lo veía en las murallas de la Moneda, con un combo grande botando ladrillo tras ladrillo. Cada vez había menos muros en el Palacio y él, feliz cantando y demoliendo. Esto duró muchos días y no me dejaba dormir el ruido del combo en las murallas. De esa pulmonía salí mal, flaca y pálida, desanimada y sin apetito. Me mandaron a casa de mi tatá a reponerme. Los baños de sol, la fruta, los ricos postres y el cariño me mejoraron y volví a ser la misma de siempre y pude volver al colegio y a casa.
En el patio de la casa de la calle Rancagua había un muro divisorio de ladrillo parado que nos separaba de la casa de la abuelita Rosa. Con Pablo, trabajamos y trabajamos con un clavo hasta que hicimos un agujero perforándolo a una altura de cincuenta centímetros. Desde allí mirábamos

lo que pasaba en la casa del lado. Una vez, mi papá avisó que venía del Sur en el “tren curado” —así llamaban a uno que pasaba en todas las estaciones chicas y se demoraba horas en llegar a Santiago—. Mi mamá avisó a la abuelita Rosa quién no entendió el mensaje y le dijo: “¿Jorge curado? ¡Él jamás bebe y menos hasta emborracharse!”. Nosotros hicimos un papelito donde le explicábamos que venía en el “tren Curado” y le gritamos: “Por el hoyo, abuelita, por el hoyo”; ella corrió hasta donde nosotros habíamos hecho la comunicación y le pasamos el mensaje. Nos quedó gustando ver a la abuelita correr hasta la pared así es que otro día nos inventamos un telegrama, la llamamos y cuando llegó le pasamos un papel de diario. ¡No quiero ni decir todo lo que nos dijo, además, de que éramos unos chiquillos de “moledera”! Nos ganamos un reto de la mamá, pero con una sonrisa cómplice.

Una noche empezó Juan Agustín a llorar más de lo corriente, lloraba desesperado, al día siguiente mi mamá llamó al médico que lo veía, lo examinó bien y le dijo que no se preocupara, que era una gripe, le dio unos medicamentos y se fue. El niño lloraba y lloraba, se retorcía y no quería comer comida, sólo el pecho de mi mamá, menos mal que tenía mucha leche. Pasó el día y por la tarde mi mamá volvió a llamar al médico quién se puso furioso y le dijo que: “El chiquillo es un mañoso, no tiene nada, ni fiebre y usted es una ¡Histérica!”.

Pero el niño seguía llorando con desesperación. Recordó mi mamá a un médico cirujano infantil que era conocido de ellos y medio vecino del sur, lo llamó y le dijeron que estaba en el campo, pero que llegaba en el tren nocturno, al amanecer. Mi mamá desesperada llamó a mi tío Fernando que tenía auto y le pidió que lo fuera a buscar a la Estación Central —mi papá estaba en el fundo—. Antes de las cinco de la mañana llegó el tren y en él, el Dr. Johow. Con la mayor buena voluntad fue de inmediato a casa a ver el niño. Lo examinó y dijo que tenía el “vientre en tabla” y que eso era grave, pidió que en el mismo auto del tío los llevara al Hospital de niños para operarlo.

Todo pasó estando nosotros dormidos, mi mamá me contó mucho más tarde todo lo que sufrió esa noche y los días siguientes.

Al abrir al niño, el médico se encontró que tenía una invaginación, es decir, el intestino delgado anudado y metido en el intestino grueso. Al haberse cortado la circulación, se había gangrenado; el cirujano muy conmovido no quería terminar la operación, pero el ayudante lo convenció diciéndole: “Nadie sabe cómo reaccionan los niños y usted no es Dios”. Le cortó más de sesenta centímetros de intestino, lo desinfectaron muy bien y lo suturaron. Desde el pabellón el médico llamó al pediatra y le dijo a gritos: “¡Me has entregado a un chiquillo muerto, asesino!”. Mi tío Fernando, al

que habían hecho entrar al pabellón, contó después todo lo sucedido.
El médico le dijo a mi mamá que si se mantenía vivo veinticuatro horas, saldría adelante, pero... no alcanzó a vivir doce horas y en brazos de mi mamá murió el que era el regalón de la familia. Mi mamá dijo que el niño la miró y con la mano le quitó el reloj. Fue su último recuerdo.
Lo trajeron y lo pusieron en una urna blanca, chica, se veía precioso, parecía un muñeco de porcelana durmiendo, sus manos gorditas sobre el pecho y en una se veía la huella del suero que le pusieron. Eso hacía pensar que era un niño, no un muñeco. Rodeado de ramas de almendro en flor daba la imagen de irrealidad. Mi mamá al lado de su niño oraba, supongo que por ellos, sus padres y por nosotros, sus hermanos, ella nos decía: “Tenemos en el cielo un ángel que vela por nosotros”; estaba muy triste, sí, triste, pero no desesperada. Ella, admirable en su dolor, no nos demostraba toda su tristeza.
Por las noches oía llorar a mi mamá, era la única hora que se podía desahogar, yo la oía, pero no podía ni sabía cómo consolarla. No parecía ser cierto, sólo el silencio de la noche lo confirmaba ¡Ya se podía dormir, nadie lloraba! ¡Ya hubiéramos querido todos que volviera a llorar! ¡Seguro que no nos importaría no dormir nunca más con tal de tenerlo otra vez en casa!
Mi mamá iba todos los días al cementerio a ver a su hijo, —no sé por qué no lo tapiaron de inmediato y lo dejaron en su sitio en la sepultura de mi abuelo Ramón —. Ella iba, levantaba la tapa de la urna y lo miraba ¿Qué le diría? ¿Qué sentiría? Eso no lo dijo nunca, puedo presumir que dolor y amor. Cuando se me acabaron las lágrimas, seguramente la pena tan aguda se me pasó pero todavía hoy se me llenan los ojos de lágrimas al recordarlo. Pasaron los días hasta que una vez lo encontró tapiado. Desde entonces sólo fuimos para el primero de noviembre a poner flores. A mí me tenían adjudicado un florero chico, donde me encargaban que arreglara clavelinas blancas. Mi tatá era cariñosa conmigo y trató de explicarme lo que no tenía explicación, nada me consolaba, mi regalón no estaba y mi mamá estaba triste, era una mamá desconocida. No asumí la muerte como tal, no tenía edad, tampoco hice nada por mis padres ¿Qué podía hacer? Andar en pena tan aguda se me pasó pero todavía hoy se me llenan los ojos de lágrimas al recordarlo.
Con Juan Agustín murieron muchas cosas; entre ellas, en casa se dejó de creer en los médicos como únicos poseedores de la verdad. Pasaron a ser hombres como todos, que se pueden equivocar. Ante cualquier vacilación la pregunta es: “¿Sabe? O llamamos a otro médico para hacer una junta de médicos”. No les suele caer muy bien porque se sienten dueños de la vida, de la muerte y de los pacientes, o sea Chamanes del Siglo XX.

No hay dolor más grande que el de una madre que pierde a un hijo. Yo vi sufrir a mi madre y sé que nada se puede hacer, sólo vivir el duelo. Mi mamá era fuerte y tenía fe en Dios, salió adelante con nosotros cuatro, pero al recordar a su niño se le nublaban los ojos. Juan Agustín fue un niño especial.

Un día no quise ir al colegio porque me dolía la barriga, mi mamá me dio una infusión de manzanilla, pero no se me pasó, todo lo contrario me seguía doliendo cada vez más. Mi mamá se asustó y llamó al Dr. Johow, él vino enseguida y al ver a mi mamá se le llenaron los ojos de lágrimas, le dijo: “Julita ¿A mí me llama otra vez a pesar de lo ocurrido con su guagua?” Mi mamá le contestó que eso no tenía nada que ver con él, que ella confiaba en su diagnóstico y en su buen criterio.

El médico me examinó y dijo que tenía apendicitis, que me tenía que operar. Fue muy tierno conmigo, me hizo cariño y me confesó: “Cuando seas grande te vas a casar con mi hijo, el marino”. Yo sentí tanta alegría que casi se me pasó el susto.

Así fue como nos fuimos a la Clínica Alemana que estaba en el barrio Estación Central, una clínica antigua, oscura, con corredores a los que daban las piezas una al lado de la otra.

Mis problemas empezaron en el pabellón. Cuando me quisieron anestesiar con éter —no había otra cosa— el olor me asfixió, me sentí ahogada, traté de defenderme, pero el anestesista me sujetaba firme una máscara de goma, por más que me retorcía, él no aflojaba. ¡Lógico que ganó él! Me sumí en una espesa y maloliente oscuridad.

Cuando volví a abrir los ojos estaba mi mamá a mi lado, me tocaba la cabeza y me decía: “Ya pasó, ya pasó” igual que cuando yo tenía pesadillas.

Cuando volví a la vida mi primer pensamiento fue tener hambre, un hambre feroz, pero... la shuester que comandaba esas piezas había dicho: “Nada, ni una gota de agua hasta pasadas doce horas”. La sed me mataba, mi mamá con paciencia mojaba un algodón y me lo pasaba por los labios. No era lo que yo quería, me apetecía un buen trago de agua y algo sólido.

Me debo haber quedado dormida porque el siguiente recuerdo fue un plato de “chuño”, una papilla medio transparente, medio tiritona ¡Horrible! ¡¡Algo asqueroso!! Nunca sabré si me supo así de malo o si era la mezcla de éter y chuño.

Más tarde pasó el médico, yo ya me sentía bien y lo lógico fue preguntarle: “¿Cuándo me levanto?” “¿Cuándo me voy a casa?”. Él, muy sonriente me contestó: “Antes de tu casamiento”. ¡Sorpresa para mí! ¿Todavía pensaba casarme con su hijo, el marino?

Ni se me ocurrió pensar que seguramente él ofrecía su hijo a todas las niñas que operaba, a lo mejor ni tenía un hijo marino. ¡Cosas de la vida!
El médico le comentó a mi mamá que el apéndice que me había sacado era posterior y largo como un ají “Cacho de cabra”; además, estaba tan lleno de “piduyes” —oxiuros—, que casi caminaba solo. Dato a tener en cuenta porque todos los apéndices que se han sacado en la familia son iguales: Posteriores, largos y con pocos síntomas.
Dos o tres días estuve en la clínica y mi mamá me dedicó todo su tiempo. Para entretenernos me enseñó a jugar póquer, que era lo único que ella sabía de naipes. No fue mucho lo que aprendí pues nunca pude ganar, para mí era verdadero misterio ver cómo iban pasando las cartas y los puntos iban a la cuenta de ella. A lo mejor es por eso que nunca me ha interesado jugar por dinero.
Muy pronto me mejoré y pude hacer todo lo que quería. No todo había terminado con médicos y clínicas: justo a los quince días después empezó Jorge igual que yo con dolores de barriga. Otra vez apendicitis, médico y clínica, pero a Jorge “se le complicó”. Nunca supe de qué pero estuvo más tiempo hospitalizado y quedó flaco y pálido, le costó bastante recuperarse.
En el tiempo que vivimos en la calle Rancagua nos compraron bicicletas a mi mamá y a mí. Pablo heredó la mía y a mi papá le regalaron una, así es que los sábados por la mañana nos íbamos los cuatro de excursión. Muchas veces nos íbamos por la orilla del río Mapocho hasta llegar a “los campos” en Vitacura; otras nos íbamos por un sendero en los faldeos del cerro San Cristóbal. Nunca pudimos emular a mi papá que nos decía que en su juventud subía en bicicleta el cerro San Cristóbal por el camino de a pie que sube a la cumbre haciendo zigzag. Nos encantaba salir los cuatro. Nosotros los niños, nos sentíamos orgullosos de pedalear al mismo ritmo de los padres. Mi papá, el deportista, nos marcaba el paso y nos daba consejos, especialmente de respirar acompasado, profundo y con ritmo para que así no nos cansáramos. Cuando llegábamos de vuelta, veníamos hambrientos y de buen color.
Algunos Domingos por la mañana nos íbamos de caminata al cerro San Cristóbal ¡Nada de subir en el funicular! aunque nos moríamos de ganas ¡No, había que hacer ejercicio! Nos íbamos caminando por el camino indicado, zigzagueando, poquito a poco íbamos dejando la ciudad atrás. Pasábamos cerca del Zoológico, oíamos rugir a los leones y el canto de los pájaros. Ese sería un paseo especial, sólo al Zoológico... mientras ¡Vamos, ánimo, adelante, un paso y otro más! Así llegábamos a la cumbre donde está la Virgen, una inmensa Inmaculada que con los brazos abiertos parece abrazar la ciudad.
A un lado de la Virgen y un poco más abajo, había una iglesia de piedra.

Allí íbamos a la Misa Dominical, luego nos tomábamos un refrigerio: una naranja y un pan era lo normal, pero... si había un barquillero con su tambor lleno de barquillos frescos y crujientes, nos compraban un paquete a cada uno, doce barquillos para gozarlos, ir mordisqueándolos con cuidado para que no se desarmaran y se nos perdieran las migas. Se me hace agua la boca de recordarlos. Todavía cuando encuentro alguno no puedo dejar de comprar un paquete y recordar mi infancia.
De estos paseos llegábamos cansados y llenos de tierra porque a la vuelta nos veníamos "cortando el camino", nos deslizábamos por las bajadas cortando los ángulos del zigzag del camino. El almuerzo era "almuerzo de domingo", entrada o sopa y tallarines con harta salsa, queso rallado y carne mechada. También ese día la Filomena, —nuestra cocinera— hacía postres de leche ya fuera asada o nevada o ¡Panqueques con manjar!
En el colegio yo cursaba cuarta preparatoria y estaba a las puertas de empezar los seis años de bachillerato. No recuerdo haberme preocupado mucho por lo que vendría, a lo mejor a nadie en casa le preocupaba y yo tomaba la vida como fuera viniendo.
En el curso íbamos quedando pocos alumnos, doce mujeres y dos hombres. Nos llevábamos muy bien, teníamos una sala que era una galería en el segundo piso con mucho sol. Las profesoras se preocupaban de cada uno de nosotros y nos querían, pero... siempre hay una que estropea la vida y esa era una que empezó a decirme "Bernarda"; yo le corregía: "Ese no es mi nombre, yo me llamo Bernardita". Ella alegaba "Ese no es nombre, es un diminutivo". Yo seguía alegando: "Bernardita es nombre y viene de una santa francesa que se llama Bernardita Soubirous".
Pero ella dale que dale "Bernarda".
Yo me acaloraba mucho con este asunto del nombre y lo defendía. Mi mamá me dijo que yo tenía que hacerme respetar.
Desesperada fui a hablar con la directora del colegio y le conté lo que me estaba pasando, ella me encontró razón y me dijo que hablaría con la profesora. Pero el asunto fue de mal en peor, hasta que no aguanté más y le comuniqué a la directora que me salía del colegio por esa razón.
Así fue como dejé ese colegio al que tanto quería y al que tanto le debía todo por la porfía de una profesora.
Mis padres ya no podían más de la pena que era vivir en esa casa que tantos recuerdos tenía de Juan Agustín, así es que empezaron a buscar otra donde, por lo menos, no tuviera recuerdos del niño, no para olvidarlo sino para no tenerlo presente en cada momento.
Seguramente sería mi tía Chita, esposa del tío Hernán, la que les daría el dato de una casa en un segundo piso en la calle Echaurren. Ella vivía en esa calle esquina con Alameda, la fueron a ver y les gustó.

La casa nueva no era muy grande y no tenía patio ni jardín. Tenía un hall-comedor muy grande, al lado un dormitorio, todos con ventanas que daban a un pequeño balcón a la calle, luego, una pieza chica, pero bien chica con ventana a un patio de luz, fue “mi pieza”. Luego un pasillo hacia las dependencias: la cocina, piezas de servicio y baño. Al pasillo daba la pieza de mis hermanos y un baño.
Lo bueno de la casa era el hall-comedor, allí hacíamos de todo. Como no teníamos muchos muebles, jugábamos especialmente con los palitos y en el comedor hacíamos las tareas además de dibujar.
Por la calle pasaba un carro —tranvía— eléctrico que llevaba al centro. Hacía mucho ruido, pero menos del que hacíamos nosotros.
Cambio de casa Cambio de colegio Cambio de amigos Cambio de barrio Cambio de ambiente
Mucho cambio para nosotros, pero... luego nos fuimos haciendo de conocidos. Por lo menos estaba la tía Chita muy cerca con sus cuatro niños. Yo era muy amiga de las dos mayores y casi diría que mi mejor amiga en ese tiempo fue la propia tía. Me quería mucho y yo a ella, salíamos juntas de compras o al cine y tengo de ella el recuerdo más cariñoso.
Mi mamá puso a Pablo y a Jorge en el Colegio San Ignacio de los jesuitas. Lo que es a mí me dijo que si yo me había retirado del colegio, que buscara yo alguno que me recibiera. No me cabe duda que si yo hubiera dudado o hubiera sufrido con ese asunto lo habría solucionado ella, pero no fue así. Yo hablé con mi tatá y ella me recomendó que fuera al Sagrado Corazón y que tomara su nombre porque ella era fundadora, tenía el número 3 de matrícula. Así lo hice y me recibieron para cursar Primero de Humanidades. Yo ya tenía doce años recién cumplidos.
1943
El cambio de casa fue bastante molesto para nosotros, aunque, supongo que se agregaría el hecho de llegar desde el fundo, del sol, de la luz, de la libertad, a un segundo piso ruidoso. Por la ventana de mi pieza subían los extraños olores de una peluquería, además de los olores de otra manera de cocinar, diría que cargado a ajo y a otros aliños.
Los cambios de Colegio fueron radicales: Pablo y Jorge quedaron en San Ignacio donde se educó el papá y mis tíos. Mariano, en los Padres Franceses en el Kinder. ¿Y yo?, tal como me dijo mi mamá, me tuve que buscar la vida. Siguiendo el consejo de mi tatá fui muy paradita al Colegio Sagrado Corazón en la Alameda y pedí hablar con la encargada de recibir a las alumnas. Me hicieron pasar de un hall oscuro, feo y enorme, a una salita más fea, oscura y a la que se agregaba un olor a guardado, a viejo o a sucio. El techo lo veía muy, pero muy alto. Parecía que las paredes me

estaban apretando, los cuadros y los santos se me venían encima yo sentía vértigo y náuseas. En esas estaba cuando llegó una monjita con una toca tiesa y encrespada que sólo la dejaba mirar de frente. Fue mi primer contacto con una monja ¡Nunca había visto alguna! Menos mal que me sonrió y me preguntó qué quería. Yo le dije todo y ella después de hablar un rato me dijo que me aceptaba en Primer año de Humanidades, que fuera mi mamá para formalizar la matrícula y me dio fecha de entrada.
Esa monjita, la Madre Serrano, fue mi puntal durante el tiempo en que fui alumna de ese colegio. Mi mamá decía que era tan humana y comprensiva porque "había entrado de mayor al noviciado".
El día de entrada fue para mi una novedad, desde la mañana temprano vestirme con un uniforme azul marino, de lana, con puños y cuello ¡Postizos!, blancos, tiesos y almidonados. El largo, 20 centímetros ¡Bajo las rodillas! Calcetines café, largos y... zapatos... ¡Parecían zapatones de seguridad! ¡Unos bototos Rudloff con cordones que apenas podía levantar! Así enjaezada partimos con Pablo y Jorge hasta nuestros nuevos colegios... Por la tarde ellos me irían a buscar y volveríamos juntos caminando por la Alameda, total eran unas pocas cuadras.
Cientos de niñas de todos tamaños, de todos colores, todas vestidas igual... entraban y sabían dónde Ir... menos yo, que me sentía como pollo en corral ajeno, hasta que me encontró una monja y me desconoció, ella me dijo lo que tenía que hacer; lo primero pasar por una oficina donde me entregarían: "El Material" y luego al Estudio de las Medianas donde me adjudicarían un escritorio y me seguirían mandando.
"El Material" era cuantioso y variado. Además de las cosas normales como cuadernos y lápices tenía: un tintero con tinta, un misal, un libro de oraciones varias, un rosario, un velo blanco, un velo negro, guantes blancos, guantes café, un atlas, el uniforme de gimnasia: pantalones bombachos y blusa ¡Un adefesio! Lo curioso es que no recuerdo nada de libros... así sería o no me llamó la atención. Menos mal que la secretaria se compadeció de mí y me ayudó a llevar este "Material" hasta el Estudio, que quedaba muy cerca. Allí me dieron un escritorio, justo al medio del Estudio, total no era mucho lo que había que ver: hileras e hileras de niñas vestidas igual que yo; peinadas con trenzas o con el pelo muy estirado o con el pelo corto. A nadie le llamó la atención una "nueva", a lo mejor estaban acostumbradas o tendrían una fuerte disciplina... mirar al banco y hacer lo que había que hacer. Un corral de uniformes de lana azules, niñas de entre 12 y 15 años, olor a conjunto, a hormonas, a rodilla diría mi tatá... entre poto y pata.
En este Estudio me enteré que yo había bajado de categoría: De ser la mayor y el florero de la casa o de las mayores del colegio anterior, pasaba

a ser de las más chicas de las Medianas. Había otro Estudio “las Grandes” en el segundo piso y “las Pequeñas” que tenían todo aparte en el fondo del jardín del Colegio. Todo ordenado, todo sectorizado, nadie se juntaba con nadie, los recreos eran por cursos, los juegos también. Sólo en la Revista de Gimnasia, en los actos de fin de año y en la Kermés anual se juntaba todo el Colegio.
Del Material: El tintero de porcelana blanca se ponía en un hueco del escritorio y servía para “Caligrafía” —mi pesadilla—. Los cuadernos eran no sólo de cuadros y líneas, también los había de caligrafía cuadriculados de distintos calibres: el de ciencias, mitad líneas, mitad blancos. Los velos eran para ir a Misa, la había diaria, —no obligatoria— de velo negro y guantes café. Misas especiales, los viernes primeros, las celebraciones de la Virgen en que el colegio entero iba a Misa de gala: velo blanco hasta el borde del vestido y guantes blancos. La Capilla era muy bonita, de estilo medio gótico, el altar de mármol blanco y algunos Santos. El Sagrado Corazón, la Madre Magdalena Sofía —la fundadora— y creo que una imagen de la Virgen. Dos hileras de bancos en declive, seis pupitres elevados, —donde vigilaban seis monjas—, un coro en el segundo piso y al fondo, tres confesionarios.
Como en todo, aquí también estaba sectorizado: las pequeñas adelante, las medianas al medio y las grandes atrás. Todo movimiento se regía con el sonar de unas cajas de madera que tenían las inspectoras y que sonaban secas, como castañuelas, pero no precisamente alegres:
Clic...para pararse
Clic...para sentarse
Clic...para hacer la fila de la Comunión Clic...para pararse en grupos de tres Clic...las chicas primero
Clic...las medianas
Clic...las grandes
Clic...arrodillarse
Clic...salir por bancos Clic...al comedor Clic... Clic... ¿Clic... Clic...
Toda mi vida se llenó de Clics, al final no sabía lo que era lo que me mandaban... Acabé como un robot.
Me asignaron una sala de clases larga y oscura que daba a un patio y teníamos una profesora, Luz. No era simpática como mis maestras anteriores, pero tampoco fue agresiva. De a poco le fui tomando el pulso a los estudios y no tuve mayores problemas, me parecía que yo sabía lo que tenía que saber y el resto... lo aprendía.
Mi problema no estuvo en los estudios sino en los recreos... Había que “jugar” a cosas que yo no sabía ni entendía: a tirarse una pelotita de un lado a otro del patio, un curso contra otro... Nunca le encontré asunto,

pero... Había que estar jugando el tiempo reglamentario, no se podía pasear por los enormes corredores y no se podía salir del recinto “Medianas”.
Otra de mis pesadillas fue la caligrafía. Yo tenía la letra redonda —no digo que bonita ni pareja— pero era redonda y las alumnas del Sagrado Corazón tenían todas la letra standard, picuda, todas iguales, a lo mejor alguna con una rayita más prolongada después de alguna letra, a lo mejor no, pero picudas. Mi cuaderno de caligrafía se convirtió en mi enemigo. En el Estudio había horas de Caligrafía, el abecedario en páginas y páginas, en que tenía que caber justo, justito cada letra en su cuadrado, la t llega justo hasta el segundo renglón y se inclina un poquito a la derecha así...seguir y seguir... ¡Claro está que las otras niñas adelantaban, yo me quedé pegada y no avancé nunca! Las que ya tenían la letra a gusto de la maestra pasaban a aprender esa maravilla que era la letra gótica, con una pluma especial, de punta cuadrada y se iban formando las letras: delgadas subían y gruesas bajaban. Había unas niñas que eran unas artistas. ¡Jamás tomé una pluma de esas...! Yo peleaba con los picos de las letras. Y al final fue que: ni letra redonda ni picuda sino un desastre de letra que a veces ni yo me entiendo, un resultado híbrido, sin sentido.
El primer día de clases terminó con la guinda del postre: después de repartirnos unos pancitos ricos y de terminar las tareas, nos empezamos a retirar del colegio. Clic...las que tienen permiso para irse solas, se van. Las otras... a esperar que pasaran una tarjeta desde la Portería: “Fulanita”, clic y salía. Yo esperaba y esperaba, ¿Qué le pasaría a Pablo? Lo supe más tarde. Se presentó en la ventanilla y dijo: “Vengo a buscar a la hermana”
La monja: “Aquí hay muchas hermanas”. Pablo: “No, a mi hermana”
La monja: “¿Cómo se llama?”
Pablo: “No lo sé”
La monja: “¿Como le dicen en tu casa?” Pablo: “La niña”.
La monja: “¿Y tus padres?”
Pablo:” Mi hijita”.
Después de este brillante diálogo, llegó la monja al estudio con cara de pocos amigos, subió a la tribuna y con su más fuerte y potente voz dijo: “A una niña que le dicen la hermana, la niña y mi hijita, la esperan afuera”.
Roja como una guinda salí del estudio sin mirar a nadie, si alguien se atrevió a reírse delante de la monja... no lo supe.
Llegué a la casa furiosa y a mi mamá le pareció una falta de respeto y un trato humillante, así es que hizo una comunicación en la que decía que yo me volvería a casa sola. Entonces cuando llegaba el momento, yo salía del estudio al clic de las que se iban solas, con la frente bien alta y Pablo me esperaba afuera.

El colegio era muy grande, los patios rodeados de corredores y las salas con puertas y ventanas a los corredores. Cerca de la entrada había una Capilla chica con un precioso cuadro o fresco de Mater Admirabilis que ocupaba toda la pared del fondo. Habían unos pocos bancos donde las alumnas y las monjas podían recogerse a rezar en algún momento del día, pero casi estaba reservada a las Grandes que en algunos recreos podían "no jugar", también ellas tenían el privilegio de encender unas lindas lámparas de aceite por alguna necesidad especial —¡Como si nosotros no tuviéramos necesidades!—.

El trato con las monjas era muy estirado y respetuoso. Al encontrarse con alguna de ellas lo primero que había que hacer era una reverencia. ¡No de cabeza ni de cintura! Había que doblar las rodillas como las bailarinas de ballet, una pierna adelante y la otra atrás, agacharse tomándose la falda con las manos y mientras más importante era la monja, más profunda debía ser la reverencia. Había niñas que eran unas artistas para hacerla, seguramente las que entraron de chicas al colegio. A mi, francamente, no me salía, me desequilibraba, tropezaba o simplemente se me olvidaba, lo que era ¡Imperdonable!

Cada fin de mes era la repartición de las notas. Todo el colegio en pleno se juntaba en perfecto orden en el auditórium; iban entrando las grandes en las gradas de arriba, las medianas al medio y las chicas abajo. Adelante las monjas, la Reverenda Madre Superiora, al centro. Las maestras de estudio a un lado, las profesoras a otro y... el Capellán ¡Claro al lado de la superiora! Era ceremonia de gala por lo tanto todas teníamos que estar limpias, peinadas, con guantes blancos y con BANDAS —era la señal de la suma del buen comportamiento, buenos estudios, buena educación, respeto y devoción—. Las grandes usaban banda azul, las medianas verdes y las pequeñas rosadas. Las bandas se usaban en las grandes ceremonias: Misas, repartición de notas y acto de premiación final. Tenían una duración de un mes y había que luchar mucho para obtenerla y... luego mantenerla. En todo el tiempo que estuve en ese colegio sólo la tuve una vez y... no la pude mantener.

Me costó mucho adaptarme al nuevo sistema de educación, a las compañeras, a las relaciones profesoras-alumnas; pero fui aprendiendo —menos a las cosas que me di por vencida como reverencias y caligrafía—. En ese tiempo no había educación obligatoria regida por el Ministerio de Educación, eso quería decir que los profesores podían no ser titulados y seguir los planes de estudio que quisieran.

Teníamos un uniforme de gimnasia esperpéntico: un pantalón bombacho, tableado desde la cintura hasta los tobillos donde allí tenía un elástico que se subía hasta el muslo y las tablas caían hasta la rodilla. ¡Un adefesio!

Así y todo hacíamos un par de horas de gimnasia a la semana y al fin del año presentábamos una “Revista de gimnasia” por estudios.
A Pablo no le gustaba el colegio ni el sistema competitivo de los jesuitas, me parece que le costó terminar el año y luego lo matricularon en los Padres Franceses. A Jorge también le hicieron un cupo, así quedaron los tres hermanos juntos. Además de lo difícil que fue el adaptarnos a casa y colegios nuevos, ese año tuvimos un terrible problema, un problema muy grave.
Un día, llegó Mariano del colegio con una pequeña herida en la rodilla, se había caído en el recreo, nada importante, pero... se infectó con Staphilococcus aureus, en tiempos que no había antibióticos, nada más que Sulfa, que no le hacía nada. La infección siguió y siguió, la fiebre lo consumía. La mamá lo llevó a su pieza y llamó al médico quién dijo que no había nada que hacer, que su naturaleza tenía que luchar para acabar la infección. Y...empezó o siguió el calvario; Mariano, el conchito, el regalón de la familia, se nos iba de las manos... se nos moría.
Pablo y Jorge salieron de la casa, creo que se los llevó la tía Chita, porque así quedaban cerca del colegio. Yo me quedé con mi mamá y trataba de pasar inadvertida.
Un día le apareció un absceso y cuando lo vio el Doctor Johow dijo que había que sajarlo. Lo llevaron al hospital de niños y con un velo de cloroformo lo abrieron... fue el primero de muchos... ¡Qué dolor! ¡Pobre Mariano! ¡Pobre mamá! La fiebre no le bajaba, lo envolvían en paños fríos, le daban agua... ya no quería comer nada... pasaba el día y la noche semiinconsciente. En un momento de lucidez pidió la Comunión. Mi mamá estaba muy emocionada y le pidió a su profesor —el Padre Pelayo—, que se la llevara. Aunque no estaba ni preparado ni preparándose para hacerla, el padre dijo que bastaba con el deseo y se la llevó... Ni siquiera pudo tragar una Hostia entera, ¡Tan mal estaba!, un trocito le dio y el resto a mi mamá. La enfermedad siguió y siguió. El doctor Johow llevó al doctor Scroggie, un guatón simpático y levantador de ánimo, pero ambos le dijeron a mis padres que se prepararan porque el porcentaje de sanar era del 1 %.
Yo iba al colegio y volvía sola ¡Qué largas se me hacían las cuadras! Me iba por la mañana tempranito para llegar a Misa y pedir por Mariano y por nosotros.
Luego entrábamos al refectorio —enorme comedor— donde había mesas con cubiertas de mármol para ocho personas. En el más absoluto silencio entrábamos y las mesas estaban dispuestas con pan, mantequilla o mermelada o paté y un día a la semana una barra de chocolate, además de un tazón de café con leche. Así empezaba el día a desarrollarse

monótonamente. Mis pensamientos no estaban en los estudios, estaban en casa. Un día oí a un médico que decía: ”... Si se localiza en un órgano vital... será el fin”. No capté lo que quería decir y al llegar al colegio busqué a la Madre Serrano para preguntárselo y ella me llevó a la Capilla de Mater. Encendió una lámpara de aceite por Mariano y me explicó lo que le estaba pasando a mi hermano. Casi no lo podía creer ¡Mariano en el umbral de la muerte! Y no hacía un año que habíamos enterrado a Juan Agustín... ¡Era mucho para mi! Y supongo que para mi mamá también. Ella fuerte como siempre, nada decía, pasaba día y noche al lado de su hijo hablándole, dándole ánimos, haciéndole cariño...

Pasaron unos días, no sé cuántos... Le apareció un flemón enorme en el muslo y en toda la pierna. Tenía la pierna hinchada, enorme y caliente. La fiebre no le bajaba, cada día más débil y más pálido. Vi a mi mamá de rodillas al lado de su cama sosteniéndolo con sus dos brazos. ¿Cuánto tiempo llevaba así? Mucho, muchísimo, tal vez toda la noche. Ella rezaba, lo encomendaba al Señor y lo seguía sosteniendo. Ese puñado de huesos no debe haber pesado mucho, pero el dolor sí.

Lo vio el doctor Johow y dijo que no lo podía llevar al hospital, que no estaba en condiciones de trasladarlo, que lo tendría que operar en la casa, en su pieza. Cuando yo volví del colegio ya estaba terminada la operación y el niño descansaba, su madre también. Después supe que el médico tuvo que sajar su carne en tres sitios y que por su estado no le pudieron poner anestesia... resistió el primer corte y se desmayó ¡Mejor así! Mi mamá, mujer fuerte y valiente, lo sostuvo mientras le sacaban casi dos litros de pus. Ya nadie daba esperanza... se moría... y con él mi mamá ¡Ya no podía sufrir más!

Un día llegó el Doctor Johow con una noticia, se estaba investigando un asunto de anticuerpos y ofreció hacer la prueba. Una enfermera del hospital de niños se ofrecía para que le inyectaran los Staphilococcus aureus atenuados y luego de varios días le sacarían sangre para inyectarle a Mariano su suero. Era una experiencia nueva que podía salvar su vida. Así se hizo y todos rogábamos por el milagro... ¡Qué tiempo más terrible para todos! Mi mamá no se separaba de Mariano ni un momento. Mi papá venía muy seguido del fundo, se paraba a los pies de la cama y lo miraba fija y tristemente. Vi sus lágrimas correr por su cara sin pudor ninguno, los hombros se le estremecían. Sufría como sufren los hombres de su tiempo, sorda e introspectivamente. Me abrazaba y me decía: “Sé que la Olguita lo va a sanar; lo sé porque se lo pido todo el tiempo”. La Olguita era una hermana del papá que murió muy joven y el papá la quería mucho, a ella le rogaba por sus necesidades y le contaba sus penas.

¡Qué terrible es ver sufrir a los padres y no saber qué hacer por ellos!

No supe quién fue la enfermera a la que le debemos la alegría de volver a tener un hermano tan querido como Mariano. Ni supe como se hizo la experiencia, lo único que supe fue que poquito a poco las cosas fueron mejorando. Le bajó la fiebre, no aparecieron más abscesos, el niño empezó a comer algo... pero le quedó el miedo, el terror a la oscuridad, a perder el conocimiento, a quedarse dormido... allí en los brazos de la mamá se quedaba acurrucado luchando por tener los ojos abiertos... hasta que el sueño lo vencía.
Todo se fue normalizando. Mariano se levantó de la cama como un pajarito: débil, frágil y flaquito. Tuvo que aprender a caminar, aprender a comer y a vivir despegado de la mamá.
Pablo y Jorge volvieron a la casa y volvimos a estar juntos, a jugar y a meter ruido. Los domingos íbamos a la casa de la tatá a la calle Pedro de Valdivia. Allí compartíamos con tíos y primos. Al principio Mariano sólo miraba con esos enormes ojos negros, sin ganas ni de levantarse de una silla de lona donde se recostaba. A los pocos meses ya era el mismo de siempre... salvo su miedo a la oscuridad que conservó siempre.
Dentro de lo que podíamos íbamos creciendo, la alegría iba volviendo a la casa. Mariano empezó a engordar de a poco y sus actividades también. Puso mucho empeño en terminar el curso y lo hizo bien. Lo único que le quedó pendiente fue su Primera Comunión, tal como la hacen en los colegios: con vela, brazalete y en una Misa solemne. Todos los niños del curso correspondiente se preparaban y ensayaban su entrada a la Iglesia, todos ordenados por tamaño, y Mariano entre ellos. Estaba radiante ¡Había fecha y tendría su soñada Primera Comunión!... pero no contaba con las pestes, creo que fue el único de nosotros que en su tiempo no le dieron las paperas o la rubeola y justo el día tan esperado amaneció con fiebre y mucho malestar. Muy afligido se acurrucaba en los brazos de la mamá y le preguntaba: “¿Nunca la voy a hacer?” Y mi mamá le decía para consolarlo: “ya veremos, ya veremos”, pero... nunca tuvo una Primera Comunión formal, aunque siguió recibiendo a Jesús, como todos los otros. Pero creo que por mucho tiempo le quedó la pena de no haber estado ese día con sus compañeros.
A todos nos afectó ese año de manera diferente. Pablo tuvo dificultades en los jesuitas y mi mamá no le podía prestar la atención que él requería.
Jorge pasaba malas noches y muchas veces despertaba gritando desesperado; “terrores nocturnos”, decían los médicos, y a pesar de las Luminaletas que le daban y de las aspersiones con agua de Lourdes que le hacía la Tena —a espaldas de mi mamá— , estaba en un estado de nervios permanente, siempre eléctrico. Enflaqueció y le costó recuperarse. Y yo, yo también tenía mis gracias nocturnas: hablaba en voz alta y, como

si fuera poca la fiesta, muchas veces me levanté sonámbula a caminar por la casa y el balcón, asustando a mi mamá que me salía a buscar y me devolvía a mi cama. ¡Pobre madre! No sé como resistió ese tiempo de tanta preocupación y malas noches.
Así fue pasando el tiempo y llegó ¡Al fin Diciembre!, lleno de sol, calor, frutas y verduras frescas, además del anuncio de vacaciones...Pero antes había que terminar el año escolar. Por primera vez en mi vida supe lo que era dar exámenes y sentir el miedo que, como un halo, rodeaba a mis compañeras de curso. Miedo físico, miedo al miedo que, además es contagioso. Algo me debe haber notado mi mamá porque una tarde empezó a hablar conmigo y así fue saliendo lo que yo sentía. Ella, tan práctica, me aconsejó: “Pase del tema, si ha estudiado todo el año y tiene buenas notas, no tiene nada que temer; los exámenes son sólo eso, un recuento de lo que se ha estudiado, nadie quiere poner malas notas porque sí ni hacerles trampa para que caigan. Quédese tranquila y conteste lo que sepa y verá que todo irá bien”. Fue para mí un alivio y pude darme cuenta que tenía razón: di los exámenes y me fue bien.
También llegó el día más importante del año para el colegio: La repartición de premios. En el salón de actos todo el colegio reunido ordenadamente en las graderías y todas las profesoras al frente. Los uniformes impecables, guantes blancos, cuellos y puños almidonados. Las bandas destacando a las mejores de entre las Pequeñas, Medianas y Grandes.
En medio de un silencio sepulcral, entra la Reverenda Madre Superiora y el Capellán. Después de una oración, empieza el acto: llaman a la niña menor con su primer premio, la chica se adelanta tímidamente y se acerca a la Superiora quién le coloca una corona de flores en su cabeza... luego le siguen otra y otra y otra niña, así van pasando las alumnas premiadas. Luego fue el turno de las Medianas...coronas...coronas...calor... calor...falta de ventilación... olor a encerrado...a niña...a adolescente...a falta de baño...coronas y coronas...niñas y niñas...miles de premios...de distinciones...hasta que ¡Por fin! se acabó todo. La despedida del curso superior; la despedida de la Reverenda Madre Superiora y la bendición del Capellán...¡¡Hasta el año próximo!!
Terminar el colegio y empezar a preparar el viaje al fundo era simultáneo. Nos cambiaba la cara, volvía la risa, la buena voluntad, las buenas relaciones. Ese año habría menos que llevar porque habíamos dejado muchas cosas en el fundo así es que con las maletas y ¡El cocaví! más la Tena, nos iríamos en el tren Expreso a San Carlos. Tempranito empezamos a movernos y otra vez llegamos adelantados a la Estación Central ¡Era lo habitual!
Parecía que íbamos descubriendo los paisajes a medida que el tren

avanzaba; íbamos redescubriendo lo que habíamos dejado con tanta pena en Marzo y nos íbamos alegrando...allí íbamos...a lo nuestro...a vivir.
1943
Y otra vez de vuelta a Santiago. Parece mentira lo rápido que se pasan las vacaciones. Otra vez colegio, otra vez cambio de sala, cambio de profesoras y cambio de compañeras. En este año, el Segundo de Humanidades, revolvieron los cursos, entonces tuve muchas otras compañeras. Como yo ya no era “nueva” pude hacer amistades, entre ellas Marisol. Me hice muy amiga de ella, iba a mi casa y yo a la de ella. Si mi papá me compraba alguna cosa a mi, también se la compraba a ella. Compartíamos lecturas e intereses incluso, a veces mi mamá nos convidaba al cine. Por lo visto éramos bastante niñas chicas para nuestras cosas, O sería que el resto del curso era más adelantado. No lo sé, pero las cosas que nos gustaban a nosotras eran diferentes.
Una cosa que me impresionó al llegar a clases fue que las niñas ya no eran tan niñas. Muchas de ellas se habían desarrollado, no sé si en el verano, o que las del otro curso eran mayores que yo, o a lo mejor, nunca me había fijado en ellas. Se veían mayores, más preocupadas de su apariencia, hablaban misteriosamente de “hombres” ¿Serían hombres o muchachos de su edad? ¿Serían chiquillos de los jesuitas que estaban tan cerca del colegio? No sé, a lo mejor un poco de cada cosa.
La nueva clase quedaba un patio más al fondo del colegio, seguía siendo larga, estrecha y oscura. Seguíamos jugando en los recreos, pero en algunos momentos, se cuchicheaban cosas de la vida, del cuerpo o de misterios de la reproducción .En la sala de clases había un nuevo olor: a mujer, a hormonas descontroladas, a regla... Porque una de las novedades era que a mis compañeras de curso les había empezado a llegar la regla. A algunas les había llegado sin que ellas supieran de que se trataba ¡Pobrecitas, el susto debe haber sido mayúsculo! A algunas les llegaba en el colegio y, supongo que las monjas tendrían un abastecimiento de toallitas para ellas. De todas estas cosas yo conversaba con mi mamá, que nunca puso problemas para informarme. Ella me decía que no tratara de educar a mis compañeras, que eso era tarea de sus madres, que no me metiera en líos, que las madres tenían la obligación de enseñar a sus hijas y que, por último, alguna vez en el colegio algo nos dirían del tema. Lo que ella no sabía era que el tema reproducción, órganos sexuales, embarazos y otros temas afines ¡No estaban en el programa! La biología empezaba y terminaba la sexualidad con los unicelulares.
Mientras mis compañeras se preocupaban de su adolescencia, nosotras, Marisol y yo, permanecíamos niñas, con entretenciones propias de esa

edad. Leíamos libros de aventuras, especialmente a Salgari, nos fascinaban los piratas, tanto nos gustaban que empezamos a idear una manera “misteriosa” de escribirnos, con jeroglíficos y mapas. Nos mandábamos papelitos en las clases e íbamos ideando nuestra historia, al margen, naturalmente, de las materias del curso. Todo iba bien, pero... siempre hay un pero en la vida. Otras niñas también se mandaban papelitos, pero eran citas con “hombres” o se pasaban recados de los hermanos y amigos. Mientras todo era a escondidas, no pasó nada... Un día me sorprendieron pasando un mapa a Marisol y ¡Se armó la “marimorena”! La profesora, me mandó a la monja correspondiente, de ella a la maestra generala y de ella a la Madre Serrano ¡Por fin alguien que entendiera algo de nosotras! Ella con paciencia fue hablando conmigo, que no entendía lo que pasaba, y poco a poco fue sacando el hilo de la historia. Las otras profesoras creían que nosotras estábamos en tretas de “citas”, y la Madre Serrano encontró muy entretenida nuestra historia de piratas, mapas y tesoros. Se moría de la risa cuando yo le explicaba el significado de los jeroglíficos y los encontró muy ingeniosos, pero me pidió que no siguiera con nuestras historias en las clases, sino que lo hiciéramos los fines de semana en nuestras casas porque podían mal entendernos. Así fue como nos tuvimos que guardar para nosotras nuestros planes, pero seguía siendo entretenido.

Las alumnas mayores se preocupaban de sus peinados. La moda de ese tiempo eran melenas largas, crespas y “con relleno” en la parte delantera. Había algunas que eran verdaderas artistas en el disimulo — porque en el colegio estaban prohibidos los rellenos—. Contaban las chiquillas que en el estudio de las Grandes se empezó a pasear la encargada de cuidarlas con un palillo y en cuanto dudaba de algún pelo un poco más alto, le ensartaba el palillo y si tenía el mentado “relleno” se lo quitaba y luego castigaba a la “culpable”. No recuerdo que esto sucediera en el estudio nuestro, pero... ¡Las ganas de comadrear eran enormes y cada vez se contaban cosas más agrandadas! De todas maneras lo que sé es que, saliendo del colegio las chiquillas se deshacían los moños, se escarmenaban el pelo, se daban un toquecito de rouge, y... ¡A conquistar!

La Alameda se llenaba de chiquillas de las monjas y de chiquillos de los jesuitas que se miraban con caras de quererse conocer. Algunas podrían hacerlo, ellas, las privilegiadas que tenían hermanos o primos en cursos superiores y que servían de enlace. Esas amistades se consolidarían después en amistades de “toda la vida” y a lo mejor en amores que las llevarían al matrimonio.

De las novedades que tuvimos ese año fue el nombramiento de un nuevo Capellán, el padre Francisco Fresno. En nada hubiera cambiado el

desarrollo del comportamiento del alumnado si no fuera porque el recién nombrado era un sacerdote recién ordenado, joven y, además, muy buen mozo. Esto causó sensación en todos los cursos, aumentó la asistencia a las Misas ordinarias, la recepción de la Comunión y...un aumento considerable de las Confesiones con dicho sacerdote —porque los otros dos que confesaban eran unos viejitos jubilados—. De todas estas cosas que me llamaban la atención podía hablarlas con mi mamá, ella me dijo que no tenía porqué confesarme en el colegio y desde entonces lo hice en los Padres Franceses. La mamá separaba muy bien las cosas de la religión con las tonterías de la juventud y siempre me dio un consejo oportuno.

Otra novedad importante fueron las clases de Ciencias. Teníamos una profesora, la Madre Riicker, que era una monja larga y flaca que le encantaban las ciencias y las enseñaba con verdadera pasión. Guardo en mi mente la primera vez que fuimos al Laboratorio de Física... ¡Qué increíble! Había unos aparatos grandes, pero para nosotros eran ¡¡Enormes!! Uno de ellos era una gran rueda de cristal con un eje que daba vueltas con dos manillas y tenía dos escobillas que la frotaban. Nos tomábamos de las manos, en círculo, y, mientras dos daban vueltas cada vez más rápido, las otras sentíamos un cosquilleo y se nos paraban los pelos. ¡¡Qué cosa más divertida!! Con eso nos demostraban la existencia de la electricidad estática. Otra cosa era un tubo al vacío que tenía dentro unos pedacitos de marfil, una piedra y una pluma. El asunto era saber si se invertía el tubo cual elemento caía más rápido —materia pasada en clase teórica, pero no asimilada, por lo visto—. Se hacían apuestas y todas pensamos que el asunto estaba entre el marfil y la piedra...pero no, no acertó nadie en todo el curso. Al invertir el tubo todo fue cayendo despacito... despacito...y todo junto. ¡Qué asombro el nuestro! Y Supongo que el de la profesora, que no podía entender que su teoría no servía de mucho porque no la entendíamos. Pero así fuimos comprendiendo que la teoría tenía un aspecto práctico y que servía para algo.

También había un Laboratorio de Biología. Allí había aves embalsamadas, un olor a formaldehído muy penetrante, frascos y más frascos con extraños especímenes de peces y moluscos. También descubrí algo que me fascinó ¡¡¡Un insectario!!! Fue el principio de una vocación que me duraría largos años. Aprender a buscar, preparar, guardar y clasificar se convirtió para mí una pasión. Además de leer todo lo que cayó en mis manos para saber un poco más de insectos y su clasificación. Ese verano invitamos a Marisol a pasar las vacaciones con nosotros al fundo y fue el principio de la búsqueda de insectos para el colegio. La monja me pasó un frasco preparado para matarlos y luego nos enseñó a guardarlos en

sobres de papel. Más tarde ella los hidrataría para arreglarles las patas, las antenas y las alas antes de clasificarlas y ponerlas en el insectario. También, debe haber sido ella la que me recomendó un libro sobre insectos de Fabre, muy interesante que me enseñó todo sobre bichos.
Un día llegó Jorge del colegio con una lastimadura en un pié. Mi mamá se sobresaltó y lo lavó muy bien, lo desinfectó con Agua de Alibour, pero nada fue suficiente. Al día siguiente ardía en fiebre. Mi mamá aterrada recordando todo lo pasado con Mariano, llamó al doctor Johow y él le hizo el mismo diagnóstico: Septicemia. Pero este año las cosas eran distintas, la septicemia tenía curación. Se había descubierto y difundido la Penicilina. Claro que eran unas inyecciones muy dolorosas. Se las ponían cada cuatro horas y el pobre Jorge lloraba a mares. Pero a los pocos días sanó completamente ¡¡Un milagro de la ciencia!! Menos mal que no tuvimos otra vez que pasar por la misma angustia que con Mariano.
Ya un poco mayor tuve el privilegio de ser invitada por mi tatá a los almuerzos de los domingos. Junto con mi tío Paco y Nano. Éramos los más frecuentes, otras veces iban mi tía Luz, Alma o, pocos más; eran almuerzos muy especiales, nos daban una comida rica y una conversación de “grandes”. El tío Paco, hombre muy cultivado y leído, no nos dejaba pasaba ningún error, nos obligaba a pensar y a decir las cosas muy claras. Al principio me costó entrar en materia con él, pero de a poco y con su ayuda, todo se fue arreglando. Él me indicaba algún libro para leer o me lo prestaba y después, mientras la tatá dormía su siesta, nos paseábamos a la sombra y lo comentábamos. Nano era muy habiloso y rápido en la manera de captar las ideas, a lo mejor mucho más rápido que yo, pero eso, muchas veces, lo hacía caer y mi tío no perdonaba, le hacía mil preguntas hasta que lo dejaba callado. Muchas cosas aprendí de esas tardes porque era un rato no muy largo, mientras llegaba el resto de la familia y allí nos juntábamos niños con niños y grandes con grandes.
Puede haber sido en esa época que Paquito, el hijo mayor de mi tío Paco, se comprometió y llevó a su novia a “presentarla a la familia”. Fue el primer primo que se ponía de novio, toda una novedad. Mi tatá hizo una preciosa fiesta con toda clase de cosas ricas — trabajo de la Antuca—, flores, y toda, toda la familia invitada. De punta en blanco íbamos todos, muertos de curiosidad de conocer a la novia y ¡Una fiesta es una fiesta, para todos los niños! De los novios no recuerdo nada. Mi tía Matilde, la madre del novio, toda empaquetada, elegantísima, igual que todas las mujeres de la familia. Nosotros, los niños, con la mejor tenida, los chicos con sus trajes de marinero, los mayores con lo que fuera, pero bien, es decir todo marchaba más que bien...O sea, que no había sucedido ningún percance, ni peleas, ni quebraduras de vasos, ni heridas, nada. Todo iba bien hasta

que llegó el momento de irnos: subimos al segundo piso a buscar nuestras cosa e íbamos bajando la escalera despacito, para no meter bulla, en la punta de los pies, en fila todos los hermanos Sala Rivas, cuando a medio camino...y en un silencio total...Jorge soltó un pun, peo, pedo o como se quiera llamar, apocalíptico, estruendoso, tremendo, escandaloso...que dejó a todo el mundo mudo de espanto y nosotros terminamos de bajar la escalera a toda velocidad y partimos...antes que nos dijeran algo. La tatá nunca le perdonó a Jorge la "grosería" ¡Pobre Jorge, cómo iba a atajarlo si estaba tan nervioso!

Al fondo de la quinta había unos columpios, argollas y un trapecio. Generalmente los primos menores ocupaban los columpios y los mayores los otros aparatos. El asunto era hacer piruetas, cada uno inventaba lo que podía: darnos vueltas, sujetarnos con las rodillas, balancearnos cabeza abajo, tratar de hacer flexiones. Nadie nos guiaba ni nos enseñaban; se suponía que los niños "jugaban", y lógico que jugábamos, lo que nadie sabía era cómo lo hacíamos. Así fue como una tarde, Mariano como siempre, quiso hacer de "grande" y nos pidió que lo colgáramos del trapecio con las rodillas...eso hicimos ¿Quién podía calcular la fuerza que él tendría para sujetarse? Nosotros, no... Y, para variar ¡¡Se nos cayó!! Con tan mala suerte que cayó de cabeza y se ensartó una piedrita en la cara... ¡Tremendo susto! ¡Lloraba y lloraba! ¡Se armó el escándalo! ¡Las mamás! ¡Las empleadas! ¡Los tíos! Todos tratando de saber lo que había pasado. Afortunadamente, por esa vez, no fue tanto, el susto y una herida que no tardó en sanar y desde ese día pusieron más atención a nuestros "Juegos".

La tía Luz, hermana de mi mamá, un poco mayor que ella, era muy buena moza y aventurera, siempre andaba de un lado para el otro por el mundo. Inteligente y muy entretenida, le pasaban muchas cosas, conocía a mucha gente, para ella no había imposibles. Educó a sus hijos Alma y Oliverio de una manera distinta a nosotros y con ellos viajó por el mundo entero. Conmigo era muy cariñosa, de sus viajes me traía recuerdos. Una vez fue a Japón y me trajo una muñeca japonesa, no para jugar sino de adorno. Era muy linda, vestida con un kimono, con su gran lazo atrás, sus zapatitos y calcetines, un peinado alto con un moño de pelo de verdad y pintada como las actrices japonesas toda de blanco y con las facciones dibujadas con pincel. Lo más primoroso que tenía era una guagilita a la espalda sostenida con un manto, ¡Se veía muy bonita! Pero lo que a ella se le olvidó fue que tenía otras sobrinas y cuando me entregó la muñeca, a todas les hubiera gustado recibir una. Mi mamá decidió que, para evitar complicaciones, era mejor dividir el regalo y le pasó la guagua a la María Teresa. No sé lo que sentí en ese momento, pero desde entonces me

pareció la muñeca distinta.
No éramos ricos, tampoco nos faltaban cosas básicas, a lo mejor no había para caprichos, pero a eso estábamos acostumbrados y era con poco con lo que nos conformábamos. Una de las cosas que nos encantaba era ir a ver vitrinas al centro con la mamá. Ella nos decía que no valía la pena mirar cosas baratas, que si íbamos a mirar, que miráramos las tiendas más caras. Así nos llevaba a las tiendas de joyas donde nos decía cómo se llamaban las distintas piedras preciosas. O nos llevaba a las jugueterías mejores, allí mirábamos todo lo que podíamos, era algo que nos encantaba, no nos cansábamos de mirar y de asombrarnos. Este vitrineo caro no acababa de gustar al papá que decía que nos íbamos a sentir desilusionados si no nos compraban cosas caras, o que nuestros deseos no se iban a cumplir. Nada de eso pasó nunca, era un gozo de la vista y un aprendizaje de cómo son las cosas buenas. En esos paseos nos encantaba que la mamá hiciera sacarse el sombrero a los políticos del momento. Ella nos avisaba:"Miren, allí viene don Gregorio, fíjense", y a la pasada le decía: "Buenos días, don Gregorio" y él muy serio se sacaba el sombrero y le decía: "Buenos días". Nosotros nos tragábamos la risa. Eran las pillerías de la mamá. No faltaba el personaje al que hacía descubrirse.
En cambio ir al centro con el papá era muy distinto. Él generalmente pasaba a algunas oficinas para tratar de vender la lana o el trigo. También no faltaba la ida al Banco de Chile y el amigo que lo saludaba e intercambiaba ideas con él. Después de caminar toda la mañana haciendo trámites, llegaba el momento ideal, el tan esperado por mí: un gran vaso de leche batida con vainilla, espumosa y olorosa, generalmente en "El Naturista" o en "La Novia". ¡Todavía siento el olor a vainilla y me acuerdo de esos días!
En una tarde en que estábamos haciendo las tareas en la mesa del comedor, Pablo empezó a contar chistes: uno y otro y otro más. Nadie sabía que él era tan bueno para contarlos y lo hacía con tanta gracia que nos moríamos de la risa. Pero el asunto seguía y seguía y Pablo se iba poniendo cada vez más colorado, tanto que mi mamá se preocupó del jolgorio que, además, no nos dejaba trabajar a nosotros. Lo tocó y se dio cuenta que estaba ardiendo en fiebre. Así terminó el asunto de los chistes. No creo que fuera nada importante, pero quedó el dicho: "es divertido, ¿Tendrá fiebre?" aplicado a cualquiera de nosotros. Casi un chistecito secreto.
Se acercaba Septiembre, la época de Circo y Teatro. Vino a Santiago la Compañía de la Margarita Xirgú y traía las obras de García Lorca. Mi mamá se volvió loca de ganas de ir y no sé si fue con mi papá o con la tía Chita y el tío Hernán, pero fue a ver algunas. Las obras las daban por la

tarde y ella llegaba de noche cuando yo ya estaba dormida...pero era tanto su gusto y su emoción que me despertaba y me recitaba trozos enteros.
De La Casa de Bernarda Alba: en la obra, la abuela toma un niño y lo acuna diciendo:
Ovejita, niño mío, Vámonos a orillas del mar. La hormiguita estará en Su puerta, Yo le daré la teta y el pan.
Bernarda, Cara de leoparda. Magdalena, Cara de hiena¡Ovejita! Mee, meee Vamos a los ramos del Portal de Belén.
Mi mamá tomaba a la Violeta, mi muñeca, y con voz de española y acentuando mucho las letras recitaba el trozo que se acordaba. Y luego al final, cuando descubren a Adela colgada de una viga y embarazada...
Bernarda dice: ¡Descolgadla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Llevadla a su cuarto y vestidla como una doncella. ¡Nadie diga nada! ¡Ella ha muerto virgen!
Mi mamá recitaba con toda su voz y entonación: ¡Ha muerto virgen!
Muchos, muchísimos años más tarde fuimos una vez a ver esta obra y ella, a mi lado, encantada, iba repitiendo los trozos que recordaba y lo pasaba muy bien.
Otra de las obras de García Lorca que fue a ver y que le impresionó mucho fue: Rosita la soltera y de ella me recitaba:
Granada, calle de Elvira, donde viven las manolas, las que se van a la Alambra, las tres y las cuatro solas, una vestida de verde, otra de malva, y la otra, un corselete escocés con cintas hasta la cola .
(Claro está que ella me la representaba y actuaba como una actriz y me la recitaba):
Granada, calle de Elvira, donde viiiven las manooolas, las que se van a la Alambra, las tres y las cuatro soooolas, una vestida de verde, otra de malva, y la ooootra, un corselete escocés con ciiiintas hasta la coooola.
Todo esto a media noche...y nos moríamos de la risa las dos, a pesar del sueño tan grande que teníamos.
En la casa de la tatá pasábamos unos momentos muy entretenidos. Nos juntábamos casi todos los primos y formábamos dos equipos de fútbol, ya fuéramos grandes o chicos, hombres o mujeres, pasábamos las tardes jugando, pateando, tanto a la pelota como a las canillas del contrario. Nos caíamos en el maicillo y nos raspábamos las rodillas ¡Había que ver cómo nos quedaban! Y después al colegio. No eran tanto problema los hombres, porque todos los chiquillos estaban con las rodillas rasmilladas, pero yo, una señorita, en un colegio de monjas... era bastante escandaloso. En esos momentos agradecía yo el largo del vestido, así se notaban menos y no había preguntas.
El día de Santa Julia, aunque caía en invierno siempre teníamos una fiesta

especial. Los grandes íbamos a almorzar y luego llegaba toda la familia y celebrábamos a la tatá, y también a mi mamá. En la tarde llegaban todos, todos los primos y tíos, tampoco faltaba alguna hermana de la tatá ¡Qué bien lo pasábamos! Había torta mil hojas con manjar, dulces chilenos, dulces de San Estanislao, también hacían unos bollitos de maizena con mantequilla que eran una delicia, al ponerlos en la boca se deshacían solos, y mil cosas ricas que preparaba la Antuca para ese día. Desde varios días antes estaba trajinando y haciendo cosas ricas. Tenía mi tatá, quién sabe desde cuando, una enorme paila de fierro enlozado donde cabían bien unos 20 litros de leche, allí preparaba el manjar. Una delicia. Le quedaba blanco y suave, todo a base de azúcar y tiempo...mucho tiempo perdido en revolver y revolver la leche con el azúcar hasta que iba tomando consistencia. Nosotros los niños mirábamos y mirábamos hasta que nos concedía una cucharadita ¡Para probar! Eso sólo a los privilegiados porque a los otros no les tocaba nada y luego, cuando estaba listo y guardado para la torta y los dulces, nos dejaba raspar la paila. También eso cuando estaba de buen humor, otras veces lo hacía cuando nosotros estábamos en el colegio.

La tatá era una señora que, además de bonita, era muy distinguida y con gustos finos. A ella le gustaba que se sirvieran en la mesa las comidas y las bandejas las arreglaban de manera que fueran, además de buenos alimentos, bonitos en su presentación. Todo esto presentado en bandejas de plata lo que le daba un gusto especial y a nuestros ojos una categoría importante, así aprendimos a servirnos. Por la tarde, cuando servía el té lo hacía con un servicio de plata que tenía una preciosa tetera gorda y chata y siempre acompañado de algo que nos gustaba.

Mi papá encontró un hombre que había puesto un taller de pantalones a medida. Estaba en un sitio bastante escondido en el centro, era Leo Shantz, un judío que pudo escapar de los nazis. No fue mucho lo que se demoró el papá en llevar a mi mamá, a la Marisol y a mí para que nos hiciera unos pantalones a la medida. Además, nos hizo unos para montar a caballo —guarda peos, le decíamos nosotros, porque eran medio bombachos—. Era el sastre muy cuidadoso en tomar las medidas y nos hizo unos pantalones muy, pero muy justos, por más que le reclamábamos que nos molestaba el tiro, él decía que así caía bien. Nunca nos pudimos acostumbrar a esos pantalones, pero sí “caían bien”, y cuando había visitas nos los poníamos. Tales pantalones duraron y duraron años, hasta que me quedaron chicos. La mamá tuvo que aguantarse el tiro, porque ella no creció más.

1945

Pp arece que la casa en Echaurren no nos quedaba muy cómoda y ese

año mi mamá encontró un piso en el Pasaje República, un departamento muy cómodo y grande: tres o cuatro piezas con ventanas a la calle, baño, un living grande, comedor independiente, cocina, despensa, habitaciones para las empleadas con su baño, un patio de luz donde mi mamá acomodó sus jaulas de canarios. Yo tenía una estupenda pieza, con muebles míos que los pude comprar con el producto de la venta de la miel y de la cera. Tenía una cama, un velador, un extraño mueble negro con unos óvalos celestes a todo su alrededor donde ponía toda mi ropa, en fin no necesitábamos nada más porque teníamos sitio para todo y... ¡La calle para jugar! y muchos amigos e hijos de amigas de mi mamá, así es que cuando volvíamos del colegio no nos faltaba dónde jugar.
El año 1945 fue para mí un año muy especial, dejé de ser niña para hacerme mujer. El cambio no fue muy de mi gusto: me vino la regla y con ella molestias y dolores, nunca sabía qué día me tocaría ni como estar prevenida, menos mal que por información no quedé corta, pero pude entender muchas cosas de mis compañeras que antes eran para mí un misterio. Junto con este acontecimiento me empezó la “revolución de hormonas”, mi cuerpo empezó a cambiar, también mi ánimo y mi genio. Empecé a tener problemas con mi mamá, ella que fue siempre mi apoyo y mi ayuda ahora yo me embestía con ella por cualquier cosa. Me empezaron a salir espinillas, el pelo se me puso grasiento y hediondo. También empecé a sentir un olor desconocido en mi ropa, tanto que llegué a creer que otra persona se la ponía. Menos mal que en ese tiempo llegó la tía Luz de Estados Unidos y de regalo me trajo un desodorante Roll-On, tenía un rico olor y me ayudó a suprimir el olor de la ropa. Seguramente no habría en el país, lo único que recuerdo es que mi mamá me daba bicarbonato para ponerme debajo de los brazos. Otra cosa importante que me pasó es que empecé a crecer, porque yo era de baja estatura, de las más chicas del pensionado y en el curso del año pasé a ser de las más altas, no sé cuanto podría haber crecido, pero era lo suficiente para que me dolieran las rodillas cuando corría. Tiempo de desarrollo ¡Mal tiempo! Me veo flaca como un palo, sin curva ninguna, sin nada de gracia, parece que los brazos los tenía más largos de lo normal, y nada de lo que tenían mis compañeras y que las hacía verse mujeres, yo tenía ¡¡Soñaba con engordar, soñaba con tener pechos y caderas!! Comía más de la cuenta y todo se me iba en gastar, en correr y en moverme.
En el colegio las cosas tampoco marchaban bien, mis compañeras de curso eran bastante maldadosas, se burlaban de todas las que se ponían cerca con algún defecto o decían algo de lo que se podían burlar. Recuerdo que una vez —o varias veces— le ponían papelitos en la cabeza a una compañera que era enferma de tímida y le decían: “Un burrito de

San Vicente lleva carga y no la siente”. La pobre se ponía roja como una guinda y no se atrevía a hacer nada, esto fue hasta que yo me enojé, porque ella era amiga mía, y siguiendo las indicaciones de pelea que me enseñó mi papá, eché el brazo atrás y le socorrí un puñetazo a una chiquilla que la hizo ver estrellas. Fue un escándalo, la chiquilla lloraba, las otras gritaban, las monjas se llamaban...los Clics sonaban y sonaban y nadie les hacía caso, hasta que me llevaron donde la Madre Serrano para que me llamara la atención. Ella, como siempre, quiso saber el porqué de mi furia y yo se lo dije, supongo que me puse a llorar, porque en ese tiempo lloraba por cualquier cosa. Ella comprendió y me ayudó; no era fácil, pero ella lo hizo. Desde ese día tuvieron buen cuidado en andar lejos de mis puños, pero...un día tuvieron su revancha. Estábamos hablando, de lo que hablan las chiquillas que tienen las hormonas revolucionadas, y tuve la mala idea de decir que Raúl era muy buen mozo... ¡Para qué querían más! Empezaron a hacer un coro y decían: “Rrrápido corrrren los rrrrieles por el ferrrrocarrrril” Acentuando las rrrr para que se notara que era por Raúl, y ellas ni sabían quién era este Raúl y ni creo que lo supieran nunca, porque no era del grupo de ellas, ni tampoco mío, era el segundo hijo de una amiga de mi mamá. ¡Así eran las cosas de las chiquillas!

Más cosas pasaron en el colegio. Parece que los corredores eran más largos que nunca y estaban más encerados que el año anterior, eran una tentación demasiado grande para un grupito de amigas y corríamos por ellos a toda la velocidad que nos permitían las piernas y, al llegar a las esquinas nos tomábamos con la mano en la pared y salíamos despedidas al otro tramo. No fue una vez ni dos que al salir del impulso nos vimos ensartadas en alguna monja que fuera de decir: “Ave María” no alcanzaba a más, pero fueron con el acuse a las Superioras quienes decidieron acabar con la entretención haciendo una llamada de atención en el Estudio. Me parece que lo que desencadenó todo fue el aterrizaje en la Superiora de alguna de nosotros. Fin de la entretención, porque la amenaza fue despedirnos del colegio a la que lo volviera a hacer. ¡Qué remedio!

Por lo menos a mi no me faltaba la manera de quebrar las reglas y mi conducta era cada vez peor. ¡Vengan comunicaciones! ¡Vayan castigos! ¡Penitencias! y otras linduras. Pero ya no había quién me gobernara, ni nada que me gustara ni a quién quisiera. ¡Horrible edad del crecimiento!

Así fue pasando el tiempo y llegó el momento en que se dictó una Ley por la cual toda la población se debía vacunar o revacunar contra la viruela. De Sanidad fueron al colegio y por cursos nos vacunaron a todas, con mayor o menor virulencia, nos tenía que brotar a todas o había que volver a vacunar. Recuerdo con espanto la reacción que tuve, se me inflamó la

pierna entera, fiebre y malestar, luego se me hizo un grano muy grande que tardó mucho en sanar. Pero el asuntito no hubiera sido tan tremendo si no nos hubiera tocado la Revista de Gimnasia y si no hubiera sido yo segunda cabeza de fila, pero las cosas se dieron de tal manera que no pude faltar y con mucha fiebre y malestar me tuve que presentar y hacer lo que tenía que hacer y ¡No me pasó nada, ni desmayo, ni falta alguna!, pude terminar la actuación bien y después me fui ¡A la camita!

Durante ese año las niñas que cumplían los 15 años daban un pequeño "bailoteo". Se juntaban unas pocas chiquillas y los pocos jóvenes conocidos para bailar, lo que se supiera. Yo no sabía bailar y era bastante tronco para llevar el compás por lo que mi mamá tomó una determinación: "no sería yo la que planchara en las fiestas por no saber bailar" y se notició de una academia de baile que quedaba cerca de la casa y, con la tía Chita nos matricularon, a mis primas y a mí; ¡Vaya clases esas!, un montón de niñas de nuestra edad haciendo los pases para poder seguir a la profesora y a su marido; así "paso a paso y golpe a golpe", ¡De puntero, claro está! Aprendimos a bailar rumba, zamba, corrido, vals, bolero y ¡Hasta ahí llegamos! Porque el paso siguiente era meterse en los caracoles del tango y eso fue imposible a aprender.

Ya preparada me invitó Marisol a su fiesta y muy arregladita fui. Habían unas seis parejas: las mujeres compañeras de colegio y las hermanas de Marisol más los varones, amigos de sus hermanos. La música eran discos de 78 rpm o sea viejos y cascados. No importaba tanto porque el alboroto de los hermanos menores de Marisol y seguramente amigos de ellos apenas dejaba oír algo. Era mi primer encuentro social, mis primeros bailes, en realidad todo era primer... en ese bailoteo; también fue el primer encontronazo que tuve con un avispado joven que, con la mano que tenía por detrás de mi cintura, la fue subiendo hasta ¡Tocarme el pelo! ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho porque de un puñetazo lo separé de mí! Estaba enfurecida, yo no sabía que se podían tomar esas libertades. Fue un momento terriblemente conflictivo, y debe haber intervenido la madre de Marisol para calmarme porque del resto no me acuerdo. La sensación de atropello, por no decir violación, me dejó por mucho tiempo marcada.

Mi pelo, mi pelo liso y lacio tenía muy poco arreglo. Ya no se usaba el pelo corto como paje, sino las melenas largas y onduladas, los pelos pesados y armoniosos, no tenían nada que ver con lo que naturalmente tenía yo. En uno momento de inspiración mi papá me llevó donde una señora amiga suya que tenía una gran peluquería en el centro de Santiago, nada menos que en el Hotel Carrera. Allí la señora le propuso a mi papá: una permanente, y sin más me vi sentada como una mujer grande en un sillón y con mis mechas metidas en un artefacto que parecía electrocutador. Yo

no me atrevía ni a moverme, me parecía que me iba a dar la corriente, y empezó a hacer calor, y a salir vapor, y a oler a quemado... Ya me sentía pelada al rape cuando me sacaron del artefacto y mi pelo quedó ¡Crespito! ¡Parecía africana de pelo rubio! Después me peinó y sí, no puedo decir nada, me veía bien, no era yo la de siempre, pero me veía mejor... Hasta que la semana siguiente me lavé el pelo se encrespó entero, toda la cabeza era una mata de crespos, ¡Un espanto! Tuve que volver donde la señora para que me peinara. Fue un asunto de nunca acabar porque, o tenía el pelo liso y lacio o crespo de mota. Mi mamá descubrió que si me ponía unas tiras enroscadas al pelo en las noches, me quedaba bastante aceptable, y eso fue lo que hicimos durante muchísimos años.
También yo cumplí quince años y aunque un poco más tarde, también tuve un bailoteo, fue en casa de mi tatá, fue algo muy chico y más que nada simbólico, porque estaban mis amigas más íntimas y los primos. Todos los primos de todas las edades que lo más que querían era molestar a los que eran un poco más grandes y comer torta. La música fue un problema porque no teníamos como poner los discos hasta que apareció una victrola del año de ñauca, pero que sonaba con los discos y ¡Hasta pudimos bailar! Uno, dos, vuelta al pie. Y, uno, dos y vuelta al pie. No podíamos ni respirar porque perdíamos el compás, ¡Menos mal que fue corto y temprano se fue todo el mundo, después de comerse una rica torta de la Antuca!
Frente a nuestro departamento daba la parte de atrás del Laboratorio Chile, los garajes, bodegas y un montón de cosas desechadas. Una noche despertamos con una alarma ¡Se estaba quemando la parte de atrás del Laboratorio! A toda prisa nos vestimos con lo que tuviéramos más a mano, los bomberos nos apuraban, las sirenas sonaban, las bombas atronaban el silencio de la noche con su ulular. Parece que mientras más prisa, más torpes estábamos todos los habitantes del edificio. Rápidamente nos sacaron y nos mandaron a otro edificio donde gente de buena voluntad nos acogió. Fue un susto terrible, yo siempre le he tenido miedo al fuego desde el incendio en el fundo y ahora con las llamas tan cerca era aterrador. Menos mal que quedamos todos juntos en la casa de una conocida de mi mamá y allí había una niña más o menos de mi edad, con ella hice una buena amistad.
Del Laboratorio Chile no quedó nada más que cenizas y fierros retorcidos, se tuvieron que ir a otra parte menos central y, al tiempo después arrendaron los garajes a unos italianos representantes de unos autos preciosos. Si no recuerdo mal eran Cisitalia, si es que se escribe así. Los mecánicos no hablaban nada de castellano y mi mamá, de sus recuerdos en Italia alguna palabra recordaba y les metía conversación cuando salía a comprar algo. Ellos se encantaban con ella y con nosotros que metíamos

la nariz por todas partes. Una vez uno le dijo a mi mamá que a ella sí le entendía porque “parlaba cosi bene lo spañolo” ¡Y ella es forzándose tanto por sacar su italiano a flote!
Una tarde llegaron Pablo y Jorge felices del colegio ¡Los habían propuesto para la tropa de Lobatos! Una actividad previa a los scout, estaban felices. Nos contaban de las cosas que aprendían, los nudos, la pañoleta, los paseos que harían. Mi mamá muy contenta y yo... con una envidia tremenda, en esos tiempos no había guides, las mujeres estaban excluidas de esas actividades ¡Cuánto me habría gustado a mi ser scout! Pero ya que no podía participar, ayudaba a mis hermanos y de paso aprendía a hacer nudos y nos preparábamos para hacer nuestras excursiones en el fundo. Era una ilusión que me mantenía un poco despierta porque estaba pasando unos momentos de pesadilla:
El colegio: una pesadilla El uniforme: una pesadilla Mi pelo: una pesadilla
Mi familia: una pesadilla Mi cuerpo: una pesadilla
En casa buscaba pelea a mis hermanos, hasta lograba sacar de sus casillas a Pablo. Con Jorge no era problema porque con cualquier cosa entrábamos en conflicto y acabábamos peleando. No sé ni como mi mamá me aguantaba tanto desorden. Mi aliado en todo era mi papá, seguramente le daría lástima ver a su regalona disparando a diestra y siniestra. Él me convidaba a pasear, a tomar leche con vainilla y a comprar ropa adecuada para “una señorita”. Bien poco me gustaba esa parte del asunto, pero él no me preguntaba nada sino que llegaba a casa con su paquete de vestidos o de zapatos que eran un suplicio, jamás hubo un zapato que me acomodara, los que más toleraba eran los zapatones del uniforme y unas sandalias carmelitanas ¡Mis pies no se hicieron para ponerse zapatos, lo mío era andar descalza! Lo que en Santiago era imposible.
Estaba terminando el año escolar y yo ya no podía más con el colegio. Menos mal que en un momento de acercamiento pude hablar con mi mamá de ello. Me encontró toda la razón y me dijo que hiciera como mejor me conviniera. Una tarde fui a la Maisonnette a hablar con Madame Gabriela, ella me conocía desde muy chica y sabía cómo era yo. Le expliqué mis problemas en las monjas y me dijo lo más lindo que se le puede decir a una adolescente: “El colegio está abierto para ti, mejor dicho, nunca ha estado cerrado, cuando quieras vuelve a tu puesto”. Entre lágrimas la oí, pero...tenía que cumplir con un trámite legal: las alumnas en las monjas no daban exámenes válidos, entonces tenía que dar “Madurez para cuarto de Humanidades”. Ella me explicó lo que tenía que hacer en el Ministerio de Educación y me dio una recomendación. Al día siguiente falté al colegio y fui al Ministerio que quedaba muy cerca, llené los papeles y se

los llevé a Madame para que les diera su aprobación. Ella los firmó y me dio los planes de estudio que tendría que estudiar durante el verano para dar los exámenes en Marzo. Todo me salió bien y cuando fui a hablar con la Madre Serrano a contarle que me retiraba del colegio ella fue muy cariñosa y me comentó que ese colegio no era para personitas como yo y, quedamos tan amigas como antes. Ya ni me interesó el final del curso, ni la Kermess ni la Revista de Gimnasia, todo pasó a segundo orden. Mi mamá me financió los libros en los que tendría que estudiar para aprobar "La Madurez". Eran tres cursos y con materias que yo no había estudiado, pero los libros eran interesantes y enganché con ellos. Desde el principio empecé a estudiar con un plan nada que ver con mi anterior comportamiento, ahora sí que había cosas que me interesaban, y un motivo para estar alerta.

De todas maneras, seguía yendo a almorzar a casa de mi tatá los domingos y ahora tenía tema para hablar con mi tío Paco. Él se interesó mucho en mis estudios y me enseñó a estudiar con orden y no sólo las cosas que me gustaban, él me metió con las asignaturas que yo más odiaba como historia, él sabía encontrar el punto que me pudiera entretener, y fui una alumna aprovechada.

No todo era hablar de cosas serias los domingos, también armábamos unas "pichangas" en el maicillo de delante de la casa, marcábamos los arcos y nos sorteábamos los primos en dos grupos iguales y... vamos jugando y pateando la pelota y las canillas de los que se pusieran por delante. En uno de esos partidos me torcí una rodilla y quedé con un dolor muy grande, no pude seguir jugando y ni siquiera pude andar. El lunes me llevaron al doctor Johow él me vio y dijo que mientras durara la inflamación no podía hacer nada, así es que me vendó y me citó para la otra semana. ¡¡Pobrecita yo!! En camita, pero si no me levantaba no tenía dolor. Pronto me conformé y empecé a estudiar con muchas ganas lo que me sirvió para adelantar en las materias.

Pasado el tiempo prescrito por el doctor Johow lo fuimos a ver y dijo que tenía dislocado un menisco y que de momento no había nada que hacer salvo tener la rodilla inmovilizada. Me puso un yeso y...otro mes de descanso.

Es muy aburrido estar en cama especialmente para una persona tan inquieta como era yo, mi mamá hacía todo lo posible por ayudarme, hasta salíamos a dar una vuelta por el barrio y si en el Cine República daban alguna película para niños, también me llevaba. ¡Cuántas malas cosas quedaron borradas entre nosotras! ¡Con cuanto amor me trató mi mamá!

Todos los años teníamos vacaciones de invierno, dos semanas que nos servían para descansar y separar los dos semestres. También en

septiembre teníamos otras vacaciones extras de unos diez días, dependiendo del día en que se celebraran las Fiestas Patrias. Lo habitual era salir de Santiago, nosotros íbamos a pasar esos días a Las Cruces, a la casa de doña Blanca.
La costa central es fría y húmeda en el invierno. Si no llovía, había una garúa mojadora. Nada impedía que saliéramos bien abrigados, ya fuera a las playas del norte, a buscar conchitas y a correr, correr con el viento desordenándonos el pelo, azotándonos la cara. Otras veces íbamos por el camino a Santiago hasta una laguna muy linda de juncos y totoras, donde iban a pasar el invierno una multitud de pájaros que luego anidaban: había patos silvestres de todo tipo, desde las taguas hasta los patos grandes y los cisnes de cuello negro que son una maravilla de la naturaleza. “Los bellos cisnes de cuello negro, de terciopelo, se han ido lejos porque del hombre tienen recelo” escribía Magallanes-Moore. Nos acercábamos todo lo que podíamos y más de una vez nos mojamos los pies en las orillas.
Si la lluvia era fuerte nos quedábamos en casa y organizábamos juegos, no muy ordenados y bastante bulliciosos. En esas oportunidades mi mamá nos enseñaba los juegos de naipe que su abuelo Juan Francisco les enseñó: póker muy elemental y 21 real. Fuera como fuera ella siempre nos salía ganando todos los porotos apostados.
A veces mi papá iba con nosotros y se quedaba unos días. Con él todo era deporte y paseo, no importaba si hacía frío o estaba lloviendo, él decía que los cambios de temperatura eran buenos para la salud. Caminar con él a tranco largo y rápido nos calentaba el cuerpo, nos ponía coloraditos y contentos: si íbamos a la playa ¡era una fiesta!, competencias de salto largo, carreras y competencias para levantar pesos. Con piedras redondas hacíamos pesas y luego las tirábamos. Hacíamos flexiones de tronco y profundas inspiraciones, para desarrollar los pulmones, eran muy importantes, en especial para mí, que había tenido una pulmonía años atrás, por lo que tenía que recuperar lo perdido.
Después de tanto ejercicio llegábamos muertos de hambre a devorar los pescados y mariscos del tiempo y unas “porotadas” de antología.
Me parece que no hubo rincón que no trajináramos, ni playas donde no nos metimos, ni árbol al que no nos encaramáramos. Nos llamaba la atención unos eucaliptos que había en un llano sobre las rocas de las playas, allí soplaba el viento todo el tiempo y los viejos árboles crecían inclinados al oriente, casi en paralelo a la tierra.
¡Qué rico era respirar el aire de mar oxigenado, puro y salado, con un olor a vida que nos llenaba los sentidos!
Con la marea baja íbamos a la Punta del Lacho a escalar rocas, había una más alta desde donde mirábamos el inmenso océano y las olas que

subían y bajaban moviendo los huiros y los cochayuyos como enormes cabelleras de un lado a otro. Así muchas veces, en un arranque de inicio romántico, pensé que sería mi vida, arrastrado de un sitio a otro. Cuando la marea estaba alta, se formaban grandes olas que reventaban con una fuerza titánica en los roqueríos, vaporizando el agua. Si lográbamos convencer a los papás que nos acompañaran nos encantaba acercarnos lo más posible hasta sentir la neblina mojadora y energizante.
Entre las rocas, casi al final de la Punta había una poza que se limpiaba con la marea y era un cultivo de moluscos y de cangrejos de todo tipo. Cuando se podía llevábamos unos tarros perforados y amarrados con un cordel, le poníamos de cebo unos choritos machacados y los dejábamos hasta que los langostinos se acercaban a comer y los recogíamos. Nos sentíamos ¡Pescadores! Doña Blanca tenía la paciencia de hervirlos y de servirnos un plato de pequeños langostinos rojos y finos que apenas tenían sabor.
A pesar de que en la Playa Grande sacaban muchas jaibas moras, nunca pudimos sacar ninguna, por lo visto hay que saber hacerlo porque se entierran en la arena. Dicen que se sacan con unas tablas con clavos, pero no me consta.
En el almacén de las Uribe, de las viejas Uribe, hacían pan amasado. Debe haber tenido una gran cantidad de grasa porque era riquísimo, claro ¡Era antes de la era del Colesterol, de las UV y de otras miserias! Además de almacén era la única central telefónica, así es que toda la gente del balneario se reunía para copuchar mientras esperaban el turno. Nosotros acompañábamos a mi mamá y de paso jugábamos con las niñas Uribe, ellas no tenían edad, puede que fueran de mi edad o mayores o mucho menores, ellas se conservaron igual por décadas. La central telefónica era muy antigua, con contactos en un panel donde se enchufaban unos pitutos de colores y así se conectaba a los teléfonos.
Por la orilla del mar, hacia la Punta del Lacho, había un acantilado de rocas, entre ellas un caminito de apenas una persona por el que nos íbamos en fila india con la mamá en busca de los tesoros que las playitas nos tenían cada día. Más allá de la caleta de pescadores, bien escondida entre dos grupos de rocas, había una gruta con una Virgen de Lourdes muy bien arreglada. La gente la visitaba y estaba siempre con flores frescas y velas encendidas. Al pasar se nos escapaba una Ave María para que la Virgen nos acompañara. Pasando por entre las rocas había una pasada bien peligrosa y donde siempre nos ayudábamos unos a otros para caer en una playa muy blanca llena de conchitas de todas clases. Siempre empezábamos a juntar unos caracoles blancos muy dibujados (príncipes) otros gordos y pardos (los generales), otros largos, cónicos y

flacos (princesas) unos negros chicos y nacarados (soldados), y otros negros con rayas blancas (trabajadores). Con conchas de locos delineábamos los castillos y con lapas dibujábamos los torreones. Con todo este dispositivo podíamos pasar todas las tardes inventándonos cuentos y haciendo batallas, robándonos las princesas y los príncipes rescatándolas. Al fin de los cuentos teníamos que volver con el frío de la tarde a refugiarnos en la casa y a seguir en los cuentos que no acababan. Fuimos niños felices y muy entretenidos.

En el colegio todo seguía igual. Yo cada vez más rebelde. En casa tampoco las cosas mejoraban, ¡Qué distinto era todo cuando estábamos de vacaciones de cuando llegábamos a Santiago! La adolescencia me tenía fatal. Yo creí que jamás saldría adelante, pero tenía una madre que se las sabía todas. Ella me fue guiando poco a poco, a veces con la ayuda de mi tía Chita otras con la ayuda de mi papá. Ella fue a la que se le ocurrió que, para acortar el año escolar, acompañáramos al papá al fundo en septiembre. En esos tiempos teníamos quince días de vacaciones de invierno y otros quince días en septiembre.

Fue un viaje inolvidable, nos fuimos en tren a San Carlos. El paisaje era muy diferente al del verano, la cordillera estaba muy nevada, los ríos tremendamente caudalosos y los potreros empezando a verdeguear. Como siempre fuimos tratando de reconocer las cumbres que conocíamos y el viaje se nos hizo cortito.

La sorpresa mayor fue la llegada a la estación, nos esperaba Lorenzo Contreras con los caballos ensillados. Muy poco equipaje teníamos por las dificultades para llevarlo, eso lo debe haber sabido el papá, porque nosotros no sabíamos nada. Llevábamos una pequeña maleta que cargaba Contreras y, al pasar por el pueblo, fuimos donde las Lamas a llevar las prevenciones con mercadería, tanto las del papá como las de Pablo. En mi montura no se podía poner nada porque la silla era inglesa con doble pellón de cuero de oveja.

Clic, clac, clic, clac...sonaban las herraduras de los caballos en el pavimento y luego, un poco más suaves, en el camino ripiado que va a la cordillera. Al principio era muy entretenido ir viendo el paisaje, las chacras en los alrededores del pueblo estaban aradas y listas para ser sembradas de papas. Lento, muy lento íbamos a compás de la marcha de los caballos. Mi papá nos decía: “Sáquele marcha, no lo deje trotar, acórtele las riendas, afirme las piernas”. Nosotros hacíamos lo posible por obedecer porque él era un ejemplo. Firme, derecho, con sus piernas muy apretadas a los costados, su caballo le obedecía en todo.

No tengo muy en la memoria cuales caballos montábamos, pero lo más posible es que Pablo fuera en La Chiripa y yo en La Canela, dos yeguas

mansas, pero con buena marcha.
Muy lento íbamos rumbo a San Roque, de mi tío Hernán Rivas, allí dormiríamos para salir muy temprano al Durazno. Llegamos a “Tres Esquinas” y tomamos el camino a Zemita. ¡Hasta aquí nos llegó el ripiado! Todo lo que seguía era barro, barro blando, batido con mucha agua por las lluvias primaverales. Había que estar atentos a las pozas porque no se sabía cuan profundas eran, o sea ¡Ocho ojos fijos en el camino! Ni nos dimos cuenta de que el paisaje estaba cambiando, hasta que al llegar a las casas de Zemita nos sorprendió el denso y profundo olor de los inmensos y viejos aromos, que empezaban a amarillear. Fue la bienvenida a “nuestras tierras”. Llegando a las casas de Zemita tomamos el camino a San Roque, cortito se nos hizo esa parte del camino porque era conocida y, bien conocida por nosotros.
La dueña de casa nos atendió muy bien con una comida rica y nos pudimos acostar a dormir para recuperar fuerzas para el día siguiente. Después de desayunar, muy tempranito por la mañana, empezamos a caminar hacia el Durazno. Parece que por la noche cayó algo de lluvia porque los aromos estaban cargados de agua, largo el camino entre los árboles con flores, tan olorosas...llegamos a la Cuesta Blanca y casi de inmediato a los pinos huachos. Estos pinos son los que dejaron sin talar de un bosque que plantó el abuelo de mi mamá y que ella vio regar con pipas de agua cuando era niña, por eso tenían una significación especial para nosotros, árboles inmensos que sombreaban el camino y daban un olor muy característico. Poco a poco el paisaje iba cambiando, de pinos a potreros barbechados, listos para la siembra de trigo, con uno que otro roble desmochado para que no sombrearan la cosecha. Clic, clac; clic, clac...iba pasando la mañana, clic, clac, clic, clac, nos ibamos acercando a nuestro destino. Las nubes que cubrían la cordillera se movieron y nos dejaron ver los volcanes, el Chillán y el Longaví, ¡Preciosos y todos blancos de nieve! Y...los Zorrinos...ya estábamos casi en casa, todo era conocido y el papá nos iba diciendo donde pensaba sembrar o cual potrero iba a dejar en rezago...donde iba a poner las ovejas para que parieran sin peligro...los parideros que iba a mandar a construir...en fin todos adelantos para la mejor explotación de esas tierras.
Así llegamos al Calvario y desde allí se podían ver los castaños que estaban empezando a brotar, se veían casi sin hojas, tristes. Nos parecía mentira que esos árboles fueran los mismos bajo los cuales jugábamos en verano. Todo era distinto, pero también excitante.
Días de fundo en primavera, de tiempo cambiante, bastante fresco. En la huerta no había nada, estaba toda arada esperando que brotaran los almácigos para replantar... tiempo de primavera muy lindo todo, pero

¡Bastante pobretón! Nos arreglamos con lo que había. La Ramona era nuestra dueña de casa y se las ingeniaba para darnos de comer con lo que llevábamos y con lo poco que había, o sea, porotos y papas viejas. Cuando la dieta se hizo carente de proteínas el papá nos pasó la escopeta, dos tiros y nos mandó ¡A cazar! No era tiempo de conejos así es que nos pusimos a acechar ¡Pajaritos! Vimos una bandada de torcazas que volaba de un lado a otro, la fuimos siguiendo por La Borracha y al caer la tarde las vimos posarse en un roble al medio del potrero. Despacito nos fuimos acercando, y cuando estuvimos debajo, pusimos la escopeta afirmada en el suelo y apuntando al bulto ¡Disparamos! De los tiros que nos dio el papá, ocupamos sólo uno y bajamos siete torcazas, no sería mucho, pero eran ¡Proteínas! La Ramona se encargó de faenarlas y de cocinarlas, quedaron convertidas en un puñado de huesos con una carne negra bastante hostigosa que a mi papá le gustó, pero a nosotros no, las comimos porque había que hacerlo.

En el potrerillo que había al lado del camino había una vega, en el verano no se notaba, pero ahora estaba muy mojada y con las casas de los camarones fresquitas, nos dieron el dato de cómo sacarlos y una tarde partimos los hermanitos a “camaronear” a pura mano. Cuando encontrábamos una casita, metíamos la mano y hacíamos el vacío subiendo y bajando la mano, rasmillándonos los nudillos, pero... ¡Premio! Un camarón entre los dedos, nos entusiasmamos y empezamos a buscar en un lado y en otro hasta que logramos unos cuantos, así con las manos sangrando llegamos con nuestro trofeo ¡¡La cena!! Estaban muy ricos, mucho más ricos de lo que jamás probé, porque era el tiempo y nos habían costado nuestro trabajo y ¡Nudillos!

El río sonaba como nunca lo había oído y al hablarlo con el papá dijo que seguramente estaba crecido y un día fuimos los tres, bien abrigados a verlo. Nunca lo había imaginado, el remanso donde nos bañábamos en el verano estaba lleno, no se veían las piedras donde nos asoleábamos, y corría muy fuerte, impetuoso, achocolatado arrastrando ramas y piedras de la cordillera, un espectáculo impresionante ni parecido al manso río donde nos bañábamos en verano ¡Impactante!

Una cosa que nos llamó mucho la atención era el frío de la casa. Era una casa de madera de roble sin más abrigo, las piezas daban a un corredor y el viento se colaba por todas partes, en especial por las ventanas que no tenían vidrios sino tapas de madera. A nosotros nos calentaban la cama con ladrillos calientes envueltos en un paño y por la mañana nos despertaban con el desayuno calientito que nos sabía a gloria. También nos calentábamos en la cocina y en la galería ponían un gran brasero que nos entibiaba las noches.

No recuerdo haber tenido lluvia, pero el sol calentaba poco. El pasto de los potreros estaba muy verde y las ovejas se engolosinaban con él. Era tiempo de parición, tiempo de corderitos ¡Qué lindos eran!
Como copitos de nieve unos, y otros con la cabeza negra —eran las dos razas de ovejas que había en el fundo—. A las ovejas de término las llevaban a los corrales y en el galpón de la esquila, parían. Eso se empezó a hacer porque mi papá se dio cuenta de la cantidad de corderos que se perdían porque las madres primerizas las dejaban abandonadas, y a otros se los comían el zorro o el puma. No faltaba la oveja que no reconocía a su hijo o que malparía, entonces, esos corderitos los llevaban a nuestra casa y la Ramona les daba de comer con una mamadera. Ese año yo también colaboré en esa faena y me sentí mamá ¡Qué hermosos eran los corderitos y qué cariñosos! Nos seguían por todas partes, hasta que los ovejeros les encontraban una madre sustituta.
Otra entretención que teníamos era salir con los hijos de la Ramona a buscar pinatras y quideñes, unos hongos que le salen a los robles y a los hualos; eran muy ricos, sobre todo cuando son pequeños, son muy sabrosos ya sea comerlos recién sacados o aliñados como ensalada. El sabor lo tengo en el paladar y lo reconocería en cualquier lugar, fue parte de las aventuras de ese paseo.
Entre tortillas al rescoldo, picantes, mote y quideñes, el tiempo pareció volar y las dos semanas pasaron y tuvimos que empezar a volver. Siempre duele dejar lo que se quiere, pero ya volveríamos en el verano.
Tuve un problema, la noche anterior me vino la regla, tuvimos que romper una sábana para que yo la usara, ese no era tema a tratar con el papá además ¡Ni se me ocurrió decirle nada! El camino se me hizo eterno, los calambres, el dolor, la incomodidad, cada paso de la Canela fue un suplicio. Me afirmaba con las dos manos a la montura para ver si me podía acomodar, pero nada. A duras penas llegamos a San Roque donde me prepararon una tina de agua caliente ¡Qué alivio! Me relajé, me sentí nueva y optimista para enfrentar el día siguiente. Una sopita y a dormir que al otro día había que partir muy temprano para tomar el tren en San Carlos.
Molestias más, molestias menos llegamos a la casita y ¡Qué bueno fue volver a estar con mi mamá y contarle mis desventuras! Sea como sea y a pesar de la adolescencia tan rebelde, había momentos en que todo se me olvidaba y los brazos de la mamá estaban allí para confortarme.
Llegó la primavera, rápidamente el calor y el fin de curso. Dejar el colegio, las monjas o las compañeras no fue tan terrible como lo creí. Tenía algo importante en la mente: aprobar el examen de Madurez para entrar a cuarto año de humanidades. A pesar del desorden de la edad tenía algo donde descargar toda la energía, la mental y la física. Ese verano seguí

creciendo en estatura y madurando.
1946
Pp or tener que dar los exámenes en Marzo, ese año volvimos antes a Santiago. Yo estaba con idea fija y todo lo que pensaba era en los exámenes. A los pocos días tenía ya las fechas. En dos días y en doble jornada tenía que rendir Matemáticas, Castellano, Historia y Ciencias. Los exámenes eran en el Liceo que estaba en el centro y eran individuales, y orales. Cada materia tenía una sala de clases con su nombre escrito y una profesora. Las alumnas entrábamos, dábamos el examen y nos cambiábamos de sala, un poco desorientador, pero había que hacerlo. Lo bueno era que daban la nota al instante, así se sabía cómo nos había ido: aprobar o suspender.
En todo me fue bien, ya estaba con todo terminado, hasta que me llegó la última materia: Matemáticas... empezó el examen con una materia con la que no tuve problema, todo iba sobre rieles hasta que me pusieron una ecuación de segundo grado, cosa que yo no había visto nunca, no sabía lo que era y así se lo dije. La profesora me miró con pena y me dijo: “No puedo aprobarla para entrar a quinto año de humanidades” a mi se me abrió la mente y le dije: “¡Pero si voy a cuarto”! y ella me felicitó y me aprobó. ¡¡Misión cumplida!!
Ya estaba con mi papeleta lista para ingresar a la Maisonnette, mi colegio de niña, me sentí muy contenta y, claro ¡Contenta yo, contentos los padres, contenta la familia y ¡Aliviados de que por unos días iban a descansar de las furias adolescentes!
Dejé para siempre el pesado uniforme de lana azul con sus cuellos y puños almidonados para usar el lindo uniforme del nuevo colegio: falda escocesa con blusa blanca y chaleco azul, se veía tan bonito y tan sentador como un traje de fiestas.
Éramos un pequeño grupo de alumnas, doce en total y nuestra sala estaba en el segundo piso ¡Tantas cosas que aprender! ¡¡Tantos libros que leer!! ¡Tanto apuro por desarrollarme! Parecía que el cuerpo me crecía de dentro para fuera, no engordaba ni un gramo y seguía creciendo, parecía un palo de escoba sin curva ninguna, pero sintiendo que me hacía mujer. Sensaciones extrañas, momentos desorientadores, deseos, deseos de nada concreto, pero con ganas de llorar por todo, pero en especial en la lectura de libros románticos.
Cumplí 15 años ese mes de marzo y, con novedad, en el verano había conocido a un primo segundo, vecino de Zemita. A lo mejor lo había visto antes, pero no me había llamado la atención. Un día apareció por casa, quien sabe con qué disculpa, a lo mejor un recado de su padre al mío...a lo mejor, simplemente llegó. No era yo muy de coqueteos, era más bien seca

y terca, no me gustaban las relaciones de chiquillos, no me sentía muy madura y, además, tenía pocos amigos, entre ellos Gonzalo, mi amigo de toda la vida, casi mi hermano.
Así llegó Fernando a mi vida, era unos meses mayor que yo, mas o menos de mi estatura, delgado, tipo claro, ojos verdes, pelo ondulado y con una nariz “pico de loro”, guapo, bien vestido y bien plantado.
Estuvo yendo a verme alguno que otro domingo por la tarde hasta que un 7 de junio me dijo que me quería y que si quería pololear con él. ¡Un mundo nuevo se abrió para mí! ¡Pololear! Era una meta inalcanzable para cualquier niña de 15 años y él me gustó, porque a pesar de su edad era mucho más maduro que yo, iba un curso adelante en los Padres Franceses. Como se había educado entre adultos y era muy inteligente tenía conversación y modales de adulto.
En esos tiempos se pedía permiso a los padres para pololear, era una cosa importante, un paso en la vida. Lo hablé con mi mamá y ella me dio permiso, claro que con limitantes: visitas los miércoles por las tardes de 6 a 8 y los domingos también. O sea, visitas carcelarias, pero para empezar no estaba mal.
Nos bajó el arrebato del enamoramiento, el romanticismo se metía en todas las cosas de la vida, descubrimos a Bécquer, a Brahms y a Beethoven; descubrimos el lenguaje del amor, los papelitos que él me dejaba en la ventana de mi pieza y las respuestas que yo le dejaba también allí, los llamados por teléfono, eternos llamados. Cuando se nos acababa el tema él me ponía un disco, yo lo oía y ¡¡Suspiraba!! Recuerdo haberme oído todas las sinfonías de Beethoven por ese conducto ¡La paciencia de mis padres! Y ¡El bolsillo del suyo!
En las horas de visita nos sentábamos en un saloncito que había al lado del hall. Allí había puesto mi mamá dos sillones, en uno de ellos y bien alejados, nos sentábamos a conversar, entre ambos ¡Un cenicero! Porque el niño de 15 años sacaba cigarrillos en mi casa y nadie le decía nada, tampoco era que fumara mucho, era la manera de ser mayor. Así pasaban las dos horas de visita con mis hermanos pasando de un lado a otro y...nosotros hablando y hablando...Quién sabe de qué. El único tema que recuerdo era sobre pensamiento, el saber pensar y el cómo pensar, y la insistencia mía en que me enseñara a pensar. A saber cuál fue la conclusión de esos profundos pensamientos, pero algo debe haber quedado porque todavía lo recuerdo.
En el colegio todo iba muy bien y muy entretenido. Había un amplio abanico de lecturas y entre ellas había que elegir algunas para hacer resúmenes y estudio de personajes. Como los libros estaban en el colegio yo me los leí todos para luego elegir unos cuantos ¡Vaya atosigamiento de

literatura española! Muchos años más tarde traté de leer algo de Alarcón y me pareció densísimo.
No sólo había literatura que me encantara, también matemáticas con álgebra incluida lo que me pareció un juego y Biología. Me fascinaba todo lo que me enseñaban y me hacía soñar con estudiar Medicina. Desde niña quise ser médica y ahora lo veía cada vez más cerca porque, no sólo me gustaba sino me sentía más segura y tenía mucha facilidad para aprender y responder. No todo podía ser así de brillante. Mi cruz fue la Historia, tanto la universal como la de Chile, me fue increíblemente difícil estudiarla, no me gustaba, no a entendía y no creía nada de lo que me enseñaban y ¡Las fechas! Una auténtica pesadilla. Me libré porque me gustaba la Geografía, así, una cosa por otra, aprobé raspando.
Otra cosa estupenda que tenía el colegio era una tarde entera de deportes y gimnasia en el Stade Francais. Tardes de viernes que era un preludio al fin de semana. Yo estaba muy contenta y mi papá orgulloso. Él fue de joven muy deportista y siempre nos enseñó — tanto en el fundo como en Las Cruces—, a respirar, a correr, a saltar, a levantar piedras y a lanzarlas. Con ese entrenamiento resulté buena para correr y para lanzar la bala. Era usual que al final del curso participáramos en el Campeonato Interescolar de atletismo. No era muy fácil porque había colegios muy poderosos como el Colegio Alemán que siempre se sacaba las mejores medallas... Mucho empeño le puse y a pesar de una operación al menisco por la que tuve que renunciar a correr, me lancé a practicar con la bala, con tanta suerte que la alemana se enfermó y ¡La medalla me la saqué yo! ¡Qué felicidad!
También teníamos clases de danza moderna y al finalizar el año, en la repartición de premios, cada curso hacía su gracia, es decir las que la tenían, las otras hacíamos de coro.
En ese tiempo, con unos quince años a cuestas fue tiempo de poesías, de memorizar las Rimas de Bécquer, de recitar la Vida es sueño, de escarmenar los versos, las cuartetas, los sonetos. La métrica por un lado y la sonoridad que se me quedaba en el oído como: Los claros clarines de los paladines. Versos, los buenos versos...
Sueño que estoy aquí En estas prisiones cargado Y soñé en el otro estado Más lisonjero me vi ¿Qué es la vida un frenesí? ¿Qué es la vida una ilusión? Una sombra, una ficción Que el mayor bien en pequeño Que toda la vida es un sueño Y los sueños, sueños son
Y así, verso tras verso, autor tras autor pasaban los días y entre las amigas y entre los pololos pasábamos las tardes compitiendo a ver quien se acordaba de más poesías, porque ¿Quién puede decir más dulcemente “te quiero” que un poeta? Y ¿Qué música puede sonar mejor que la que se escucha por teléfono?

Así eran las cosas, todo en su sitio, que tiempo para otras cosas había. Ya estábamos sacando las cuentas, ambos teníamos 15 años, a él le faltaban dos de colegio y cinco de carrera, más uno o dos para trabajar, o sea faltarían unos ocho o nueve años para casarnos. ¡Bien, por cuentas no nos quedábamos!
Recién estábamos pololeando cuando saltando vallas en el Stad Francais me caí y me hice pedazos el menisco de la rodilla izquierda ¡Qué dolor! Mi mamá me fue a buscar y me llevó al médico, el mismo que me operó del apéndice, me trató como a una reina, me dijo que me tenía que operar y que tenía el privilegio de ser de las primeras en someterme a dicha operación. No muy conforme, pero no tuve más que aceptar. ¡Era tanto el dolor! Al día siguiente, tempranito nos fuimos al Hospital Roberto del Río, Hospital de niños donde el médico trabajaba. A pesar que el personal fue muy agradable yo no estaba muy contenta y menos cuando me vi en el pabellón con un médico anestesista y su equipo de cloroformo, una mascarilla de goma negra que me la apretó en la cara y me decía: "¡Respire, respire!", yo me defendía como gato de espaldas y aguantaba la respiración hasta que no pude más e inhalé el gas que de un golpe me dejó inconsciente. Vi negro y... ¡Adiós mi vida! Cuando desperté estaba con el doctor Johow a mi lado haciéndome cariño y yo me sentía ¡Fatal! Con el estómago revuelto, la cabeza dando vueltas y diciendo disparates. En fin, todo salió bien y volví a casa con la pierna enyesada desde la ingle hasta el pie y con una capa de yeso bien gruesa a pasar treinta días en cama ¡Qué martirio! Me pusieron en la cama de mi papá así mi mamá me podía cuidar, ella siempre alerta siempre cariñosa me daba comida que fuera de rápida digestión y trataba de entretenerme con libros o naipes. Todo lo hacía para alentarme, pero yo con 10 kilos de yeso no me podía ni mover y mucho menos ver a Fernando o hablar por teléfono. ¡Un suplicio! Por las noches recitaba poesías y suspiraba de puro romanticismo y mi mamá me decía "¿Hasta cuándo bosteza, niñita?" ¡Cómo poder decirle que era amor puro el que sentía! Pero esas cosas eran difíciles de tratar.
Pasó el mes, me sacaron el yeso y tuve que aprender a caminar ¡Vaya tajito que me hizo el médico y lo destartalada que quedé! Menos mal que mis compañeras de curso me llevaban las tareas y no me atrasé mucho. Tuve que hacer un esfuerzo para terminar bien el curso, porque, como si fuera poco, los exámenes finales los teníamos que dar en un Liceo y eran mucho más complicados de lo que yo creía. Había tres examinadoras por materia y preguntaban hasta agotar los temas, había que estar bien preparada para resistir el bombardeo de preguntas y luchar por mantener la nota de presentación. Eran los dichosos "exámenes válidos" que sólo los tomaban los Liceos fiscales y que servían para presentarse al

Bachillerato y luego estudiar en la Universidad.
Fernando tenía un grupo de amigos en los Padres Franceses. Ese año se empezaron a emparejar y pronto formamos una patota de chiquillos. Muchas veces nos juntábamos los domingos en casa de Myriam y ¡Jugábamos a “la pulga”! En la alfombra del salón poníamos una fuente y picábamos las fichas hasta meterlas dentro, o jugábamos juegos de salón. ¡Muy pololos seríamos, pero en realidad éramos muy niños y lo pasábamos muy bien!
Mi vida, como la vida de todas las adolescentes era bastante irregular. Por un lado, el colegio donde era muy responsable y tenía buenas notas, por otro lado con Fernando éramos muy unidos y hablábamos mucho y, por otro lado, la cara negra, era la fierecilla que se desataba en casa. Peleaba con mi mamá y con Jorge con el que era muy fácil llegar a las manos, yo era buena para el combo y Jorge muy rabioso, así es que por cualquier cosa peleábamos y mi mamá nos tenía que separar.
No teníamos tocadiscos, pero sí radio, así es que oíamos bastante música popular y folclórica. No tenía, ni tengo voz para cantar, pero mi papá —siempre dándome gusto— me regaló una guitarra y, con Myriam tocábamos cosas corrientes. Ella tenía buena voz y con los amigos le hacíamos empeño, sobre todo cuando los pololos le hacían al tango y nos poníamos latigudos cantando también boleros.
Tango que hacés renacer mil imágenes perdidas recuerdos de nuestras vidas palpitaciones de ayer ¿Un perfume de mujer? ¿El primer amor acaso? Y así, pedazo a pedazo, va renaciendo mi amor
Caminito que el tiempo ha borrado que juntos un día lo vimos pasar...
Poblado de Catamarca, con mil distintos tonos de verde un pueblito aquí, otro más allá, un camino largo que pasa y se pierde
Volando se nos pasaban los domingos. Por la mañana íbamos a Misa de los Padres Franceses, luego almuerzo en casa de mi tatá y en la tarde “visita” en casa de Myriam o en la mía. Cómo pasaban las horas y entre una cosa y otra había que hacer alguna tarea o estudiar. Ya procuraba yo dejar esas cosas despachadas el viernes y el sábado para tener el domingo ¡Sólo para mí!
Tiempo de exámenes y de mucho estudio. Aprobamos los dos y nos preparamos para las vacaciones, él en Zemita y yo en El Durazno. Las visitas se tuvieron que reducir porque el camino a caballo era bastante pesado, entonces quedamos en todo el miércoles. Desde tempranito yo estaba en pie para recibirlo y cuando llegaba tomábamos desayuno en la cocina que era bien humilde, con suelo de tierra y un fogón al medio. La Ramona se esmeraba en tener una tortilla al rescoldo y mate con leche bien dulce. Así se pasaba el frío de la madrugada, porque en verdad él

tenía que salir de su casa antes de las seis de la mañana.
Los días que no nos veíamos nos escribíamos largas cartas que luego, llegaban todas juntas —cuando iba el chiquillo del correo a Cachapoal— a buscar la correspondencia una vez por semana.
Así se acababan las largas vacaciones, ahora que yo entraba a quinto de humanidades no podía llegar atrasada así en que a principios de Marzo emigramos a la capital.
Ese año me fui más contenta que los anteriores, vería más seguido a Fernando y además podría hablar con él por teléfono.
La sorpresa fue llegar al colegio ¡Las compañeras se habían más que duplicado! Éramos una clase grande porque llegaron niñas de otros colegios franceses que no tenían exámenes válidos, eran muy aplicadas y empezó una verdadera carrera por lograr las mejores notas. El año anterior no había dudas que Magdalena, hija de Madame, se sacaba las notas más altas, se mataba estudiando a pesar que era menor que nosotros. Sin embargo, este año las cosas cambiaron, había dos o tres de las nuevas que competían mano a mano con ella.
Así como el año anterior habíamos leído El Cid Campeador en castellano antiguo en clase y lo íbamos traduciendo, este año nos pusieron El Quijote y, además, tuvimos clases de Filosofía con un sacerdote bastante latero —o por lo menos me lo pareció a mí, que las letras no se me dan nada—.
Nos dieron una sala más grande en el primer piso. Lo primero que hice fue buscar un cuadrito con tres gatos que tuve, no solo todo el año anterior, sino que desde primera preparatoria, hasta que lo encontré y me lo apropié, me gustaba y me sentía dueña de algo, un poquito más segura de mí misma, un poquito más centrada.
No fue un año brillante para mí, ni en el colegio ni en la casa. Seguía sin tener paz con nadie, seguía con la rodilla medio floja y lo peor es que me dio un síndrome meníngeo invalidante, me dolía mucho la cabeza especialmente con los ruidos, con la luz y con moverme. Menos mal que el médico que me vio entendió lo que me pasaba y se lo dijo a mi mamá. Me trasladaron al comedor que era oscuro y daba a un patio atrás, pusieron papeles negros en las ventanas y me guardaban silencio. Claro que era relativo porque en la cocina era imposible no hacer ruidos y, cuando llegaban del colegio, mis hermanos eran bastante bulliciosos y poco aguantaban en sus piezas. Menos mal que el departamento era bastante amplio. Pasaba unos días atormentada y luego el dolor se iba pasando, pero siempre sensible a la luz. Cuando estaba bien iba al colegio, hasta la próxima crisis. A los dos o tres meses volvía el dolor y, otra vez a empezar desde el principio.
Con ese panorama los estudios se descompensaron y las notas

empezaron a bajar y a bajar, y la papeleta empezó a llenarse de números rojos. Lo nunca visto, jamás los había tenido. Fue tanta mi desesperación que quise salirme del colegio, dejar de estudiar, ya ni pensaba en Medicina, el promedio no me daba para nada y mi cabeza no podía hacer más. Menos mal que entre mi mamá y Madame me aconsejaron a seguir buenamente como pudiera, ese buenamente fue que quedé con cuatro asignaturas para Marzo.
No todo era tan siniestro. Hice buenas amigas en el colegio, el grupito de pololos aumentó a cuatro parejas y nos dieron permiso para ir al cine Metro las mañanas de los domingos a una función matinal donde daban dibujos animados. Así el día quedaba competo: Misa de 10 en los Padres franceses, a las 11.30 matinal, almuerzo donde la tatá y, visita por las tardes. Eso me ayudo a rumiar la amargura del colegio.
Un día, al entrar a clases, llegó Mariluz con una mano en la mejilla y los ojos fijos en el infinito, se sentó y ¡Se voló! Creo que hasta el recreo ni se enteró de la materia que habían dado en clases y en el recreo era la copucha "¿Qué te pasó Mariluz?" y ella con cara de bienaventurada nos dijo: "Domingo me besó aquí y no me voy a lavar la cara nunca más". Sorpresa para mí, o sea que los pololos ya besaban a sus compañeras... vaya... vaya...lo que es yo, es que ni lo pienso, es que nos faltan muchos años para casarnos, me lo dije y...lo cumplí.
Parece que todas estábamos en la misma onda de las poesías porque nos juntábamos en una glorieta que había en el jardín y nos intercambiábamos novedades, la mayoría eran de Bécquer y de los poetas que estábamos estudiando, pero un día encontré, no sé dónde, unos versos de García Lorca y me encantaron, empecé con:
El lagarto está llorando. La lagarta está llorando.
El lagarto y la lagarta con su delantalcito blanco.
Han perdido sin querer su anillo de desposados.
¡Ay, su anillito de plomo, ay, su anillito plomado!
Y...
Cuando yo me muera, enterradme con mi guitarra bajo la arena.
Cuando yo me muera, Entre los naranjos Y la hierba buena.
Y...
Verde que te quiero verde. Verde viento, verdes ramas El barco sobre la roca Y el caballo en la montaña
Y...
A las cinco de la tarde. Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana a las cinco de la tarde...
Era un autor diferente, especial, pegajoso que nos encantó y tratábamos de recitarlo con máxima expresión. Todo bien hasta que yo encontré "La

casada infiel”
Y yo que me la llevé al río creyendo que era mozuela, pero tenía marido...
Una poesía preciosa que me encantó y no le vi ninguna malicia, eran versos de poeta ¡Cuándo me iba a imaginar que causaran el revuelo que causó! Hasta tuve que ir a hablar con la directora y se acabaron los papelitos con poesías ¡Fue una pena, un malentendido o la malicia de algunas!
Mi mamá se enfermó, se puso muy, pero muy mal, el médico creyó que no saldría adelante. Necesitó una transfusión de sangre y se la hicieron en casa con sangre de mi tío Paco, ella reaccionó un poco, pero tuvieron que hacerle otra transfusión y, sería por ignorancia o porque en ese tiempo no había medios, el caso es que se la hicieron otra vez con sangre del tío Paco. Recién le estaban pasando la sangre y mi mamá se sintió morir, le dijo al médico que no siguiera y tuvo un shock que casi, casi le cuesta la vida. Si no es porque ella era peleadora, simplemente se muere, ella se quitó la aguja y perdió la conciencia. El médico, furioso, se fue y mi mamá alcanzó a quitarse el anillo y las manos y los pies se le empezaron a hinchar y retuvo la orina. Tremenda tensión en la casa, los médicos entraban y salían, no nos dejaban entrar a verla, había una enfermera que le medía el agua que tomaba y las gotas de orina que hacía. ¡Qué aflicción más grande! Ya nos veíamos sin la mamá, pilar fundamental de la casa ¡Cómo me arrepentí de todo lo que le había dicho y de lo mal que me había portado con ella! Lloraba en mi pieza y rezaba por ella.
Nunca pensé que mi mamá podía ser frágil porque ella era la que siempre nos apoyaba y saber que se podía morir como murió Juan Agustín y el Viejo... era algo que en mi cabeza no cabía ¡Cómo podía morirse y dejarnos huérfanos a los cuatro hermanos!
Tardó bastante en recuperarse, todos pusimos lo mejor de cada uno para colaborar con su mejoría. Poquito a poco fue saliendo adelante hasta sanar, más flaquita, más decaída...pero era la mamá de siempre.
El día que cumplimos un año pololeando, Fernando me regaló un cuchillo de caza con mango de asta, grande y bien firme, muy bien afilado y con su cartuchera para ponerlo en el cinturón ¡Qué alegría! Tenía muy buen equilibrio y pronto aprendí a usarlo, a tirarlo y que se clavara en un tronco —en la Alameda— o en el suelo con dos o tres vueltas en el aire. También era bueno para sacarle puntas a los lápices así es que lo llevaba en mi bolsón al colegio para usarlo y descaradamente afilaba los lápices. Nunca jamás me dijeron nada —también eran otros tiempos y los alumnos no acuchillaban a otros niños ni a los profesores—. También hice mal uso del cuchillo porque empecé a tallar en la parte de delante de mi pupitre el monograma de Fernando, una F y una S entrelazadas. Me sentía dueña

del escritorio y el año siguiente lo busqué hasta encontrarlo. ¡Era mío!
Sería por Noviembre cuando la mamá me dijo que la acompañara al médico, que no se sentía bien, que estaba con el estómago revuelto. Fuimos a la consulta del doctor Pardo, ginecólogo y amigo del barrio. Él la examinó muy bien y le dijo: “Felicitaciones Julita, esperas una guagua” casi, casi se desmaya de la impresión, hacía seis años que Juan Agustín había nacido y se había muerto y el “nene” de la familia era Mariano con sus preadolescentes doce años. Tanto pedirle a la mamá que nos diera otro hermano y ahora, con sus cuarenta y dos años nos daba el gusto ¡Qué ilusión!
Así empezó una nueva vida en casa, había que comprar todo el ajuar porque de los niños anteriores no quedaba nada. Menos mal que la mamá sabía tejer y coser así es que empezó a hacer el ajuar para esa guagúita tan esperada.
Lo que nadie esperó fue que a los tres meses empezó, mi mamá, con dolores de barriga muy fuertes, llamamos al médico y dijo que era ¡Apendicitis! Y que había que operar ¡Qué mal lo pasamos! Con mi tatá nos fuimos a la Clínica Santa María y allí, espera y espera. El asunto no era nada de fácil y había un peligro real a que perdiera la criaturita. Menos mal que Alberto era un médico muy bueno y pudo sacarle el apéndice sin hacerle daño, a pesar de ser posterior. Cuando la llevaron a su habitación, bien borracha con la anestesia repetía como loro: “¡Sólo las tontas abortan! ¡Sólo las tontas abortan! Cuando vio al médico con los ojos entrecerrados, le dijo: “Alberto, qué corbata más siútica llevas” y tan fresca siguió durmiendo. Todo pasó y gracias a las buenas manos del médico salió adelante. La cuidamos más que nunca.
En el colegio teníamos una asignatura de “labores”. Yo era negada para hacer bordados y cositas lindas. Me puse las pilas y pregunté si podía presentar un ajuar de bebé, me comentó la profesora que no sólo eso, sino que hiciera también el bebé. Ella me ayudó y pude hacer un muñeco de género de tamaño natural y lo vestí hasta con los pañales, todo prestado de la guagua que venía. Aprobé con el mérito de mi mamá.
De las novedades del curso, una fue el matrimonio de una compañera, no creo que tuviera más de diez y siete años. Se casó con un hijo del alemán que tenía casa en Las Cruces. Otra novedad fue la competencia de notas entre Magdalena y Anita, las dos iban parejitas y se esforzaban por ser las mejores. Ellas las mejores y yo de las peores. Qué pocas ganas tenía de estudiar. Entre las crisis de dolor de cabeza, el enamoramiento y las hormonas ¡Era un espanto! Sentía que había cosas más importantes en mi vida y era la llegada de la nueva guagua. Poco a poco fue engordando la mamá y la guagua empezó a moverse ¡Qué impresión sentir bajo mis

manos esa criaturita que sería mi hermana chica!
¡Mal, muy mal terminé el año! Más bien ¡Pésimo! Suspendí cuatro asignaturas y quedaron pendientes para marzo. Fernando aprobó todo y dio el Bachillerato, él quería estudiar Agronomía y en eso quedó junto a varios de sus amigos.
El verano fue muy complicado, la mamá no estaba en condiciones de subir al fundo. La casa de San Carlos no estaba bien estructurada para tenerla a ella, tenía una escalera muy pronunciada para subir al dormitorio. A nosotros nos fletaron en el camión al Durazno y empezó una nueva vida de “dueña de casa” más bien de “doña mandamás”. Tiranizaba a mis hermanos tratando que, por lo menos, anduvieran limpios y que comiéramos a las horas habituales. Ellos, me dejaban. “La hermana” hablaba y mandaba y ellos callaban y obedecían. No sé ni cómo me aguantaron, no se quejaron nunca.
Mientras, mi mamá en San Carlos lo pasaba fatal, menos mal que, el dueño de la Feria —don Constancio Silva—, al darse cuenta del estado de ella, la invitó a su casa a pasar el verano atendida como una reina. Tenía su habitación y su baño. Además él mismo le daba una alimentación especial: a las doce del medio día le llevaba un filete de carne con tomates y un vaso de vino para robustecer al “conchito”. Cuando mi papá iba al San Carlos y tenía proyectos de estar unos pocos días, yo iba con él y me quedaba con mi mamá en su linda habitación, ¡Éramos las regalonas de la familia! ¡Qué bien dejar las responsabilidades de grande y volver a ser niña! Todo estaba muy confuso entre ser grande y mamá del que iba a nacer, y ser hija regalona. Muy pronto se fueron borrando las aristas que me separaban de mis padres para valorizarlos en toda su magnitud.
Mi papá trabajaba mucho y muy duro para que no nos faltara de nada. El fundo estaba cada año más lindo con mejores siembras y más animales. Sembraba unas 150 cuadras de trigo que iba rotando en tres años. La ovejería era de unas 5.000 ovejas entre blancas y de cabeza negra. Para mejorar la raza todos los años compraba carneros, hijos de inscritos en la Exposición de Animales de Santiago así con ellos formaba un piño muy apetecido a la hora de vender. Además, había vacunos overo-colorados con su respectivo toro, también de buena raza. En todas las cosas él se preocupaba que fueran siempre lo mejor. También había cabras, —según él decía—, para que se comieran las zarzamoras, porque la saliva de estos animales seca las plantas. Otros animales que se criaban en el fundo eran caballos corrientes para montura de nosotros, de los empleados y de los trabajadores. Eran corrientes, pero había un potro muy bonito, lo que no recuerdo es si había hijos de él.
Mucho nos quisimos con el papá y siempre tuve con él una relación fluida,

de todo me hablaba y mucho de lo que me enseñó me ha servido en la vida, sobre todo para saber manejar lo relacionado con el dinero. Mucho me avenía con él y mucho lo quise. Con él no tuve problemas de adolescencia, parece que ese es problema de madre e hija.
Ese verano fue muy restringido de pololeos. Sin la mamá en casa no podía recibir visitas, en cambio, cuando pasaba con mi papá al o desde el fundo siempre pasábamos por Zemita y nos veíamos un ratito, el resto fue todo por carta.
A fuerza de cariño y de cuidados la guagua crecía y mi mamá se recuperaba. Llegó, como todos los años, la hora de volver. Nos tuvimos que arreglar solitos esta vez. La ropa que iba de vuelta y dejar todo guardado lo que se quedaba, pero por encima de todo había que sacarse del cuerpo la tierra que penetraba en la piel casi como un tatuaje. Varias idas al río hicieron falta para que, con un pedazo de teja y hierba de la plata nos refregamos muy bien hasta que nos salió todo, así la mamá nos encontró ¡Limpitos!
Bien especial ese verano. ¡Si hasta me salió un pretendiente que, sin importarle un rábano que yo estuviera pololeando en serio, me ofreció ¡Matrimonio! Ya me veía yo casada a los 16 y con un hombre que yo veía "grande". Le hice el quite todo lo que pude y él por muchos años me siguió buscando; "¡Quizás, quizás, quizás!" me decía cuando podía, como el bolero. ¡Quizás no, definitivamente no! Decía yo.
Así es la vida, va y viene. Toda la mía ha sido cambiarme de un sitio a otro y he aprendido a adaptarme a diferentes ciudades y situaciones.
¡Buen viaje de vuelta! En tren, todos juntos otra vez con la mamá que hacía un par de meses que no veía a sus hijos hombres, los encontró ¡Fantásticos, limpios y tostados!
Llegamos a casa y cada uno a lo suyo. Supongo que, a pesar de sus 7 meses de embarazo la mamá haría los trámites escolares de los hermanos en los Padres Franceses, yo hice los míos en la Maisonnette que eran los más simples porque Madame Gabriela todo me lo facilitó. El cambio grande que hubo fue que el colegio se cambió de sitio y en lugar de estar de la calle Bellavista se había cambiado a la calle Concepción, cerca de Pedro de Valdivia, un poco más lejos, pero valía la pena. Era una casa muy grande con jardín, todo muy lindo. Nos dieron una sala que daba al norte con harto sol en el invierno.
Ya estaba en el último año de colegio, pero para poder estar realmente matriculada, tenía que aprobar las cuatro asignaturas pendientes. Por lo visto me di el tiempo de estudiar en el fundo porque aprobé todo, así pasé limpia a sexto de humanidades, además con los ánimos renovados para estudiar Medicina. Hasta el momento y ya con mis notas en la mano, me

sentía a un paso de lo que fue la vocación de toda mi vida.
La guagua se desarrollaba, la barriguita de la mamá creía y crecía. La pobre no lo pasaba muy bien porque, después de la operación de apendicitis quedó con molestias, parecía que tenía algo tirante en su vientre, pero ella estaba tan contenta con su nuevo hijo que nada le importaba. Diría que hasta nosotros, en general, nos portábamos mejor.
Al mes de llegar a Santiago a fines de marzo, cumplí 17 años, años importantes para mí, años de decisión, de madurez, de ser mujer grande. No esperaba nada de nadie porque no me había portado muy bien en casa. Un ¡Feliz cumpleaños! medio desabrido y por la tarde me mandaron a casa de mi tía Chita a llevar un recado. A mí me encantaba ir a casa de ella porque sentía que me comprendía mejor que mi mamá y, además, allí estaban mis primas con las que me avenía mucho, eran menores que yo, pero eso no importaba. Con la María Teresa leíamos las mismas cosas y mi tío Hernán siempre tenía libros nuevos y otros que había leído y se los mandaba a mi mamá. Ese día, la tarde pasó muy rápido y cuando volví a casa ¡¡Sorpresa!! Estaban las parejas de amigos que me cantaron ¡Cumpleaños feliz! Y luego... ¡Otra sorpresa! En el comedor de la casa había un picoteo de canapés y dulces y una torta de bizcochuelo con manjar cubierta de merengue, en el centro, destacando, el anillo de prometida de mi mamá. Parecía mentira: después de todos los malos ratos que la había hecho pasar, ella me regalaba su anillo y una fiesta. Me emocioné hasta las lágrimas y nos abrazamos...¡¡Así se trata a las adolescentes rebeldes!! ¡Gracias mamá por su regalo y por su enseñanza!
El nuevo colegio era grande pero acogedor, lo primero que hice fue peregrinar en busca del cuadrito de los gatos que me había acompañado toda mi vida en ese colegio y mi pupitre, el mío propio que tenía tallado el monograma de Fernando. El cuadro lo encontré en un curso de niñas pequeñas que no tuvieron ni tiempo de sobresaltarse cuando me lo llevé y el pupitre estaba en la sala del lado, rápidamente hice el cambio, nadie me dijo nada y yo, me sentí muy a gusto.
Otra novedad era que había un pequeño laboratorio muy básico y donde se podían entrar dos o tres persona. Para mí fue muy interesante y me fui apoderando de él en los recreos. Aprendí a usar el microscopio y la profesora de Biología, al ver mi interés, me fue enseñando cosas fuera de programa, así fue como vimos los primeros protozoos, —los primeros que vi en mi vida— yo pasaba de un asombro a otro ¡Esa era vida! Y era lo más cerca que tenía de mi vocación.
No sé cual fue el motivo que me conectó con un profesor de Biología del Instituto Barros Arana y él me invitó a visitar su Laboratorio. Era inmenso, lleno de aparatos y de frascos de reactivos. Él me mostró nuevos

Protozoos porque tenía una colección y me regaló un frasco con ejemplares para el colegio. Lo más curioso fue que me mostró uno a gran aumento. Su interior se movía en el sentido de las agujas del reloj y al ponerle una pequeña gota de éter, se empezaba a mover en sentido contrario. Me impactó tanto que lo recuerdo como si fuera ayer. He tratado de saber el nombre del protozoo y por qué pasaba esto, pero ha sido imposible, nunca más lo vi.
En el Instituto tenía también una colección de cuadros en relieve con las diferentes vísceras del cuerpo, ¡Interesante! Pero me parecieron casi iguales a las de los corderos del fundo, por lo que no me impactaron tanto como debían haberlo hecho. Encima del estante quedaban unas pocas que no me mostró y cuando le pregunté lo que eran me dijo que “chancros sifilíticos”. Dos referencias tenía yo de sífilis y las dos de parte de mi mamá. Una, que nos decía cuando llegábamos del colegio: “Lávense muy bien las manos porque en las barras de los carros, hay sífilis” y dos, ella nos decía que no nos comiéramos el cono de los helados de la esquina porque el viejo que los hacía era “sifilítico”. Con ese gran conocimiento le dije que me las mostrara, sentí un remezón cuando me mostró los genitales de un hombre con un color pálido y grisáceo de muerto con unas heridas muy feas y él me dijo que eso eran los chancros. ¡Más ganas de estudiar medicina me dieron!
No tuve problemas ese año para estudiar, las cosas se me daban naturalmente, salvo la Historia que siempre me pareció un aburrimiento y a eso se sumaba que la profesora era también aburrida, pero iba saliendo adelante porque me gustaba la Geografía, así una cosa compensaba la otra. Donde sí tuve problemas fue en Química Orgánica porque, con tantas faltas el año anterior, me faltó base, pero poco a poco, fui aprendiendo a defenderme.
Mi mamá estaba de término, mi papá en el fundo, y yo preparando un paseo con Fernando para el día de su santo el 30 de Mayo. Nos íbamos a ir de picnic al Cerro San Cristóbal, pero todo se precipitó. Mi mamá se puso de parto y hubo que apurarse en llamar al médico, a la matrona, a mi tatá —ella tenía un auto y lo manejaba Raúl, el jardinero—. No se demoraron nada en llegar a buscarnos y a llevarnos a la Clínica Alemana que quedaba más o menos cerca de casa ¡Fuerte mujer mi madre! Este era su primer parto en una Clínica ya que el resto, todos nacimos en casa. Ella calladita aguanta y aguanta. Una contracción detrás de la otra y ella apretaba los puños y no decía nada. Cuando llegamos estaba el médico esperándonos, la entraron a una sala y...no supe más de ella hasta que, de puro curiosa, entreabrí una puerta y estaba justo naciendo la guagua. Vi que la matrona tomaba un bulto azul que levantaba de las patitas y dijo:

¡“Es niña”! y la pasó debajo de un chorro de agua caliente y luego debajo de otro de agua fría, en ese momento la niñita soltó un tremendo alarido y se empezó a poner rosada. “¡Buenos pulmones!” comentó el médico y salió a darnos la noticia. Yo la vi linda de azul y linda de rosado, después de 17 años tenía una hermana mujer después cuatro hermanos hombres ¡Una gran alegría! ¡Qué emoción tan grande! Más tarde, cuando ya estábamos en la habitación llevaron a la niñita para que la pudiéramos tomar. Con cuántas ansias se la pasé a mi mamá y qué lindo fue para mí sentirla en mis brazos. Era casi tener algo mío, pensé que a lo mejor así sería tener un hijo en mis brazos. No esperábamos una mujercita y no recuerdo haber pensado en nombres ni de hombre ni de mujer. De lo que había certeza era que yo sería la madrina y Pablo el padrino. “María del Pilar” dijo la mamá; “Consuelo Enriqueta”, dije yo, “del Sagrado Corazón”, dijo Pablo...y ese fue el tremendo nombre que le pusimos a esa guagúlita tan tierna, tan esperada, tan querida.
Como se usaba en ese tiempo, había en casa una cuidadora que se encargaba de atender a la Pilarcita y controlaba las comidas de ambas. Bien poco me dejaba estar con la niña porque decía que la iba a malcriar, pocos, pero gozosos momentos que me pasaba con mi ahijada. Viví el desarrollo de la niña con mucha atención, ya fuera mudarla, curarle el ombligo o darle las mamaderas, así le fui tomando el ritmo a ser mamá. Al mes y medio la cuidadora se fue y yo pude darme el gusto de ayudar a la mamá, ella no se sentía muy bien, estaba pálida y ojerosa luego empezó a no tolerar la comida, le dio diarrea con náuseas y vómitos. Tanto malestar la llevó a ver al médico que la atendió y éste al verla y examinarla le dijo, otra vez: “¡Felicitaciones, Julita, que viene otra guagúita!” A mi mamá casi le da un ataque, no lo podía creer, si su Pilarcita era casi un milagro ¿Qué sería el próximo? El médico le dio un suplemento vitamínico y, algo más, porque se fue recuperando lentamente. Yo me aproveché del pánico y decidí que mi mamá no podía cuidar a la niña y me la llevé a mi pieza con cuna y todo.
No era muy llorona así es que dormíamos bien. Yo la encontraba tan linda que no quería que se le deformara la cabeza así es que ponía el despertador cada hora para darle vuelta en su cuna, hasta que me pilló mi mamá y me dijo que si estaba loca, que a los niños había que dejarlos dormir en paz. Todo se aprende en la vida y lo que aprendí cuidando a Pilarcita me sirvió para siempre.
Mi vida estaba centrada en estudiar y cuidar a la niña. Estudiaba al lado de ella para no perderme ni una pestañada de esos lindos ojos oscuros con largas pestañas. Recién nacida, en la Clínica la pelaron bien peladita y cuando le empezó a crecer el pelo le salió oscuro y tieso, tanto que

atravesaba las gorritas de lana que le tejió mi mamá. El papá, que estaba loco de felicidad por tener otra niña, le decía con mucha ternura: “Mi quiscuíta”.
Todo roce entre nosotros se suavizó en casa, hasta Mariano que era tan celoso cedió porque, la guagua era “mujer” y yo depuse armas, ya no me sentía mal sino más mujer y miraba a la mamá como con protección.
A los pocos días de llegar a casa llegó el momento de bautizar a la niña. Partimos a nuestra Parroquia los padrinos, Pablo de 15 años y yo de 17 con la niñita, “la morita” le decía la mamá. No tuvimos ningún problema, bastó con la inscripción en el Registro Civil y, solemnemente el cura párroco le puso el gran nombre: “María del Pilar Consuelo Enriqueta del Sagrado Corazón de Jesús”. Fue una gran alegría para nosotros hasta que, a la salida, donde se había congregado un montón de niños del barrio que pedían a Pablo les repartiera las monedas acostumbradas en estos casos. Como eso no estaba en nuestros planes, los chiquillos le gritaron: “Padrinito cacho, padrinito cacho” y Pablo se puso colorado como un tomate y hasta le ardían las orejas.
Cuando llevábamos dos años de casto pololeo — bien FOME por lo demás— una tarde en que no estaba mi mamá, fuimos a ver a la niña, uno por un lado de la cuna y el otro por el otro lado nos dimos “El primer beso” ¡Cómo comprendía a la Mariluz! Castos besos de juventud, con las manos bien amarradas porque eso de andar “atracando” no era lo nuestro.
Cuando el tiempo mejoró sacábamos a la Pilarcita a pasear en su coche por la calle República, ¡Ahí va la sagrada familia! nos sacaba pica mi mamá.
Nos dábamos un paseo que nos venía bien a todos y un poco de tranquilidad a la mamá que ya empezaba a engordar ¡Pobrecita, no tuvo un embarazo muy bueno! Nunca había tenido dos hijos tan seguidos, además, los hijos hombres ya eran grandecitos y con problemas de adolescentes. Pablo no, porque fue bueno desde su nacimiento. Jorge tuvo una adolescencia muy florida y se puso más peleador que de costumbre y Mariano le hacía la “cruza” al que se le ponía por delante. Así el panorama era un poco complicado, pero no imposible. Creo que mi mamá respiró profundo cuando yo salí del estado de odio en el que estaba y empecé a cuidarla y a velar por Pilar.
Como Fernando estaba en la Universidad tenía amigos en distintas facultades, uno de ellos estudiaba medicina y nos contaba lo mal que lo pasaban las mujeres en la carrera. Les hacían bromas idiotas como meterles pedazos de muertos en la cartera para reírse de ellas y hacer que abandonaran. Este amigo me hizo un regalo muy lindo: Un esfenoides, una calavera que se llamaba Rigoberto y una mandíbula inferior. Yo me

sentí a un paso de estar en la facultad, me encantaron los huesos, no así a mi mamá que le daban náuseas así es que los tuve que guardar por mientras.
En el colegio me iba muy bien, estaba contenta y aprovechando de todo. A lo mejor sería que ese año hubo elecciones al parlamento o sería parte del plan de estudios cívicos. No lo sé, pero ese año hubo el inicio de un parlamento estudiantil. Varias nos presentamos a las diferentes carteras y hacíamos propaganda con letreros y discursos hasta el día de las elecciones, yo daba por cierto que saldría elegida, pero no fue así y me sentí mal, muy mal, pero lo pude superar. No sé si así se sentirán los políticos cuando no resultan elegidos a sus cargos. Yo estuve mal y a la semana siguiente, al ver los letreros con mi candidatura tuve que hacer un acto de humildad para retirarlos...ya me parecía que por detrás, las alumnas se reían de mí.
Fue creciendo la Pilar, era muy adelantada y se sentó muy chica. Un día yo la decoré como una muñeca con un lazo de cinta en la pelada. Yo la veía linda, pero cuando la vio mi mamá dijo que era ¡Un espanto! Y la convirtió en guagua otra vez. Dio sus primeros pasos como a los 7 meses y también empezó a balbucear sus primeras palabras, las lógicas “papá” y “mamá” pero la siguiente fue “babí”, costó entenderla, eran sus zapatos. ¡Qué linda me parecía a mí! y todo me hacía gracia, nunca había dormido yo acompañada, ahora tenía una compañerita. Por las mañanas antes de irme al colegio, la dejaba limpia y con la guatita llena. Largo se me hacía el día hasta volver a regalonearla. Tenía el pelo OSCUFO, pero no negro; a mí me encantaba cuando, después del baño, con los dedos le encrespaba el pelo y me daba envidia ver cómo a ella le quedaba el pelo rizado; en cambio yo lo tenía liso y delgado.
Un día llegó Fernando muy contento: su padre le había regalado un auto Citroén a compartir con su hermana Malú. Cuando le tocaba a él, me iba a buscar al colegio y nos dábamos una vueltecita por Las Condes, nunca muy lejos, pero tampoco muy cerca para que nadie fuera con el cuento a casa. Muy tortolitos íbamos y él me enseñaba a pasar los cambios y yo me sentía ¡La muerte!
Un fin de semana hicimos una salida por la noche con Malú y su pololo y nosotros dos, la idea era ir a bailar un rato y tomarnos algo. No tuve problemas con el permiso así es que me puse lo mejor que tenía, —que no era mucho—-: un conjunto de lana rosado furioso y una falda negra, todo muy recién comprado en una fábrica recomendada por unas amigas de mi mamá. No es que me sintiera muy bien con Malú, era un poco avasalladora y yo bastante acomplejada, pero en general nos fue bien, hasta que empezamos a bailar. Ninguno de los dos éramos buenos

bailarines, pero sentirse apretaditos en la semioscuridad era agradable y en eso estábamos cuando Fernando me comentó que la banda del chaleco estaba “cosido” me sentí muy, pero muy rara, no me había dado cuenta de que el conjunto era ordinario, áspero y que ni siquiera tenía la banda de una sola pieza... ¡¡¡Hubiera querido morirme de humillada!!! Cosas de la juventud.

Llegando la primavera empezaron los bailes de “presentación en sociedad”. Para mí... ¡¡La peste!! Si hay algo que me revelaba era para ir a fiestas grandes, pero... todo tiene que llegar y un día apareció un sobre grande, de hilo, a mi nombre y dentro una tarjeta invitación para ir a mi primer baile ¡Una lata! 1 Mi papá se encantó porque a él le encantaba la vida social. Para mí, claro está, hubo que pensar en todo. Carta blanca para que la niña luciera de la mejor manera. Todo el mundo conocido estaba invitado: las compañeras de curso, los amigos, los hijos de los amigos de los papás... El asunto era juntar sobre las 200 personas casi de la misma edad y grupo social ¡Uff! Hubo que ir a la mejor modista para hacer el traje blanco de debutante más lindo, vaporoso y sentador, lo mejor de lo mejor: de gasa blanca como la espuma, escote de hombro a hombro muy lucidor de cuello y hombros —a lo mejor para disimular la falta de curvas—, zapatos blancos con un taco muy bajito para no verme más alta que Fernando y sus amigos. Y vamos probándome el vestido, un día sí y el otro también. Con zapatos, sin zapatos. Con enagua, sin enagua. Con peinado, sin peinado. Con papá y mamá o sólo con mamá, enojada o enfuriada... ¡Qué genio! Así hasta que llegó el día. El baile empezaba sobre las 11 de la noche, me pasó a buscar Fernando y partimos. Saludos por aquí, saludos por allá. Besos en el cachete por aquí y por allá pero... sin que se corriera el tenue maquillaje.

¡Baile de debutantes! ¡Baile de vírgenes vestales, o casi! ¡Presentación en el medio social! ¡Vitrina de jóvenes listas para buscar pareja! Los padres ingenieros instaban a sus hijas a mirar a los jóvenes estudiantes de ingeniería, a ver si luego se podían asociar. Los agricultores, los médicos, los economistas...todos querían lo mejor para sus hijas y en estos bailes exponían lo que mejor tenían ¡Sus hijas! Los jóvenes, a lo mejor un año o dos mayores que nosotras, vestían esmoquin o frac, con su mejor peinado, su mejor sonrisa... Caballeros de arriba abajo...nos cortejaban a todas, a las lindas y a las no tanto, a las inteligentes y a las otras. Ellos se lucían como pavos reales en busca de pareja. Y como el nombre lo dice: “Se bailaba” un poco de todo, con orquesta y ¡Claro está! bien visto se la dirigía un negro famoso. Los bailes tranquilos, “un, dos, tres, y vuelta” para que nadie se perdiera, a lo mejor alguna zamba, como exotismo, o un romántico vals donde todas, todas, nos sentíamos Sissi la Emperatriz.

Seguía el baile y empezaban los problemas, el traje empezaba a apretar, los zapatos pasaban la cuenta, los baños se llenaban, los vestidos ¡Ay, cuanto costaba levantar los más pesados, y las enaguas de tafetán! Todas hacíamos régimen seco para no pasar por el trance, pero algo había que tomar...y ese algo, tenía que salir.
Así pasaba el tiempo: en el día, colegio, en la tarde estudio y Pilar, los fines de semana, pololo y de tarde en tarde baile. Todo estaba organizado. Al vestido blanco se unió otro de tul color agua con unos adornos plateados en la falda, me lo trajo mi papá, parece que traído por una tía que se ganaba la vida trayendo cosas del extranjero y vendiéndolas.
Las notas muy buenas, claro, mi ilusión estaba intacta. Sería médica.
Pero cuando tuve que optar al Bachillerato y hablé en casa de mi deseo tuve la más férrea oposición jamás soñada. Mi papá, ese hombre que me quería por encima de todo, que siempre me dio más de lo que le pedí, que me regaloneaba desde que nací, que se sentía orgulloso de mi... ese mismo padre estalló en cólera y dijo: “Una hija mía jamás estudiará medicina, es carrera de hombres”. Mi mamá guardó silencio con mis hermanos, nunca habíamos visto así al papá. Fue tanta la impresión que no dije nada sino me encerré en mi pieza. ¿Lloré? no lo sé pero el dolor que sentí fue tremendo, se me vino el mundo encima, mi futuro ya no existía.
Tenía una pequeña esperanza: que Fernando me apoyara y que, como el papá lo respetaba, a lo mejor se podría volver atrás. Con ansias esperé el fin de semana, y le conté el asunto. Cuan sería mi sorpresa al oírle que mi papá tenía toda la razón y que la carrera no era para “señoritas”, que los alumnos eran crueles y que boicoteaban a las pocas mujeres que se atrevían y que eran unos “marimachos”, que les ponían en los bolsos escrotos y penes de los muertos.
No tuve fuerzas para luchar por mi vocación. No pude hacer nada contra ellos. Por un lado, mi papá tenía el poder y el dinero para pagar mi carrera, por otro Fernando, que hasta ese momento era mi apoyo, dejó de serlo.
Fuerte asunto... frustrante asunto.
Terminé el curso porque lo tenía que terminar, pero ya sin interés. Tuve la fiesta de fin de curso vestida de largo y de blanco, como todas, pero hasta aquí llegaron mis estudios. No quise dar Bachillerato ni seguir estudiando nada. Sentí que mi vida había terminado y que la muerte no tardaría en llevarme. Si delgada era, me convertí en un espantapájaros, pero ¿A quién importaba? Ya no sería médica, el sueño de toda mi vida. Quién sabe lo que sería, quién sabe lo triste y apocada que me sentía. A lo mejor mi abuela, quizás mi madre, pero nadie dijo nada. Esta vez tuve que arreglármelas sola. El mundo me dio las espaldas.

Después de la despedida del curso, de fin de año y de fin de estudios, nos fuimos al fundo, al Durazno, con Pilar de 8 meses y mi mamá esperando otro hijo. El viaje en sí era pesado. Para mi mamá fue el peor de su vida, pero llegamos al fin, a nuestra tierra, todo estaba igual a lo que recordaba del año anterior, pero ahora con la mamá todo era diferente, mejor.
Yo no quería ni hablar ni que hablaran de mi futuro, en realidad no tenía futuro. Hoy dirían que tenía “Stress” la gran palabra que sirve para todo, no creo que fuera eso sino un fracaso que me costaría una vida entera superar. No estudiaría medicina...el resto no me importaba nada.
La vuelta a Santiago fue más organizada, nos quedamos a dormir en la casa de San Carlos y al día siguiente nos fuimos en tren. La mamá estaba lo bastante embarazada como para volver en auto. El viaje, como siempre largo pero cómodo. Unas 8 horas, allí podía la Pilita caminar entre los asientos y hacerle monerías a la gente ¡Todos la aplaudían, era tan chica y tan simpática!
Poco a poco fue cambiando el paisaje. Pasaron los grandes volcanes, dejaron de verse los Zorrinos, los ríos venían mucho más pequeños después del verano, los potreros de arroz estaban listos para la cosecha. Pocos animales, cada vez más cerca de la ciudad, cada vez más lejos de mi ideal ¿Qué futuro tendría? Es que no veía futuro ninguno, ni ganas de vivirlo. Mi anhelo estaba muerto y enterrado.
Llegamos a nuestro departamento en el Pasaje República y nos acomodamos como siempre: mis hermanos juntos, luego mis padres y yo con Pilar. Mi mamá no estaba para criar y dar a luz.
Pasaron los días, cumplí 18 tristes años, tampoco nadie estaba para celebrar nada. Ni siquiera era edad para ser mayor —eso vendría más tarde cuando a mí me daba lo mismo tener 18 o 21— Lo único que hice fue un acto de rebeldía y ese día en la cena encendí un cigarrillo delante de mis padres y hermanos y les dije “estoy harta de fumar a escondidas”. M1 papá se puso blanco, pero no me dijo nada y la mamá tampoco porque ella fumaba y, a lo mejor se sentía culpable. En ese cumpleaños Fernando me regaló un par de golondrinas de porcelana que adornaron mi pieza.
Ese año mi papá compró una casa pequeña en Las Cruces, balneario muy familiar cerca de Cartagena. Tenía una vista muy linda al mar y, casi diría, sobre una caleta de pescadores. Sólo había cuatro casas construidas en ese sitio. Algún fin de semana aprovechábamos para ir, pero la mamá no se sentía muy bien así es que la casita quedó casi abandonada. Como ya nos sentíamos personas grandes. Empezamos a ir los fines de semana con mis amigas. Un grupito de 4 o 5 personas que nos alojábamos solas en ese pequeño poblado. Teníamos la precaución de pasar por el retén de Carabineros y decirles que estábamos solas. Ellos hacían rondas

nocturnas para que estuviéramos tranquilas... ¡Vaya grupito de ignorantes que nos juntamos! Es que no sabíamos ni hacer huevos fritos, allí aprendimos un par de cosas además de fumar y tomar cerveza y sentirnos grandes de verdad. Poquito a poco fuimos aperando la casita con ollas, cubrecamas y alguna que otra cosa sobrante en nuestras casas y la verdad es que lo pasábamos muy bien. Llevábamos la guitarra y nos amanecíamos tocando, cantando y comiendo panqueques con manjar blanco. Otra entretención era ir a la Punta del Lacho en el día, sentarnos en las rocas casi donde rompían las olas y con una lata de leche condensada abierta con un agujerito hacer caer el chorro en una galleta. Lo más seguro es que el viento nos llevara el hilo de leche a la cara y volvíamos dulcecitas... ¡Qué lindos días!

El 28 de Abril nació una niña, acompañamos a mi mamá mi tatá y yo. Ella era muy, muy valiente, no la oí nunca quejarse a pesar de que tener contracciones es doloroso. Así es que otra niña ¡Qué alegría! Una compañerita para Pilar, y otra guagua para nosotros.

No todo fue tan, tan bien, la niña tuvo “melena” los médicos dijeron que era corriente y no preocupante, pero... El ojito de mi mamá dijo otra cosa: “La niña no fija la vista y no mueve sus manos ni sus pies”. Es que es recién nacida, decían los sabios. “La niña tiene algo” repetía mi mamá insistentemente. La vio un especialista en recién nacidos y dijo solemnemente: “Es sana”.

Todos queríamos que se llamara Julita como la mamá, pero ella dijo que se llamaría Rosario. Creo que de segundo nombre tiene Julita, tengo que averiguarlo. Así la bautizamos en la Parroquia y fuimos sus padrinos Jorge, mi hermano y yo.

Todo ese año lo tengo en la cabeza como un año gris, triste e inútil. Me parece no haberlo vivido o que no me gustó vivirlo, no hice nada más que estar cuidando a las niñas y a mi mamá. Tampoco era que las cuidara mucho porque había gente de servicio que hacía las cosas.

Rosarito no adelantaba, mis padres desesperados iban de un médico a otro buscando solucionar el problema y en eso estaban cuando la niña empezó a convulsionar. Al principio era cada varias horas, luego mucho más intensas y seguidas. Cada vez parecía que no volvía, eso nos tenía alterados a todos.

La mamá, llamó al doctor Ariztía, sí, el mismo que mal diagnosticó a Juan Agustín con el resultado de su muerte... Ella era fuerte y no trepidó en llamarlo, era el mejor pediatra de Santiago y lo del niño... ¡Fue un accidente!

El diagnóstico fue demoledor... No tenía remedio... No caminaría... No sería nada nunca y moriría muy joven, dijo que era una Idiocia severa.

El mundo entero se les vino encima a mis padres ¡Ellos creían que fuera de Chile habría alguien que curara a la niña, ojitos de avellana, pero no lo había! Tuvimos que apechugar con lo que había. Una niña que sería guagua toda su vida. Difícil, muy difícil fue ese tiempo. Mi papá la miraba con tanta pena que nos daba pena a nosotros, la tomaba en sus brazos y la mecía. Si convulsionaba la sujetaba con fuerzas de hombre y le corrían las lágrimas. ¡Pobre papá que quería tener hijas mujeres y tenía esta niña tan bonita, blanca, con pelo castaño y sus ojitos avellanas perdidos en el espacio. Más de 2 años pasaron hasta que hubiera un anticonvulsivo que no atontara a los niños. Mi papá lo encargó a través de la embajada de Estados Unidos y le mandaron todo el que necesitaba. Se acabaron las convulsiones, pero no adelantó nada. Fue y es una guagua, más pequeña o más grande, pero ¡Una guagua!

Mis padres estaban muy angustiados y, casi diría que desesperados. Nada podían hacer y en eso, una noche mi mamá tuvo un sueño y me lo contó al otro día: “Estaba yo paseando por un jardín muy bonito, lleno de flores y de pájaros. Vi venir a un caballero muy correcto, de terno oscuro, cuando llegó donde yo estaba. Supe que era el Señor y me arrodillé a sus pies y le rogué: “Señor, sana a mi Rosarito”. El Señor no me dijo nada y yo desde el suelo levanté la mirada y le dije muy bruscamente: “¿No puedes o no quieres?”. Él me miró con ojos de inmensa ternura y me dijo: “No quiero”. Cuando despertó estaba tranquila y en paz. Nunca volvería a insistir en mejorar a la niña y todo lo toleraba como un don de Dios. Mi mamá se refería a la Rosarito como “Templo vivo del Espíritu Santo”.

Todo cambió en casa, ya no había ajetreo de médicos ni se cuestionaban ¿Por qué a nosotros? Hubo paz y lo que había que hacer, se hizo.

Decir que la vida en casa se complicó sería muy poco, ni un atisbo de la realidad. Todo se concentró en que Rosarito viviera. Ella no controlaba ni la temperatura, ni el sueño, a veces estaba cinco días dormida y luego otros cinco despierta llorando sin consuelo. A veces estaba con temperatura sobre 38,5” y luego le bajaba a 35”. En medio del desequilibrio las convulsiones eran muy seguidas y le daban Luminaletas, con eso estaba muy atontada. No daba señales de desarrollo, ni de ver, ni de oír, sus movimientos eran desordenados y no atinaba a tomar las cosas con sus manos y menos a sentarse.

Ese año negro que viví metida en mi pena sólo me era un consuelo salir con Pilar y pololear. Muchas tardes, mientras Fernando estudiaba su carrera de Agronomía, ya estaba en segundo año, me ponía música y yo la escuchaba por teléfono. Tiempo de tristeza, de inseguridad, no sólo para mí sino para toda la familia. Seguramente mis hermanos estudiarían con amigos porque la casa no era para concentrarse. Más o menos en esa

época Jorge tuvo dificultades en los Padres franceses y lo matricularon en San Agustín donde fue un alumno destacado y empezó su romance con Loreto, que casi, casi duraron 10 años juntos hasta que se casaron.
Ese año, en alguna ida a Las Cruces me cogió una ola y me revolcó en la Playa Chica. El resultado fue bien malo, me estropeó el menisco de la otra pierna y me tuvieron que operar, el mismo médico, pero en la Clínica Alemana. Por lo visto tenía más práctica y todo resultó bien y me recuperé pronto. Total, para lo que hacía, bien lo podía hacer coja.
Hice un esfuerzo por ser útil y le ofrecí a mi papá ir a la Vega a comprar las verduras para la semana. Estaba segura de que podía comprar bien y fresco. Le costó entregarme el dinero, pero lo hizo. Me esforcé en hacer todo lo posible por comprar bien y llegué con dos enormes bolsas, pero el problema se presentó cuando mi papá me preguntó por el precio de cada cosa ¡No se me hubiera ocurrido tomar nota y me gasté toda la platita, total era para eso ¿Verdad?! Esas cosas solían pasar con el papá ¡Desconfiado hasta la médula! Me parece que fue la primera y la última expedición a la Vega.
Junto con la primavera llegó el calor, el apuro por terminar el curso de mis hermanos, el cansancio de mi mamá, el llanto de Rosarito, la inquietud de Pilar. El resultado fue que nos fuimos a Las Cruces a la nueva casa que había comprado el papá, la más linda y mejor ubicada de las cuatro que habían construido. Estaba frente al mar y parecía que uno estaba en un barco. Nos fuimos la mamá, la nana de Rosarito, Pilar y yo, dispuesta a descansar. El horario era muy bueno, nos despertábamos cuando lo hacía Pilita, luego de desayunar nos íbamos a pasear, a comprar lo que se necesitara y a la playa, a veces a la Playa Chica, pero otras veces nos dábamos un paseo por la Playa Grande que llegaba a Cartagena. De vuelta almuerzo, siesta, lectura y después de las onces, otra vez a pasear a las playas del norte, a ver la puesta de sol en la Punta del Lacho, a jugar en las arenas rubias y llenas de conchas. Al llegar cenábamos y ¡A dormir! En estos paseos y, como Pilar tenía apenas un año, me la ponía a caballo en el cogote y cargaba con ella, con el tiempo me fui dorando con el sol, ¡¡Con un collar blanco, la sombra de la Pilita!!
A veces llegaba el papá a vernos. No era un buen tiempo para él que tenía mucho afán en el fundo. Por otro lado, supongo que mis hermanos se irían con él al después de dar sus exámenes, allá tenían quien les hiciera sus cosas y ya estaban grandecitos, el menor, Mariano que tenía unos 13 años
Felices días vivimos lejos de las penas y de los fantasmas. Felices con el aire de mar, el sol, los pescados y mariscos. Felices...felices...felices...hasta que nos llegó la noticia que nos derrumbó. La tatá estaba muy enferma, hospitalizada y a punto de ser operada. No

nos demoramos nada en cerrar la casa y juntar los cuatro “monos” que teníamos para tomar el auto de uno de los tíos que nos vino a buscar.
Triste la vuelta y larga, parecía que nunca llegaríamos. Pasamos a dejar las guaguas en casa y nos fuimos a la Clínica Santa María. La tatá estaba muy mal, amarilla y casi inconsciente ¡Impresionante! No esperábamos encontrarla tan mal. Y empezaron los turnos, cada día y cada noche un hijo se quedaba con ella, también a mí me incluyeron porque era mayor, pero a la tía Luz se le atravesó el tema y en “mí” turno se le ocurrió que metieran una cama ¡¡Para ella!! ¡Ni eso pude hacer en ese año de desgracias!
Cuando la estabilizaron y la pudieron operar dijeron que tenía un cáncer en la salida del páncreas e intestino. ¡Sin remedio! En cuanto se pudo la mandaron a casa a esperar la muerte. Dura la situación para todos. Triste ver a la madre que se va acabando día a día. Ella tenía dolores y la medicaban, con ello pasaba atontada y cada día más amarilla. También en casa se establecieron turnos, además de una enfermera que la atendía.
Una vez, estando con mi tío Paco, abrió los ojos celestes envueltos en una nube amarilla y me dijo: “Bernardita, llévate la miniatura antes que se la lleve la Luz” Miré a mi tío Paco y él me confirmó que lo hiciera. Rápidamente la envolví y me la llevé. Desde entonces me ha acompañado y espero que siga acompañando a la Pilita ahora que, al cumplir 80 años se la entregué a ella.
Poco tiempo estuvo la tatá en casa. Un día entró en coma y el médico dijo: “Esto se acabó”. Agonizó un par de horas y se murió. Mejor dicho, dejó de vivir o, mucho mejor, dejó de sufrir o super mejor, llegó a su casa en el Reino de Dios.
Y nosotros nos quedamos sin ella y yo fui a su jardín y corté todos los alelíes blancos dobles que ella había puesto y se los puse a su lado en la cama. ¡Se veía linda rodeada de sus flores!
Mi mamá me abrazó, casi buscando apoyo y me dijo llorando: “Que triste es ser huérfana” Me impresioné mucho, no lo esperaba de ella que había demostrado en su vida ser tan fuerte, pero la muerte impacta, impone, sobrecoge y, por encima de todo, imprime en el alma un dolor inmenso. Yo quise mucho a mi tatá, siempre estuvo a mi lado, desde que nací ella estuvo cerca y me quiso tanto como yo la quería, más que con amor de abuela y nieta, casi con amor de madre e hija. Y me lo demostró, antes de caer en coma contaba a sus hijos con sus dedos amarillos y delgaditos y...me incluía a mí.
La visión que tengo de ella es rodeada de sus flores, no la volví a ver, mientras íbamos a casa a cambiarnos de ropa, la pusieron en un ataúd y se la llevaron a la Parroquia. Cuanto la velaron, no lo sé, cuando la

enterraron tampoco, sólo recuerdo la Misa y la salida del ataúd llevado por mis tíos hasta el Cementerio Católico donde estaba sepultado su marido, mi abuelo Ramón. También en esa sepultura estaban Lalito, mi primo y Juan Agustín, mi hermano pequeño... No volví al cementerio hasta el 1” de Noviembre cuando fuimos con mi mamá a llenarla de las flores que más le gustaban.

Al recordar esos momentos vuelvo a sentir la pena de haberla perdido, la pena de tener a mi mamá sufriendo además de todo lo que estaba pasando en casa. Fernando se portó bien y me ayudo con su cariño y, parecía que la brecha que se había abierto se empezaba a cerrar, parecía.

Habían pasado algunos días desde la muerte de mi tatá cuando tuve un sueño: “Estaba en la sepultura con ella, rodeada de flores y de dulces, de los que a ella le gustaban. Ella me invitaba a tomar té. Hablando y hablando me dijo que no me casaría con Fernando, le pregunté con quién lo haría y me dijo: “con un desconocido”. Fuerte sueño cuando nosotros estábamos pensando en el tiempo que nos faltaría para casarnos... viviríamos en Zemita...yo sería una dueña de casa campesina, con una huerta llena de verduras y frutas.

Tendríamos vecinos y amigos, y todo el verano sería un ir y venir de mi gente, del Durazno a Zemita y de nosotros al Durazno. Así es la vida, pero me decía “los sueños, sueños son” y no le tomé mucho en cuenta.

Habían pasado algunos días después de la muerte de mi tatá cuando se generó un gran problema. La enfermera que cuidaba a mi tatá dijo que se tenía que ir y que no seguiría cuidando al Coco —hermano de mi mamá, deficiente mental—. Los hermanos se juntaron y después de largas deliberaciones mis padres accedieron a irse a vivir a casa de mi tatá y a cuidar del Coco... Fueron días tensos y difíciles, los hermanos Rivas Freire no son cosa fácil.

No me parece que hubiera pasado mucho tiempo cuando, una tarde, Fernando me dijo que todo su tremendo amor por mí se había agotado... Así son las cosas, así es el amor de los jóvenes: un día se hacen proyectos para “toda la vida” y luego ese pozo se agota. Muy mal lo pasé y ya llevaba mucho tiempo pasándolo mal entre una cosa y otra. Parecía que la tristeza y la amargura iban a ser mis compañeras para siempre. Así como se quiere, se sufre en forma desmedida en la juventud... No sé lo que hice para sentirme mejor, a lo mejor apegarme más a mi hermanita, o tal vez salir con mis amigas, pero algún empeño le tuve que hacer porque me repuse y dejé de pensar que las cosas me pasaban por mi culpa. A lo mejor la única culpa verdadera que me queda es la de no haber peleado lo suficiente con mi papá para estudiar medicina. Seguramente no me sentí capaz y eso sí lo he sentido siempre. ¡Cómo me gustaba y cómo me gusta

la medicina!
Mi mamá era amiga de sus cuñadas y como tenían hijos de la misma edad se heredaban ropa y artículos de niños. Así fue como llegó de vuelta a casa un coche de guagua que se había comprado para Pablo, era un coche muy bueno, inglés, azul y cómodo, fue el indicado para acoger a Rosarito. En él la sacaban a la terraza y a pasear por el barrio, hasta había una plaza cerca donde llevarla, la niña se mecía con el movimiento del paseo y se tranquilizaba.
Yo que no hacía mucho salía con la Pilita a todas partes: a comprar a Providencia o al almacén de la esquina, también la llevaba a casa de la tía Chita que quedaba cerca, y allí todos la regaloneaban. También había una prima pequeña con la que compartían juguetes al igual que yo compartía libros con las mayores.
Los menos conformes eran mis hermanos, que no tenían donde estudiar, dormían en una habitación incómoda y estaban bastante lejos de sus colegios así es que tenían que levantarse temprano. No creo que reclamaran mucho porque eran buenas personas y se daban cuenta de la situación.
De nuestros paseos a Las Cruces me quedó un gusto muy grande por la guitarra. Algo le hacía, pero no cantaba —es algo que me pasaba y me sigue pasando... no soy nada de entonada—, el resultado fue tomar clases de guitarra clásica. Para eso no necesitaba cantar, o por lo menos eso era lo que yo creía. Mi papá se alegró cuando se lo comenté y me mandó al conservatorio de música a contactar con la profesora de guitarra. Pareciera un trámite muy fácil, pero fue un rollo. El tal conservatorio quedaba en pleno centro de Santiago y la sección guitarra, perdida entre unos viejos pasillos. Logré hablar con la secretaria y me dio día y hora para hablar con la profesora. Volví a casa a hacerme ilusiones. Para que yo no tuviera que ir a Santiago, la idea era que la profesora viniera a casa y me diera clases. También parecía sencillo, pero lo que no sabíamos era la categoría de la profesora. Resultó ser una concertista y maestra de genios, y yo sin saber ni la escala de do. Bien y abreviando, hablé con ella y aceptó tomarme a prueba por un mes. Ni sé cuánto le costó a mi papá la gracia, pero el resultado fue demoledor: después de 4 clases dijo que yo no tenía aptitudes para concertista y, además que era muy mayor para aprender. Resultado aplastante y sin remedio, una cosa más en contra de mis aspiraciones. Lo bueno es que le hice empeño, mucho empeño y hasta me resultaron las escalas, la cromática y la de do y pude empezar a descifrar el libro que había comprado. En eso estaba cuando, no sé por dónde, apareció un profesor de guitarra que vivía muy cerca de nosotros y que daba clases en su casa. A pesar de mi torpeza me recibió como

alumna y empecé a machucar algunos fragmentos y obras pequeñas... No se me daba tan mal y me gustaba. Tampoco molestaba demasiado en casa, porque un ruido más no importaba y así todos contentos. Fui progresando, nunca tanto como para creerme la muerte, pero si, progresaba. Un día se le ocurrió al profesor que le ayudara a un par de niños con las primeras escalas, y se me dio bien. Los niños progresaron, el profesor tenía tiempo para otros alumnos más adelantados y a mí me daba clases ¡Gratis! Una vez el profesor presentó a sus alumnos en el conservatorio para convalidar sus estudios, y quiso que yo también lo hiciera. Me estimuló tanto que se lo creí, me preparé con todo lo que me dijo y en compañía de varios niños nos fuimos a dar EL examen, que según él era facilísimo y todo al alcance de mis dedos. Lo primero que había que hacer era tocar delante de una profesora un par de pequeñas piezas. Me fue bien. Luego lectura a primera vista. Me fue bien. Pero después...EL DESASTRE. Una profesora, detrás de un piano, tocó dos acordes con todos los dedos y me dijo: ¡Escala de Re menor! Y yo me quedé igual que si me hubiera dicho ¡Los patos en la laguna! Ella insistió: ¡Re menor! Entonces caí, me estaba diciendo que la cantara. ¡Pobrecita de mí! Inspiré y dije: “re, mi, fa sol la si, do” y ella me contestó: “¡Váyase y nunca más trate de dar exámenes aquí porque no sirve!”. No sé si es textual, lo que me dijo, pero...así lo sentí. Seguí tomando clases de guitarra y ayudando a los niños, pero... ¡Jamás intenté cantar ni una nota!
Otra actividad que me ayudó a pasar la pena fue el deporte. La madre de una muy amiga mía tenía un grupo de Voleibol y me invitó a participar, según ella tenía de todo para que sirviera, era alta, delgada y con bastante fuerza en los brazos. Así en que me puse en marcha. Ella entrenaba en la escuela de carabineros y me quedaba cerca de casa, me iba en bicicleta y no me demoraba nada en llegar. El gimnasio era muy bueno y el grupo también. Empecé a aprender y se me daba bastante bien, tenía una sacada bastante potente y me gustaba. Lo que no me gustó nada fue que se me empezaron a poner duros los dedos y el profesor de guitarra me dijo que tenía que elegir porque no eran compatibles las dos actividades ¡Una penita! Pero superable. Justo al lado de la cancha se ponía un profesor de esgrima a entrenar a algunos carabineros y yo los miraba y me sentía en la edad media. Un día en que no tenía alumnos, me invitó a tomar un florete y me dijo como tomarlo, me sentí bien con el arma en la mano y él empezó a darme instrucciones muy sencillas, pero empecé a moverme en las cuatro posiciones, ¡Qué bien me sentí! Por lo visto el Vóley no era nada al lado de tener un arma en mano. Así golpe arriba, golpe abajo, retroceso, adelante en tercera, atrás en cuarta, avanzar, retroceder... Era un juego muy entretenido y me gustaba. Una aventura Scaramouche en acción.

Pasaron las semanas y al profesor se le acabó el tiempo de instrucción en carabineros y se fue, antes de irse me invitó a visitar la federación de esgrima a ver si podía entrar, yo, muy motivada fui, pero la federación estaba en pleno centro y las clases eran por la tarde-noche. Además, en esas canchas no se podía jugar con el florete, sino que había que entrenar en serio, o sea con ropa, zapatos y máscaras especiales. Mucha historia para un jueguito que, además de la preparación para combatir en diferentes sitios, no sería ni tanto lo buena que era, ni tanta la vocación porque lo dejé.
Así, mi vida de bote en bote y no sabía ni donde iba ni lo que quería de mi vida. Tampoco me pregunté si me estaba preparando para algo, cada día era sólo un día que se iba sin dejar huella. De estudios, nada, de trabajo, nada, de preguntarme por mi futuro, nada, casi lo más cerca de ello sería tener hijos. ¡Claro para eso había que casarse y, para casarse había que encontrar un hombre y, para encontrarlo había que salir, buscar, conocer, encontrar la pareja ideal, que ese hombre supiera que yo existía y que... ¡Al fin, nos enamoráramos y nos casáramos! ¡¡¡Vaya proceso más complicado!!! Además, después de todo lo que yo había pasado no estaba en condiciones de “buscar” nada, mis amigas todas emparejadas con la misma gente que frecuentaba antes o sea la nada misma.
Un día, alguien, a lo mejor hastiada de verme deambular, me dijo que me acercara a la Cruz Roja, que empezaba un curso que a lo mejor me podía interesar y ¡Me interesó! Al fin algo que me interesara. Fui a la casa central de la Cruz Roja y me dijeron que había un curso de Samaritana, que duraba un año y que había matrículas. Sin pensar más me matriculé, las clases las daban lejísimos de casa en el barrio Independencia, pero eran de día y no había problema. Eran una vez por semana y muy interesantes. Todo sobre salud y enfermedades, curaciones y distintos métodos para tratar a los enfermos. ¡Me encantó! Pero lo realmente entretenido fue que después de algunas clases teóricas nos pidieron que lleváramos delantal blanco y cofia porque tendríamos clases prácticas en el consultorio de la Cruz Roja, que quedaba en el mismo edificio, en el primer piso. No cualquier delantal sino el indicado por la profesora y comprado donde ella lo dijo, igual que la cofia, blanca porque éramos estudiantes. Todo lo hice tal y como me lo pidieron y pasé toda la semana imaginándome las cosas que vería y repasando todo lo que había hecho en el fundo, donde yo era enfermera titular desde los 13 años. Fue una semana intensa, entretenida y recordé muchas cosas con mi mamá. Desde mi primera inyección a un viejito molinero tan flaco que mi mamá no se atrevió a pinchar y me lo pasó a mí, hasta las heridas de los trabajadores. ¡Qué doctora me sentí!
El día señalado iba con todas mis cosas y feliz de practicar lo que nos

habían enseñado, al menos eso creí yo, pero del “dicho al hecho, hay mucho trecho”. Llegamos en orden al policlínico, y nos distribuyeron a cada una al lado de una alumna mayor en un apartado con una camilla y una mesa de curaciones, o sea, de hacer algo... ¡Nada! Solo mirar y hay que ver lo que vimos: unas úlceras varicosas enormes. Unas infectadas otras no, pero diría que todas incurables. Úlceras producidas por varices de venas en personas que están de pie la mayor parte del día y haciendo mucha fuerza, ya fueran hombres o mujeres. La indicación hubiera sido que descansaran, además de las curaciones, pero no lo podían hacer así es que un día sí y otro no iban a curarse. La mayoría eran esas heridas las que veríamos. También había uñas encarnadas, o llenas de hongos. Esas las atendía el médico que, después de ponerles una anestesia local se las sacaba de raíz. Dolía, claro que dolía, pero para eso estábamos ahí para que nos doliera tanto que quisiéramos curarlos. ¡Vaya experiencia! Andando el tiempo y cuando habíamos visto todo lo que había que ver, nos enseñaron a curar. Eso ya me gustó más, al menos tenía práctica y las profesoras se dieron cuenta y me dieron un poco más de responsabilidad. También era la mayor del grupo y no me desmayaba como algunas niñas más chicas. En un momento, poco antes de terminar el curso, nos tocó aprender a poner inyecciones ¡Eso es lo mío, pensé! Pero las personas que solicitaban tales inyecciones no eran muchas y pronto se acabaron, sólo quedó una viejita a la que había que poner una inyección endovenosa...y de las alumnas sólo quedaba yo...la viejita me animó y me dijo: ¡Señorita, pinche con confianza, que tengo buena vena, muchas señoritas han aprendido en mí! Y la profesora me preguntó si me atrevía, yo dije: ¡Si, para eso vine, para aprender! Y así fue como aprendí a pinchar venas. Fue fácil porque la viejita me animaba y la profesora confiaba en mí, pero terminé tiritando porque la inyección era de Calcio y si caía fuera de la vena producía una quemadura. Así poquito a poco fui aprendiendo y metiéndome en un mundo en el que siempre soñé. Nunca se me ocurrió pensar que detrás de esas heridas había personas, que tenían un nombre y una historia. No se me ocurrió, es la verdad, a lo mejor hubiese sido más efectiva la curación y me hubiera preocupado de la persona, porque en el fundo las heridas tenían nombre y familia e historia ¿Qué me pasó? Seguramente la formación que nos daban era así de fría, a lo mejor pensaban que así lo haríamos mejor. No lo sé y no saco nada con atormentarme los sesos con esta historia.

Además de las clases y del trabajo en el policlínico teníamos un turno en la Posta Central de unos 15 días, más o menos, y para terminar el año una práctica hospitalaria.

El grupo que íbamos a la Posta nos juntamos. Al llegar nos distribuyeron

en los distintos servicios. Para iniciarnos nos tocó estar en una sala de operaciones donde varios médicos operaban una “vesícula” ¿Quién estaba en la mesa? Eso no se sabía, pero nosotras en fila mirando, escuchando y oliendo todo lo que se podía ver, escuchar y oler ¡Nada rico, de todas maneras! Me interesó ver lo que había dentro del vientre del operado, pero no estaba muy cerca, cuando me di cuenta varias de las compañeras se sentían mal y más de una se desmayó. No era la primera vez que yo entraba de mirona a un pabellón, la anterior fue en Chillan y pude ver cómo le sacaban el apéndice a una prima de una amiga ¡Ni tan espectacular! La Posta era un edificio muy viejo y pobre, alto, muy alto, de paredes oscuras y con olor mezclado de cloro con desinfectante, más cloroformo y olor a pobreza, a trapos sucios, a falta de aseo personal. Las salas de los enfermos eran comunes a 10 o más personas. Las enfermeras pocas y las auxiliares corrían de un lado para otro haciendo lo que podían; en ayuda de las auxiliares nos pusieron a nosotros. A mí me tocó en Traumatología, ¡Yesos, aquí! ¡Yesos, allá! El médico que atendía era joven y muy divertido, siempre tenía una nota cómica que hacía reír a los enfermos, y de paso me pedía atención permanente, menos mal que yo me avispé y pronto tuve la velocidad de atención que él quería. ..¡Impresionante verlo enyesar y más todavía sacar los yesos! ¡Era un artista, con unas cizallas enormes cortaba los yesos fácilmente! De mi estancia en ese servicio dos cosas me impresionaron: la primera fue ver poner una raquídea: “yo tengo, yo tengo un velerito!” Cantaba el médico y ¡zas! pinchaba la columna con una puntería estupenda. Yo tenía que mantener al enfermo inclinado adelante, con la cabeza agachada y que no se moviera. Yo me decía que ¡Nunca me tengan que pinchar a mí! Pero hacía lo que tenía que hacer.

Un recuerdo de ese tiempo de “yeso”, un día llegó un viejito con una coraza de pesado y sucio yeso. El doctor cortó por delante y luego por detrás, al separar las dos partes vi que estaba ¡¡¡Lleno de gusanos!!! Seguramente larvas de moscas que se metieron entre la piel y el yeso, no le llamó la atención al médico sino, lo sacudió y los gusanos caían como lluvia al suelo... ¡Un asco! Pero no tenía heridas, la piel estaba sanita ¿Sería que los gusanos se comían lo muerto? No hace mucho me enteré de que en la Edad Media había curanderos que llevaban un frasco con larvas de mosca para curar las heridas infectadas ¿Será cierto?

En esas andanzas estaba cuando se puso en huelga el personal de la Posta. Como no había quien hiciera las cosas más simples, nos pusieron a nosotros de auxiliares, más otras Cruz Roja de cursos superiores, ¡Ahí hubo que trabajar! Nada de sólo mirar, ¡Trabajar, en turnos de 8 a 15! A mí me pusieron en Ginecología ¡Fuerte aventura! En ese tema yo no sabía

nada, no me había tocado nunca actuar y ni sabía lo que era un examen ginecológico, ¡Rapidito me tuve que poner al día! Lo terrible era que en esa sección no llegaban cosas normales como control de embarazadas ¡No, no! ¡lo que llegaban era un aborto detrás del otro! El médico, raspaba a una y ya estaba la otra en la mesa, debajo de él había un balde donde iba tirando lo que raspaba, sangre, trocitos de fetos, a veces una pierna, otras un brazo, pedazos de carne no identificables, entre una y otra mujer. Yo pasaba un paño con cloro y una bandeja nueva de material. Tuve que poner el corazón duro y oír lo que me pedía el médico y también los lamentos e insultos de las mujeres. No una sino varias veces oí: ¡Raspe, no más doctor, que yo estoy acostumbrada! Y así, sin anestesia, sino a "palo seco" raspaba y raspaba. El sonido de la cucharilla raspando se me quedó en el oído, era como si raspara la cáscara de una sandía. Él me contó que no eran abortos que él provocara, sino que las mujeres lo habían hecho en sus casas y que él tenía que —para salvarles la vida— sacarles todos esos pedacitos de feto ¡Impactante! ¡Mujeres pobres abortando frecuentemente! Da que pensar en la calidad de vida que llevarían o si entre ellas había prostitutas que no se cuidaban, en fin... ¡Mucha tristeza! ¡Mucha pobreza! ¡Mucha ignorancia!

En un cambio de turno me asignaron a Ingresos, eso quería decir que los enfermos llegaban, en primera instancia a la sala donde me pusieron a trabajar. Había cubículos donde los iban poniendo en camillas para que el médico los examinara. A mí me tocaba llenar las hojas del formulario, donde había que poner los datos del enfermo. Por primera vez, los enfermos tenían, para mí, un nombre y datos personales. Mucho ajetreo, mucho entrar y salir empleados de las ambulancias que a gritos se hacían notar: ¡Un accidentado! ¡Una hemorragia! ¡Una fractura! ¡Fiebre!... En fin, tenía yo que ir colocándolos para la visita y, más o menos empecé a tener idea de valorar las urgencias. ¡Me quedaba grande el poncho! Pero si no había nadie más ¡Había que apechugar! Menos mal que el médico era comprensivo y nunca me llamó la atención. Una mañana entró a toda prisa un enfermero y gritó ¡Un quemado! Saltamos con el médico para atenderlo antes que a nadie, era el cocinero de la embajada francesa que le había explotado una olla a presión y le había quemado toda la cara, estaba rojo como un cangrejo y ya le estaban saliendo ampollas, ¡Pobre francés que apenas hablaba el idioma y se quejaba como un niño! No sé lo que se hizo con él, seguramente ponerle unos paños con grasa y mandarlo al hospital donde se le podría atender. Siempre me acuerdo de él ¡Qué mal lo pasó!

Otra mañana llegó un enfermero gritando: ¡Accidente! Traía a una viejita que la había embestido una carretela, venía muy mal. La pasaron a un pabellón cercano a Ingresos y el médico dijo que tenía una gran fractura

de fémur, expuesta, que había que amputarla, pero que antes había que estabilizarla. Como no había enfermeras él le puso un suero y me dijo que me quedara al lado de ella y que lo controlara. También había que controlar la presión que la tenía muy baja, él tenía que hacer otras cosas y me quedé con ella, mirando y esperando que se muriera ¡Impacta la muerte así, cara a cara! Pero la batalla estaba dada. De a poco la viejita empezó a tener mejor color, la presión se le normalizó y vino el médico a verla. Decretó que era el momento de amputarla. No había nadie que le ayudara así es que me dijo que me lavara bien las manos y que tendría que ayudarlo. Después de darle unas gotas de cloroformo, me dijo que le tomara la pierna y que se la estirara. Un escalofrío me corrió por la espalda, pero lo hice, Él me decía “haga más fuerza” y yo estiraba y estiraba la pierna hasta que a él le pareció bien y me indicó que mantuviera esa presión sin soltarla, que me afirmara en la base de la camilla. Todas las fuerzas que hice en mi vida se vieron recompensadas ahora, ¡Pude! Y ¡Mantuve! Mientras el médico con un bisturí cortó la carne del muslo y luego con un serrucho aserró el fémur, así, como quien corta un pedazo de leña. Hasta que en un momento terminó y me quedé con la pierna en la mano y casi me voy de espalda. ¿Qué hago con esto? Le pregunté, y me dijo. ¡Tírelo al basurero y venga a ayudarme! Todavía sin reponerme me puse en frente de él y siguió con la operación. Lo siguiente fue quitarle dos o tres centímetros de hueso, para —según él— hacerle un “buen muñón” ¡Pobre viejita! Seguía inconsciente, no sé si por las gotas de cloroformo o si estaba en coma... Nunca se supo porque había terminado con su “lindo muñón” cuando expiró. Esa tarde ni sé cómo llegué a casa, estaba impactada. Todo lo que había pasado me había llegado muy dentro, fue el último tiempo de servicio en la Posta.

Una tarde, antes de irme a almorzar a casa, después de haber terminado mi turno, oí que un enfermero le decía a una viejita que estaba de alta y que se tenía que ir, la pobrecita llorando le decía que no tenía donde llegar y que con su pierna enyesada nadie la iba a cuidar. Me dio pena y rabia ¿Es que en el país no había un sitio que la acogiese? Y me hice presente con el enfermero, le dije que no la podía poner en la calle y ¡Me iluminé! ¡Hogar de Cristo recién abierto! Pedí el teléfono y llamé, expliqué el caso y les dije que era sobrina de Padre Hurtado —por si servía de cuña—. Me dijeron que la llevara...muy contenta se lo dije al enfermero y pidió la ambulancia para llevarla, pero tenía que ir yo con ella. Así lo hice y nos fuimos a toda velocidad por la Alameda con la sirena sonando y nosotros bien afirmadas. Cuando llegamos nos recibió una señora que nos advirtió que esa era una posada sólo de noche y que no sabían qué hacer con la viejita. La ambulancia esperaba, la viejita estaba en una silla de ruedas y

pretendían ponerla en la calle ¡Me pareció mucho, y allí la dejamos esperando la caridad del Hogar de Cristo! No sé si tuvo un final feliz o si fue una desgraciada. Por lo menos esa noche la recibieron, del resto nada supe.
La siguiente práctica fue en el Hospital de Niños Calvo Mackenna. No quedaba muy lejos de nuestra casa, no sé el destino de mis compañeras. A mí me preguntaron si había tenido las enfermedades infectocontagiosas de los niños y al haberlas padecido me pusieron a ayudar al médico que llevaba el policlínico de infecciosos. El médico era un alemán que las tenía todas: joven, guapo, alto, rubio, de ojos azules, simpático conversador y bueno para las fiestas de fin de semana. Me enseñó a diferenciar las distintas enfermedades de los niños, —las más corrientes, claro esti—. Me enseñó a rellenar las fichas y a llegar tempranito por las mañanas, antes que él para que le tuviera las fichas rellenas y preparados los presuntos diagnósticos. Lo pasé super bien, aprendí mucho y pasé un susto: una mañana estaba mirando a una niña y al pedirle que abriera la boca para mirarle la garganta, vi que tenía muy fea las amígdalas y me vomitó encima de la cara. Rápidamente me lavé muy bien con jabón desinfectante y le pedí al médico que la viera bien porque no me había gustado nada lo que vi. Él se preocupó, a pesar de ser lunes, y se asustó, porque la nena tenía un velo al fondo de la garganta. Pensando en una difteria la mandó al laboratorio. Pero las cosas no iban a quedar así no más, cuando llegué a casa y se lo conté a mi mamá puso el grito en el cielo, porque una difteria era algo muy, pero muy malo y en casa había dos niñas pequeñas. Cuan no sería el espanto cuando al par de días del acontecimiento amanecí con una amigdalitis de espanto, con mucha fiebre y dolor. Mi mamá que era muy enérgica llamó al médico y le dijo que yo estaba muy enferma que me fuera a ver. Llegó a verme, pero no era difteria, ni lo de la niña ni lo mío sino una amigdalitis muy fuerte, me dio antibióticos y sané. Pero el susto fue ¡Mayúsculo!
Así siguieron mis prácticas en el Hospital. Con el médico alemán me llevaba muy bien, él tenía un auto chiquito, no sé si era un escarabajo o algo por el estilo, a veces me llevaba de vuelta a casa y otras veces me invitaba a dar una vueltita por el barrio alto, muy alto de la ciudad. Era todo campo, muy lindos los potreros, era tiempo de cerezas y comprábamos unos cartuchos y las comíamos por el camino. Nunca hubo nada que se pudiese mal entender...muy caballerito él, recién casado y muy respetuoso, lo pasábamos bien juntos y nada más.
Sin mayores problemas terminé mi curso de Cruz Roja y me quedaron ganas de hacer algo más en mi vida. Me metí en un curso de “taqui-meca”. Lo de “taqui” fue un desastre, no logré entender nada, parecían jeroglíficos

y realmente lo eran. Pero con la “meca” me fue mejor y aprendí a escribir a máquina, — no todo lo bien que se hubiera esperado—, pero aprendí y me he desenvuelto en ella más o menos bien. La idea que tenía era de buscar algún trabajo de oficina. En esos momentos, no encontré nada porque era muy cerca del verano y nos teníamos que ir al fundo, así es que lo dejé para el año siguiente. Por mientras una amiga me dijo que había un artesano que pagaba bien por pintar unos ceniceros y otras cositas por el estilo y no quedaba lejos de casa, podía ir en bicicleta. Me presenté y me tomó. El asunto no era difícil, no había que ser una artista con las manos, sino pintar las figuritas. Todo iba bien hasta que un día “el artista” me dijo que quería tomarme una foto ¡Tan pajarona, yo! Caí y lo dejé, total estaba acostumbrada a que me sacara fotografías mi papá. No me llamó la atención. Otro día me dijo que le habían gustado mucho las fotos y que me quería sacar unas en traje de baño ¡¡¡Seguía la pajarona!!! Llevé mi traje de baño y, cuando me estaba cambiando la ropa en el baño. vi ¡UN OJO en la cerradura! No me demoré ni un instante en vestirme y salir corriendo de esa casa ¡No volví nunca más! Y me sirvió de dura lección ¡¡¡No hay que pajarear!!!

En esos días, más o menos, conocí a un hombre increíble, en casa de una amiga estaba su hermano, un tremendo hombre de casi dos metros, buena planta, buen mozo, simpático, me encantó. Él trabajaba en un campo cerca de Santiago, así es que empezó a ir a casa los fines de semana, había sido militar en caballería en Quillota y había participado en concursos hípicos. Era muy bueno para conversar, hablábamos de cultivos, de la vida militar, todo muy entretenido. Cuando nos fuimos al fundo él quiso ir y mi mamá lo convidó a pasar unos días al Durazno. Llegó un día en un auto arreglado para carreras o sea que le habían quitado todo lo superfluo. Fue una visita muy linda, hicimos paseos a caballo, una vez nos fuimos por la Bonita, El Frutillar y bajamos por la Borracha, un paseo pintoresco y agradable. Muchos proyectos tenía de campo, no había estudiado, pero preguntaba. No se destacaba por su cultura, a mí tampoco me importaba mucho el tema, tenía algo que yo no había visto nunca, un atractivo especial, todo él era sexo, como si fuera un gran semental. Nunca me faltó “el respeto” —como se decía en esa época—, tampoco intentó nada fuera de lo corriente, pero se sentía algo especial, con él crecí y me convertí en mujer. Con él supe lo que era la atracción de las parejas. Muy pocos días estuvo en el fundo y cuando se iba mi mamá no encontró nada mejor que pedirle que nos llevara a Santiago a Pilar, —que debe haber tenido unos 4 años—, al Coco y a mí. Él muy contento dijo que si y nos apretujamos en la carcasa del auto de carreras y partimos tempranito por la mañana para llegar en el día a Santiago. Todo más o menos bien

hasta llegar a la cuesta de los Pitíos, que no estaba ripiada y que era pura tierra suelta, el polvo empezó a entrar por el piso y nos empezó a ahogar. Más aceleraba para subir, más tierra entraba, hasta que en la cumbre tuvo que detener el auto para poder respirar. Todos estábamos sin resuello, los peores, claro está, eran la Pilita y el Coco, que no sabían cómo respirar. Fue la parte más complicada, luego nos arreglamos y después de un largo viaje, mejor dicho, larguísimo porque él tenía que pasar por el fundo donde trabajaba que quedaba por Peñaflor, o sea por el camino a Melipilla. Allí llegamos de noche y a Santiago muy, muy tarde. Menos mal que nadie nos esperaba porque mis hermanos tenían que llegar al día siguiente. ¡Derechito a la ducha llegamos! ¡Parecíamos monos de entierradas! ¡Pero lo pasamos bien!

Fue pasando el año, un poco flojo. Seguí tratando de tocar guitarra, de escribir a máquina, en la de mi papá, viéndome con mis amigas, cuidando de la Pilita ayudando a mi mamá, a ratos con la Rosarito y pololeando los fines de semana, salíamos a pasear, a comer fuera, a bailar y en eso estábamos cuando se me ocurrió comprarme un par de zapatos blancos con taco, a ver si me veía alta como era él. Para celebrarnos fuimos a bailar a una discoteca en el centro. ¡Pobrecita de mí! Casi me muero de dolor en mis pies. Parecía huasa del campo, se me encogían los dedos y cuando llegamos, al bajarme del auto ¡¡¡Me saqué los zapatos y llegué a casa descalza!!! ¡Qué alivio! Fue la única vez en mi vida que me puse zapatos con taco.

Pasaba el tiempo y llegó la primavera, los árboles florecían y nosotros nos enamoramos, tanto, tanto que nos queríamos casar. En esas circunstancias él pidió “un adelanto” y yo me negué, no estaba dispuesta a ningún adelanto, tiesa yo como un palo. A mí no me toca nadie por muy guapo y sexual que fuera. No le cayó muy bien, pero así de claro tenía yo mis cosas. Entonces quedamos en que me iría al fundo de vacaciones y volvería a Santiago para mi cumpleaños y en esa fecha nos prometeríamos para casarnos tan pronto como fuera posible. Pues sí. Eso me iba bien, yo quería casarme y tener hijos, y él era todo lo atractivo para hacerlo con él. Yo estaba contenta y pasé unas vacaciones muy ilusionada. Cuando llegó finales de Marzo, el día de mi cumpleaños, el 28, tomé una micro en San Carlos y me fui a Santiago, a comprometerme. Cortito se me hizo el viaje. En la estación Central me subí a una micro Los Leones para llegar a casa y cuando iba pasando por la Iglesia de los Padres Franceses, vi que había una boda como siempre. Me fijé que la espalda del novio me era conocida, en ese instante él se dio vuelta y ¡¡Trágame tierra!! El propio pololo mío, con quien me iba a comprometer esa tarde, era el que se estaba casando. Quedé helada, no podía

reaccionar, no lo podía creer. No atiné ni a bajarme de la micro sino seguí en ella hasta el terminal, allí me preguntó el chofer si bajaba o si estaba perdida, le dije dónde iba y a la vuelta me dejó. ¡Qué noche más mala pasé, qué desdichada, qué sola! Pensar que todas mis ilusiones se habían ido y me había quedado con las ganas de todo ¿Qué le pasó? Nunca lo supe, no lo volví a ver nunca más, sólo me enteré de que se llevó a su mujer al otro lado de un lago en el sur y que la sacaba para que tuviera guagua, tras guagua en la ciudad más cercana; que tenía trabajo en una carretera que se estaba haciendo de Argentina a Chile y, que en un viaje en avioneta se cayó al lago y no se encontró nada ni nadie ¡Qué telenovela!

Un día me encontré con una compañera de colegio y me contó que estaba participando en una Congregación Mariana en el Colegio San Ignacio, que eran jóvenes que se formaban espiritualmente y que participaban en ayuda social y material a una Población Callampa al poniente de Santiago, que siempre estaban necesitados de ayuda y que si yo quería participar que me recibirían bien. Necesitada estaba yo de ayuda además de poder hacer algo. Fui a la primera reunión y me encantó me llegó al alma las enseñanzas del padre Cox y luego oramos en la iglesia. Quedamos en juntarnos el sábado para ir a conocer la población Nogales

¡Tantas cosas que me gustaría recordar de esos tiempos! Creo que lo más importante fue encontrarme con un grupo de jóvenes que tuvieran una vocación de servicio, tanto a los pobres como a la fe. No era frecuente en esos tiempos. Yo había vivido una vida de fe muy cómoda: de Misas dominicales, de recibir la Comunión, confesarme de tarde en tarde y realmente de poco más y, me encuentro con un grupo que vive su fe de manera integral: de leer la Biblia —yo ni tenía— de poder meditar y vibrar con las Escrituras, de enterarse de lo que pasa en la Iglesia, de orar en voz alta, no de oraciones aprendidas de memoria, sino de lo que se siente en el fondo del alma cuando se tiene a Dios al frente y presente en el Sagrario. De contarle al Señor penas y alegrías tal y como se habla con un amigo. Para mí fue un descubrimiento y una alegría inmensa. Por otro lado estaba el trabajo poblacional. Yo no sabía cómo se vivía en las poblaciones “callampa”. Sabía que había gente muy pobre, pero no sabía nada de ellos. Fue otro descubrimiento, pero muy doloroso. Gente que pasaba hambre, que no tenía donde dormir, que con dos trapos y dos cartones se hacía una casucha donde vivían, y, los más pobres vivían en el borde mismo del “hoyo”, un basural clandestino donde iban por las noches a botar las basuras. La gente vivía del basural: recogían los cartones, las latas, las botellas los metales para luego mal venderlos. Vi, con mis ojos, unos niños que roían unos huesos sacados del basural. Algo

había que hacer por esa gente, lo malo es que nosotros tampoco teníamos muchos medios, todos estudiantes y con poco dinero. No sé por qué medio se habían conseguido un sitio y de a poco habían construido un par de piezas donde se hacían clases y una cancha techada donde se juntaba la gente los sábados a jugar a la pelota y donde se hacían reuniones. Un grupo íbamos casa por casa viendo en qué podíamos ayudar. A veces la dueña de casa estaba enferma y podíamos hacer un poco de aseo, otras veces era ayudar con una guagua, íbamos al “hoyo” a buscar a los niños para llevarlos a la escuelita y jugábamos con ellos. Yo me sentía un poco fuera de sitio, lo que mis compañeros hacían con buena voluntad y cariño, yo lo sentía violento. No era lo mío definitivamente.

Un día, en una reunión, dije lo que me pasaba y el padre Cox me preguntó lo que me gustaría hacer. Yo le dije que montar un pequeño consultorio, estuvimos analizando dónde y cómo hacerlo y recibí todo el apoyo de la gente, no sé si alguna vez lo pensaron o si fue una buena idea, el caso es que a continuación de la escuela se podía edificar una sala como las de la escuela y dividirla en tres, dos pequeñas salas de atención y una sala de espera. Los jóvenes, con más experiencia, hicieron un plano y...nos dispusimos a hacer realidad la idea. Así empezó un tiempo de mucho trabajo. Lo primero fue recolectar el dinero, dejamos los pies en la calle pidiendo plata en las oficinas del centro de Santiago, habíamos calculado lo que valía un ladrillo o un saco de cemento y lo pedíamos así: “¿Me ayuda con un ladrillo para construir un consultorio en Los Nogales?, “cuesta 5 pesos” y a la gente le hacía gracia que anduviéramos con esos pedidos y nos ayudaba. A los gerentes y empleados más importantes les pedíamos el cemento. Cuando el sábado hacíamos caja, se iba a una tienda cerca y comprábamos lo que habíamos recolectado. Mientras en el local, los trabajadores de la población iban emparejando el terreno. Al llegar el material todos se ponían a la obra, los muros se fueron levantando poquito a poco, el piso se encementó, luego fue el techo y los tabiques y después del año de trabajo teníamos el policlínico listo para ser ocupado. El padre Cox bendijo la obra y consiguió un médico que lo dirigiera. Y todo mi sueño se hizo realidad, es decir el sueño de mucha gente se hizo realidad.

Con mi delantal blanco de la Cruz Roja, me veía, casi médico y me sentía muy a gusto, poquito a poco fue llegando gente a curarse heridas, a ponerse inyecciones que les recetaban los médicos y que ellos no tenían quien se las pusiera. Si las cosas se ponían feas, se mandaban al Hospital. Esto es la historia del policlínico, otra cosa es la historia de Los Nogales.

Con el Padre Cox a la cabeza la congregación mariana se movía en todo

sentido. Un día a la semana teníamos reuniones en el colegio San Ignacio y los sábados íbamos a la Población, el grupo era unido, pero de diferentes caracteres, unos estudiaban, otros trabajaban y otros, como yo, no hacíamos nada. Nos conocimos y nos hicimos amigos, nos apoyábamos en todo sentido, se formaban parejas y se separaban, todo lo normal en la juventud. Yo tuve un par de escarceos, pero no llegaron a nada. En mi fuero interno yo quería casarme y tener hijos, muchos hijos, pero no me llegada el hombre para formar ese hogar, a veces me deprimía pensando que nunca llegaría el hombre que me quisiera tal como yo era.
Un apoyo tuvimos con el cura párroco del Hogar de Cristo, —que estaba muy cerca de nosotros—. Él nos ayudó en momentos difíciles y nos dio los consejos prácticos que el padre Cox no manejaba. Era el padre Nacho Vergara, un cura joven y muy entusiasta, se arremangaba la sotana y ayudaba en todo. También en ese tiempo llegaron a la Población tres curitas franceses que eran obreros, trabajaron en distintas fábricas del sector y por la tarde se juntaban en su casita —bastante pobre, por cierto— y decían Misa. Poquito a poco los fue rodeando un grupo de pobladores y ellos se sintieron participantes de la población.
Llegó el invierno, llegaron las lluvias, llovía y llovía sin parar. Las alcantarillas se llenaron, las quebradas que bajan de la cordillera empezaron a llenarse, se anegaron los campos del oriente de Santiago, las calles se saturaron, el agua lo llenaba todo. El río Mapocho empezó a crecer y a crecer. En su curso se llevaba todo a su paso, toda la basura que la gente había abandonado en sus riveras. El canal San Carlos y todos los canales se desbordaron y Santiago se inundaba. ¿Qué pasaría en Los Nogales? Rápidamente los que podían comunicarse se fueron enterando del desastre: la población estaba inundada por que el Zanjón de la Aguada se había salido y a su paso se llevó todo lo que se pudo llevar: casas, animales, cartones, basuras... Menos mal que nuestro centro estaba edificado en un alto y bien techado, no sufrió daños, pero nuestra gente lo estaba pasando pésimo. Todo lo rápido que pudimos acudimos en su ayuda. No era mucho lo que podíamos hacer. Acomodamos la cancha, con sacos y trapos tapamos el exterior y empezamos a acoger a los damnificados que eran más o menos 100 personas a las que había que abrigar, dar comida y alojar, y todo eso no era para mañana ¡Era para ayer! Todos nos pusimos de cabeza a recolectar lo que pudimos y mientras los pobladores arreglaban un poco el lugar y las mujeres hacían una olla común, nosotros nos buscábamos la vida. Nunca hemos pedido tanto como en esos momentos, tampoco nos habíamos empapado tanto ¡Cómo llovía! Recurrimos a todo lo que se nos ocurrió, y la gente nos respondió, ya por la noche todos estaban abrigados, con una colchoneta,

una manta y un plato de sopa caliente y tecito, porque aquí no puede faltar el tecito a toda hora. Los que pudieron rescatar algo lo hicieron, pero tuvimos albergados a los damnificados más de un mes. Nos organizamos y, supongo que en algún momento dejó de llover. Las calles de Santiago estaban llenas de agua y barro, las de la población eran puro barro, por lo menos 20 centímetros de barro había en las calles de la entrada, para no perder los zapatos, nos descalzábamos y entrábamos todos embarrados a la cancha a lavarnos los pies. Por las noches se quedaban los hombres haciendo turno y nosotros llegábamos por la mañana a servir el té. Así pasábamos los días, unas pedían, otras ayudaban y, de nuestras casas no sabíamos nada. Por lo menos yo salía a las 7 de la mañana y llegaba a las 10 de la noche, si había algo de comer comía o un litro de leche y pan, un saludito a mi mamá y ¡Hasta el otro día! Y así un día tras el otro hasta que la gente pudo arreglar sus callampas y desocuparon el local. ¡¡¡Mucha actividad!!! ¡¡¡Mucha solidaridad!!! ¡¡¡Mucho cariño!!! Pasó la lluvia, pero el agua se quedó en el Hoyo y la basura se pudrió. En los animales muertos las moscas pusieron huevos y salieron miles de millones de larvas que se convirtieron en nubes de moscas que se metían por todas partes. Fue la otra batalla: impedir que en las heridas se hicieran depósitos de huevos de moscas y que los niños estuvieran protegidos. ¡Éramos insuficientes para ese trabajo! no sé cómo se resolvió, si intervino el gobierno comunal o, simplemente llegó el calor y mató las moscas.

Todo iba bien, pero un día, muchos años más tarde, mi mamá me recriminó que yo había atendido a mucha gente y no me había enterado que ella tuvo una neumonía que casi la mató. Mal, me sentí, muy mal, pero ¿Qué habría hecho si lo llego a saber? Seguramente me habría quedado con ella, porque la primera obligación era mi familia. Cosas de la vida, tristezas de la vida, inconsciencias de la vida. En fin, ya nada podía yo hacer, sólo tener las orejas abiertas para el futuro.

Todo lo que vivimos durante la inundación me hizo ver lo que era la pobreza real y verdadera. Lo que era no tener un pan que comer ni un trapo para abrigarse, vi lo que era tener que pedir en las ferias, mercados, mataderos, los restos, lo que nadie quería para poderlos reciclar y dar de comer a nuestra gente. Recuerdo que una vez nos regalaron una camionada de repollos, es increíble la cantidad de repollos que caben en un camión, hubo para hacerlos de todo lo que a las cocineras se les ocurrieron y ¡No se perdió ninguno! El olor que había me recordó a Purranque. Tengo que reconocer que la gente es muy solidaria, en especial cuando hay catástrofes naturales. Nunca nos negaron ayuda y hasta en el matadero nos daban restos buenos para cocinar.

Este tiempo de esfuerzo y de mucho amor me hizo crecer espiritualmente,

ver el rostro de Jesús en el pobre, sucio y sufriente es algo que me ha hecho pensar en el curso de mi vida adulta. Doy gracias a Dios por ese tiempo que viví tan cerca de Él.
Me doy cuenta de que voy a saltos y a brincos con esta historia, pero creo que más o menos en este tiempo, en el mes de septiembre, para las vacaciones del 18, nos pidió el papá que fuéramos al fundo a hacer la mudanza del Durazno al Naranjo.
También en casa había noticias: mi mamá esperaba otro hijo ¡Alegría para todos! Tuvo un embarazo muy cuidado a pesar de los problemas con Rosarito, nos sentimos nosotros, Pablo y yo, los padres de mi mamá e hicimos todo lo que pudimos para cuidarla y que pudiera tener su guagua bien. No recuerdo si ese verano pudimos ir al fundo, creo que no, que fuimos a Las Cruces porque estaba más cerca de Santiago. Así iban pasando los días, los meses, hasta que, muy cerca de Semana Santa, el médico le dijo que estaba de término y a ella le dio miedo que naciera y que él no estuviera para ayudarla, pero el médico, amigo de siempre, le dijo que él no saldría esos días, que estuviera tranquila y que lo llamara a la hora que quisiera; así ella, y nosotros nos quedamos confiados, porque el papá estaba en el fundo y no podría llegar a tiempo.
Una mañana nos dijo la mamá que la guagua nacería ese día. Era un Sábado Santo. Llamamos al Médico y nos dijo que la lleváramos de inmediato a la Clínica Santa María, pero a ella le dio “la rebeldía” y dijo que no se iba porque faltaba mucho. ¡Pobres nosotros dos, con Pablo no sabíamos qué hacer! Pero a Pablo se le acabó la paciencia y partió a buscar un taxi “bueno” y la tuvimos que obligar a subir. El resto es historia: no es fácil tener un niño, menos si es grande y mucho menos si se tienen más de 40 años. Todo se complicó y casi, casi se nos muere la mamá. Ella en el pabellón y nosotros sentados en la escalera de la clínica esperando la llegada del conchito. En esas estábamos cuando salió el médico todo salpicado de sangre a decirnos que ¡¡¡Ya, ya había nacido un hombrecito y que gracias a Dios la mamá estaba bien!! El cabrito era grande y guapo, lo miré y sentí envidia ¡¡Porqué era de mi mamá y no mío! Cuando todo lo que yo quería era tener hijos míos ¡Injusticia! Así lo vi y lo quise como mío desde el primer momento. Mi mamá quedo bastante debilitada así es que no tuvo leche, hubo que buscar una ama de cría lo que fue bastante complicado, al niño le caía mal la leche en polvo así es que hubo que apechugar y buscar esa maravilla que compartiera su leche entre su hijo y Roberto. Después de dar muchos botes dimos con una mujer sana, limpia y gran productora de leche. Ella se sacaba para el día y la mantenía en refrigeración, nosotros íbamos a buscarla y la compartíamos en las 5 comidas y la teníamos en frio. Menos mal que todo fue en abril así es que

no hacía calor. Poco a poco fue engordando y mi mamá reponiéndose y las cosas regulándose.

VERANOS EN EL FUNDO

1938-1939

El año 1938, en Diciembre, mi papá se hizo cargo del fundo “El Durazno” situado en el sur, al interior del pueblo San Carlos. Una parte fue herencia de mi mamá por parte de su abuelo, el resto, esfuerzo de
mi papá y creo que también nuestro. Tuvimos mucho que sacrificar para hacernos de un fundo triguero y ganadero partiendo de la nada. Menos mal que los bancos lo ayudaron porque tenía buenos informes y hacía buenos negocios.

Pero para llegar, primero hay que partir, y antes de partir hay que organizar. En la casa del Durazno había pocas cosas, creo que sólo los muebles y nosotros. No teníamos mucho para compartir entre dos casas, así es que hubo que invertir en ropa de cama, servicio, ollas, platos y manteles. Todo eso más nuestra ropa ocupó al menos dos baúles metálicos ¡Muy útiles más tarde! La organización la vi a mis casi ocho años, perfecta. Me dejaron llevar mis libros y a mi muñeca Violeta ¡No quería más!

Como en el tren no debíamos comprar cosas de comer, la cocinera nos preparó un estupendo picnic y agua, “porque en el sur hay tifus”, eso decía mi mamá.

Estábamos todos muy nerviosos. Llegó el día del viaje. Nos levantamos al alba, —a pesar que teníamos asientos numerados—. Seguramente el equipaje lo llevaría a la estación una carretela con caballos, de las que se usaban en esa época. Nosotros llegamos y nos instalaron en el carro numerado. Ganas de hacer tonteras no nos faltaban, pero... había que aguantarse un poco.

Viajábamos con niñera y cocinera, las que colaboraban en el bienestar de la tribu. Mariano era chico, debe haber tenido dos años recién cumplidos.

Mi mamá, muy joven y entretenida, se encargaba de contarnos cuentos. En esta oportunidad nos había anunciado que nos contaría el origen del apellido Rivas y la historia del fundo a dónde íbamos.

Mi tío Hernán, hermano menor de mi mamá, hizo una investigación bibliográfica del origen de la familia. De ese estudio he hecho el siguiente resumen:

El origen del apellido Rivas se encuentra en Frías, Castilla la Vieja, donde hay un pueblo con ese nombre. También en Balmaceda (Navarra). Inmediato al límite con Castilla, hay un barrio que lleva el nombre Rivas.

En 1825, tres hermanos Rivas emigraron, por motivos políticos relacionados con la sublevación de don Rafael del Riego —que fue luego

ahorcado y descuartizado por orden de Fernando VII en 1823—. Los dos primeros hermanos llegaron a Portugal y luego a Brasil, pero el menor de estos, Francisco Rivas Besa, llegó a Chile en 1837 como relacionador en un barco de guerra y se quedó en el país.Francisco Rivas, un hombre de iniciativa, partió haciendo negocios mineros y poniendo una curtiembre en Rengo. Con su dinero hizo fuertes inversiones en tierras en la zona. Se le conocen dos haciendas: “Las Nieves” y “La Rivana”. Se casó con Nieves Cruz Canales de la Zerda en 1840 y tuvieron tres hijos: Juan Francisco —nuestro antecesor—, Ramón y Pedro María.

Juan Francisco tuvo una buena educación en los jesuitas en Santiago. Fue empresario agrícola y minero. Explotó las minas de Tamaya en Copiapó y Coro-Coro al sur de Bolivia. Era un hombre inteligente y listo, tenía buenas ideas, entre ellas la de: “el dinero que sale de la tierra debe volver a la tierra”. Siguiendo ese ideal, compró la hacienda “Zemita” en 1869 y “Virgiúin” en 1882. Ambas ubicadas entre San Carlos y Parral mirando hacia la cordillera. Poco a poco fue comprando las tierras que vendían. Entre todas sus propiedades llegó a tener una hacienda de 210.000 hectáreas entre el camino al sur y el límite con Argentina y desde el río Perquilauquén hasta el río Ñuble.

Hizo una inmejorable red de regadío hasta alcanzar las 4.500 hectáreas regadas con agua del río Ñuble.

Como en esa época el ferrocarril al sur llegaba hasta Talca, él propuso explotar un bosque de roble pellín para labrar durmientes y así prolongar el trazado de Talca al sur, a condición de que le pusieran una estación frente a la casa en Virgúin y, así lo hicieron.

Se casó con Trinidad Ramírez y tuvo cuatro hijos: Ramón, Trinidad, Inés y Mercedes.

Ramón se educó en el Colegio San Ignacio, de los jesuitas. Luego estudió leyes y fue un gran político. Muy joven llegó a ser diputado por Melipilla y Victoria. Fue compañero de don Arturo Alessandri y de don Alfredo Irarrázabal, con los que formó el grupo de oposición, “Los Mosqueteros”, durante el gobierno de don Pedro Montt. Durante este gobierno ocurrió la matanza en la Escuela “Santa María” en Iquique.

Fundó el diario “La Mañana” donde escribía. Su lema era: “Sin miedo ni favores ” sobre el cual posaba un gallo en actitud de cantar.

Se casó con Julia Freire Valdés y tuvo seis hijos: Ramón, Fernando, Jorge, Luz, Julia (mi madre) y Hernán.A pesar de sus inquietudes políticas y literarias, trabajó en administrar las haciendas de su padre y una noche, a los 35 años, murió en 1909, dejando a mi abuela desconsolada. Viuda, joven, bonita y seis hijos menores de 9 años. La tristeza de mi tatá fue algo terrible, no se podía conformar con nada, no podía vivir con tanta angustia.

Supongo que sólo el hecho de tener hijos la mantuvo con vida. Fue un largo y doloroso duelo que dejaría a mi mamá marcada para siempre. Ver a su madre llorar y sufrir era mucho para esa niña tan sensible, sólo tenía tres años cuando perdió a su padre. Siempre sintió su falta y su desconsuelo era no recordar nada de él. Mi tatá le contaba que por las noches se acercaba a su cama, le hacía cariño y le decía: “Julita, mi indiecita, manos de azucena ”

Recordando a sus antepasados, mi mamá crecía. Se sentía orgullosa de ellos, no por su situación económica sino por su capacidad de visión de futuro. Ella nos contaba: “mi bisabuelo Francisco llegó a este país cuando se estaba recién configurando como república independiente. Supo aprovechar lo que tenía y multiplicarlo para dar a su familia, no sólo el bienestar, sino también una situación social”.

A mi tata Juan Francisco lo admiraba por ser un hombre múltiple, omnipresente. Controlaba una mina en Copiapó, a 800 kilómetros de Santiago y la del sur de Bolivia, además de las haciendas en el sur.

¿En que viajaria?

¿Como se las arreglaría para hacerlas producir tanto que le permitiera invertir en San Carlos a casi 400 kilómetros de Santiago?

El tren llegaba hasta Talca, y de allí a Virgiúin, hay cerca de 200 kilómetros y él los recorría en ¡¡Coche con caballos!!

La obra en las haciendas estaba a la vista. Apotreró una extensión de más o menos 210.000 hectáreas, plantó álamos —especie desconocida en la zona— en los sitios destacados para distinguir desde lejos los distintos potreros. “Alamos huachos” los llamaban y todavía existen algunos. Edificó las casas patronales en Virgiiin y Zemita. Esta era una gran casa estilo campesino, una hilera de dormitorios, baños y comedor en forma de L invertida que daban a un ancho corredor. Al centro del jardín había un brocal de pozo hecho de piedra. Siguiendo el brazo más largo de la L se encontraban la cocina y los dormitorios del servicio. El techado era de teja roja, el piso de ladrillo cocido, los muros de adobe atravesado —resistentes a los terremotos—, y las ventanas orientadas al norte daban al camino a la Montaña. La casa era del tamaño adecuado para acoger a toda la familia.

Plantó pinos en los sitios donde había terreno erosionado como en las guatas coloradas y él, personalmente, se encargaba de vigilar que los regaran con pipas de agua tiradas por bueyes. Yo de niña vi plantar esos pinos, los vi crecer, estaban a ambos lados del camino a la Montaña. También los vi explotar, pero las hileras que daban al camino se conservaron. Eran lindos, enormes y olorosos, cuando había viento se sentía “ruido de mar con olor a pino”. En un tramo anterior plantó aromos

que en primavera exhalaban un perfume tan intenso que mareaba.
La obra de regadío se conserva hasta hoy y los ingenieros que la han visitado la encuentran inmejorable.
Mi Trinidad, mi abuela, se preocupaba de la parte espiritual de los inquilinos y todos los años llevaba a padres misioneros, que eran verdaderos “terroristas de Dios”. Predicaban a la gente cosas espantosas, de las penas del infierno y otros horrores. Y yo pensaba: los que pecan son ellos por asustar a gente buena y sencilla. Deberían hablarles de la bondad y del amor de Dios”. Yo les tenía terror y generalmente me enfermaba en esas fechas.
El amor a esa tierra que nos trasmitió mi tata fue algo importante en mi vida, tanto, que me dio un sentido de continuidad y un ancla que me libró de muchas penas.
De joven nos divertíamos con los primos, organizábamos
liebraduras con perros galgos. Yo gozaba corriendo a | caballo pero no me gustaba que mataran a las liebres. Estas eran muy listas y corrían haciendo el quite a los árboles, los perros, medio tontos, se golpeaban en ellos quedando aturdidos. Otras veces organizábamos paseos a caballo al campo por todo el día, nos encantaba salir y aprovechábamos de escabullirnos de los mayores que eran muy estrictos. Gozábamos de la libertad que da la naturaleza.
Tanto en Santiago como en el campo las comidas se hacían en familia. Todos, hijos, nietos y abuelos, nos sentábamos en una enorme mesa y nos servían en bandejas. Mi tata se preocupaba que a los menores no nos escatimaran ninguna exquisitez, como trufas o caviar. También nos daba una copa de vino con agua. En la mesa era muy estricto: nos obligaba a sentarnos bien, a hablar con claridad y a ser educados. Siempre decía: “A la mesa se viene después de pasar por el baño, tosidos y estornudados ”.
Muy frecuentemente lo veía pasearse por los corredores de Zemita con las manos atrás, como león enjaulado. Cuando tenía problemas decía: “Barajo, barajo”. Sus problemas, seguramente serían cómo hacer sus haciendas más grandes, porque, parte de Zemita, El Palo y la Montaña los fue comprando de a poco y adaptándolos a su manera de trabajar. En esas haciendas se cultivaba trigo y se criaban ovejas y vacunos.
En Santiago se construyó una casa muy grande, de dos pisos, en Alameda con San Martín. Allí vivíamos todos juntos.
Para el cumpleaños de las nietas, el tata nos regalaba una moneda de oro y otra para Navidad. También fueron monedas de oro las arras cuando nos casamos todas las primas.
Nunca supe si era una costumbre de la época o si éramos realmente ricos, pero todos los años se encargaba a Europa la ropa que se necesitaría sea

para grandes y chicos. No sólo la ropa sino también lo necesario para la casa desde cubiertos hasta paños de cocina y juguetes para los niños.
Luego de la muerte de mi tata en 1922 heredamos la tierra en forma dividida, Fernando, Luz y Hernán, unas tierras regadas entre Virgiúin y Zemita; Ramón, Jorge y yo, hijuelas en La Montaña las que fueron, más adelante, unidas por
»”»
Jorge, mi marido, en un solo fundo: “El Durazno”.
Nuestra expectación estaba al tope. A ese Durazno íbamos e íbamos para quedarnos porque “era nuestro”. Todo lo que la mamá nos había contado nos había entusiasmado y veíamos como una realidad lo que sería para nosotros. Ya nos veíamos haciendo las mil cosas que ella nos había contado.
En Huelquén teníamos dos mansos caballos en los que salíamos a recorrer el campo con el papá, le preguntamos a la mamá: “¿Tendríamos caballos en el fundo? ¿Tendríamos monturas y aperos?”. No creo que la mamá estuviera muy segura, pero nos tranquilizaba diciendo: “Si no hay, los pedimos, si faltan monturas las mandaremos a hacer”. Nosotros nos sentíamos poderosos ¡¡Patrones!! A lo mejor no tan grandes, pero patroncitos de todas maneras.
El tren había tomado un ritmo acompasado “triquitrí, triquitrá, triquitrí, triquitrá”. A lo mejor nos adormecimos un poco porque el viaje era largo, pero en su momento pasó el revisor de boletos diciendo: “Próxima estación, San Carlos” “Los comprobantes del equipaje me los dan para bajarlo”.
Desde ese momento no respiramos, apiñados en las ventanas queríamos ver todo lo que nos había anunciado la mamá. Poco vimos. Desde lejos divisamos la casa de Virgúin, blanca y señorial. Del paisaje, reinando en la cordillera, tres picos iguales, no sé porqué los bautizamos como “Los tres Zorrinos”, conservaban unas manchas de nieve y supusimos que era el límite con Argentina —lo que no resultó ser cierto—.
En la estación nos estaba esperando el papá, creo que, o con un camión para todos o con el auto del tío Paco y un camión, no recuerdo, pero algo así debe haber habido y partimos.
Pero para una estadía tan larga había que cumplir con algunos requisitos:
Lo primero: pasar a un baño para un pipí general.
Lo segundo: pasar a comprar a un almacén toda la mercadería no perecible —donde las niñas Lamas, de las que fuimos clientes siempre—.
Lo tercero: llenar el estanque de bencina.
Una vez todo cumplido tomamos el camino a la Montaña, el camino de tierra, bastante malo pero... estábamos recién empezando. En “Tres

esquinas” doblamos y a poco andar vimos un álamo huacho, mi mamá nos dijo que ya estábamos en las tierras de la familia y muy pronto vimos las bodegas de Zemita y la casa. A mi papá se le ocurrió pasar a pedir aceite de motor que no había en San Carlos y como allí había parientes y amigos no hubo problemas. Nos bajamos todos y nos mostraron la casa ¡Imponente! Nunca había visto algo similar, mi mamá emocionada nos decía: “Está igual que cuando yo era chica”. Nos mostraron todo, las piezas del tata Juan Francisco, la pieza donde murió el abuelo Ramón, el salón... y tomamos té en el comedor, todo igual a lo que nos había descrito la mamá, con eso adquirimos confianza en sus narraciones.
Hasta aquí, todo bien, pero el camino a la Montaña se fue haciendo cada vez peor, muchos hoyos, puentes en mal estado, cuestas muy pronunciadas y ¡¡El polvo!! “trumao” decía mi mamá, de ese que se mete por todas partes, casi impalpable pero penetra en la piel. ¡¡Ya sabríamos más adelante lo que le pasaría a nuestro cuerpo con el polvito ese!! “Cierren la boca” decía mi mamá pero era difícil, nos sentíamos ahogados.
El camino cada vez peor pero vimos los aromos — sin flor— y los pinos que vio plantar mi mamá.
¡Que emoción! ¡Qué enormes! ¡Qué sensación de pequeñez la nuestra!
Pasamos Zemita y entramos al “Palo”. Las casas patronales se distinguían por tener una gran extensión de pasto muy bien cortado por un piño de ovejas y adornado por uno que otro árbol. Arriba de una loma había una casa con bastante estilo inglés, en ella vivía el administrador, el gringo Hopps, que quiso recrear algo de su patria. Tenía la más maravillosa colección de dalias importadas que recuerdo. Además conservaba costumbres inglesas como su forma de vestir, five oclock tea, plum-pudding y otras comidas típicas inglesas. Tuvo una buena relación con mi papá pero colaboraba poco con la mantención del camino.
Salíamos de un hoyo para caer en otro, así fuimos llegando al desafío mayor: “La Cuesta de los Pitíos”, era una cuesta muy alta y en mal estado, los camiones la rodeaban por dentro del potrero para no pasar sustos. Yo creo que en esta oportunidad lo hicimos así, ya estábamos cansados y todavía faltaba. Al pasar la cuesta tuvimos una gran sorpresa: ¡Habíamos llegado al principio del “Durazno”! a mano izquierda teníamos al fundo y a mano derecha “El Palo”.
Yo me sentí Rodrigo de Triana al grito de: ¡“Tierra”!
A poco caminar doblamos a la izquierda y estábamos con el fundo a ambos lados del camino que se iba metiendo en la pre-cordillera donde había grandes bosques nativos. No creo que nosotros apreciáramos el paisaje, estábamos cansados y llenos de polvo. Mi mamá era feliz reconociendo sus tierras y decía: “Esto me lo dejó mi tata y lo trabajó mi

papá”, estaba conmocionada y algunas lágrimas le embarraban la cara, hasta que se dio cuenta que parecía mona y se rió de ella.
Pasamos por su hijuela Los Culenes, San Vicente, Las Heritas, Santa Julia y otros potreros que serían del Coco o de mi tío Paco, Las Lagunillas, El Falar y luego “El Calvario”. En un recodo del camino había una Cruz de madera, recuerdo de alguna Misión. Ya estábamos cerca, íbamos bordeando un monte y al otro lado un potrerillo. Al fondo destacaban “Los Castaños”, a su lado la casa patronal y unida por la llavería —hoy serían las oficinas— las bodegas ¡Inmensas!
La casa patronal estaba rodeada de galerías acristaladas y se usaban como salón. Por un pasillo ancho y oscuro se entraba a los dormitorios, a la izquierda el comedor a su lado la cocina y las piezas de servicio.
No sé cómo nos acostamos esa noche, seguramente nos derrumbamos en las camas que habían. El viaje y la excitación, nos ganaron.
Todavía con los ojos cerrados y tratando de saber dónde estaba, sentí olor a desayuno desconocido. La niñera estaba repartiendo las bandejas con grandes jarras de leche espesada con harina tostada y pan amasado con huevos revueltos ¡Ni los reyes desayunan mejor! Y no era una cosa especial ¡Todos los días sería igual!
Después de vestirnos empezamos a descubrir lo que había más allá del dormitorio donde habíamos dormido todos. Las piezas eran muy grandes y altas, también oscuras, toda la luz estaba en la galería donde prácticamente se vivía.
La primera persona desconocida que vimos fue a “la dueña de casa” —Margarita— larga, flaca, con un moño apretado y nariz levantada como diciendo: “¿¡Qué hace este montón de niños en “mi” casa”?! Obviamente no le caímos bien. Ella fue herencia de mi tía Matilde —antigua dueña del fundo y esposa de mi tío Paco, hermano mayor de mi mamá—. Menos mal que no duró mucho con nosotros.
Poco a poco empezamos a conocer los alrededores de la casa. Los castaños, que serían unos quince o más, estaban al poniente y daban una sombra muy fresca los días de calor. En el linde había un corte en la tierra donde habían hecho el camino por donde llegamos. Mirar por allí era lindo. El potrerillo regado destacaba y el monte al otro lado del camino era oscuro, profundo. Muchas veces vimos las puestas de sol desde allí, era como un mirador.
Por el sur había una huerta partida en dos partes: en una se sembraba chacra (porotos, maíz y papas); en la otra, hortalizas para el consumo de la familia. Esta huerta estaba a cargo de “Cucho”, un trabajador que tenía los ojos azules como el cielo. Estaba casado con la Ramona quién trabajaba en casa sacando leche, haciendo pan, y otras labores pesadas.

Fue para mí un descubrimiento, tenía paciencia y me enseñaba muchas cosas de la vida del campo, fue mi cómplice en las mil cosas que se me ocurrían.
También desde el sur venía una acequia con agua limpia y cristalina. Como venía por la sombra era sumamente fría y al llegar al centro del grupo de castaños se canalizaba y caía en un chorro a un cajón donde se enjuagaba la ropa después de ser lavada en una artesa labrada en un tronco de roble y hervida a conciencia en un fondo de metal. El cajón servía también para pelar mote, lavar niños y otros menesteres mayores.
Al naciente estaban las grandes bodegas rodeadas de corredores muy anchos, tanto que en ellos cabía la máquina trilladora cuando no se usaba. La bodega estaba dividida en dos grandes partes, una servía para guardar los fardos de lana provenientes de la esquila y la otra para poner el trigo a granel cuando lo cosechaban.
En una esquina, nor-naciente estaba “La Fragua”. Fue amor a primera vista, tanto la fragua misma con su enorme fuelle de cuero tachonado en bronce. Así como los miles de fierros y herramientas, grandes y chicas y, el rey de la fragua: “Maestro Rafael”. ¡Una maravilla de hombre que fue nuestro amigo y maestro! Era un honor para nosotros que nos dejara manejar el fuelle. Con un palo se bajaba y soltaba un chorro de aire por la boquilla, aire que avivaba las brasas de carbón. Con el tiempo aprendimos a dar con el ritmo justo para mantener las brasas prendidas. Así el maestro podía meter los fierros hasta que se ponían rojos y luego los martillaba sobre el yunque hasta darles forma, luego los templaba en un barril de agua ¡Cómo chirriaban! Era increíble la cantidad de cosas que sabía hacer el maestro, desde llantas para las ruedas de carreta hasta pequeños cuchillos muy afilados. ¡La paciencia que tenía con nosotros! Acabamos aprendiendo a hacer cositas de fierro que nos encantaban.
Por detrás de la bodega, y también en el corredor, estaba el corral de los terneros y el sitio donde se sacaba la leche a las tres o cuatro vacas que todos los años nos asignaban. Tempranito llegaba el mozo con las vacas y la Ramona las ordeñaba diestramente, a dos manos. Caían los chorros de leche gruesa haciendo cantar la olla de aluminio donde la recibía. Era un milagro, nosotros mirábamos, asombrados, el proceso que nunca habíamos visto y... ¡Claro está que queríamos meter mano! Mucho tardó ese momento porque nuestras manos eran muy chicas.
Paralelo a la acequia había un camino que se adentraba en el monte. Don Cucho le dijo a mi mamá que no había peligro para nosotros así que, en la hora en que ella dormía la siesta, nos íbamos “al monte” a descubrir un mundo nuevo, desconocido para nosotros. Al principio nos quedábamos cerca de la casa, pero de a poco fuimos conociendo el terreno y nos

empezamos a alejar. Recolectábamos ramas de los árboles, flores, piedras y se las llevábamos a la mamá para saber lo que eran: éramos felices.
Mi mamá sabía que el río no estaba muy lejos y a los pocos días preguntó cómo llegar. Siguiendo las indicaciones, fuimos una tarde por el camino a la Montaña hasta el Molino, pasamos por “la isla” —un terreno arenoso que debe haber sido lecho de río antiguamente y con poca vegetación— hasta llegar al río Perquilauquén. El mismo que habíamos visto desde el tren y que ahora era parte de nuestra vida, pasaba por aquí en un ancho y tranquilo raudal. Muchas piedras y poco fondo, por esa razón y para nuestro uso lo llamábamos “El Piedrero”. En la orilla se formaba una pequeña laguna donde nos bañábamos con cuidado, al principio se nos daban vuelta las piedras y nos caíamos en medio de los gritos y risas. Después fuimos sacando las piedras del fondo y formando una poza. Al poco tiempo éramos “baquianos” para andar por las piedras —como dicen en el campo a los que hacen algo muy bien y se especializan en ello—, y empezamos a tomar confianza. Mi mamá era muy prudente y no nos dejaba alejarnos, nos vestíamos y desvestíamos detrás de unas matas. Siempre nos decía que anduviéramos juntos y que al río no podíamos ir solos sino solamente con ella.
Una tarde seguramente me distraje y no me encontré con ella después de vestirme, creí que se había ido con mis hermanos y me había dejado sola. Eso creí y sin darle mas vueltas al asunto partí a casa por el camino de todos los días. Cuando llegué a la casa ¡No estaban! Yo me asusté y no supe qué hacer, así es que me senté a la entrada de la casa a esperar que llegaran o que pasara algo y... ¡¡Pasó!! Llegó mi mamá con mis hermanos casi corriendo, desesperada porque no me habían encontrado. Habían recorrido la orilla del río porque ella pensó que me había caído al agua y pedía que me fueran a buscar y... cuando me vio sentada en las gradas... le dio la “ira negra” y ¡¡Me pegó!! La única vez en mi vida ¡¡Me pegó con una varilla en las piernas y me las dejó marcadas de verdugones morados!!
Yo lloraba, Pablo lloraba, Jorge lloraba, Mariano, para no ser menos, lloraba y mi mamá lloraba. Ya nadie sabía por qué estaba llorando cada uno. ¡Complicada situación! Menos mal que, una vez que se nos acabaron las lágrimas, todo pasó. A mi me dolían las piernas, pero mucho más mi orgullo herido. A pesar de todo entendí que había sido imprudente al volver sola —no lo haría jamás—. Mi mamá se dio cuenta que el castigo fue excesivo porque yo no tenía intención de hacer una maldad, pero ella lloraba de alivio por verme viva y no arrastrada por las aguas del río. ¡Melodramático! ¿Verdad?
Como todo, en esa casa y a mis ojos, la cocina era enorme y se usaba una

cocina “económica”. Así se llamaban a las que se calentaban con leña. El tubo de salida del humo atravesaba el cielo de la pieza y salía más alto que el techado de planchas de zinc onduladas. Al llegar nosotros, no se sabía cuándo se había limpiado por última vez. Mi mamá se confió en Margarita, al fin y al cabo eso le correspondía a ella, y el tiempo se pasó. Una noche en que los niños dormíamos y mi mamá leía, llegó una empleada a decirle que había olor a quemado, mi mamá olvidó lo tímida, lo frágil, y lo inútil que se sentía y fue corriendo a ver lo que pasaba: El cielo de la cocina estaba ardiendo, peligraban las piezas del servicio, la de Margarita, la despensa y la llavería — que unía la casa con la bodega—. Mi mamá se iluminó y dio órdenes:

1. Abrir el portón de entrada, de dos hojas, bien asegurado por una barra de fierro ¡Fue difícil! Si no lo logran, nos habríamos asado.
2. Vestir y sacar a los niños.
3. Sacar los baúles que estaban sin abrir.

, Rescatar lo que se alcanzara de las piezas de las empleadas.

5. ¡Sacar a Margarita, que se resistía! —En ese momento mi mamá sacó fuerzas de la ira y de dos bofetones la sacó de la casa ¡No estaba el terreno para crisis de histeria!
6. Sacar lo que se pudiera de las habitaciones.

Todo se iba desarrollando bien. El fuego, al principio bastante lento, por lo que dio tiempo a casi todo. Las empleadas cumplían con lo ordenado. Mientras, mi mamá fue a tocar la campana para pedir auxilio ¡Pobre mamá! Sus manos suaves y tiernas quedaron lastimadas con el alambre de la campana que hizo sonar y sonar creyendo que alguien la oiría.

Era difícil, muy difícil porque el día anterior habían pagado y los inquilinos estaban celebrando con tinto y no estaban en condiciones de oír nada.

Mi papá no estaba porque había ido a Santiago a negociar la lana que estaba en la bodega.

Los primeros que llegaron en nuestro auxilio fue gente de San Manuel, fundo que estaba al otro lado del río. Deben haber traído bueyes o enyugado algunos porque mi mamá les pidió que sacaran la máquina trilladora que estaba en el corredor de la bodega y que después hicieran un cortafuego entre la casa y la llavería para que las llamas no se propagaran a la bodega y quemaran lo único que teníamos para vivir: “la lana”.

La actitud de mi mamá fue heroica y poco reconocida. Gracias a ella se pudo rescatar parte del mobiliario de la casa, ropa de nosotros, de cama y cosas tan increíbles como el peinador amarillo de mi tía Matilde. Cajones de cómoda con ropa, colchones sin cama, cabeceras de catres de un color y largueros de otro. En fin, muchas cosas útiles y otras no tanto. En un

momento de tanta presión no se puede pedir mucho.
Mientras la casa se quemaba de atrás para adelante, a mí me dieron un papel ¡Importante!: Con la Violeta en un brazo y una vela encendida en la otra tenía que estar sin moverme cerca de la puerta de salida. Cada vez que alguien pasaba me recordaba:” Dice su mamá que no se mueva que si se le acaba la vela pida otra”. Así hasta que terminaron de sacar lo que pudieron. Entonces pude juntarme con mis hermanos que estaban al otro lado de la carretera, vestidos y bien abrigados con mantas mirando lo que yo no veía mientras sujetaba la vela: “¡El fuego!” y junto a ellos también yo abrí los ojos y me espanté. Nunca habíamos visto algo semejante, ni en libros ni en revistas.
Ya se había quemado el cielo de la casa; entonces el fuego, que había estado tan tranquilo, se aventó y ardió con furia. El humo formó una gran nube negra y las llamas destacaban en la oscuridad. La madera recalentó las planchas de zinc que se retorcían, se doblaban al rojo vivo, y al llegar a un punto caían en medio de una multitud de chispas que encendían la noche como fuegos artificiales. Nosotros, inocentes, las disfrutábamos y gritábamos: ¡“Las viejas, las viejas!”, las aplaudíamos como si estuviéramos en un circo. Todo duró hasta que se quemó todo el techo.
Ya no había nada que cuidar, no había nada que sacar, sólo disfrutar del fuego que nos daba sorpresas. A ratos las llamas silbaban, otras dibujaban figuras desconocidas. Poco a poco se fue acabando lo combustible, también empezó amanecer y a llegar más gente. Nos dieron desayuno y nos arreglaron en la bodega. Sobre los fardos de lana olorosos a beri, dormimos cansados de emociones.
En los días siguientes al incendio llegó mi papá y empezó a organizarnos la vida.
De la llavería quedaron dos piezas intactas. En una se puso todo lo que era administración del fundo y en la otra nos arreglamos todos nosotros como pudimos y con lo que había escapado de quemarse. “A la tripa pollo” decía mi mamá, o sea uno para la cabecera y el otro para los pies. En los colchones —todavía pasados a humo— y tapados con frazadas “hechizas”, —o sea hiladas y tejidas por las mujeres del fundo— , calientes, pesadas, y acogedoras, que, todavía olían a oveja.
El proyecto del papá era terminar lo más rápido posible una casa de administración que se estaba construyendo al principio del fundo, en un potrerillo que había antes de la cuesta de la “Nena Sánchez” y destinada a Ramón Campos, —recién contratado como administrador—. Creo que él vivía no muy lejos del fundo y por mientras se podía desplazar a caballo.
Nosotros estábamos felices y cómodos entre la llavería, la bodega, la fragua y bajábamos al río todos los días con la mamá. No tengo recuerdo

que nos importara dormir todos apelotonados. La única queja era que la camita de Mariano, que era de metal con barandillas, al menor movimiento sonaba como si tuviera campanitas y nos despertaba. Por más que la mamá vendara los sitios de roce... siempre aparecía otro. Con el tiempo nos acostumbramos, pero la camita mantuvo el nombre hasta hoy: “El tilín” ¡Histórica camita, fue de mi primo mayor y hoy la usan mis sobrinos-nietos! ¡Y sigue sonando!

Problemas tuvimos con la comida porque la despensa se quemó entera, no quedó ni sal, ni ollas, ni cubiertos. En la huerta, Cucho había sembrado ¡¡Sólo habas!! Así es que nos alimentamos de habas hervidas, leche y pan. En la bodega había harina y sal, así es que la Ramona y los del Molino nos prestaron un par de ollas, platos, cubiertos, tarros para la leche con harina tostada y... nada más. Hasta que llegó el papá con lo mínimamente necesario.

La casa que se quemó estaba sólidamente construida. Casa hecha para resistir terremotos. Era de adobe atravesado, reforzada por vigas de roble pellín, tanto verticales como inclinadas. El roble tiende a quemarse muy lento: en la base se iba formando una brasa que iba creciendo en busca de oxígeno, y cuando llegaba arriba, en el silencio de la noche, se escuchaba l sonar de un viento fuerte que terminaba en un enorme suspiro de fuego largo, tan largo como el tamaño de la viga y terminaba con una gran llamarada seguida del desplome de la pared. Esto fue pasando viga por viga, pared por pared hasta que de la casa no quedó nada, sólo escombros adornados por trocitos de vidrios estallados de la galería que cuando les daba el sol brillaban como joyas.

El espanto del fuego, la sorpresa de las vigas tronando antes de caer y el destrozo de la casa convertida en escombros es algo que me viene a la memoria cada vez que veo un incendio y ruego para que nunca más me toque sufrir uno.

Al cabo de los días, el rescoldo se fue enfriando y empezaron a buscar algo que se hubiese salvado. ¡Difícil tarea! Nadie sabía lo que buscaba ni para qué buscaba.

Veo a mi mamá con un palo en la mano removiendo trozos de adobe en el sector de la cocina y despensa. Cuál no sería su sorpresa cuando encontró ¡Un barril de miel, enterrado hasta el borde y todavía hirviendo! Con latas sacaron la miel cocida y tuvimos dulce para mucho tiempo. Tenía un gusto especial, a lo mejor a humo que no he vuelto a gustar.

Escarba y escarba encontraron los cubiertos Christoffle. Los de nosotros, los que le mandaron a mis padres como regalo de matrimonio los padrinos de mi mamá ¡Desde Paris! ¡Qué fin más siniestro! Todos retorcidos, renegridos, deformados por el fuego. Sólo encontraron las hojas de los

cuchillos intactas ¡Buen acero para resistir tanto calor! Pero inútiles, nunca se pudo hacer nada con esas hojas y se perdieron en el tiempo.
Así fueron pasando nuestros días. La casa del administrador quedó terminada y nos tuvimos que cambiar. Un viaje en camión y ¡A ver cosas nuevas!
La casa era muy modesta, de madera estucada, cuatro dormitorios en hilera dando a un corredor. A pesar de la prisa por terminarla, tuvieron el detalle de plantar rosas por delante. Se veía muy acogedora.
Una cocina con el fogón en el suelo y aparte de la casa —por si había otro incendio—. Lejos, al poniente y sobre una acequia en declive, un escusado de cajón con dos agujeros, uno grande para los mayores y uno chico para nosotros “Casita de dos pisos con vista al mar” la llamaba mi mamá y era motivo de risas para nosotros que, sentados en nuestro agujero, veíamos correr el agua llevándose nuestros “lulos”.
Al sur de la casa había un estero con poco caudal en el verano, pero a mi mamá se le ocurrió hacer un retén con piedras que hizo sacar del fondo. Así tuvimos una estupenda poza donde nos bañábamos.
El primer día que fuimos a presentarle el trabajo al papá íbamos eufóricos. Nos parecía que todo lo habíamos hecho nosotros y que era fantástico. Justo al llegar, Mariano, que apenas tenía dos años, se abalanzó a la poza gritando: “!A pa l'agua!”, sin más se tiró al estero que tenía un poco de corriente, perdió pié y vimos que el agua se lo llevaba. Mi papá sin ni pensar se metió al agua con sus botas de cuero y lo sacó de los pantalones medio boqueando, Mariano decía: “¡Rica LPagua papá, rica l'agua!”.
Desde ese día el baño fue muy controlado por los mayores. A nosotros nos encantaba a pesar que no sabíamos nadar. Baño para refrescarnos y para lavarnos. En casa sólo había una palangana para lavarnos la cara por las mañanas y los pies por la tarde.
Al borde del camino de La Montaña había tres hileras de álamos, iguales a los que plantaba mi tío Hernán al nacimiento de cada hija. A veces me hacía la ilusión que los habían plantado por mí pero... era pura ilusión porque los deben haber plantado para una prima mía hija de mi tío Paco.
En la esquina había una casita de inquilinos. En ella vivía una familia, la esposa enferma. El esposo nos sirvió de mozo y hortelano. Tenían un hijo un poco mayor que yo llamado Juan Bautista, pero le decían “Baucha”. Era muy inquieto y le gustaba andar perreando con sus dos perros, “El Cuida” y “El Cuando”. Muy pronto nos hicimos amigos y nos daban permiso a Pablo y a mí para salir con él. Lo pasábamos estupendo. Recorríamos un corte de terreno que había entre “Los Culenes” y “El Bajo” —nuestra casa—; allí encontrábamos de todo para satisfacer nuestra curiosidad. Un

día encontramos copihues rojos y rosados. Era la primera vez que los veíamos y los encontramos lindos. Llevamos un ramo a la casa y los pusimos en un vaso. Cerca del agua habían “Chilcos” (Fuesia magallánica) chicas y sencillas, parecían bailarinas en dos tonos rojo y morado, como el tallo que las une es tan frágil, al menor soplo de viento las hace bailar.
También había otra flora nativa que nosotros no conocíamos, pero Baucha nos enseñó ligerito. Vimos arrayanes de tronco naranja, boldos con fruta que maduraría más tarde y maqui a punto de madurar. En las arenas se encontraba michay que también maduraría ligerito y en un sitio escondido, secreto y especial, había enredaderas de coiles todavía verdes, pero quedaron fichados para el fin del verano ir a buscarlos. Son dulces y perfumados. Si encontrábamos huellas de conejos y cuevas, nos quedábamos en silencio e inmóviles hasta que aparecía uno y el Baucha le animaba los perros. A veces lo pillaban y teníamos estofado. Otras, salían disparados haciendo zigzag hasta meterse en otra cueva.
Al fondo del potrerillo había una vega —terreno pantanoso—. Allí solía haber cuevas de camarones. Se reconocían porque al hacer la cueva van sacando bolitas de barro con las que levantan torres defendiendo la entrada. El Baucha nos enseñó a sacarlos: se mete la mano en la cueva con los dedos doblados y se hace el vacío, con fuerza y valor se mete la mano ¡Adentro, afuera, adentro, afuera adentro, afuera! hasta que el camarón dejaba de defenderse y se quedaba tranquilo en los dedos —por un rato— por lo que hay que sacarlo rápido porque las pinzas pueden apretar y hacer daño.
Mucho trabajo y mucho rasguño, para sacar unos pocos camarones que después hacíamos hervir en el tarro del Baucha. Mi mamá nos insistía que no era tiempo de camarones, que tenían gusto a tierra, que los buenos eran en septiembre, pero... nosotros veíamos septiembre inalcanzable y nos comíamos los camarones con un rico sabor a tierra.
Más allá de la vega hicieron más tarde una huerta. Era buena tierra y las hortalizas se daban muy ricas.
El problema fue que ese año no había nada y las habas de Cucho se habían terminado. El papá mandaba mercadería de San Carlos, pero la fruta y las verduras llegaban bastante tristes.
Cuando los inquilinos de las cercanías supieron por los momentos que estábamos pasando y sin ni siquiera conocernos, con esa maravillosa caridad solidaria del pobre, no nos faltó nada. Nos iban a ver y nos llevaban de lo que tenían en sus huertas, más un pollo o una gallina poniendo o unos huevos. Fue inolvidable ejemplo de solidaridad que nos marcaría para siempre.
Iba pasando enero de 1939 y mi tío Manuel, hermano menor de mi papá,

llegó en un auto, muy apurado, con una carta urgente para mi mamá de mi tatá. Decía que mi tía Luz estaba muy enferma de tifus, que ella la estaba cuidando, pero que ya no podía más, que por favor fuera a ayudarla. Mi tía Luz siempre fue conflictiva y muy mala enferma.
Mi mamá se afligió mucho porque mi papá no estaba en el fundo, pero mi tío Manuel la convenció que se fuera y que él se volvía a quedar con nosotros. Tal cual lo hizo mi mamá y sin pensarlo dos veces arregló su maleta y se subió al auto después de despedirse de nosotros. Ahí empezó la lucha. Las “burras” de ese tiempo —como le decían a los Ford T—, andaban cuando querían y si se taimaban había que dejarlas tranquilas. Como ya estaba oscuro decidieron intentarlo al otro día o salir a caballo hasta San Roque o hasta San Carlos.
Nosotros los niños, nos habíamos dormido a la hora de siempre y ya nos habíamos despedido de la mamá.
¡Nadie esperaba lo que pasó!
¡¡Nadie adivinó el espanto que vendría!!
Era la noche del 24 de enero de 1939 cuando se desató el peor terremoto que ha azotado a Chile. De 10 grados conocidos, fue en Chillán grado 9. Se saltaron las agujas de los sismógrafos de esa época y... tembló... tembló... y tembló, sin pausa, sin ritmo, a golpes de destrozo. Abrió y cerró grietas enormes y el ruido, aterrador hacía resonancia en los volcanes “Longaví” y “Chillán” dejando a las personas paralizadas. La placa de Nazca azotaba sin compasión a la Sudamericana ¿Qué la empujaba a ella?
Mi mamá, otra vez heroica, me sacó de la cama y del sueño y me lanzó fuera del corredor ¡Desperté sentada en los rosales! Luego sacó a los otros niños y a mi tío Manuel que se daba vueltas en su pieza sin saber por donde salir.
Una vez fuera, en la más absoluta oscuridad, a tentones nos fue reconociendo ¡Pobrecita mamá, le tenía terror a los terremotos! Contó una, yo; dos, Pablo; tres, Mariano ¡¡Faltaba uno!! ¡Qué desesperación! El suelo se seguía moviendo, el ruido nos seguía aturdiendo y aterrando. La escala de subida a la casa se inclinaba y ella tenía que encontrar al hijo perdido. Mi tío Manuel aterrado y desnudo no atinaba a nada. La niñera se aferró a Mariano, o sea nadie para ayudar, cada uno con su miedo personal. Gateando llegó a la pieza de Jorge y lo encontró durmiendo en su cama tapado ¡Por todo el estuco de la pared! Y... seguía temblando. Se atenuaba un momento y volvía con más furia a botar lo que todavía estaba en pié, a matar al que todavía estaba vivo.
Con las dos manos y sujetándose de la barandilla del Tilín, con la fuerza que da un hijo en peligro, fue mi mamá sacando los trozos de barro que

tapaban a Jorge hasta que lo rescató. Sangraba por la nariz el niño, sangraban las manos de mi mamá.
¡DOLOR Y MIEDO!
¡SANGRE Y LÁGRIMAS!
Parecía que se iba a acabar el temblor, pero no, todavía faltaba. Siguió temblando, siguió... siguió... y... siguió. Minuto a minuto, hora tras hora hasta que aclaró y, al menos pudimos vernos las caras, de espanto, de susto, de trasnoche, de tierra, de lágrimas y de sangre.
Entre remezón y remezón, medio nos lavamos y nos dimos cuenta que la lastimadura de Jorge era sólo un rasguño en la nariz. Las manos de mi mamá ¡Fue otro asunto! Se las tuvo que cuidar, tenía feas cortaduras en ambas palmas. Una vez desinfectadas se las tuvieron que vendar ¡Ya no nos podía acariciar, pero sí besar y nosotros lo hacíamos por ella!
Diez días tembló sin parar, de día y de noche; diez días de miedo, de ruidos subterráneos. No se sabía dónde se iba a abrir una grieta, —la gente dijo después que se habían tragado niños y animales, no me consta, pero era aterrador.
Las aves de corral se acercaron a la casa y se subieron al roble que había a la entrada del jardín. Las vacas, los terneros, los caballos y las ovejas que normalmente pastaban en las cercanías, se refugiaron bajo el roble, muy cerca de nosotros y mientras tembló no se movieron de allí. ¿Buscaban amparo? ¡Bien poco podríamos darle nosotros que estábamos con tanto miedo!
No nos atrevimos a entrar a la casa. Sacaron los colchones y dormimos al aire libre, con el cielo por techo y bailando al son que nos marcaban los temblores.
Dormiríamos supongo, pero despertando con cada remezón más fuerte. Cada uno trataba de sujetar su propio miedo para no contagiar a los demás.
Al día siguiente mi mamá mandó “un propio” — enviado— a los fundos vecinos y a los de mis tíos Rivas para saber de ellos. Al tranco del caballo llegó por la noche el padre del Baucha asustado, y dijo a mi mamá: “Patrona, si viera el desastre, se cayeron las bodegas de Zemita y las casas de San José. Don Hernán y don Fernando están bien y le mandan cartas”.
Afortunadamente no había damnificados, sólo susto, miedo y terror a lo que pudiera pasar.
—Las comunicaciones están interrumpidas — seguía “el propio” con su parte—, los caminos están cortados, no hay luz ni agua en los pueblos vecinos; Chillán está en el suelo.
Después se sabría que hubo casi seis mil muertos y seiscientos diez mil

damnificados, a lo que se puede agregar un brote de tifus.
En Santiago las noticias eran aterradoras, se hablaba de miles de muertos en la zona. En el Diario Ilustrado daban listas de muertos en los que ¡Aparecíamos nosotros!
Mi tatá aterrada no sabía qué hacer, sólo cuidar a mi tía Luz y rezar por nosotros.
Mi papá, desesperado, compró unas latas de leche condensada y se integró a una cadena de ayuda al sur. De una camioneta a un camión llegaba a Linares donde se había establecido el centro de ayuda. De allí seguía en lo que podía. A veces movilizado, a ratos a caballo y otras veces a pie, como podía, con la fuerza tremenda que da el querer vernos o por lo menos enterrarnos.
Al atardecer del séptimo día lo vimos aparecer como un fantasma, montado en un caballo flaco y feo, con una manta que no era la suya, sucio, barbudo, estragado. Se bajó del caballo y nos abrazó llorando, no podía creer que estuviéramos vivos; en un campamento como gitanos, pero vivos y sanos. Todos llorábamos, parecía que se nos había aflojado toda la tensión, ya no había que cuidar tanto los miedos porque ¡¡Había llegado el papá!! Y él ¡Todo lo podía!
Diez días tembló Se dice pronto, pero vivirlo es una eternidad.
Los niños, al amparo de los padres, rápidamente empezamos a no temer tanto y a buscar entretenciones. Nos juntábamos con el Baucha y jugábamos a medir las grietas que se habían abierto en el suelo con coligiles hacíamos unas varas largas y las metíamos, algunas medían siete metros, en otras...no llegaban al fondo.
Mi papá se preocupó de los inquilinos e hizo un censo para saber si había destrozos. Afortunadamente todos estaban bien y sus casas habían resistido el terremoto. Las bodegas también estaban en buen estado, pero lo que quedó de la casa después del incendio se desplomó.
¿Qué habría pasado si hubiéramos estado en esa casa para el terremoto?
No lo sé, a lo mejor hubiera resistido como la bodega o, a lo mejor se hubiera desplomado sobre nosotros.
De todas maneras, a pesar del susto, creo que el incendio fue lo mejor que nos pasó.
EL DURAZNO 1940-1941
Durante aquel año mi papá tuvo la oportunidad de comprar una casa-quinta en San Carlos. Era un enorme caserón bastante deteriorado por el terremoto, pero creyó que era bueno tenerlo como paradero y donde podría organizar una bodega para guardar el trigo y venderlo cuando estuviera a mejor precio. Esto lo pudo hacer en unas enormes piezas que había a la entrada y que daban a una galería acristalada y sombreada por

un parrón a todo lo ancho donde allí instaló su oficina.
A un costado había una hilera de piezas en L invertida cuyo vértice era una enorme cocina con un fogón al centro.
La casa del fundo se arregló para Ramón Campos y su familia, como se había pensado. La idea era construir una casa de madera al lado de la bodega, pero ese trabajo se demoró y cuando nosotros llegamos a pasar la temporada de vacaciones nos encontramos sin casa y nos tuvimos que arreglar en San Carlos en unas piezas pequeñas. Las otras las ocupaba la Peta, que acababa de enviudar y tenía varios hijos pequeños, —el menor apenas caminaba—, y a ella la contrató mi papá para el cuidado de la casa.
Para todos fue una sorpresa tener que quedarnos en San Carlos, en una casa tan grande que tenía para nosotros unas piezas tan malas y oscuras, donde estábamos apretados e incómodos. Para mi mamá también fue incómodo tener que compartir la cocina y el fogón donde ardían troncos todo el día. De todas maneras, y a pesar del calor, teníamos entretenciones. La quinta tenía árboles frutales y podíamos jugar debajo del parrón. Cuando llegamos, la fruta estaba verde, pero había una enorme, gigantesca, higuera llena de brevas negras, ricas y aromáticas. Nos encantaba trepar por su tronco, aunque no pudiéramos sacar las brevas que estaban en las puntas de las ramas. No faltaba quién nos abasteciera de los deliciosos frutos que comíamos untados en harina tostada.
Ese año estaba el tío Manuel trabajando con mi papá. Él manejaba un camión. Al llegar mi mamá empezó a insistir por la casa que debía estar terminada, pero siempre faltaba algo. Mi papá viajaba a Santiago por negocios, a vender la lana y otras cosas así es que mi mamá presionaba al tío Manuel hasta que un día se cansó y le dijo que se iba al fundo con nosotros, con o sin casa terminada. Ella era así de decidida cuando lo necesitaba.
Nos subimos al camión con todo lo que teníamos y partimos. Mi tío nada de contento, mi mamá bien cabreada y nosotros felices de volver al fundo.
La sorpresa la tuvimos cuando llegamos a la alameda y vimos que el camión seguía de largo y a duras penas subía la cuesta que luego conocimos como “La cuesta de la Nena Sánchez”. Nosotros creíamos que volveríamos a la misma casa del año anterior, pero no era así, era verdad que se estaba construyendo una casa al lado de la bodega, donde antes estuvo la casa que se incendió. A nosotros, los niños, nos habían hablado de
esa casa, pero se nos había olvidado.
El camión se bamboleaba de un lado al otro y como tenía poco peso iba saltando de un hoyo en otro. Molidos llegamos y vimos la casa nueva: era

una hilera de cuatro piezas cuadradas comunicadas por dentro y que daban a un corredor. A parte había una cocina con un fogón en el suelo y nada más. Las puertas no estaban, las ventanas tampoco y la galería era un proyecto.
Como los maestros estaban poniendo las tablas del cielo, nuestros pocos muebles estaban en la bodega. ¡Menos mal que llegamos a buena hora! Así los trabajadores que había pudieron armar las camas que se salvaron del incendio.
Nos arreglamos como pudimos. Los primeros días estábamos sin cielo, ni puertas, ni ventanas. No recuerdo habernos complicado, nos daba lo mismo, estábamos en el fundo y era todo nuestro para pasarlo bien.
“Las casas”, así se nombran en esa zona a las casas donde viven los patrones, no importa la calidad ni el tamaño. “Las casas del Durazno” eran las casas más pobres de la zona, no creo que ninguna casa de inquilino o puebla, como se las llamaba, fuera peor y más desabastecida que la nuestra —por lo menos cuando recién llegamos— pero tenía un encanto especial, algo que no he vuelto a ver en toda mi vida.
La hilera de piezas estaba construida sobre postes y elevada más o menos a un metro sobre el suelo. Era de tabla ancha de roble pellín recién aserrado y sin cepillar, rojo y todavía vivo, lloraba gotas de savia. Los tablones anchos de más de 30 centímetros y de pulgada y media de grosor constituían el suelo, los tabiques y el cielo. En el día, el sol encendía las piezas dándoles un hermoso reflejo de atardecer. Por la noche, las velas que nos alumbraban perlaban las gotas de savia dando un resplandor especial.
La madera usada era de los robles centenarios que poblaban los bosques del fundo, robles inmensos que se botaron para que nosotros tuviéramos una casa que parecía encantada. Los aserraron y colocaron, ordenadas, una tabla al lado de la otra, unas verticales, otras horizontales, pero eran todas iguales clavadas en las vigas de la estructura. Para subir a la casa había una pequeña escalera de tres peldaños donde jugábamos a saltar.
También fueron de roble los caballetes y las tablas que sirvieron para poner los colchones de lana de Pablo y Jorge, y Mariano tenía “el tilín”. La pieza de mis padres estaba casi completa, tenía dos camas de madera pintada de amarillo, el peinador de mi tía Matilde y un velador. La pieza mía era divertida: la cama era de madera, pero de distintos colores el respaldo y los pies, tampoco los largueros eran iguales. Todos restos de camas que no se quemaron en el incendio. Como no tenía somier, le pusieron tablas atravesadas y si yo me movía mucho por la noche, solían caerse haciendo tanto ruido que parecía temblor. También logré un velador.

Así, bien abrigados con las frazadas de lana, dormíamos felices. Las puertas estaban hechas, pero no tenían bisagras, por las noches las ponían afirmadas con un palo atravesado. Las ventanas siguieron siendo un hueco al monte hasta que el maestro pudo hacerlas. No tengo noción del tiempo, pero es igual si fue ese año o el otro en que empezaron a funcionar las puertas y ventanas que también eran de las mismas tablas de roble. Más roble, más rojo, más encanto.
Poco a poco mi papá fue trayendo en el camión algunas cosas que eran indispensables, por ejemplo una cocina económica que alivió mucho a la cocinera, pero de todas maneras mantuvieron un gran brasero para tener agua caliente para el mate, para tostar pan o para quemar terrones de azúcar que al ponerlos en la leche llegaban a chirriar dejando un olor a caramelo exquisito.
Llegar al fundo y perder el sentido de la hora fue lo mismo, no teníamos necesidad de reloj. Tomábamos desayuno en cuanto hervía la leche recién ordeñada. Si habíamos despertado antes y nos habíamos levantado lo tomábamos en la cocina o si no, nos lo llevaban a la cama: una jarra de leche con harina tostada y pan amasado con miel o con huevos revueltos, dos grandes torrejas de pan tostado en las brazas ¡Un buen desayuno para niños creciendo!
Luego, cuando el sol estaba tan alto que nuestro cuerpo no hacía sombra, almorzábamos. Al frente de la casa había un gran parrón cuadrado donde pusieron la mesa de la llavería y bancos también de roble ¡Qué madera más noble! Fue nuestro comedor mientras vivimos en esa casa. Más tarde, cuando al atardecer, se podía medir en el horizonte una cuarta de sol, era la hora de comer.
Nuestra vida era un descubrimiento permanente, pero lo más maravilloso fue descubrir a una mamá de la misma edad de nosotros, que se reía, jugaba, salía de excursiones a la par con nosotros. Muy pocas reglas nos regían: respetar los horarios de las comidas, de la siesta y avisar donde íbamos y nunca, nunca jamás ir al río solos. Ella pensaba que cuanto menos cosas se prohibieran, más posibilidades de obedecer teníamos y que al demostrarnos confianza absoluta nos amarraba a actuar bien. Muchas cosas aprendimos en el curso de la vida, pero esas básicas enseñanzas fueron fundamentales.
“Las Casas” estaban construidas donde antes se levantaba la llavería y dos enormes cuadrados entre la casa y los castaños mostraban donde había estado la casa que se incendió. Ya se habían quitado los escombros y estaban arados esperando ser sembrados de pasto.
Los castaños fueron el salón de la casa, la sala de juegos nuestros. ¡Qué de cosas hicimos allí! Los árboles, enormes, no lográbamos abrazarlos

entre los cuatro hermanos. Crecían rectos y se abrían las ramas mucho más arriba, lejos de nuestro alcance. Los cruzaba una acequia con agua del estero que venía bordeando el monte y se derivaba por detrás hacia las caballerizas. Cerca del monte había una poza de tierra bastante bien hecha, nunca supimos quién la hizo ni para qué servía. Para los grandes, era nuestro reducto, allí pasábamos horas jugando. Como estaba cerca de la acequia hicimos un primer desvío y preparamos barro, ¡Cuántas cosas se pueden hacer con él! Desde pintarnos, hacer tortas, caminos, batallas... Nos separábamos los dos grandes y cada uno elegía a uno chico, nos acuartelábamos bien provistos de bolas de barro fresco y...¡A la una, a las dos y a las tres! ¡Chas! Volaban las bolas blandas de barro rojizo, unas daban en blanco, otras no. Era muy divertido. Generalmente las batallas eran a la hora en que dormía siesta mi mamá y cuando se levantaba nos encontraba todos embarrados. Nunca se enojó como otras madres, le hacía gracia y en el pozo de madera, donde se lavaba la ropa nos metíamos y nos sacábamos el barro, salíamos tiritando porque el agua venía muy fría, pero el sol quemaba y muy pronto estábamos otra vez limpios y calientes. ¿Cuánta ropa ensuciaríamos en el día? Supongo que mucha, pero la mamá era ingeniosa y no estaba dispuesta a amargarse la vida ella, ni a nosotros por un poco más o menos de barro. Inventó unos pantalones cortos de brin ordinario, gris, y los hizo en serie. Ella tenía una máquina de coser de mano y más o menos se las arreglaba. No digo que los pantalones salieran ni muy bonitos ni muy parejos, pero se ponían y se sacaban con mucha facilidad y con camisas de cuadros se completaban las tenidas. En los pies, teóricamente sandalias, en la práctica nos arreglábamos con el maestro Rafael para que nos hiciera unas ojotas que nos acomodaban mucho. Otras veces, las más, andábamos descalzos. Nunca fue una tragedia ni la ropa ni el barro.

Más adelante descubrimos que haciendo un corte en la acequia podíamos bajar una cantidad de agua desde el borde del monte hasta el pozo. Hicimos canales y pequeños lagos y los sitios más abruptos eran los indicados para hacer caídas de agua. A toda esa red la llamábamos “Las Quéidas”. A mi mamá le encantaban y cooperó haciéndonos unos molinillos de papel que, con la fuerza del agua se movían con bastante rapidez. En los lagos poníamos barcos de papel y en los canales hacíamos carreras con palitos.

Ella nos contaba que cuando era niña también jugaba, hacía túneles por donde pasaba el agua y más adelante surgía el agua como una fuente. Su juego se llamaba “según filtrado”. Me parece que ella revivía con nosotros su infancia restándonos todas las amarguras por las que pasó ella y comprendiendo nuestras inquietudes y gustos.

Después de las onces nos preparábamos para ir al río, el Perquilauquén que viene de la cordillera limpio y cristalino. Tiene momentos en que baja entre las piedras formando rápidos y luego se ensancha en raudales propios para el baño. “El Piedrero” fue nuestro sitio predilecto para el baño diario durante años. En la poza que hicimos con la mamá nos enjabonábamos y jugábamos haciendo los primeros intentos por flotar. Todos teníamos una piedra sumergida dentro del río, a la que nos tirábamos haciendo puntería, la idea era quedar de barriga sobre ella ¡Parecíamos tortugas varadas! De tanto practicar, un día, sin darnos cuenta, seguimos y la pasamos. Así fuimos aprendiendo a nadar y a tener control sobre nuestro cuerpo.

Mi mamá sabía nadar y mientras nosotros tomábamos sol en la playa de arena, ella nadaba en la parte más honda. Algunas veces nos acompañaba el papá, que también nadaba pero de lado, mi mamá le decía: “Jorge nada estilo Luis XV”. A nosotros nos hacía gracia eso que hubiera un nombre con números ¡Cosas de niños!

El regreso a casa era muy alegre. Una tropilla de niños saltando y jugando. Al pasar sacábamos los frutos del campo y del tiempo. A veces michay, otras moras y nos pintábamos las caras de morado. Los frutos dulces todavía tibios nos encantaban. También en el camino había algunos boldos con frutos amarillentos y empalagosos como almíbar. Olor de verano, el calor hacía que las plantas exhalaran sus perfumes. La tierra reseca y las hierbas llegaban a crujir al pisarlas. “¡Cuidado con el litre!” nos decía la mamá, que produce granos. La gente del campo nos decía que para que no brote el litre en la piel hay que decirle un verso:

Compadre litre No me peguíis el litre Porque yo soy tu compadre.

Nosotros nos preocupábamos de irle recitando el verso al litre, pero mis hermanos no sacaban nada con decirle versos porque cada tanto tiempo se “litriaban” y les picaba mucho pues pasaban rascándose día y noche. Para mitigar la picazón habían dos remedios: Uno bañarlos en agua de afrecho que, para eso, se calentaba el fondo donde se lavaba la ropa y cuando estaba tibia se le ponía un buen poco de afrecho, allí se iban metiendo los niños, algo se les pasaba. Otro remedio era mandar a Cucho a las Termas de las Brujas, al otro lado del río, a buscar “agua de mote”, agua sulfurosa que era muy buena. Se les quitaba todo el picor en cuando los mojaban, pero no faltaba el próximo litre que los rozaba y... otra vez a rascarse.

No sé cuantos años pasaron en esta fiesta del litre, pero fueron muchos. Yo fui una privilegiada, nunca me pasó nada y hasta me comía los brotes —pero eso fue de un poco mayor.

Después del baño teníamos un rato de calma. Nos sentábamos en el

corredor o debajo del parrón a leer — el que sabía—, los otros oían los cuentos que les leía mi mamá. Ella nos incitó siempre a leer y en casa empezaron a haber libros para nosotros, especialmente en el fundo donde teníamos tiempo y tranquilidad.
Llegado el momento de la comida y aprovechando la luz del atardecer, nos sentábamos debajo del parrón a
comer lo que hubiera. Ese año fue conflictivo porque ni habas sembró Cucho. Fue todo un incidente cuando una mañana llegó el administrador a ver a mi mamá y ella le preguntó:
—-¿Por qué no tengo huerta?
El hombre se puso verde y tartamudeaba.
Mi mamá le lanzó:
—¿Usted tiene huerta?
—S1, —contestó avergonzado—. Le haré llegar verduras de la mía.
Pocas veces he visto a mi mamá más furiosa y roja como una grana, le dijo:
—Se puede quedar con lo suyo, yo sólo estoy pidiendo lo que me corresponde, se puede ir preocupando que en el futuro no nos falte de nada. Mientras, haga mandar papas, porotos y choclos de la chacra del fundo.
Y así lo hicieron. Si el año anterior nos habíamos llenado de habas, este año lo hicimos con el producto de la chacra.
A mi papá no le pareció muy bien el intercambio de palabras, pero...ya estaba hecho y desde entonces nunca nos faltó de nada. También mi mamá se preocupó de mandar oportunamente semillas de hortalizas.
Después de comer, salíamos a caminar por el camino hasta El Calvario. Era muy distinto hacer ese camino a pie que en auto. Íbamos viendo todas las cosas que nos llamaba la atención: primero pasábamos por el puente de La Ramona, luego la subida de La Borracha, una pequeña cuesta que desde arriba se veía el potrerillo donde estaban las vacas. Al bajar había una pequeña poza de vertiente, al pie de la loma. Algo había que con el último reflejo del sol, se veía dorado. Nosotros le decíamos a la mamá: “Es oro” y ella se reía y nos contestaba: “será oropel”.
Un poco más allá había una gran piedra que estaba encajada entre las varas del cierre del potrerillo. Los cierres habituales en el fundo eran palos calados de roble con tres o cuatro agujeros cuadrados y en ellos se metían varas rectas de raulí sin descortezar. ¡Cierres preciosos! En este caso la segunda vara estaba quebrada descansando en la piedra, le decíamos “la piedra que crece” y nos inventábamos que debajo había un tesoro, que los duendes lo tenían guardado, pero como iban acumulando tantas monedas de oro, la piedra crecía y rompía las varas. Todos los días la íbamos a

mirar a ver si había crecido en la noche. Le poníamos pequeñas trampas, palitos, pelos, trocitos de lana para ver si al crecer se movían, ¡Qué cosa! Todo lo que poníamos se volaba con el viento de la noche y nosotros estábamos seguros que los duendes los sacaban para disimular su tesoro.
Un poco más adelante había una vertiente pequeña al lado del camino, era tan chica que el agua no corría sino que estaba siempre estancada. La superficie estaba irisada de múltiples colores reflejando el atardecer, parecía que tuviera una capa aceitosa. Nosotros pensábamos que era una fuente de petróleo y casi la veíamos arder. A lo mejor se nos quedó en la cabeza un comentario que hizo mi tío Paco:
"Cuando llegué a este fundo había un viejo baquiano que conocía todos los pasos de la Cordillera y él me contó que, montaña adentro había una poza con agua negra, que si se le prendía fuego ardía y que él se alumbraba por las noches poniendo un cuenco de esa agua con una mecha."
Mi tío Paco decía que a lo mejor era petróleo. Nunca se supo ni de la poza ni del viejo baquiano. Era la historia que se contaba y que nosotros la aplicábamos a la vertiente, pero nunca la pudimos hacer arder, llevábamos agua a la casa, pero nada, no servía para nada.
Así, caminando y jugando llegábamos al Calvario, donde había una vieja Cruz de madera, recuerdo de alguna Misión en tiempos pasados. Allí rezábamos un Padre Nuestro y nos volvíamos a casa, llegábamos cuando empezaba a oscurecer. En unos grandes lavatorios nos lavaban los pies y ¡A la camita! Iluminados con velas sólo alcanzábamos a decir las buenas noches y bien abrigados con las frazadas hechizas, ya fueran blancas con una franja roja o gris con blanco, hiladas y tejidas por las mujeres del fundo, caíamos como angelitos.
Jorge era bien atarantado para hablar y para moverse. Campeón para tropezar y caerse encima de los mayores. Era el más buen mozo de todos nosotros, pero bastante rabioso. Siempre fue el consentido de la Tena —una viejilla que cuidó a mi papá y que en Huelquén la heredamos—. Por las tardes, era seguro que le recitaba un trabalenguas a mi mamá: “¿Ara farara farara mamá?” Y no había manera que lo dijera más lento para saber lo que decía. A mi mamá le hacía gracia y lo interpretaba “¿Vamos a ir a las varas, mamá?” Eso era parte del camino al Calvario, cerca de la piedra que crece, ahí habían una varas que estaban recién puestas y el terreno despejado, entonces nos subíamos a las varas a mirar el potrerillo donde estaban los caballos, las vacas de la casa con sus terneros, y... ¡¡El potro!! que se paseaba entre su harem levantando el cuello y pateando, sintiéndose super importante. No creo que fuera fino, por lo menos en ese tiempo, sólo era un reproductor, pero se portaba como si tuviera sangre

real.
Aprovechando estos paseos, la mamá nos contaba cuentos, algunos tradicionales, y otros se los inventaba. A medida que íbamos caminando nos hacía notar un grupo de piedras o un tronco con un hueco y nos decía que por allí vivían Pezuñita y Roenueces, dos ratoncitos de campo que eran muy amigos y... así hilaba historia tras historia de las aventuras de estos ratoncitos —eran tan vividos que Pablo aseguraba haberlos visto y haber conocido una de sus casitas.
Un día pasó un “falte” —un comerciante que recorría los campos a caballo comprando y vendiendo mercaderías—. En ese tiempo era la única manera de proveerse de agujas, hilos, yerba mate, azúcar y mil cosas necesarias que llevaba en prevenciones y en un gran canasto. Ese día traía una tremenda sandía, especialmente dedicada a la patrona, que no pudo resistir la tentación y la compró.
Como nosotros llegábamos pronto al fundo y nos íbamos en otoño era muy raro que pudiéramos comer sandías y melones. Yo creo que desde Huelquén no saboreábamos una. Mi mamá tuvo una idea luminosa: hizo partir la sandía a lo ancho y sacar la comida con una cuchara sin romper la cáscara, nosotros no entendíamos lo que quería, luego nos gozamos su idea.
Con barro y piedras nos enseñó a hacer una base y sobre ella puso las cáscaras invertidas con dos agujeros cuadrados, uno adelante y otro a un lado. Después empezamos a recubrirlas con barro pisado con paja. Capa por capa se fueron armando hasta quedar completamente cubiertas, ¡Ya estaba tomando forma de horno! Cuando el barro se secó llegó el momento de la prueba. Cucho nos cortó leña a medida y prendió fuego. Dentro, la Ramona nos dio masa para hacer panes que cupieran por las puertas y después que se quemaron las cáscaras de la sandía y la leña se convirtió en brasas, barrimos bien las bases y pusimos los panes con ayuda de una paleta que nos hizo el Maestro Rafael. Esperamos ansiosos a que nuestro pan se cociera pues era un invento entretenido. Los panes resultaron un poco quemados y con gusto a ceniza, pero los comimos con el gusto de haberlos hecho nosotros. Los hornitos duraron todo ese verano y muchas veces los usamos. Fue mejorando la técnica y por lo tanto el sabor del pan, pero... siempre eran chicos y nos quedábamos con ganas de más por lo que recurríamos al pan de la casa que era grande y no tenía gusto a barro y ceniza.
Ese verano debe haber habido algo especial, a lo mejor fue una larga primavera, a lo mejor llovió más de la cuenta y se atrasó la esquila porque estando nosotros allá hubo la faena de esquilar: separar los corderos de las borregas, marcar, capar y bañar toda la ovejería. Todas estas faenas

se hacían en “Los Corrales”, que estaban justo al terminar la cuesta que nos llevaba al río.
Mi papá nos llevó a Pablo y a mí a ver esta actividad. No podría decir cuantas ovejas había, me parecieron muchas. Se arremolinaban, los corderos balaban, los trabajadores gritaban y los chiquillos ayudaban a mover el ganado, que lentamente se iba ordenando en distintos corrales. Las ovejas, para ser esquiladas en un corral que daba al galpón pasaban por un baño de creolina —que era una zanja de cemento más alta que las ovejas y angosta—. Al entrar tenían que nadar. Había al principio un ovejero y otro a la salida provistos con un palo especial con los que le hundían la cabeza en el agua, así quedaban limpias y desparasitadas.
En otro corral quedaban las borregas que serían las futuras madres. No se libraban del baño ni de ser marcadas. Aparte quedaban los corderos. De éstos se apartaban unos pocos, los mejores, —que serían los futuros reproductores—, por lo que había que seleccionarlos muy bien. El resto...pasaba por el cuchillo de los capadores que de un corte los dejaban corderos para la engorda. Por la tarde había un gran asadero de “cuncas”, bocado exquisito que se come una vez al año.
Después de terminar la faena, que podía durar varios días y en que los ovejeros iban trayendo sus piños de ovejas sucesivamente, se llevaba el ganado a las tierras altas a pasar el verano. Allá no faltaba el pasto duro ni el ramoneo de los arbustos, de esa manera los pastos del terreno bajo podían crecer para alimentarlos en el invierno.
Los domingos, y como una manera especial de recordar a Dios, rezábamos El Rosario. Mi papá llamaba el Trisagio a esta devoción con las personas del fundo que vivían cerca. Mi mamá se dio cuenta que había necesidad de dar un poco de instrucción religiosa a los niños y formó un grupo de catecismo. Tuvo mucho éxito pues, venían niños desde lejos a aprender. Esto motivó a mis padres a hacer una Misión. Mi papá habló con los Padres Trinitarios de San Carlos y ellos aceptaron. Una tarde llegaron dos misioneros, altos, de hábitos color crudo con una cruz roja y azul en el pecho —hábito del tiempo de las Cruzadas—, según nos contaron. Uno de barba, muy solemne, y el otro afeitado y más comunicativo. A mi mamá le habían advertido que uno era sacerdote y el otro hermano lego. Ella no dudó, no tuvo ninguna duda que el barbado era el sacerdote y se dirigía a él diciéndole: “Padre, pase por aquí”; su sorpresa fue mayúscula cuando resultó que el “padre” era el hermano. ¡Menos mal que lo tomaron con humor y se estuvieron riendo del chascarro!
Fueron unas largas Misiones como de una semana. Hicieron todo lo que se esperaba de ellos: casaron a las parejas que lo pidieron, bautizaron a niños y guaguas, visitaron a algún enfermo grave y... para terminar, para

nosotros lo más importante fue que aprobaron la preparación que realizó mi mamá para la Primera Comunión de un grupo de niños. Fue muy emotiva La Misa que se celebraba en el corredor de la bodega y mucha gente iba, no sólo del fundo sino también del fundo San Manuel, al otro lado del río y del Naranjo.
Estas Misiones se repetirían todos los años hasta que hubo un cura párroco estable en San Fabián de Alico que se preocupó de visitar los fundos de la zona en forma rotativa.
Se libraron del incendio y del abandono unas cinco colmenas de abejas y mi papá me las regaló ¡Qué feliz fui! ¡Tenía algo vivo y mío! Ese primer año vino el Simbo, un muchacho trabajador y que entendía en abejas. Él las reinstaló en un huerto frutal que había al frente de la bodega. Les hizo una plataforma y les sacó todos los panales que estaban viejos, para ello se ayudaba de una humareda de bostas. Como las abejas eran mías, yo, la intrusa, tenía que estar cerca así es que me encargó de mantener el humo. Las “culmenias”, como el Simbo les decía, estaban furiosas y rebeldes después de dos o tres años de estar abandonadas, pero el humo fétido las tranquilizó y se pudo limpiar los cajones. No se sacó nada de miel porque él dijo que tenían que trabajar todo el verano para poder criar más “culmenias” y comer en el invierno, pero... sacó un pedacito, no más de una cucharadita de té de “miel de reina” y me dijo: “Tenga, patroncita, para que se ponga bonita”. ¡Qué cosa más rica, nunca había probado algo tan exquisito y delicado! Desde ese día toda otra miel me parece insulsa. Fui privilegiada de probar algo tan especial. Todos los años siguientes, durante la cosecha de miel tenía mi cuota de deleite.
A pesar de todo no nos faltó miel ese año. Todavía quedaba, mediado, el barril que se libró del incendio. Además, Simbo nos regaló una lata de la cosecha de ese año.
No todo puede ser tan bonito e idílico. También ese año pasó un suceso bastante terrible. Una tarde estábamos en Los Castaños, jugando a hacer olitas en la batea que era muy pesada; un tronco de roble pellín tallado en forma de artesa, servía para lavar y escobillar la ropa. Siempre tenía agua para que la madera no se partiera. Nosotros descubrimos que moviéndola un poco a un lado y a otro suavemente se formaban olas. Eso nos encantaba, apenas podíamos moverla por lo pesada que era, pero era cosa de ritmo y coordinación. Ritmo para nosotros los grandes, pero no para Mariano que era chico. En un vaivén metió él la mano y la batea le alcanzó a aplastar el dedo pulgar, ¡Qué grito pegó! Llegó corriendo mi mamá, la niñera y toda la gente que había cerca. Mariano gritaba y lloraba desesperado, el dedo lo tenía machacado y sangrante. De inmediato mi mamá le metió la mano al chorro de agua bien fría y poco a poco se le fue

calmando el dolor y dejando de sangrar. Nosotros, los presuntos culpables, calladitos mirábamos el escándalo de sangre que había por todas partes. Ya nos parecía que nos iba a llegar el castigo que no llegó. La mamá comprendió que no había voluntad de hacer daño y del susto que teníamos sacó una enseñanza: “Había que cuidar a los hermanos chicos”.

Nuestro botiquín era muy rudimentario: sólo había Aspirinas, Agua de Alibour, alcohol, algodón y una jeringa con su aguja —por si acaso—. Con esa Agua de Alibour sanó Mariano de su dedo aplastado, y medias Aspirinas para el dolor. Sanó bien, pero quedó con el dedo marcado para toda su vida.

¡Pobre Mariano! “Tacho feroz” le decíamos por lo valiente y metido a grande. Siempre quería estar con nosotros y participando de todas nuestras aventuras. Era el conchito de la familia, cuadrado de espaldas y muy decidido. Él nunca dudaba en seguirnos, no quería ser postergado y se ganaba un golpe tras otro. Yo me siento culpable porque siempre lo miré como uno de nosotros y no lo cuidé como debía, total era cinco años mayor y debí ser más responsable.

Pocas variantes había en la comida, pero al haber miel cocida por el incendio y harina molida en el molino de piedra se podían hacer unos queques que quedaban ricos, alimenticios e irrepetibles.

Seguramente con uno de esos queques y manjar celebraríamos mi santo, porque pasara lo que pasara, hubiera lo que hubiera, mi santo se celebraba todos los años.

A Santa Bernardita yo la veía como una niña igual que yo, que hacía las mismas cosas que yo, que jugaba, se reía y... claro está, además veía a la Virgen... yo también la veía, en una imagen ante la cual rezábamos el Rosario los domingos y la verdad es que, a esa edad, no me parecía algo muy especial. Las dos nos llamábamos igual: nos celebrábamos el mismo día, rezábamos a la misma Virgen... en fin cosas de niña, total sólo tenía 9 años —hasta fines de Marzo en que cumpliría los 10 importantes años.

El verano siguiente no fuimos al Durazno. Teníamos una importante novedad, mi mamá estaba esperando un hijo y no podía hacer viajes largos por lo que nos quedamos en Santiago y fuimos un mes a la playa, a Las Cruces.

Año 1942, año de alegrías y tristezas. El 28 de Marzo cumplí 11 años, entré al último curso de enseñanza primaria, nació Juan Agustín, —un niño precioso al que quise con todo mi corazón—. Su paso por la vida fue como el suspiro de un ángel y como tal se marchó a los pocos meses dejándonos llenos de pesar. También ese año murió mi abuelo Julio a quién yo quería mucho.

No es fácil para un niño saber que la muerte existe, de alguna manera la asimilamos, pero ver los ojos tristes de los padres...duele mucho. De estos temas hay referencias en páginas anteriores, no me quiero repetir.
¡Con qué ganas volvimos al Durazno! ¡Parecía que el campo nos iba a curar de todo! Y así fue... había tanto que hacer... tanto que ver... tanto que reencontrar... Ya no era una niña chica, tenía 11 años y ya había conocido el dolor y la muerte.
Mis padres hacían un esfuerzo enorme por normalizar la vida. Mi papá nos tenía una sorpresa ¡¡Caballos para todos!! ¡¡Ensillados y con riendas!! ¡¡Cada uno apropiado para la edad!! Mi montura era un casco mejicano y dos pellones dobles para que quedara bien protegida y claro está, la montura estaba en una yegua ¡La Canela! Era linda y de suave andar, buena rienda, con ella aprendí a cabalgar. Pablo tenía una montura chilena y su caballo, “el Coipo”, era grande y manso. Jorge tenía su montura, y “el Damasco” y Mariano también tenía su caballo y heredó la montura chilena chica de Pablo. Mi mamá tenía una montura inglesa a la que después le pondrían un pellón porque era muy dura y tenía una yegua alazana muy bonita. Mi papá tenía su montura parecida a la mía, pero cubierta por una gamuza. Su caballo era el más grande, el más brioso, el que marcaba el paso al que debíamos ir, era lo que en el campo se llama “caballo de patrón”. Todos, con caballos, salíamos de paseo al campo, a recorrer los trabajos. Al principio eran los que estaban más cerca luego, cuando aprendimos bien, nos llevaba más lejos. Nos costó acostumbrarnos, pero el papá era implacable: “No deje trotar a su caballo”, “Sáquele marcha”, “No lo apure”, “Sujete bien las riendas”, “No meta tanto los pies en los estribos”, “Enderécese”, “Afírmese con las piernas”, “Aprenda a abrir y cerrar las puertas de los potreros”... En fin fueron muchos los consejos que tuvimos que oír hasta poder manejarnos bien y aguantar varias horas arriba del caballo, pero valió la pena porque después, en el curso del tiempo, haríamos paseos realmente largos.
Un día llegó el viejito del Molino a hablar con la mamá: “A ver si su Mercé (así tratan los más “antiguos” a su patrona) si me puede poner las inyecciones que me mandó el doctor”.
Su Mercé, que era mi mamá, hirvió la jeringa y se dispuso a poner la inyección, pero... como el viejito estaba tan, pero tan flaco, la aguja lo traspasó y el contenido de la inyección goteaba y goteaba al suelo.
De ese acontecimiento surgieron dos cuentos: uno, que a Pablo le encantó el asunto de “su Mercé” y quería que todos le dijeran así. Mi mamá se reía y le decía: “venga Mercedita”, porque su Mercé había sólo una y era ella. Y lo otro, para mí lo más importante, es que aprendí a poner inyecciones. ¡Al fin podía jugar a doctora de verdad! Con mucho cuidado me enseñó mi

mamá a esterilizar la jeringa y la aguja —la única que teníamos— y luego a pinchar por entre los pellejos del abuelo para que no me pasara lo mismo que a ella. Me fue bien. Desde entonces fui la encargada de realizar curaciones y poner inyecciones —siempre bajo la atenta mirada de la mamá—. Fue la vocación de mi vida, eso de ver como iban sanando las heridas, poco a poco, gracias al Agua de Alibour era algo increíble. La gente empezó a ir a casa para que las curara o les pusiera inyecciones —sólo subcutáneas—. ¡Me encantaba!

Claro está que a veces las cosas no salían como hubiéramos querido. Por ejemplo, una tarde llegó una mamá con su hijita de 3 años, la niña era linda, bien coloradita, de ojos negros y el pelo de rizos negros que le caían hasta los hombros. El problema era que en la piel del cráneo tenía una "costra de leche", —así llaman en el campo al impétigo— y la tenía infectada. Las capas tras capas de pus seca enredadas en los rizos era algo impactante.

Mi mamá la vio y le dijo que antes de nada había que cortarle el pelo al rape para ver qué se podía hacer. No creo que fuera algo que les gustara mucho, pero al día siguiente llegaron con la niña bien pelada y con toda la costra a la vista. Se le extendía por toda la cabeza. Empezamos a tratar de sacar y limpiar lo que se podía, le pusimos cataplasmas de agua tibia, con jabón de lavar, con quillay y no se desprendía. Después de varios días de tratamiento, parecía que se empezaba a vislumbrar una mejoría, pero no fue así. La madre se debe haber aburrido porque un día no volvió. Pasaron varias semanas y una tarde llegaron radiantes, la niña tenía su cabeza toda rosada, no tenía ni costras ni pus. El pelo le estaba empezando a crecer y se veía muy bien. Mi mamá extrañada le preguntó lo que había hecho y ella le contó que la había llevado a una "meica" y le había dicho que en una noche de luna llena le ordeñara una vaca negra sobre la cabeza, ella lo hizo así y la niña empezó a sanar. Ese día iba a dar las gracias a mi mamá por todo lo que hizo.

Después que se fueron yo le pregunté, extrañada, que cómo era que nuestros remedios no le hicieran nada y sin embargo algo tan raro fuera tan medicinal. Ella me dijo que habían cosas en la naturaleza que no se sabían y que había un dicho que decía:

Un chuncho canta Un indio muere No será cierto Pero así sucede

Muchos secretos de naturaleza nos contaron, como poner telas de araña de tapia en las quemaduras o dar "azúcar de perro" a los niños con diarrea —eso era la caca de los perros que quedan al sol y se secan y se ponen blancas—, un poquito en agua caliente hace maravillas. También para los niños vomitadores es muy efectivo darles leche de perra o frotar ajo en las picaduras de abejas. Todo esto fuera de los usos de las yerbas del campo

que sirven para todo. Muchas de ellas se han usado en la fabricación de remedios que han salvado a millones de personas, como la digital.
El Molino era un sitio ideal para ir de paseo. Allí nos dejaban ir solos a Pablo y a mí. Nos íbamos en la carreta que llevaba el trigo de la bodega para hacer harina, tanto cruda para el pan como tostada para comerla con leche o agua, “ulpo”, o hervida, “cocho”. Íbamos sentados arriba de los sacos y el mozo llevaba los bueyes. El camino era malo, lleno de piedras y de hoyos, así es que nos movíamos mucho y nos moríamos de la risa.
El Molino era movido por una caída de agua de varios metros que al caer daba vueltas a una rueda de aspas la que, por un eje, movía una enorme piedra que rotaba sobre una fija. Arriba había un depósito donde se ponía el trigo que, al caer, era triturado por las piedras cayendo la harina por un agujero, en los sacos. La operación podría durar toda la mañana o toda la tarde, mientras, a nosotros no nos faltaba entretención.
Había en el Molino una viejita, Dionisia, que llegó al fundo en un enganche de afuerinos para cortar el trigo en tiempos de mi tío Paco. Después de una temporada no se pudo ir y mi tío le hizo una pieza en el Molino. Ya era muy vieja en esos tiempos. A nosotros nos contaba cuentos, nos decía que ella estuvo casada 7 veces y que tuvo 12 hijos, que fue cantinera en la Guerra del Pacífico y nos nombraba personas que había conocido y que salían en los textos de Historia. Cierto o no, era lo que nos contaba. Ella cultivaba un pedazo de huerta y allí tenía plantadas unas matas de tabaco. Nos contaba cuándo había que cosecharlas y guardarlas, colgadas en parejas de un coligúe en su cocina. Cuando se secaban las guardaba y se las fumaba. Liaba sus cigarros en cualquier papel que encontrara. A veces nosotros le traíamos diarios viejos para ese menester. De ese tabaco nos convidó un día y con Pablo nos fuimos a Los Quillayes, debajo de unos boldos y nos fumamos un cigarro entre los dos ¡¡Qué horrible sabor!! ¡Qué malestar! ¡Todo nos daba vueltas! ¡Para nunca más meternos a grandes con esa porquería!
La Dionisia tenía otro don: trabajaba la greda. Ella nos enseñó todo el proceso. Un día pedimos permiso para salir con ella todo el día para buscar la greda ¡Una aventura! La cocinera nos dio un pan de medio kilo, una bolsita con harina tostada, un jarro, una cuchara —muy aconsejados de no perderlos—, y un par de frutas, todo metido en una bolsa para cada uno.
Partimos muy temprano por la mañana. Ella llegó antes que tocaran la campana de los trabajadores. Después de desayunar, partimos. Subimos por “La Bonita” hasta arriba donde se acaba el monte y empezamos a bordear hasta donde se veía el estero del Durazno, allá abajo, como una cinta de agua. En un recodo entramos al monte y allí había una poza seca

de tierra arcillosa; esa era la greda que necesitaba la Dionisia. Empezamos a recoger terrones y a hacer un montón, menos mal que no estaba muy apretada.
Nos sacudimos las manos un poco para almorzar ¡Qué rico estaba todo! Cerca había un puquio y de allí sacamos agua para tomarnos una jarra de ulpo y pasar la sed. Todo lo comimos con el hambre de haber caminado y trabajado. La Dionisia llevaba lo mismo que nosotros, más su gran cigarro de tabaco hechizo. Mientras bajaba el sol ella buscaba hierbas medicinales y nosotros aprovechamos de rebuscar frutos silvestres y ensuciarnos la ropa y las manos con maqui.
Cuando bajó un poco el sol empezamos a volver llevando los terrones de greda envueltos en un paño, cada uno con su carga. Llegamos a casa justo con la puesta del sol. La faena seguiría al día siguiente.
Otra vez tempranito nos fuimos al Molino con nuestra greda. La Dionisia había dejado la suya en agua así es que se nos había adelantado, pero no importaba, mientras la nuestra se remojaba empezamos a trabajar la de ella.
Todo era medido: puso la greda mojada en un círculo y le agregó una proporción de arena limpia de estero y nos enseñó a pisarla. Ella tenía artritis y le dolían los pies de tanto trabajar. Nosotros felices nos sacamos las sandalias y empezamos a pisar la greda, ella con una paleta la iba moviendo y nosotros pisa y pisa hasta que ella quedó satisfecha. La greda estaba suave y elástica, era el momento de moldearla. Ella nos enseñó a hacer unos “lulos” que luego íbamos pegando para formar lo que se suponía iba a ser una taza, pero resultamos bastante torpes y no logramos levantar las paredes así es que nos quedamos con un platillo y un cenicero; en cambio ella fue levantando y levantando la pared hasta que hizo una jarra, le puso un asa y dejamos que todo se secara. Todos los días íbamos a ver si estaba seco hasta que un día todo estaba listo para la última parte: con una piedra muy suave del río bruñimos nuestra obra hasta que quedó brillante y luego hicimos una fogata para cocerlas. Ella fue poniendo los cacharros que había hecho, muy ordenados y los rodeó de fuego, nos dijo que si queríamos que quedaran negros había que agregar al fuego paja mojada, pero a ella le gustaban rojos —a nosotros también—. Al día siguiente nuestro platillo y cenicero estaban cocidos, había que volver a bruñirlos para que quedaran bonitos y se los llevamos a la mamá que nos celebró como todas las madres celebran los trabajos manuales de sus hijos, aunque no sean perfectos.
Fue la única vez que hice algo de greda. Al año siguiente, la Dionisia no estaba, ni su huerto, ni su pieza, todo había desparecido, yo ya sabía que la muerte existía y no por eso la sentí menos.

Después de dos años, las tablas de la casa se habían secado y encogido, quedaba una separación de casi dos dedos entre cada una con lo que se veía todo lo que pasaba de una pieza a otra. Descubrieron la solución: cerraron los huecos con tablas más estrechas, pero no menos gruesas. Parece que el aserradero tenía una sola medida para cortar tablas. Un día vino el maestro y clavó, clavó y clavó hasta que hubo un poco más de intimidad; digo un poco porque las piezas estaban comunicadas por dentro y todavía no tenían puertas, pero sí, ese año hubo ventanas, de las mismas tablas de roble y que, por lo menos, tapaban el viento.
Mariano seguía y siguió por muchos años durmiendo en el Tilín y descubrió que justo debajo de él había una tabla del piso más separada que las otras. En lugar de bajarse a orinar en una escupidera, desde arriba le "hacía puntería" al agujero mientras sus hermanos le reían la gracia.
Una tarde mi mamá estaba haciendo manjar debajo de Los Castaños en la paila de la tatá, —que se libró del incendio— un poquito quemada, pero muy buena para hacer dulces. Estaba revuelve y revuelve con mucha paciencia y llegó el maestro Rafael con las tijeras de esquilar bien afiladas porque había que cortarle el pelo a los niños. Le tocaba a Mariano y se pusieron de espaldas a la mamá. El maestro, cada tanto rato le preguntaba:" Patrona, ¿Le corto también aquí?", y mi mamá le contestaba:" Si, maestro, ahí también", hasta que se le acabó el pelo y Mariano feliz decía: "¡Qué bueno, ahora me voy a lavar la pura carita!". Así fueron quedando los tres, bien peladitos, pero el pelo les crecía recto como si fueran erizos y en una oportunidad que nos visitó Luz, nuestra prima mayor, cuando los vio salir del baño en el río dijo: "Parecen chungungos", que son unos animales que hay al sur del país y tienen los pelos de la cabeza levantados. ¡Esa Luz! ¡Cómo nos divertimos con ella! Nos contaba sus aventuras por el mundo —yo creo que eran puro cuento porque eran muy divertidas—. Nos contaba que unos negros hacían rondas y cantaban:
Calabó y bambú Bambú y calabó Esta es la danza negra De Fernando Poo
Eran versos y versos que había que decirlos y golpear las manos y los pies. A ella le costó asimilar que su casa se había incendiado y que de todo lo que ella conocía sólo quedaba una pileta sin agua, los pinos macro carpas crecidos como árboles, los Castaños y la bodega.
Año tras año el Simbo se preocupaba de las "culmenias" y año tras año las empezamos a cosechar. Yo ayudaba en lo que podía y poco a poco fuimos sacando más miel de la que gastábamos en la casa. Así empezó mi negocio: en el camión me traían barriles de madera nuevos y los íbamos llenando con la miel entibiada por el sol, rubia y olorosa. Cuando se acababa esta faena, empezaba la de la cera. Los panales, después de estilarlos en un harnero, los apretábamos. —¡No se rían, que yo le hacía

empeño!. Tenía las manos chicas, pero ganas de hacerlo! —. Luego se ponían con un poco de agua en una gran olleta de fierro al fuego. Lentamente se iba derritiendo la cera y subiendo a la superficie, de allí se sacaba con un cucharón y se endurecía en agua fría, luego se escurría se apretaba en pelotones que, después se derretían para amoldarlos en recipientes de fierro enlosado. Así se hacían moldes que tardaban un tiempo en endurecerse. Era cera con olor a miel, con cuyos restos hacíamos velas artesanales. En el invierno se prendían y daban un olor rico a campo.
Más adelante el camión se llevaba la miel, —menos un barril que quedaba para el uso de la casa—, y los moldes de cera a San Carlos donde se vendían y me traían el dinero que yo podía usar como quisiera. ¡Qué rica me sentía! ¡Cuántas ideas se me venían a la cabeza! Pero acababa todos los años comprando libros y más libros.
Una mañana salieron mis hermanos a caballo con un capataz, (debe haber sido Papi Bascuñán porque mi mamá tenía mucha confianza en él). Fueron por el lado de las Lagunillas a ver el trigo. Pablo iba montado en el Coipo y Jorge en el Damasco, a Mariano lo llevaba por delante de la silla. De pronto Jorge, que era muy nervioso y andaba de un sitio a otro, se apartó del camino y se metió en el rescoldo de una percha de carbón ¡¡Un metro de cenizas y brasas pequeñas ardiendo!! El caballo se espantó y botó a Jorge que cayó en medio del infierno. Bascuñán dejó a Mariano y corrió a sacarlo, luego trató de sacar al caballo que, al sentirse con las patas quemadas se echó, lo tuvo que sacar con un lazo para dejarlo a orilla del camino. Jorge lloraba de dolor, no se sabía cuánto se había quemado. Con los dos niños en brazos volvió Bascuñán a la casa y Pablo, muy responsable, iba al trotecito detrás.
¡Qué pena la de mi mamá! Tomó a Jorge y a pesar del llanto lo desvistió y lo lavó para ver cuanto se había quemado: todo un brazo, el que había metido en el rescoldo, lo tenía con una inmensa quemadura imposible de curar en casa.
Rápidamente, como actuaba en todas las emergencias, mandó ensillar caballos para ella y para mí. A Jorge lo envolvió en una sábana y se lo encargó a Contreras que estaba con el caballo fresco, dejó a los niños a cargo de la niñera y partimos en un largo, duro y difícil peregrinaje. No podíamos ir muy rápido, Jorge se estaba debilitando de llorar de dolor, se deshidrataba y no quería tomar agua. Así paso a paso entre llanto, tierra y calor fuimos caminando los treinta kilómetros que nos separaban de San Roque —fundo de mi tío Hernán, hermano menor de mi mamá—. De él era de quién podríamos tener ayuda.
Oír llorar a Jorge cada vez más quedo, ver la mirada de preocupación de

mi mamá y los brazos de Contreras cada vez más agotados, me hacían no decir nada, ¡Claro que estaba cansada, pero ellos iban peor!
¡Qué alivio llegar a la civilización! Allí me quedé con mis primas y mi tía Chita. Mi tío Hernán tenía auto y se llevó a mi mamá con Jorge a San Carlos, al hospital, donde le hicieron una limpieza quirúrgica, lo hidrataron y le dieron instrucciones a mi mamá para que lo curara. Supongo que algo le darían para aliviar el dolor porque al volver no lloraba y pudo dormir.
Al día siguiente hicimos el camino inverso, pero ¡Qué diferencia! Volvíamos contentos y habladores, mirábamos el paisaje y la mamá nos contaba anécdotas de su infancia en esas tierras.
Buena cicatrización tuvo Jorge, no le quedó ni una marca. La mamá hacía poderíos por no lastimarlo cuando lo curaba día por medio y él se portaba muy valiente porque en el hospital le habían dicho que si era hijo de don Jorge Salas y llevaba su nombre tenía que ser tan aguantador como su padre.
Contreras que estaba con el caballo fresco, dejó a los niños a cargo de la niñera y partimos en un largo, duro y difícil peregrinaje. No podíamos ir muy rápido, Jorge se estaba debilitando de llorar de dolor, se deshidrataba y no quería tomar agua. Así paso a paso entre llanto, tierra y calor fuimos caminando los treinta kilómetros que nos separaban de San Roque —fundo de mi tío Hernán, hermano menor de mi mamá—. De él era de quién podríamos tener ayuda.
Oír llorar a Jorge cada vez más quedo, ver la mirada de preocupación de mi mamá y los brazos de Contreras cada vez más agotados, me hacían no decir nada, ¡Claro que estaba cansada, pero ellos iban peor!
¡Qué alivio llegar a la civilización! Allí me quedé con mis primas y mi tía Chita. Mi tío Hernán tenía auto y se llevó a mi mamá con Jorge a San Carlos, al hospital, donde le hicieron una limpieza quirúrgica, lo hidrataron y le dieron instrucciones a mi mamá para que lo curara. Supongo que algo le darían para aliviar el dolor porque al volver no lloraba y pudo dormir.
Al día siguiente hicimos el camino inverso, pero ¡Qué diferencia! Volvíamos contentos y habladores, mirábamos el paisaje y la mamá nos contaba anécdotas de su infancia en esas tierras.
Buena cicatrización tuvo Jorge, no le quedó ni una marca. La mamá hacía poderíos por no lastimarlo cuando lo curaba día por medio y él se portaba muy valiente porque en el hospital le habían dicho que si era hijo de don Jorge Salas y llevaba su nombre tenía que ser tan aguantador como su padre.
Nerón, hermoso como una pantera negra, tenía un gran defecto: ¡Era celoso! Y cuando las gatas parían se comía las crías. Eso no lo podía tolerar mi papá y dijo que había que eliminarlo —esto debe haber sido un

poco más adelante en el tiempo—. A mi me dio pena, pero le encontré la razón al papá, y muy levantadita le dije: “El gato es mío, yo lo mato”. Y él me pasó la escopeta cargada, me dijo lo que tenía que hacer y... en un momento en que el gato estaba siesteando en el camino al monte, le disparé y maté a mi gato ¡Cuánto me dolió! Además era la primera vez que mataba un animal. Por otro lado hubiera sido peor que lo matara otra persona.

Las estrellas nos gustaban mucho, a veces las mirábamos en las noches sin luna y veíamos brillar millones de ellas ¡Qué pena no recordar los cuentos que nos contaba la mamá de las estrellas! Me parece que algo de la mitología nos decía: que un niño mordió el pezón de su madre y salió un chorro tan grande de leche que formó la Vía Láctea y de esa Vía identificábamos unas estrellas que todo el verano nos acompañaban. Las Tres Marías y haciendo ángulo con ellas Las Tres Juanitas. Con gran dificultad y en las noches realmente negras lográbamos ver cerca de ellas otras tres, Las Pepas. Mi mamá nos contaba un cuento de nueve hermanas que tuvieron problemas y se separaron de a tres para que hubiera paz en el cielo. El cuento era largo, larguísimo, lleno de detalles... nos tenía hechizados... Por otro lado había un grupo de estrellitas, Las Cabritas, que a veces eran siete y a veces seis... no faltaba el enterado que feliz gritaba “¡Yo veo ocho!” pero no se podía comprobar porque titilaban y se confundían. Luego estaban los grandes astros: Venus, que era la primera que salía, azulada y brillante. Marte, medio rojizo y nunca en el mismo sitio. Dos estrellas en línea que parecía que mostraban La Cruz del Sur. ¡Pobres de nosotros que teniendo un cielo maravilloso lleno de estrellas, no sabíamos nada de ellas! Para nosotros eran un juguete como las luciérnagas, por lo menos, a éstas las podíamos tomar y hacer lámparas poniéndolas en botellas o adornarnos las cabezas y el cuerpo. Sólo un rato duraba la entretención luego ellas se apagaban.

Años...muchos años más tarde nos llegó en préstamo El Tesoro de la Juventud donde había mapas de estrellas de los distintos hemisferios y en las diferentes estaciones del año, pero... no los entendimos. Las estrellas estaban unidas por líneas y representaban figuras que jamás pudimos ver ni entender. Era mejor no saber nada.

En la huerta despejaron un pedazo que daba al potrerillo. Allí íbamos las tardes antes de salir a caminar, a mirar si lográbamos ver la luna nueva cuando es sólo una uñita en el cielo y luego se pone. En cuanto la veíamos, muy serios y por consejo de la mamá, le hacíamos una reverencia luego dos pasos adelante y otra reverencia, así hasta completar siete y en silencio le pedíamos un deseo. Nunca supe si mis deseos eran imposibles de cumplir, si era muy ambiciosa, o cara, o fuera de tono,

nunca me concedió nada. Yo insistía con tesón todos los meses y nada. Hoy me regala con creces, parece que no puede estar sin mí y no me deja dormir. Hubiera preferido que me diera un dulce en el fundo y poder dormir tranquila ahora.
Era costumbre en el fundo que en tiempos de cosecha se entregara a los trabajadores y afuerinos harina cruda, harina tostada y un pan y en las faenas se hacía la comida.
El pan se hacía en el corredor de la bodega y en una gran artesa. La Ramona lo hacía y Cucho hacía el fuego en el gran horno de barro que había detrás de la casa. El pan se ponía dentro del horno con unas paletas de madera bien labradas, tan lisas que el pan se deslizaba suavemente y caía en el horno sin deformarse. El pan se empezaba a hacer inmediatamente después de almorzar. Como el corredor era fresco y agradable, allí estaba yo pegada a la Ramona aprendiendo. El pan de campo se hace con harina de trigo y con una parte de afrecho por lo que es muy alimenticio. Se pone una medida de harina en la artesa con un hoyo al medio, allí se desgrana la levadura —que es masa cruda del día anterior— se le pone agua con sal y un puñado de grasa animal, se va juntando hasta que está formada y se soba. La gracia está en hacer un movimiento con la muñeca que rompa la masa y la devuelva al rollo. Con el tiempo y la experiencia logré hacerlo. Al principio, la Ramona me daba un pancito para que lo sobara y era para mí, me encantaba hacer pan y a ella le gustaba la conversa y enseñar. Tras mucho sobar ella se daba por satisfecha y empezaba a formar los panes ¡Qué cálculo tenía! ¡Ya se le podía pesar cualquier pan y todos pesaban lo mismo! Ella se preocupaba que yo aprendiera y siempre me decía: “No porque sean trabajadores van a comer pan malo, el pan del trabajador tiene que ser el mejor porque él está cosechando y está cansado”.
Yo me esmeraba y cada vez me quedaba mejor. Durante mucho tiempo mi pan quedó para la casa, pero llegó el día del triunfo: pude meter mi pan en el canasto de los trabajadores y nadie supo que lo había hecho yo. Desde ese día trabajé a la par con la Ramona. Aparte, y con recortes, hacíamos figuras, monos con un poco de azúcar encima que nos encantaban.
El tiempo de espera cuando el pan estaba en el horno se nos hacía eterno, nos dábamos un paseo por los castaños o una vuelta al monte, pero... los ojos y ¡La boca! los teníamos puestos en el horno. Cuando el pan salía era una gloria y por más que nos retaran y nos dijeran un dicho del campo:
Pan caliente Vino fuerte Dan la muerte
Nosotros tomábamos los monos, nos quemábamos los dedos y corríamos a comerlos debajo de los árboles ¡Qué dulce! ¡Qué pastel! ¡Qué torta! Todo era insípido al lado de nuestros monos de harina integral.

Con Pablo nos metíamos en la fragua, primero a trajinar, después a hacer funcionar el fuelle y, por último, el maestro Rafael nos dejaba calentar fierros con tenazas pequeñas y golpearlos en el yunque ¡Qué fantástica sensación de poder dar el golpe, adelgazar y moldear! Poco a poco fuimos haciéndonos más diestros hasta que un día pudimos hacer unas hojas de cuchillo. Hicimos el trabajo completo hasta templarlos en agua fría. Llegaban a chirriar cuando metimos el fierro rojo desde el fuego hasta el barril con agua. Después, el maestro las agujereó y les hizo unas cachas de madera. En la piedra de amolar afilamos nuestros cuchillos y quedaron bastante buenos, lo suficiente para cortar ramitas en el monte.
Mi mamá vio el gusto que nos daba cortar y para la Pascua nos regaló unas pequeñas hachas con filo y en nuestros pantalones cosió unas presillas donde las metíamos para salir de excursión al monte. ¡Cuántas cosas se pueden hacer con un hacha de verdad! Despejábamos un trozo de terreno y con palos lo cercábamos, dentro hacíamos ranchos y potreros. A los frutos de la marimoña (rosa silvestre), les poníamos palitos y decíamos que eran animales: si las patas eran más largas, decíamos que eran vacas y si eran cortas, eran ovejas. Pasábamos horas jugando a ser hacendados. No recuerdo habernos herido ni con las hachas ni con los cuchillos. ¡Tanta era la confianza que tenía mi mamá en nosotros que nos dejaba hacer lo que quisiéramos!
Nuestro mundo particular eran los castaños y el monte. Pasábamos rondando por allí todo el tiempo mientras la mamá dormía su siesta. Luego nos íbamos con ella al río y a pasear a pié o a caballo.
El camino al monte iba paralelo a la acequia que llevaba el agua a los castaños. Nunca nos alejamos mucho, lo más lejos que llegábamos era al “barril” — nunca supe porqué llamaban así al acueducto que pasaba el agua de la casa por arriba del estero de la Ramona—. Era una construcción de madera en forma de canal. La base tenía las tablas sobresaliendo unos diez centímetros y sobre el canal, también de diez centímetros unas tablas atravesadas separadas a unos cincuenta centímetros. Abajo, a unos tres o cuatro metros, pasaba el estero en verano, no muy caudaloso, pero con muchas piedras.
No se podía bajar al estero desde ese sitio. Nosotros buscamos por el monte una bajada, pero no la encontramos pues por un lado había una bajada bastante grande y por el otro un moral.
Siempre llegábamos a ese punto y nos quedábamos con las ganas de bajar al estero ¡Caprichos de niños aventureros! Una tarde se nos ocurrió meternos al “barril” y vimos que no corría mucha agua. El fondo estaba resbaloso, pero afirmándonos en las tablas atravesadas, empezamos a avanzar: sube y baja, sube y baja. Íbamos en fila, de mayor a menor,

Mariano al final, encaramándose como podía, haciéndose igual a los grandes, sin dejar de ser el más chico. Poquito a poco fuimos avanzando hasta llegar al otro lado ¡Nos sentíamos triunfadores! Ese fue el principio de nuestras aventuras en el “barril”. Al año siguiente tratamos de pasar por arriba, paso a paso por las tablas atravesadas, justo un paso de niño. Más de una vez nos caímos al agua, pero dentro del “barril” ¡Total era verano y mojarse no era un problema para nosotros! Las palabras mágicas eran: ¡Equilibrio! ¡Poder! ¡Hombría! Todos poníamos empeño en pasar la prueba. Peor lo pasaban los más chicos, pero... ¡Ellos lo querían! Mi audacia: se me ocurrió caminar ¡¡Por fuera del “barril”, a un lado el canal y al otro, el estero lleno de piedras!! Di un paso y otro y otro. Mirar abajo, el estero daba vértigo y... ¡¡Era rico!! Así un día un par de pasos; otro día, un paso más, hasta que un día llegué al otro lado ¡Qué triunfo! El paso por el “barril” se constituyó en un desafío para todos, todos querían pasarlo como yo y de a poco se fueron atreviendo. Esta aventura ha sido una de las que, de grande, la he mirado como de mayor peligro, de peligro de caer al estero y pegarnos en las piedras. Pudo haber sido causa de lesiones grandes, hasta de muerte.

Un poco más adentro, y por el estero, había un trozo de monte que había sido talado antiguamente. Ya no había árboles ni capa vegetal sólo quedaba una capa de tosca amarilla suave y tentadora. No tenía gran declive, pero era larga y sin obstáculos. Descubrimos que si nos tirábamos sentados podíamos controlar la velocidad con los pies, pero si nos equivocábamos, rodábamos hasta el fondo y nos podíamos pegar en las piedras del estero.

Todo empezó bien, muy ordenado, los pies nos servían de freno y lo pasábamos ¡Salvaje!, pero cuando dominamos la técnica y mi mamá nos dio unos sacos para que no nos ensuciáramos mucho, la bajada se convirtió en una competencia. Nos tirábamos los cuatro a ver quién ganaba ¡¡De punta!! Rodar no valía y era peligroso, nos deslizábamos a buena velocidad y lo pasábamos muy bien. Nunca supo ni vio mi mamá nuestro resbaladero.

Un poco antes de llegar al “barril” había una pequeña explanada donde habían dos o tres boldos achaparrados que nos vinieron de primera para hacer una casucha en alto —no mucho, como a un metro del suelo—. Allí guardábamos nuestros tesoros y en el suelo hacíamos los poblados y potreros.

Los grandes no conocían estas entretenciones nuestras y no sé si las hubieran aprobado, porque algo de peligro tenía, pero sin peligro ¿Qué gracia tiene?

Una tarde estábamos con el maestro Rafael afilando los cuchillos y las

hachas. En el corredor de la bodega había una mesa grande y sobre ella un eje de carreta. Suavecito empezamos con Pablo a hacerlo rodar, un empujoncito y rodaba por la mesa, el que estaba al frente lo detenía con las manos. El eje era de acero grueso y pesado. Así seguimos muy entretenidos: empuja y frena, empuja y frena, hasta que... le falló el cálculo a Pablo y se le rodó el eje y le cayó de punta en el pié, justo en el trozo de carne que hay después del dedo meñique. ¡¡Dolió!! ¡¡Vaya si dolió!! ¡¡Lloró y gritó hasta que vino la mamá a investigar!! Yo me asusté porque sangraba y a lo mejor la culpa era mía por ser la mayor; ¡¡Menos mal que los chicos no se metieron en el asunto!!

¡Pobre Pablo, se lastimó mucho el pié, pero al parecer no tenía compromiso del hueso! Con Agua de Alibour y gasas limpias lo curamos. Mi mamá sacó una teoría de su cabeza —nunca la he podido comprobar—. Ella decía: “Las heridas de los pies cuesta mucho que sanen en Chile, en cambio en Perú sanan muy pronto. Por otro lado las heridas de la cabeza sanan aquí y en Perú tardan mucho”.

¡¡La doctorcita tenía tarea!! Advierto, no castigo, tarea médica. El pié de Pablo tenía que estar un tiempo al sol y mientras ¡¡Yo tenía que mantener a las moscas, moscones y tábanos a raya!! Con una varilla de maqui le abanicaba el pié todo el tiempo y no podía hacer otra cosa, sólo espantar a los bichos. Debo decir con orgullo que ni uno se le paró en la herida y... SANÓ.

Seguramente sería al año siguiente que nos dieron el dato de un raudal muy bonito que estaba al final del Potrerillo, más allá de la vega. El camino era malo y estaba bastante emboscado, pero el resultado era todo lo lindo que podíamos imaginar. En ese raudal había de todo: desembocaba un estero por lo que había una playa de arena, también habían cuevas y enormes piedras que hacían el asunto más entretenido.

El fondo del río era muy disparejo, había unos hoyos profundos y peligrosos porque no se sabía qué había dentro. Había torrenteras muy entretenidas donde nos tirábamos sentados y el agua nos llevaba al raudal propiamente dicho que era tranquilo y de poca profundidad, al menos donde nos bañábamos nosotros.

Dicho así no se nota lo que nos gustaba tanto “aventuriar”: meternos en las cuevas a descubrir lo que fuera. Nuestro sueño era encontrar animalitos chicos, ya fueran zorros o pudúes, para criarlos como nuestros, ¡No sabíamos lo difícil que son de domesticar, por no decir imposible. Son tan salvajes que en cautiverio se mueren de pena y de soledad! Tampoco sabíamos que en esas cuevas vivían chingues —que son zorrinos del país—; muy bonitos, negros y tienen una franja blanca desde la cabeza a la cola. Cuando se ven amenazados levantan la cola y lanzan un chorro de

un líquido muy hediondo que cuesta mucho eliminarlo. Casi es mejor botar la ropa que han mojado. Nada de esto sabíamos y con esa imaginación de niños teníamos un mundo a nuestros pies para descubrir animales y tesoros.
Bordeando el raudal, había un risco enorme que daba al potrero que estaba al norte del Falar. En todo el borde había unos robles viejos donde anidaban cuervos (patos-yecos) que, con sus deyecciones los habían secado, por eso el raudal se llamaba “La Corvera”.
Cada vez que íbamos a La Corvera volvíamos cargados de palos, piedras, pedazos de vidrio pulido y huevos quebrados de pajaritos. Animales, no recuerdo haber encontrado nunca.
Lo único que teníamos prohibido era meternos en los hoyos, nunca lo hicimos porque nos daba miedo, después de los cuentos de mi mamá en que nos decía que un niño se ahogaba porque en el hoyo había un remolino que lo llevaba lejos al otro lado del mundo y que no encontraban ni los huesos del ahogado ¡¡Cómo nos íbamos a meter!!
A esto se sumó el rumor popular que, en este raudal, vivía el “Cuero del Agua”, leyenda de antiguo que cuenta que: “Una vez, un vecino se encaprichó con un cuero de novillo que tenía otro y se lo robó, para esconderlo lo metió en el río y cuan no sería su espanto, cuando vio que el cuero revivía y se adueñaba del raudal, cada tanto tiempo “El Cuero” tiene que comer y atrapa a los que van a beber o a bañarse o a los niños que intrusean por los hoyos, que era donde vivía.”
Al “Cuero” le teníamos mucho miedo y por eso nos bañábamos en los bajos y cerca de los grandes. No era prudencia ni cobardía, era simple miedo. Nadie quería ser la comida del “Cuero” y reconocíamos el poder de éste, poder magnificado por la niñera que le convenía que a algo, siquiera, le tuviéramos miedo. Es curioso como esas cosas y esos miedos se quedan en el tiempo. Cada vez que me meto en un raudal del río miro bien a ver si el “Cuero” no anda por allí.
Como el paseo a La Corvera era largo empezamos a llevar el almuerzo, así pasábamos el día entero allá. A veces nos íbamos a caballo y otras a pié, pero siempre Cucho nos llevaba las provisiones y para el día de mi Santo hacíamos un asado al palo y cazuela y para más tarde... una torta. ¡Qué fiestas más felices! Los primeros años las celebrábamos solos, pero después convidábamos a los primos de San Roque y de la Pitrilla. Un par de corderos o cabritos caían para la fiesta y... apenas quedaban los huesos.
1943 ENERO A MARZO
Ese año encontramos novedades en El Durazno. Así, en los castaños, al inicio de la acequia, mi papá había mandado a hacer una caseta de roble

con una tina de madera para baño. Era tan grande que nos parecía una piscina. Mi papá, que siempre creía en la medicina natural, la mandó a hacer para bañarse después de los largos viajes que hacía a caballo. El agua que venía por la sombra era muy helada tanto que a nosotros no nos gustaba meternos, pero al papá sí, le encantaba y se bañaba invierno y verano. Decía que era muy saludable, por eso él no se enfermaba nunca.
Además de esa caseta mandó construir un solarium en el medio de la huerta. Era un artefacto de lo más raro. Un cuadrado de tablas con los lados cubiertos hasta unos 80 centímetros, elevado a unos dos metros de altura y una escala que se quitaba cuando uno estaba arriba. Allí el papá se daba “baños de sol”, también muy saludables. Estos dos sitios eran privados y sólo él los disfrutaba. Mucho me costó entender que se necesitara tanta privacidad cuando en el campo no había nada que nos impidiera tomar sol y bañarnos en el río. Hoy pienso que sería por la educación tan restrictiva que recibió.
Otra novedad tuvimos ese año: en el corredor de la bodega cercano al parrón y al camino, habían construido una casa de dos piezas grandes y cocina. Allí se fue a vivir Arturo Muñoz con el cargo de llavero de la bodega. Era muy buena persona con nosotros y soportaba todas las travesuras que hacíamos y nos guardaba silencio.
Arturo estaba casado con la Tila y tenían una niña preciosa, realmente linda, blanca, de ojos celestes — igual a los del padre— de pelo oscuro y rizado. Parecía una muñeca y con ella yo jugaba como si lo fuera. Año tras año llegaba una niña nueva, no sé hasta completar cuantas.
La Tila tocaba la guitarra y cantaba en todas las fiestas de los alrededores. Tenía la voz forzada, entonada y sabía mil canciones. Para cada ocasión tenía un repertorio ya fuera para novios, para angelitos, cuecas y tonadas. Afinaba su guitarra de varias maneras: “por prima”, “por segunda” “por tercia”, el caso es que la guitarra cantaba con voz propia.
Yo me enamoré de su canto, ella le puso empeño para que aprendiera, no lo puedo negar. Ella hizo todo lo que pudo y yo también, pero el resultado fue bastante desastroso. Si bien fui capaz de empezar a tocar... me fue imposible cantar, ni como ella ni de ninguna manera ¡Ni siquiera en el coro del colegio! Y ¡¡Cuánto me gustaba cantar!!
En ese verano se casó una hija de la Ramona y se hizo la fiesta en su casa. Tuve la oportunidad única de ver llegar a los novios que se habían casado en San Fabián de Alico y desde allí los acompañaba una comitiva de familiares y amigos montados y vistiendo sus mejores aperos: mantas cortas de colores, fajas de un color o listadas, chaquetas cortas, pantalones ajustados, zapatos de taco calzados de brillantes espuelas de grandes rodajas que sonaban como campanillas cuando caminaban. Las

mujeres con vestidos de percala de muchos colores, cuellos con vuelos y encajes.
En la cerca de la entrada los esperaba la Tila con su guitarra, en cuanto aparecieron la hizo cantar con un alegre toque, se entonó y empezó:
Viva el sol viva la luna Viva la brillante estrella Viva la brillante estrella
Ya llegaron los novios Y llegaron bien casados Y llegaron bien casados
Con la bendición del cura
Y mi Dios los ha juntado
Y mi Dios los ha juntado
Viva Dios viva la Virgen
Viva el brillante lucero Viva el brillante lucero Vivan novios y padrinos
Viva toda la compaña
Viva toda la compaña.
Todos desmontaron y el novio bajó a la novia que venía al anca de su caballo y entraron al patio donde se desarrolló la fiesta. Vino, empanadas y cuecas ¡¡Montón de cuecas!! Todos bailaban, grandes y chicos, adultos con niños. Fue mi primera fiesta en el fundo y donde bailé el primer pie de cueca. Ligerito mi mamá me mandó a buscar y me perdí todo el resto...que fue toda la noche...de eso nada más supe.
No fue la única fiesta de ese verano. En esa misma casa, un mes más tarde, nacería una guagua hija de la Ramona, pero no vivió: murió a los pocos días. En esa zona a las guaguas muertas las llaman “Angelitos” y no se lloran porque se van derechos al cielo, las ponen casi sentadas en un altar rodeadas de géneros blancos y flores, se les canta todo el día y toda la noche, cantos especiales de Angelitos:
Ayúdeme, “Cirenero”
Ayude a cargar la cruz
Que no le tocó a Jesús La carga con más anhelo
Que bonito el angelito Que pa” los cielos se va Que llorosa está la madre Que solita quedará
El toque de la guitarra es lamentoso y el canto acompaña a la madre que pide a su angelito le guarde un sitio en el cielo.
Doce años tenía yo el año 1943 y ese año había
cursado primer año de Humanidades en el Colegio Sagrado Corazón. Fue mi primera experiencia en un colegio de monjas y llegué al fundo con ansias de acercarme a Dios. Lo buscaba en todas partes: en el agua del río; en las plantas y flores, en el sol. En todos sitios encontraba las maravillas de la Creación. Cuando mi mamá dormía su siesta, y no teníamos panorama de excursiones con mis hermanos, me iba al solarium y desnuda recibía el sol, sentía que la fuerza del calor se metía en mi cuerpo y me sentía bien. No creo que duraran mucho estas sesiones

porque el sol de verano es muy fuerte y estoy segura de no haberme quemado más de la cuenta porque mi mamá lo habría notado.
Como todos los años llegaron ese año los misioneros Trinitarios y como ya estábamos un poco mayores, Pablo y Jorge aprendieron a ayudar en la Misa. Mi mamá les soplaba las respuestas en latín y tocaba la campanilla y yo me moría de envidia ¡¡Cómo me hubiera gustado estar en el lugar de ellos!! Pero no era posible, en esa época no había monaguillas, era algo exclusivo de hombres.
Nuevamente habíamos preparado un grupo de niños para que hicieran su Primera Comunión. Esta vez me tocó el trabajo a mí —seguramente porque mi mamá estaba preocupada de la recuperación de Mariano—. El Catecismo seguía siendo el mismo y la enseñanza igual, o sea, yo preguntaba y los niños respondían en coro y se suponía que el sacerdote les preguntaría en el mismo orden.
Yo decía: “Decidme hijos ¿Hay Dios?”
Y ellos respondían “Si, padre, Dios hay”
Seguían y seguían las preguntas y las respuestas, con el mismo tono y con un sonsonete mareador.
Cuando llegó el momento del examen, el padre o el hermano los llamó de a uno y como no estaban acostumbrados, cual no sería mi asombro cuando el primero de ellos al preguntarle “Decidme hijo ¿Hay Dios?” Contestó muy seguro “Mi paire lo sabe” ¡¡Claro sonaba igual!!
Yo me sentí arder, los cachetes se me pusieron como guindas, pero el examinador me consoló diciendo: “Esto pasa muy seguido y no hay manera de enseñarlo de otra manera”.
Seguía el examen y yo ya no sabía qué esperar hasta que, cuando llegó la pregunta: “¿Dónde se hizo hombre?” y un chiquillo respondió: “En las purísimas montañas de la Virgen María”.
A pesar de los disparates de las respuestas, el padre se dio el trabajo de hacerles unas clases y los puso al día y pudieron hacer su Primera Comunión. Ese día no me sentí muy orgullosa de mi grupo y me prometí que sería más cuidadosa el próximo año.
Mientras más crecía más importante me sentía en
mi papel de hermana mayor y no dejaba sentir en ningún momento que pudiera ser débil. Si se trataba de algún golpe o caída ¡Yo no lloraba! ¡Era de chicos! Por las noches pedía al Señor el don de la fortaleza, mal entendida, desde luego. Siempre a la cabeza de la tropilla, siempre inventando cosas. Mientras más peligrosas, mejores y si los hermanos no se atrevían, ¡Mucho mejor! Y mi papá que quería una hija señorita ¡Pobrecito! Yo era cualquier cosa menos eso.
Una manera encontró el papá para tenerme a su lado. Los días de pago a

los inquilinos me pidió ayuda y juntos nos sentábamos en el parrón a pagar. Él me enseñó a interpretar sus planillas de pago y yo manejaba el dinero. Me gustaba esa relación con las personas y ellas eran muy cariñosas conmigo, ““patroncita” me decían con respeto. También en esa época hubo falta de azúcar, yerba mate y géneros, pero el papá se consiguió en Santiago y lo repartimos equitativamente. El problema fue que los géneros los compró por piezas entonces no había mucha variedad. Al poco tiempo todos los niños andaban con camisas a cuadros iguales y las niñas con blusas de flores. No recuerdo que les importara mucho porque en San Carlos no se encontraba nada. Me encantaba medir y rajar los géneros, hacía un ruido especial y despedía olor a nuevo que daba gusto. También sacar los terrones de azúcar de los cajones, que estaban en la despensa oscura. Al estrellarse unos con otros los terrones despedían una luz azul, fantasmal y quedaba un gustito dulce en la boca. También lastimaba las manos en los nudillos.

Como todos los años llegó el momento de cosechar la miel. Este año había aumentado la cantidad de cajones y tendríamos una cosecha más abundante de miel y cera. No sé qué sería, si porque hacía más calor o porque yo estaba más intrusa, pero me picaron como nunca antes. Por estar hablando con el Simbo me entró una abeja en la boca y me picó en el labio inferior ¡Qué dolor! Simbo me sacó la lanceta y me dijo que chupara un pedazo de panal, el dolor se me pasó pero se me hinchó toda la boca. Como si fuera poco, otra abeja me picó en el dedo medio de una mano y a pesar que me puse miel el dolor no se me pasó. Simbo me advirtió que se me hincharía el brazo entero porque me había picado “el dedo del corazón” y que para eso no había remedio. Me dolía y me dolía, se me hinchó el dedo entero y por la noche tenía el brazo entero hinchado y congestionado, no me podía dormir del dolor y del calor, el brazo me ardía como si estuviera quemado. De pronto me vino una idea brillante: “Si levanto la mano me dolerá menos” y tomé mi lazo, lo pasé por una viga y me amarré la muñeca y lo levante, hice un nudo y... ¡Fantástico! Se me empezó a quitar el dolor y me dormí. Al amanecer desperté molesta, me miré la mano y... ¡Estaba azul y helada! Me dio un miedo terrible, empecé a bajar el lazo, la mano me dolía como si me clavaran alfileres, pero empezó a cambiar de color ¡Vaya susto que pasé! ¡¡Ya me veía sunca como Villalobos el pescador!!

No sé cómo llegó a nuestro poder un libro de cocina, tan viejo que estaba con las páginas amarillas y las primeras arrancadas. Sus autoras, “Las hermanas Rengifo”. Fue uno de los primeros libros de cocina criollos. Llegó en un baúl de libros que solía mandarnos l tío Hernán con los libros que él ya no leía y que para mi mamá, primero y luego para mí, eran

“manjar de dioses”. Libros, libros, libros de todas clases, unos buenos, otros no tanto. Unos en buen estado, otros viejitos. Novelas, cuentos, ensayos —Imposibles de entender—, manuales y revistas. Una de ellas era un librito para el campesino donde venía, por meses, todas las actividades de una huerta y luego un apartado con consejos prácticos, recetas de cocina y otras del tipo medicina popular y de yerbas silvestres medicinales.

De ese viejo libro de cocina empezó mi mamá a sacar recetas para innovar nuestros menús limitado a lo que produjera la huerta más uno que otro pollo y huevos y ¡Claro está, el corderito de fin de semana! A todo esto se agregaba la mercadería que llegaba desde San Carlos en el camión: arroz, fideos, azúcar. La mayoría de los guisos eran propios del campo como sopones, pantrucas, porotos y charqui.

Lo primero que ideó fue hacer ñoquis —porque tenía todos los ingredientes que decía el libro—. Se pasó toda la mañana en la cocina de leña, acalorada, ahumada, pero tenaz en sacar adelante su guiso. Al llevarlo a la mesa se veía de los más bonito, presentado en una fuente de barro, diría que casi elegante —no tenía queso porque no había—. ¡Ojalá se hubiera comido con los ojos porque el resultado fue desastroso! No sé lo que hizo o dejó de hacer, pero quedaron unas pelotas de masa duras como piedras, pero a los dientes y apetito de niños no le hicieron mella y mascando, mascando... lo terminamos todo. El experimento después lo repitió con éxito ¡Fue chasco de primeriza!

Otra vez se le ocurrió hacer panqueques. Demás está decir que ella, en ese tiempo, no era muy diestra en la cocina, seguramente nunca le tocó cocinar en su vida. Bien, el batido le resultó, al ponerlo en el sartén, se deslizó bien, ella estaba contenta, entusiasmada y nos comentó: “La Antuca los movía un poco y los daba vuelta en el aire “y empezó a mover el sartén y...nada. Lo movió más fuerte y se soltó, trató de darle impulso y nada “No entiendo, si la Antuca era chica y de un viaje los daba vueltas, habrá que hacer más fuerza”. Lo hizo y ¡¡Zas!! ¿Dónde estaba el panqueque? No se veía en ninguna parte. Miramos y miramos y no aparecía... hasta que se nos ocurrió mirar para arriba y ¡¡Allí estaba el perla haciéndonos burla, muy pegado al techo!! Nos dimos cuenta que para hacer panqueques había que tener mucha práctica. Acabamos todos peritos en darlos vueltas en el aire.

Supongo que muchos altos y bajos tendría mi mamá con el viejo libro, pero de allí salieron recetas para mermeladas, tortas, queques —por lo menos que yo recuerde—. Lo que sí tengo muy claro fue una receta de Chimbos falsos y cuya receta empezaba diciendo “Tómense 36 yemas de huevo” ¡Justo hasta aquí llegó la receta. ¡No pasaron por nuestras manos 36

huevos en todo el verano! Pero de todas maneras gracias a ese viejo libro nos fuimos metiendo en las aventuras y misterios de la cocina.
Un día la mamá descubrió que las moras estaban maduras y partimos a los Quillayes a recolectarlas en baldes. Toda la tarde estuvimos sacando y comiendo los frutos morados jugosos y dulces. Los dejamos macerar con azúcar en panes en la paila de la Tatá para hacer la mermelada al día siguiente. Al levantarnos por la mañana, no había nada, la paila estaba limpiecita. Al preguntar qué había pasado, la cocinera le contestó: “Y diay, patrona, la lavé porque las moras criaron busanos” Casi nos dio hipo... ¡Todo nuestro trabajo agua abajo! Pero la mamá era tenaz y otra vez fuimos a buscar más moras, esta vez se preocupó de decir que las moras no criaban “busanos”, que era azúcar y que haríamos dulce al otro día. La mermelada quedó rica, hervida sobre un brasero a la sombra de los castaños. Era una maravilla como hervía haciendo grandes burbujas que sonaban ¡blop, blop! Oliendo a gloria, nosotros a cada rato metíamos un palito y lo chupábamos. Era tanta la golosina que la mamá nos prometió el raspado de la paila si no le metíamos más palos. Nos dejó un generoso raspado y con cucharas nos comimos el resto del dulce caliente y perfumado.
Junto con nuestros caballos llegó una yegua rojo oscuro, alta y muy larga, se llamaba Chiripa, me parece que llegó en reemplazo del Damasco. Era tan larga que nosotros le decíamos “la metro ochenta”, nos subíamos los cuatro, por turnos. Al que le tocaba al final era seguro que se resbalaba y se caía, en medio de las risas de los otros. Por lo demás era fácil que la yegua diera un pasito de baile para desequilibrar al de turno o, al hacerla subir por la cuesta de la Bonita, ahí era seguro que se caían dos o tres ¡Era una fiesta la Chiripa!
En esa yegua iba Pablo una vez que salimos de paseo por la Borracha y quien sabe lo que pasó que la Chiripa se espantó y se lanzó a correr por el monte esquivando los árboles. Pablo se afirmaba con dientes y muelas y a dos manos aferrado a la montura llegó a la casa con todo el cuerpo y la cara llena de ramalazos, parecía un tigre. Menos mal que no le pasó nada serio ¡Un susto y... se supo afirmar! ¡¡Bien por él!!
Mientras Pablo y yo salíamos solos, Jorge se quedaba “intrusiando” en la bodega con Arturo, y Mariano al cuidado permanente de la mamá reponiéndose de una septicemia que lo dejó flaquito y débil. Para recomponerlo lo tentaban con una yema de huevo batida con harina tostada y azúcar, era algo rico para nosotros, pero él apenas se la comía, a veces nos comíamos lo que quedaba y otras veces la Ramona nos hacía este postre en su casa. ¡Para consentirnos!
Un paseo que nos encantaba hacer con Pablo era irnos con la Inés, hija de

la Ramona y de mi edad, por el estero arriba. Nos íbamos por entre las piedras y las ramas hasta más allá de “la toma”. Era lindo, lleno de flores silvestres, donde reinaban los chilcos —fucsia magallánica—, flores pequeñas de color rojo y morado que a la menor brisa bailaban. Los arrayanes de tronco naranja y flores blancas se mezclaban con grandes helechos formando un paisaje arrancado de un libro de cuentos. Amarrando los arbustos con los árboles había grandes copihuales que le daban sus flores como regalo del cielo y luego frutos amarillos dulces y perfumados. Estero arriba íbamos saltando de piedra en piedra, buscando en las pozas camarones y pancoras y mirando en los raudales unos insectos que caminaban sobre el agua, “mulas” las llamaban. El paseo solía ser largo y provechoso, volvíamos cansados y hambrientos a contar todo lo que habíamos visto.

Cuando llevaban el ganado a las veranadas, le encargábamos a Contreras que nos trajera cachañas nuevas. Generalmente en el primer descanso o cuando volvía después de dejar a los ovejeros instalados, nos traía un par de cachañas, a veces tan chicas que estaban empezando a emplumar, no sabían comer solas y nos enseñaron a darles la comida como lo hacen sus madres. Nos poníamos un poco de harina tostada en la boca y nos acercábamos el pajarito hasta que descubría que en nuestra boca había comida y la sacaban ¡Nos encantaba! Mi mamá decía que era una porquería y que los loros trasmitían enfermedades, pero no nos lo prohibía. Así iban creciendo y emplumando. Unas se criaban, otras no. El problema era cuando crecían y las queríamos llevar a Santiago, además de los canarios, diucas y otros pajaritos que la mamá hubiera criado. El clima de Santiago no les hacía muy bien y todos los años se nos morían, así fue como después optábamos por criarlas en el fundo y antes de irnos las soltábamos en el monte con una ceremonia de despedida. Era menos cruel que se nos murieran.

Una tarde trajeron al Simbo con un pie sangrando mucho. Con la mamá lo arreglamos en el corredor de la casa en un sillón cómodo y con el pie levantado. Lo tratamos de curar, pero la hemorragia no se cortaba. En un libro de primeros auxilios decía que lo primero que había que hacer era colocar un torniquete, se lo pusimos sobre la rodilla, diez minutos apretado y luego había que irlo soltando de a poquito. Mientras estaba apretado aprovechábamos de mirar la herida, era enorme, un tajo limpio como trazado por un cirujano. Así supimos que él estaba desmochando robles en un potrero que se estaba preparando para la siembra y el hacha que se usa para esos menesteres se le desestabilizó y se la incrustó en el pie entre los huesos y tendones con tanta fortuna que pasó limpiamente entre ellos sin dañarlos. Sólo debe haberse cercenado una arteria porque la

sangre, rojo vivo, le salía a golpes del corazón.
Nos asustamos mucho, pero no teníamos a quién recurrir. Mi mamá se tragó otra vez su temor y yo tuve la ocasión de demostrarme que la sangre cada vez me impresionaba menos. Fuimos alternando el torniquete con la compresión de la herida y el pie levantado. Todas las toallas y sábanas disponibles se hervían y se usaban, la sangre empapaba todo, el herido se ponía cada vez más pálido. La cocinera lo reanimaba con caldo de gallina enjundioso de sustancia y uno que otro vasito de vino tinto caliente para que dejara de tiritar.
Si el tratamiento fue adecuado o no, lo juzgó la historia. El Simbo sanó y después de más o menos unos quince días de estar con nosotros, se fue con su herida casi sana. Volvía a curarse cada tres días. Le quedó una linda cicatriz, ancha como un dedo, pero blanca y derechita, él la lucía orgulloso: “Miren cómo me dejó la patroncita”.
Cuando el calor aprieta con fuerza a mediados de Enero, madura el maqui en las quebradas Y es una fiesta en los campos porque la fruta de los huertos está todavía verde. Nos juntábamos en tropilla con los hijos y sobrinos de la Ramona y partíamos por todo el día a buscar ese preciado fruto que tenía usos múltiples y, supongo que también virtudes vitamínicas desconocidas en ese tiempo. Cada uno provisto de ropas viejas, baldes, un cocaví de pan, huevos duros, harina tostada, una jarra, cuchara y ¡Vamos al monte! Los macales eran conocidos por la gente, pero para nosotros era un descubrimiento. El maqui es un árbol mediano, de tronco liso y ramas flexibles donde se apelotonan los frutos chicos y negro-brillantes sujetos por un palito. Las hojas son verdes, ovaladas y bailonas. La cosecha es un acontecimiento pues los frutos se comen, se estrujan para hacer chicha —no fermentada— o se secan para el invierno. Para los niños es motivo de juerga porque el jugo, morado, es muy teñidor. Con él nos decorábamos la cara y el cuerpo, además de las huellas que dejaba al comerlos a puñados y, ¡Claro está! escupirnos los hollejos y las pepitas. También nos tomábamos en serio la recolecta y a la par con el resto aprendíamos a “ordeñar” las varas que estaban a nuestro alcance, con las dos manos íbamos desgranando el fruto sobre los baldes. Nosotros éramos unos aprendices al lado de los otros niños. Era una maravilla ver las manos morenas tocando suavemente las ramas sacando hasta el último grano con un movimiento armonioso como si estuvieran tocando el arpa.
Todo el día caminando y desgranando maqui, con un rato para almorzar a orillas de un estero ¡Qué bien nos sabían el pan y los huevos duros! La Ramona aprovechaba de estrujar maqui para que nos refrescáramos con una jarra de chicha recién hecha: jugo negro, dulzón y sabroso, espeso y

espumoso que, con un par de cucharadas de harina tostada quedábamos satisfechos.
Por la tarde llegábamos cansados, pero contentos, con la ropa toda teñida. Y nosotros, que no se sabía quién era quién, derechito a bañarnos en un lavatorio con agua caliente y jabón Gringo para que saliera todo lo que pudiera. Al día siguiente íbamos al río, y con un buen manojo de hierba del platero nos sacábamos hasta el último teñido, además de la tierra que se nos metía en los pies.
Para lavarnos el pelo, Cucho iba al monte y sacaba unas tiras de Quillay rojo, que se dejaban remojando “al sereno” y al otro día se calentaba al sol. Con esa agua nos lavábamos el pelo que nos quedaba limpio y brillante como el oro.
El Quillay da esa corteza maravillosa, pero no la renueva y por eso hay que saber sacarla, un poco de cada árbol para que no se seque. La gente del campo es cuidadosa con lo que tiene y no abusa. El problema surge cuando se quiere hacer negocio y se descortezan los árboles enteros que luego lucen secos y desnudos. Eso pasó en el potrero Los Quillayes. Cuando llegó mi tío Paco al Durazno se encontró con ese potrero lleno de árboles secos por la ambición del administrador anterior. Es por eso que ese potrero se llama así.
Antes que se fuera el ganado a las veranadas se seleccionaban las ovejas viejas que ya no servirían para preñarse y las dejaban en un potrerillo cerca de la casa para engordarlas. Las más grandes y gordas quedaban para la casa, para hacer charqui, el resto, se vendía en San Carlos. No me tocó estar en la matanza, seguramente ese día nos iríamos de paseo a La Corvera o a la trilla o a alguna parte a pasar el día para evitar que viéramos matar a diez o doce ovejas. Cuando llegábamos ya estaban “oreándose”, descueradas y desvisceradas, listas para empezar el trabajo al día siguiente. Todos los años era igual y luego en invierno nos serviría para hacer ricos guisos tanto en Santiago como en el fundo.
En cuanto empezaba a calentar el sol se empezaba a despiezar las ovejas y las partes con más carne se separaban de las costillas y del espinazo —que iban al rancho de la cosecha—. De las piernas se iban desenvolviendo largas y delgadas bandas de carne que luego se salaban con sal gruesa y se tendían en largos alambres al sol. Todas las noches se recogían y por las mañanas se repasaban para que mantuvieran la sal y se volvían a tender, así, hasta que quedando totalmente secas, se guardaban en cajones y duraban todo el año.
En cuanto el charqui estaba curado se podía comer. Nosotros poníamos pedazos a asar en las brasas y luego entre dos piedras lo machacábamos hasta que quedaba algodonoso ¡Era rico! Al papá le gustaba, además ¡”

Fritito”! como él decía.
Así se iban desgranando los días casi sin darnos cuenta. Un día llegaba Marzo y había que ponerse a estudiar en serio las materias del colegio. Nos sentábamos en el parrón todos los días a leer, escribir, repasar la historia y matemáticas, —por lo menos lo básico— para llegar al colegio, al menos, con el hábito de estudiar. El papá era de la opinión que no valía la pena entrar a clases antes de Semana Santa porque en ese período sólo se repasaba y eso lo podíamos hacer en el fundo. Supongo que la educación en ese tiempo era un poco más flexible y los colegios nos permitían el atraso. También pienso que para él era mejor que estuviéramos en el fundo mientras salía el trigo al pueblo.
No recuerdo ninguna vuelta feliz a Santiago, todas eran tristes. Dejábamos atrás nuestra vida silvestre, al aire libre, sin ataduras ni mayores obligaciones, éramos niños felices y desinhibidos que sabíamos jugar y entretenernos entre nosotros mismos, con una mamá dedicada a nosotros a quien veíamos de nuestra edad. Los días antes del viaje nos empezábamos a despedir de la gente, de los lugares, de los árboles, del río, de las piedras, de los potreros, de los caballos: ¡Hasta Diciembre! ¡Hasta pronto! ¡Qué dolor en el corazón!
En los primeros años, el viaje empezaba en un camión que nos llevaba, junto con el trigo, al pueblo. Viaje lleno de saltos y brincos por el mal camino, llegábamos llenos de tierra a bañarnos y a dormir a la casa de San Carlos para tomar el tren a primera hora de la mañana. Había dos trenes: El Expreso, que era un poco más rápido y mejor porque paraba sólo en algunas estaciones, en las más grandes. Y el Ordinario o “Borracho”o “Curado” —como le decía la gente porque paraba en cada una de las múltiples estaciones—. Si nos tocaba día de Expreso, era un buen día. De todas maneras volvíamos a ver los puentes, los ríos, las cumbres que habíamos visto a la ida e íbamos identificando los puntos que señalaba la mamá. De un cuento en otro y comiendo de nuestro cocaví nos íbamos acercando a la civilización, al colegio, a la ropa, a los zapatos, a la rutina... a las obligaciones. Año tras año era lo mismo: la tristeza de la despedida y la tremenda alegría de la llegada.
A veces pienso si mi vida en ese tiempo era pegar unas vacaciones con otras o haciendo un pliegue a la historia, como si Santiago nunca hubiera existido.
FUNDO 1948-1949
Seguía haciendo mi vida normal, pasaba mucho tiempo con Pilar. Una vez por semana desde muy temprano llegaba Fernando —algo se había roto entre nosotros, pero...eso no lo sabíamos—, a tranco largo llegaba en un castrado rojo oscuro y él, vestido de huaso: zapatos de caña alta, tacos y

espuelas de acero que tintineaban a cada paso que daba, pantalón gris con rayas finas, faja achamantada roja y negra, camisa blanca, chaqueta corta con botones de nácar y sombrero alón. Se veía muy bien, airoso se bajaba y aflojaba la cincha del caballo. De allí, derechos a desayunar mate con leche, bien dulce y pan amasado. Después pasábamos el día hablando y por las tardes íbamos al río a veces al “Piedrero”, otras a la “Corvera” que quedaba un poco lejos, pero, como íbamos con la mamá, se nos hacía corto el camino.
Un día jugábamos a tirar piedras en la parte alta de “El Piedrero” cuando, sin saber de dónde y estando yo debajo del agua, una piedra me dio en la cabeza y quedé un poco aturdida. Él prontamente, me sacó del agua, estaba lívido...la piedra era de él, nos costó un rato recuperarnos en una playa de arena que había al otro lado del rio.
No sé si sería este año u otro, una vez que íbamos a “La Corvera” en caravana a caballo y como faltaba uno, yo me comedí a ir al anca del brioso castrado, no tuvo tiempo de advertirme nada cuando salí despedida de un solo corcovo, caí sentada en el camino. Después supe que no todos los caballos están amansados para llevar carga en el anca. ¡Uff como quedó mi pobre cola! ¡Calladita, como siempre yo!
Para el día de mi santo, el año anterior, me trajo un regalo muy lindo: un cuchillo cazador de 30 centímetros de largo con cacha de asta de ciervo ¡El sueño de mi vida! Tenía una funda para ponerla en el cinturón ¡Ay, cómo me veía! Pantalón y faja tricolor hilada y tejida en el fundo y sobre ella un cinturón de cuero de chancho, a la izquierda, el famoso cuchillo. En las tardes calientes de verano aprendimos a tirarlo a un tronco de castaño seco. Al principio sólo apuntar al castaño, después con una media vuelta, más tarde con una vuelta entera ¡Tardes tranquilas y soñolientas! La mamá dormía su siesta y nosotros, aplastados por el calor jugábamos como niños con el cuchillo. Muchas cosas pasaron con el cuchillo. Una vez estaba haciendo una tablita con un trozo de avellano seco, cuando me rajé, me lo enterré con toda la fuerza que estaba haciendo, en el índice de la mano izquierda... ¡Cómo salía la sangre! ¡A chorros! Y como yo era muy bruta, la empecé a juntar en un tazón y, ¡Lo llené! Después me vendé y cicatrizó estupendamente, ni me dolió ¡Corte de cirujana! También en el último año de colegio lo llevaba a clases para “sacarle punta a los lápices” y para grabar monogramas en el pupitre ¡Jamás nadie me dijo nada!
Una tarde, de esas que parece que no hay nada que hacer, que da lata empezar a hacer algo, fuimos con los hermanos a la trajinar en la bodega. No es que al bodeguero le gustara mucho, pero éramos los patroncitos y nos dejó entrar. Poco había de nuevo, pero ¡Cuántas veces nos habíamos metido a curiosear! Hasta que en un rincón encontramos un par de

carabinas ¡Las requisamos! A la sombra de los castaños las empezamos a limpiar, pero poco nos cundía porque estaban muy sucias. En la próxima venida de Fernando se las mostramos y él, que lo sabía todo, dijo que había que limpiarlas con bencina y esa tarde nos dedicamos a refregarlas con la bencina que nos dio el maestro Rafael, el herrero. Empezaron a salir letras y fechas, resultó que eran unas carabinas Winchester del tiempo de la guerra del 1879. Buscando historia resultaron ser una parte de las que compró mi bisabuelo Juan Francisco Rivas para cuidar el fundo.
A su vez Fernando buscó en Zemita otras, pero no las encontró. Lo que sí halló fueron unos tiros para esas carabinas y llevó unas tres o cuatro al fundo nuestro. Teóricamente las carabinas estabas limpias, todo lo que pudimos hacer y, sin más, los irresponsables, las cargamos y disparamos el primer tiro al aire, hacia el potrerillo del potro. El estruendo fue ¡Magnífico! El eco lo sentimos clarito, los pájaros despertaron asustados de su siesta, los caballos se espantaron, las vacas lecheras corrían por el potrerillo y, nosotros, claro, también queríamos disparar. Yo tomé el segundo tiro y apuntando a un castaño, disparé. El culatazo, casi me sentó y el castaño quedó atravesado de lado a lado. Al oír los tiros apareció mi papá a investigar, cuando nos vio maniobrar las carabinas se sobresaltó y nos retó: Que ¡Cómo se nos ocurría hacer eso! ¡Que si no nos dábamos cuenta que se podía reventar y herirnos! ¡Uff raspacacho fuerte! No tuvimos más que entregar las armas y Fernando, con la cola entre las piernas, guardó los tiros que sobraron, fin de las carabinas y fin del cuento... Pero en la memoria está y espero que quede en mis oídos el eco de los tiros en el cajón del potrerillo.
Como dice el dicho: “Un clavo saca otro clavo”. A la semana siguiente llegó Fernando con un reluciente colt 22 en la cintura. Era muy apropiado para nosotros, nos quedaba bien en la mano, bien equilibrado. pero... además traía una caja de balas del 22 largo. Esta vez nos fuimos un poco más lejos, a unos manzanos que estaban bajando el camino al río. Allí hicimos puntería a todo lo que se nos pasó por delante, en especial a las manzanas. Por turno íbamos aportillando las manzanas verdes que eran de buen porte, así acabamos los tiros y quedamos con el gustito de mejorar la puntería. Días después mi papá comentó en la mesa que no sabía que le estaba pasando a las manzanas “del bajo” porque estaban todas apolilladas. Nosotros nos tuvimos que tragar la risa. No sé cómo Jorge se aguantó comentar lo de los tiros, pero se calló.
Pareciera que todas estas aventuras y regaloneos eran para hacer que yo me olvidara del fin de curso y con él, el fin de mis sueños, pero yo no olvidaba, ni lo olvidaría nunca, y es una lástima que no fuera más tenaz. A lo mejor hubiera logrado doblarle la mano a mi papá, eso no se sabe. A lo

mejor... a lo mejor... Pero de sueños destrozados no se vive, ni tampoco se muere... Yo seguí viviendo y tragándome las penas. A pesar de las distracciones seguía amargada y siempre conservaría la sensación de fracaso que me embargaba.
Bien la vida seguía y las visitas también. Después de tomar el mate de las onces montábamos a caballo los tres: Fernando, Pablo y yo y lo íbamos a encaminar hasta la casa de la Petra, la vuelta la hacíamos apuraditos para llegar a tiempo de cenar.
Ese verano visité una por una las casas de los inquilinos a pedido de mi papá, para saber las cosas que faltaban. Fue interesante y grato sentir el cariño de la gente, a muchos de ellos yo los había preparado para recibir la Primera Comunión, para el Bautizo de los pequeños, para el Matrimonio y para estar alerta de los enfermos, a los que cuando era necesario, se mandaban a San Carlos en el camión. Siempre me gustó el trato con la gente del fundo, eran hijos y nietos de trabajadores que lo fueron con mis abuelos, eso da una nota de confianza.
Pasó el verano y llegó el otoño muy rápidamente. Como yo no tenía obligaciones de estudios, ni las quería, nos quedamos más tiempo allá haciendo dulces y mermeladas. También ese año se mató el chancho, el de todos los años, pero este nos tocó estar allá para su faena. Tarea larga y entretenida. El despiece, los chicharrones en la olleta de fierro se derretían y chicharreaban. Nosotros ensartábamos trocitos de carne y con un palito los freíamos en la manteca que después se ponía en un tarro parafinero para llevarla a Santiago. ¡Ricos los chicharrones! ¡Rica la tortilla con chicharrones que hacía la Ramona!... Claro, todo esto antes que apareciera el Colesterol.
También ese año fue pródigo en miel y cera. Con el Simbo cosechamos muchos barriles lo que después me sirvió para comprarme cosas.
Un día se empezaron a juntar las nubes negras de tormenta y llegó mi papá muy apurado a sacarnos del fundo, habían anunciado grandes lluvias y había que partir, casi con lo puesto ¡¡Uff!! Cómo nos apuraban ¡Rápido Julita, rápido, que vienen las lluvias! Un par de cosas pusimos en una bolsa de viaje y ¡Arriba! Al camión.
Mi mamá, mi papá, Manuel el chofer y la Pilar se las arreglaron en el asiento de delante. El resto: las empleadas, los pionetas y yo nos arreglamos arriba de los sacos de trigo. Si mis hermanos habían vuelto después de dar los exámenes de Marzo o si se quedaron en Santiago, no lo recuerdo. ¡Vaya fiesta! El camión patinaba en las cuestas y en las curvas, se iba de un lado a otro, se caía en los hoyos llenos de agua y saltaban chorros. Empezó a llover con fuerza y nosotros a empaparnos. Parece cuento, yo tenía 18 años y lo pasaba como si fuera niña chica,

gritando y mojándome. Todo fue bien hasta una cuesta que hay antes de las casas del Palo, donde el camión, se fue, se fue, se fue y se fue de costado ¡Todo el mundo abajo! A empujar ¡Puro cuento!, porque el camión cargado no había quien lo moviese. Tuvimos que recurrir al Palo para que nos prestaran bueyes y un techo para nosotros. Costó mucho enderezarlo, pero ¡Salimos adelante sin problemas, porque la carretera estaba ripiada y mejor!

SEGUNDO PRINCIPIO

EL PRINCIPIO

Esteras y esteritas, para contar peritas.

Esteras y esterones, para contar perones.

Estera una vez: un principe... un sueño... una estrella... una bruja... una doncella... una montaña... un lago... un cisne... un tigre...

Así empezaban las narraciones antiguas y así quiero yo empezar a narrar el principio del principio de nuestra vida y de nuestra familia particular.

Estera una vez un barco carguero, llamado “Aldecoa”, que llegó a Antofagasta con una muy especial carga: tres personajes diferentes unidos, para llegar a un nuevo mundo. Venían de España y llegaban a este Chile desconocido por dos de ellos. Bien, empiezo por la mujer: ella era Luz Rivas Salas, prima hermana mía por ambos lados que fue a Madrid a estudiar Filosofía. Nunca he sabido para qué se estudia esa carrera, o mejor dicho para qué sirve estudiar esa carrera, tampoco Lute, como le decíamos, era muy proclive a sincerarse con nosotros; además ella llegaba en otra situación. Se había casado. Él, Mieteck, un polaco al que después de la segunda guerra mundial lo rescataron los ingleses, cuando estuvo en edad de ir a la Universidad pudo optar por irse a Madrid a terminar su carrera de médico. En la Universidad conoció a Emilio, un canario tímido e introspectivo bastante solo y al que le atraía la vida familiar de Lute y Mieteck. La amistad fue prosperando y también la molestia de vivir bajo la bota de Franco. Una vez terminados los trámites del servicio militar (dos años), exámenes finales y de grado, se vieron con sus tres flamantes títulos, sin trabajo y sin dinero. La solución fue rápida: “Nos volvemos a Chile, ¿Vamos, Emilio?”. La respuesta fue un “SI” de corazón y empezaron a preparar sus cosas, papeles y pasaportes.

El barco era un carguero que venía de vacío y que los podía traer por poca plata. No creo que Mieteck ni Emilio lo pensaran mucho, les bastó la posibilidad de ir al Nuevo Mundo para estar seguros de que en tierra de indios... ellos serían reyes.

El único que tenía parientes a los que la decisión los afectara, era Emilio. A sus padres no les gustó nada que su hijo mayor se fuera tan lejos y a un destino desconocido. El padre fue a la Península para tratar de

convencerlo que se quedara en Las Palmas y le ofreció ponerle un Laboratorio bien montado para que desarrollara todo lo que había aprendido. Todo fue inútil, el sueño de salir de la opresión pesó más y... con tres mudas de ropa, un baúl de lata de múltiples colores —como el que sale en la película “Marabunta”—, lleno de libros y cien dólares que le dio su padre, zarpó.
Al pasar por Tenerife la madre lo fue a despedir ¡Dolorosa despedida y separación del hijo mayor! Debe haber estado desgarrada... no sabía a dónde iba ni a qué, sólo le quedaba la confianza en Dios.
Treinta días de navegación en un camarote estrecho al lado de la cadena del ancla, con el barco vacío, moviéndose sin parar. Atravesaron el Atlántico y el Canal de Panamá para, después de muchos días, llegar a Antofagasta donde los esperaban mi tío Paco y Paquito su hijo. Supongo que la presencia de Paquito sería para descomprimir la reunión, porque con él no se pasaban penas, era de una simpatía contagiosa. Hizo buena amistad con Emilio al que le puso como sobrenombre “prófugo náufrago”, porque así se veía con el pelo cortito, de un dedo de largo. Paquito le preguntaba si se lo había cortado así para que las mujeres no se lo comieran...y lo chacoteó todo el tiempo.
Así llegaron a Santiago.
Está claro que en casa de los tíos no cabían todos entonces la tía Matilde descubrió una pensión cerca donde alojó a Emilio.
Hasta aquí, todo bien. Era un 27 de Agosto de 1954 y el 30 de Agosto era el día de la abuelita Rosa — abuela común de Lute y mía—. Ese día había que presentarse en algún momento a saludarla a ella y a la tía Rosa, hermana soltera de mi papá. El papá perdonaba muchas cosas menos que nos saltáramos ese día, así es que con la mamá fuimos temprano a saludar y a tomar el té con ellas. Por lo visto Lute, Mieteck y Emilio decidieron lo mismo y también mi tío Paco con la tía Matilde. Ese día nos encontramos y nos conocimos. A mí me llamó la atención ese amigo de Lute, mudo, que me miraba asombrado con sus ojos miopes. Me cayó bien porque era buen mozo, limpio y bien proporcionado. También le hizo gracia a mi mamá y desde el primer momento le llamó “canarito”. No fue así a mi papá, por lo callado y no tener claro el futuro.
Emilio dice que le llamó la atención que yo discutiera de igual a igual con mi tío Paco, lo que no tenía nada de raro porque él me instaba a cambiar opiniones con él desde chica... y también le gusté... O sea, flechazo.
Mi mamá invitó al trío a almorzar un día. Ella se esmeró en tener algo rico que completó con un postre amoldado muy vistoso y, como gran oportunidad, café de grano de buena calidad. Algo que era la primera vez que se hacía en casa. En ese almuerzo empezaron las divergencias entre

el matrimonio y Emilio. Mientras ellos no comieron postre, Emilio se repitió y lo encontró “estupendo”. Luego ellos no tomaron café y Emilio se tomó la cafetera, con lo que se terminó de ganar el corazón de mi mamá quién lo invitó a comer cuando quisiera. A él se le empezó a quitar la timidez y comenzó a llegar a casa.
De a poco iba llegando Emilio, a veces a la hora de almuerzo y otras por la tarde; a veces yo estaba, a veces no, y mi mamá lo “reporteaba”.
En esa época yo estaba en una Congregación Mariana adherida a los jesuitas y dedicada a ayudar a los pobres de la Población Nogales y específicamente dedicada a la construcción de un pequeño policlínico donde se pudiese ayudar a la gente que no tenía dónde recurrir. Pero primero había que edificarlo, y lógico que dinero no teníamos, por lo que habría que empezar a pedirlo. Para eso íbamos a las oficinas del centro y pedíamos un poco a cada persona. A lo mejor a la gente les hacía gracia nuestro pedido, pero nos ayudaban. Así, todas las semanas empezamos a comprar ladrillos y los muchachos los ponían con ayuda de los pobladores. Nos demoramos un año en construir un despacho y una sala de curaciones. Teníamos un médico que, a veces podía ir, y mientras yo, —que era la mayor del grupo y que tenía conocimientos de enfermería—, hacía lo que podía: alguna curación, poner inyecciones, mandar a alguna madre con su hijo a algún hospital... en fin, cositas que podían ayudar.
Mientras, Emilio se empezó a poner nervioso porque la dueña de la pensión por las noches, ¡Le tocaba en la puerta! toc-toc-toc ¿Estás ahí, Emilio? —le decía—, y él se desesperaba porque no sabía, pero suponía lo que la señora quería y ¡No! ¡No! ¡No! ¡Él no sería quién le diera en el gusto!... Todo esto se lo contaba a mi mamá que lo aconsejaba bien —a lo mejor muerta de risa, pero muy seria—.
Un día fuimos a ver lo que hacíamos en el policlínico y le gustó. A él, el dinero le quedaba muy justo, la pensión había que pagarla, tenía que comer, que movilizarse, la señora lo acosaba... Tuvimos la suerte de ver un letrero que decía “Se arriendan piezas a jóvenes universitarios”. Rápidamente nos bajamos de la micro en que íbamos y fuimos a ver las piezas. ¡Magníficas! Y eran más baratas que la de la pensión así es que tomamos la decisión y la tomamos. Al día siguiente se cambió de casa y ¡Se relajó!
Por mi parte en cuanto pude hablar con el médico oficial del policlínico le conté de Emilio, que era médico, español, sin trabajo y que le gustaba el trabajo que hacíamos... ya todo resultó bien. Emilio sería el médico sustituto y el otro sería el oficial y le daríamos una pequeña cantidad de dinero que le serviría para comer, movilizarse y pagar la pieza, para ningún gusto, pero podría vivir. Emilio aceptó muy feliz con el cargo,

aunque le sería difícil ejercerlo pues él era médico dedicado al Laboratorio. También así nos empezaríamos a ver seguido y nos iríamos conociendo.
No creo que pasara mucho tiempo, a lo mejor un par de meses, a lo mejor menos y, nos empezamos a sentir atraídos. Como no éramos unos niños, él tenía 30 años y yo 23, no necesitamos mucho más para enamorarnos, y ¡Nos enamoramos! Uffff ¡Y mucho!
Las relaciones de Emilio con mi familia eran muy relajadas. Mis hermanos le tomaban el pelo por su manera de ser, por su manera de hablar, por sus dichos. Todo era motivo de risas... y con razón. Yo también me reía porque era alegre y tenía sentido del humor. Todo bien con nosotros y la mamá... el problema era cuando estaba mi papá, porque Emilio, a lo mejor recordando al suyo, no podía entender que lo tomáramos tan poco en cuenta. El papá callado oía las risas, las tallas y todo lo que nosotros decíamos... nos quitábamos la palabra de la boca... nadie sabía quién hablaba con quién... no se respetaba la edad ni nada... todo fue así hasta que un día, Emilio no pudo más y parándose dijo: “Silencio”... todos nos asombramos y callamos esperando lo que iba a decir el “canarito” y siguió: “Don Jorge tiene algo que decir”. Nosotros nos quedamos esperando “¡El notición!” Qué tenía que decir el papá y él... dijo: “No, no tengo nada que decir” ¡¡¡Justo hasta aquí llegó el silencio!!! Soltamos todos la carcajada y... creo que Emilio nunca entendió que nos riéramos tanto.
¡Cosas que pasaban!
Otro día, comentando algo de muebles, de cosas antiguas, Emilio dijo que en su casa, en Las Palmas, había un baúl que había sido de la Reina Isabel. Mi mamá le preguntó que cómo se sabía que era de ella y Emilio poniendo las dos manos haciendo un cuenco y haciendo énfasis dijo: “por las granadas”. ¡Carcajada general! Por muchísimo tiempo quedó en casa el dicho de “las granadas de la Reina Isabel”. Me parece que todavía hay alguien que las recuerda y se sonríe recordando.
En otra oportunidad... algo estaba haciendo o diciendo mi hermana Pilar, que era niña chica, tenía 6 años y Emilio le dijo algo al oído, al momento ella salió corriendo donde mi mamá y le dijo: “¡Emilio me ha dicho una grosería, me ha dicho que me pondrá el “culo como tomate”! —por lo visto en España era corriente decirlo así—, pero aquí era una grosería de marca mayor. Tuvo mi mamá que explicar a ambos lo que habían dicho o querido decir.
Enamoramiento, amor y opción, tres cosas distintas, pero que llevan al amor maduro que hace feliz: Que da y no pide, que da y vuelve a dar, que perdona, que olvida y no guarda rencor... En fin lo más parecido al amor perfecto. Sentados en el hall de la casa empezamos a pololear. Un pololeo un poco especial porque Emilio hablaba muy poco, pero todos los días me

escribía “un billetito”, como él lo llamaba. En ellos me fue declarando su amor que, según decía, cada día era mayor. En uno de ellos me dice: “¿Sabes a qué corresponde el número 10 en el amor? Cuando se es capaz de dar la vida por la persona que se ama sin pedir nada a cambio”. “Me gusta el color de la pintura de tus labios, además no es brillante y ¡No se fija! ¡La piel de tus mejillas es muy suave! Y me gusta también”. “Algún día espero poder llegar a hablar muchísimo ¡Y seguido!” “Anoche no he soñado contigo, pero he tardado un cuarto de hora en levantarme. Soñaba despierto”.
Así de a poco fue abriendo su corazón y lo que vi, me gustó y, más que eso, me admiró. Nunca había conocido a una persona con el alma tan pura, tan abierta, tan transparente... Era tan inocente como un recién nacido y eso me enamoró. Yo estaba ciega, nada de lo que me pudieran decir me hacía mella, muchos argumentos en contra de mi amor, pero yo lo quería, para mí y para siempre.
No fue un enamoramiento rosa, fue un amor maduro porque la que me tenía atrapada era su alma y contra eso no pudieron mi abuela y mis tías. Ni la falta de un trabajo estable, ni otras cosas que yo percibí, pero no quise ver. El padre Cox, director de la Congregación Mariana me dijo que era un santo y que lo cuidara. Mi mamá dijo que era un inocente y que iba a ser difícil vivir con él. Pero, en contra de todos, yo lo elegí y lo quise. Fue mi opción y luché por él.
Teníamos una cultura diferente, y educados de distinta manera. En una oportunidad me dijo que él tenía 5.000 años de cultura... yo quedé aplastada y me preguntaba ¿Quién era yo al lado de ese bagaje cultural? Además de su cultura, me abrumaba con su linaje ¡Descendiente de Condes! Y ¡de la Vega Grande! (Cuando comentó este asunto en mi casa, mi mamá le dijo: ¿De las “grandes brevas?” y nos reímos), pero yo me quedé pensando: condes, marqueses, príncipes, reyes... ¡Eso en cuentos de hadas porque nunca en mi vida conocí a alguien que tuviera título! Miré mi origen y mis antepasados: Unos, conquistadores aventureros y otros, comerciantes. Pero de alcurnia nada, a este país no llegaron esos personajes. Años, muchos años viví con este complejo, hasta que vi la realidad y esa era una pompa de jabón, una cosa sin relevancia. ¿Tanto valor tenía para él el apellido, las “granadas”, los condes y la cultura? O, ¿Fue una cortina tras la cual escondía lo que nunca se supo?
Diferíamos hasta en cosas tan importantes como el concepto de Dios. Para él, Dios era terrible, condenador, inmisericorde, que tenía un infierno lleno de diablas, diablos, diablitos y diablillos que se dedicaban a hacer trampas a los seres humanos para inducirlos al “pecado”. El Dios del Antiguo Testamento. ¡¡ Tremendo y atemorizador!!Debe haber sido la

educación que recibió o a lo mejor así veían los españoles a Dios. Nosotros teníamos un concepto de Dios diferente: todopoderoso, perdonador, cariñoso, familiar, cercano; claro está que sabíamos del pecado, pero como una pifia, un defecto comprensible en seres humanos, que el Señor perdonaba y comprendía. Hice todo lo posible por convencerlo y mucho fue lo que hablamos de ese tema.
Sería a lo mejor Septiembre cuando me llamaron para ocupar un cargo de secretaria en una empresa pequeña —cargo que—, de todas maneras me quedaba grande. Yo no había trabajado nunca y malamente podía escribir a máquina, pero el jefe me tomó cariño y me enseñó lo básico... también él estaba empezando con algo nuevo. Llegó el momento de recibir ¡El sobre! ¡Qué alegría, era la primera platita que me ganaba! Partí con Pilita de compras e invertimos la mayor parte en embelecos para ella, para los hermanos y los padres. Creo que no dejé ni para movilización, total, tenía padres que me dieran el sencillo todos los días. Bien poco duró el contento porque un día amanecí con fiebre y dolor de cabeza... ¡Un brote de un síndrome meníngeo que hacía tiempo se me presentaba en forma intermitente! Vino el médico y pretendía hacerme una punción lumbar, a lo que yo me defendí con todas mis fuerzas, se fue furioso conmigo. Lentamente mejoré, pero a los pocos días volví a enfermarme esta vez fue un paratifus, a lo mejor no muy virulento, pero me sentía muy mal, con la fiebre alta deliraba y no quería comer nada. La mamá me tentaba con algunas cositas ricas como huevos revueltos en la pailita de plata, lo que me encantaba, pero ahora no me apetecía.
A Emilio lo invitó un primo mío a dar un paseo en moto, tal paseo fue una odisea: la moto era enorme y el paseo fue a Viña o sea “a la vuelta de la loma” —como dicen en el campo—. ¡El pobre lo pasó pésimo! Pero al pasar por Quillota me compró un par de kilos de chirimoyas. Cuando mejoré y maduraron, nos las comimos con mi mamá.
Salió en El Mercurio un aviso solicitando un médico laboratorista para Potrerillos. Nosotros no sabíamos donde quedaba ese sitio, pero fuimos a ver a mi tío Paco para que nos diera su consejo. Él nos dijo que quedaba muy lejos en el desierto y que era una mina de cobre, que seguramente pagarían bien y que Emilio presentara sus papeles. Eso fue lo que hizo. También había ido al Servicio Nacional de Salud y dejó presentada una solicitud. Mientras... a esperar.
Un día, atendiendo en el policlínico, tuvo una terrible contrariedad: llevaron a un niño grave, gravísimo, y antes de poder hacer nada, el niño falleció.
Emilio no estaba facultado para extender un Certificado de Defunción. Tampoco estaba facultado para ejercer la medicina en Chile, así es que tuvieron —con extremada rapidez— que llamar al médico oficial para

hacer los trámites oficiales y Emilio se quedó sin trabajo, por prudencia.
En cuanto yo me mejoré de la cadena de enfermedades que me dejaron bastante decaída, mis padres decidieron que nos fuéramos al fundo El Naranjo a pasar tranquilamente las vacaciones. Por lo visto nadie, ni tampoco nosotros, supimos que estábamos tan cerca del matrimonio.
Una tarde, y ya en el fundo, oímos ruido de auto ¿O sería camión? Y en lo que fuera llegó Emilio a despedirse... le habían dado un trabajo en Tenglo, una islita que está frente a Puerto Montt.
¡Qué alegría verlo! ¡Qué asombro para él conocer el fundo! Le pareció que quedaba en el confín del mundo y con cero civilización: sin agua potable, sin luz eléctrica, sin noticias, pero con un corazón enorme. Un río maravilloso, paisajes encantadores, una huerta que daba de todo... ¡Cuántas cosas hablamos en esos días! Si parecía que todo se nos ocurría: hacíamos planes para un futuro lejano, para cuando él se hubiera colocado dentro del Sistema. Mientras, yo seguiría trabajando y juntando platita para alhajar la futura casa. Nos queríamos, salíamos a pasear al río; nos encantaba bañarnos, hacer piqueros, asolearnos en las rocas del otro lado, nadar, dejarnos ir por la corriente y comernos una manzana verde del huerto enfriada en una poza de agua. Por la tarde íbamos a ver la puesta de sol a La Piedra o nos sentábamos debajo de los perales a pololear. Tiempo maravilloso, bucólico e inconsciente.
Muchas cosas le llamaron la atención a Emilio de la vida campestre y una de ellas era el agua: ¿Cómo tomábamos agua sin hervir? ¿Y las bacterias? La respuesta de nosotros era que el agua que tomábamos era de puquio, para nosotros estéril porque nacía de la tierra. No creo que le convenciera mucho el argumento, pero se la tomaba y nunca le pasó nada. Otro día me dijo: ¿Por qué la cocinera se lava las manos con cebolla? me fue difícil entender lo que me decía... hasta que la vi amortiguando la cebolla de la ensalada y restregándola con las manos en el chorro de la acequia... cosas que a nosotros no nos llamaba la atención, pero a él, que era ciudadano, sí.
Una tarde llegó uno de mis hermanos a caballo muy apurado, le dijo a Emilio que de Santiago lo estaban buscando para el cargo en Potrerillos. ¡Ya se nos había olvidado ese asunto! y era de máxima urgencia contestar lo antes posible. Creo que al día siguiente partió de alguna manera a San Carlos y de allí a Santiago. Le ofrecieron el cargo de médico de laboratorio en el Hospital de Potrerillos con sueldo en dólares, casa puesta, derecho a pulpería americana y algunas otras garantías muy convenientes, pero tenía que ser ¡Ya! Y con esa premura empaquetó sus cosas y partió, a lo desconocido, a la aventura.
Yo me quedé en el fundo penando, me había acostumbrado a su

presencia, a todas sus cosas y ¡Quién sabe cuando lo volvería a ver! Hacía mi vida normal, paseaba y recordaba... el río... los atardeceres... los perales... Esperaba alguna noticia, pero era realista, sería casi imposible que me pudiera llegar alguna carta al fundo. No contaba con mis hermanos que estaban en Santiago. En cuando llegó una carta me la mandaron, me llegó y fui feliz... hasta que la leí ¡pobrecito mi Emilio! lo estaba pasando muy mal, viviendo en un campamento minero lejos de todo y con una moral ¡¡Muy poco moral!! Pasaba de un escándalo a otro y lo más complicado es que me decía: “Esta vida no es para estar solo, debemos casarnos cuanto antes”. Pensé que daría lo mismo esperar mucho o poco, total no lo iba a ver ni a conocer mejor viviendo él tan lejos, así es que me decidí a que nos casáramos cuanto antes. Claro que habría trámites que hacer: Certificados de nacimiento, de Bautizo, permisos, partes... Él tendría que tener por lo menos un par de meses trabajando para que le dieran permiso para viajar a Santiago. Todo empezó a rodar: papeles van y papeles vienen, cartas a los padres de él, consejos de mi mamá, cartas perentorias de Emilio pidiendo, siempre pidiendo con premura, ya fuera algún libro o ya fuera alguna cosa para el Laboratorio. Yo en el fundo ¡Poquísimo podía hacer! Tampoco podía adelantar mi ida a Santiago.

En Santiago ¡¡Otro gallo cantó!! ¡¡La boda!! Mi idea era que sin la familia de Emilio —es que ni se me pasó por la mente que pudieran venir—, nuestra boda sólo nos interesaba a nosotros por lo tanto sería muy sencilla, en mi Parroquia y sin fiesta. ¡La que se armó! Que yo era la hija mayor de mis padres, la primera nieta Rivas que se casaba en Chile, que mi papá tenía miles de amigos, que todo el mundo esperaba algo grande de mi, que los partes, que el Diario Ilustrado, que la vida social... Uffff, saqué las uñas y vi negro. Embestí contra todo lo que se me pusiera por delante, reivindiqué que la que se casaba era yo y que todo se haría como yo quisiera. (Emilio estaba muy lejos y viviendo sus propias luchas, yo estaba segura de que me apoyaría, nunca lo dudé). Mi mamá me entendió. Mi papá no. En un punto mi padre no transó: tenía que ser “pedida” ¿Por quién?, le daba igual, pero tenía que serlo y se puso firme.

Empezó mi largo y caluroso caminar. ¿De dónde sacaba yo alguien que me “pidiera”? Mi mamá, como siempre, tuvo la idea ¡Brillante! Recurrir a la diplomacia. Allá partí a la Embajada de España. Claro que llegué fuera de horas y me citaron para el día siguiente. Ese día, el secretario me dijo que eso no era función de la Embajada sino del Consulado. Atravesé Santiago entero, pero llegué y, tampoco era cosa del Cónsul y me fletaron a hablar con el Encargado de Asuntos Culturales, señor Azuero. ¿Tendrá algo que ver la cultura con una simple “pedida de mano”? Pues sí. El encargado,

muy caballeroso, me dijo que feliz pediría mi encantadora mano para su compatriota sin familia y fijó día y hora. ¡Ya podía estar tranquilo mi papá!
¡¡Sería “pedida”!! Y ¡Por la vía diplomática! No todo terminó con el anuncio de la visita. Había que tener una foto de estudio mía para ¡Ponerla en el diario! Y él, mi papá, me llevó a un fotógrafo que se encargaba de esos menesteres, me sacó la foto y ¡Todo el mundo en paz!
El día del acontecimiento estábamos todos expectantes: que tengamos una botellita de whisky, que hagamos unos canapés, unos dulcecitos, toda la casa impecable, nosotros con ropa decente, mi papá de traje... Cuando llegó el Encargado todo fue fácil y sencillo, él se encargó de hacer de todo una nada, nos piropeó a las mujeres y se encantó con Pilar. ¿De que hablaron él y mi papá a solas? Nunca se supo, pero se selló con un buen vaso de whisky y nos comimos todo lo que había. Como ya era hora de cenar, el Encargado nos invitó al Bahía donde cenamos muy bien y, siguió corriendo el trago. ¡Salud por la prometida! ¡Salud por el novio! ¡Salud por los padres y padrinos! ¡Salud por los ausentes! Y salud y salud que todos acabamos mareados... Y en esas estábamos cuando entraron el Dr. Pardo y Carmen, su esposa, que al saber lo que celebrábamos se pusieron a brindar por nosotros y nos llevaron a su casa... a seguir la fiesta. ¿Cómo llegamos a casa? No lo recuerdo, pero al día siguiente en El Diario Ilustrado y en El Mercurio salió mi foto-estudio con la noticia en Vida Social que había sido pedida por la diplomacia para ser la esposa del distinguido médico español, etc... etc...
Mientras nosotros estábamos arreglando cosas referentes a la boda, Emilio lo estaba pasando mal.
Todos los días me escribía y me contaba sus avatares. Se escandalizaba con la vida del campamento y en una carta me dice:
“¿A la fiesta? yo no fui. Me quedé en el Hospital hasta las doce y media de la noche, creo. ¡Y cuanto me alegro de no haber ido! Ya te daré detalles, que por carta no se deben dar. ¡¡Lúbrica y bacanal reunión!!”.
Deseaba con todo su corazón que pronto, muy pronto estuviéramos allá juntos. Le habían ofrecido una casa y la estaban arreglando y pintando Le hacía mucha ilusión que fuera para nosotros, ya se veía de “dueño de casa” y a mí como “ama de casa”. Muchos cariños, muchas lindas palabras, muchos amores por escrito. Cada día estábamos más enamorados, cada día se nos hacía una eternidad.
Marzo estaba mediándose y los papeles de Emilio no llegaban. ¡Qué angustia! Él había pedido unos días en Semana Santa, la idea era casarnos el Domingo de Resurrección, por dos razones: por ser una fecha importante para nuestra fe y porque le darían un par de días, o sea de Miércoles Santo a Miércoles de Pascua, justo para casarnos por el Civil el

Jueves Santo y por la Iglesia el Domingo de Resurrección, irnos lunes y martes a Las Cruces y volar a Potrerillos el miércoles. Ajustadillo, ¿¿Verdad?? Pero si los papeles no llegaban todo se iba a retrasar y eso no lo queríamos por ningún motivo. Una tarde trajo el correo los certificados de nacimiento y de bautizo de Emilio y ¡Al fin pude empezar a mover al Civil y a la Parroquia!
Afortunadamente no tuvimos ningún tropiezo y se hicieron las amonestaciones con el debido tiempo.
Mi papá fue categórico: No quiero que se case con Emilio.
Yo: Yo me caso con quien yo quiero.
Mi papá: No cuente con mi permiso.
Yo: No lo necesito, soy mayor de edad.
Mi papá: No le daré dinero.
Yo: No lo necesito, dígale a Don René que venda mi novillo y yo me las arreglo con eso.
Mi papá: Yo no vendré a ese matrimonio.
Yo: Usted sabrá: yo invitaré a su familia y a la de mi mamá y a la Iglesia ¡Entraré SOLA!.
Mi papá: No tendrá recepción.
Yo: Ni la necesito.
Hermoso diálogo que cortó por mucho tiempo la maravillosa relación que teníamos desde siempre. Se enojó tanto que se fue al fundo y no supimos de él hasta la víspera de la boda.
Con mi mamá hicimos una lista de familia, sólo los tíos de ambas partes y los invitamos a la Iglesia, además a uno que otro amigo que no podían faltar los llamamos por teléfono. A la abuelita Rosa y a un par de tías Rivas las fuimos a ver en lo que se llamaba “visita de estilo”. Bastante aburrido el asunto, pero peor hubiera sido que nos hubiera tocado hacerlo con Emilio que fue categórico al decir que no contáramos con él para visitar a nadie.
Por lo visto el asunto económico de Emilio no estaba del todo resuelto. Le habían restado una importante suma de su sueldo y había que pagar varias cosas, entre ellas una deuda pendiente con mi tía Matilde que lo tenía afligidísimo. Por lo tanto, en sus cartas me pedía que no gastara más de lo debido. Quién sabe qué idea tenía de los gastos de una mujer. Y de una mujer que se casaba... gastos de iglesia, de coro, de flores... Todo le preocupaba, e insistía en que todo fuera muy austero. Yo no tenía ni idea de cuánto podía gastar, pero había cosillas indispensables; por lo tanto, hablamos con una amiga de mi mamá que nos proporcionó un coro bastante bueno y también el arreglo de la iglesia... sobrio, muy sobrio. Era tiempo de crisantemos por lo tanto todo el altar estaría con arreglos de esas flores, que me han gustado siempre y que despiden un olorcito

amargo muy de mi gusto. No hubo arreglo de “toda la iglesia” como temía el novio, ni tampoco “camino de flores” a lo largo de la entrada. La verdad es que no fue excesivo.
Llegó el dinero del novillo y sirvió para que yo renovara un poco mi ropa, enviar a arreglar el abrigo verde —que Emilio odiaba y que quería quemar— y me mandara a hacer un vestido de “boda”. Al no estar presentes la familia de Emilio, y siendo yo reacia a los trajes blancos, se me ocurrió mandarme a hacer un vestido de tarde, pero antes preferí preguntarle el parecer al novio. Le mandé una carta urgente consultándole. La respuesta fue casi inmediata. Un telegrama urgente que decía textualmente: “Celebraremos boda sin traje”... casi, casi me infarto... Llegó a la hora de almuerzo y no podía dejar de leerlo: “Celebraremos boda sin traje”. Para variar, ¡¡Carcajada general!! ¡Vaya boda, en pelotas! Y mis hermanos decían: “Tú, sin traje y él, ¿Con o sin traje? ¿Con o sin ropa interior? ¡Qué chacota más grande! Por lo menos sirvió para distender el ambiente que a ratos era espeso como una sopa.
¡ Y mi papá sin escribir, sin llamar! ¿De verdad no vendría? No me lo podía creer. Pero era lo que estaba pasando, yo me afirmaba en lo que había dicho. Yo me quería casar y ¡Entraría sola a la Iglesia! ¡¡Sería un escándalo mayúsculo en la sociedad y en la familia!! ¡Estaba dispuesta!
Mientras, seguían y seguían llegando las cartas de Emilio, cada vez más cariñosas, más exigentes, más imperiosas. Todos los días me escribía y cada dos me las mandaba. Yo me pegaba el “pique” al Hotel Carrera adonde llegaba el correo que viajaba en un avioncito particular llamado “Cinta”. Era increíble que una persona muda pudiera decir tantas cosas y tan bonitas por escrito. Cada carta era para mi algo muy especial y deseado, a pesar que en la mayoría de ellas había una larga o larguísima lista de encargos; ya fuera de Medios de Cultivo o Técnicas de Laboratorio o de consultas a distintos Departamentos de Sanidad o de otras partes. El tiempo nos estaba devorando vivos, yo ya no daba para más. Cada día que pasaba estaba más angustiada y más delgada, parecía palillo y tenía que seguir adelante porque no había nadie que hiciera lo que yo tenía que hacer.
Compramos un género muy bonito gris y palo de rosa. Era un gros de seda o grosgrain y tenía flores chicas; parecía un brocatto, pero fino. Las idas a la costurera, las pruebas, el tiempo que pasaba... y como si fuera poco ¡la muela del juicio me empezó a doler! No podía dejar de ir al dentista porque ya me había dicho que en Potrerillos había uno, pero muy malo. Tuve que hacerme de tiempo y paciencia e ir al nuestro, e hizo lo que tenía que hacer: sacarla ¡Vaya trabajo que se dio! Menos mal que era la última que me quedaba arriba y las de abajo no aparecían.

Entremedio de todos los afanes normales de una boda, había cosas difíciles de entender como los papeles. Los certificados de Emilio no llegaban, sin ellos no nos podíamos casar. En la Parroquia me inscribieron e hicieron las amonestaciones ¡Por mientras llegaba el Certificado de Bautizo! En el Registro Civil me dieron hora ¡Por mientras llegaba un Certificado de Nacimiento y otro de soltería! Emilio ya no reclamaba, ¡bufaba! Sus cartas clamaban porque, aunque fuera Mieteck, asegurase que él era soltero ¡Eso al Civil le importaba tres cuescos! Lo que querían eran PAPELES y, como si fuera poco, LEGALIZADOS. El pobre Don Emilio desesperaba, Emilio también y yo al medio de todo sin poder resolver nada. Como si fuera poco hubo un problema con la inscripción de Emilio en el Consulado, que había que renovar todos los meses y que él no lo podía hacer desde Potrerillos. En fin, entre todas esas cosas alguien se compadeció de nosotros y los asuntos del Consulado se resolvieron y le dieron una residencia mayor.
En una carta me llegó un hilo. Si, un hilo... casi, casi lo boto, menos mal que las ganas de leer la carta fueron mayores y en ella me decía que el hilo era su medida justa de cintura, que por favor le comprara tres slips. La medida fue justa y lo pude hacer. ¡Las cosas que hace una mujer enamorada!
¡¡ Y mi papá sin dar señales de vida!!
¡¡ Y Emilio preocupado de que no gastara ni un peso de más!!
¡¡ Y llegó el increíble día en que llegaron los papeles!!
¡¡ Y pude ir al Registro Civil a pedir día y hora para casarnos!!
¡¡Me la dieron el Jueves Santo por la mañana!!
¡¡ Y El Párroco me dio día y hora!!
¡¡Domiíngo de Resurrección por la tarde!!
¡¡ Y además la autorización para que nos casara el padre Cox!!
¿¿Qué más se podía pedir??
¡¡¡NADA, YA ESTABA TODO LISTO!!!
Las compras hechas, el vestido listo y los regalos empezando a llegar. Parecía mentira que todo se hubiera arreglado. Mi madre sería mi madrina, —ella sola porque mi papá no aparecia— los Pawlak, padrinos de Emilio. En el matrimonio Civil nuestros testigos serían mi tío Paco, Pablo mi hermano y Héctor Olea, un amigo de Emilio.
Y ... llegó el novio. Radiante y relajado. Llegó el miércoles por la mañana y ese mismo día se fue a comprar un traje gris oscuro y algunas cosillas que le faltaban. Los nervios me tenían alteradísima, quedaba todavía el ramo que yo debía llevar. Eso era asunto del novio ¿Quién lo aconsejó? Yo no lo sé pero el que me hizo llegar era muy lindo. Además, el jueves, cuando me vino a buscar me trajo un ramo precioso de dalias oscuras con

margaritas blancas y un poco de verde y de ilusión ¡Mi primer ramo de flores lo recibí el día que nos casamos por la ley!
Con Pablo partimos en un taxi a la calle Manuel Montt, allí nos encontramos con los otros testigos. ¡Qué tugurio! ¡Sucio, pobre y hediondo! Como si fuera poco, un enorme póster de Marilyn Monroe decoraba una pared. Allí, un oficial nos declaró marido y mujer ante la ley. ¡Qué ceremonia menos motivante! En fin, no teníamos otra parte donde ir. Esa era la oficina que nos correspondía y así fuimos ¡Un matrimonio legal!
Llegando a casa de mis padres nos esperaba un rico almuerzo y una tarde conversadísima, eso creo yo. A lo mejor yo me lo hablé todo y Emilio silenció el resto.
Seguramente fuimos a la Celebración del Jueves Santo a la Iglesia más cercana, es lo más lógico, pero no lo recuerdo. Lo que sí hicimos en esos días previos fue ir al Colegio del Sagrado Corazón a pedir que nos recibieran el día de nuestra boda para entregar el ramo a Mater Admirabilis y orar por nosotros. Nos atendió la Madre Serrano, la misma que me recibió en ese Colegio cuando niña. Tuvo un gusto enorme de vernos y de saber de la tía Pilar, hermana de Antonia. Nos dijo que después de la ceremonia, felices nos recibirían.
¡¡Pasaron el Jueves Santo y el Viernes Santo y mi padre no llegaba ni daba señales de vida!! ¡Qué penita la mía! Me veía atravesando toda la Iglesia sola. Me veía con la mirada fija en el altar. Me veía con las miradas de toda la familia clavadas en mí, y criticantes. Mal me veía, pero no tenía ninguna otra alternativa, porque no iba a claudicar. Si mi padre no llegaba, ¡NADIE lo iba a reemplazar!
Teníamos todo arreglado. Las maletas listas, los regalos empacados, los libros... ¡esos, todavía no! Se los dejamos de tarea a mi mamá, también las participaciones de la boda, y un montón de cosas que no alcanzamos a hacer. Ella se hizo cargo de todo a pesar de tener a sus niños chicos y mucho trabajo. Ella todo se lo podía.
El Sábado Santo por la tarde llegó mi papá tan campante. Como si no hubiera pasado nada, como si nos hubiéramos visto el día anterior. ¡Cosas de la vida! No se me ocurrió nada sino abrazarlo y besarlo. Todo pasó, todo se olvidó. Éramos otra vez padre e hija, otra vez unidos como siempre estuvimos. ¡Qué alegría, alivio, tranquilidad!
Llegó el Domingo de Resurrección. ¡Parecía mentira, pero llegó! Por la mañana llegó el tan ansiado ramo de novia. ¡Era precioso! Muy apropiado para el vestido y para mis manos. Al medio día fuimos a Misa todos juntos y luego almorzamos en casa de mis padres. Después de un descanso general, empezamos a prepararnos. La idea era que Emilio, mi mamá y los Pawlak nos esperaran en la iglesia; mi papá y yo llegaríamos en un auto y

a nuestra llegada ellos entrarían y nos esperarían en el altar. Por lo visto, no era lo acostumbrado. Lo que todo el mundo hacía era entrar en caravana, eso no nos gustó e impusimos nuestra idea. ¡Menos mal que los convencimos!

Mientras los padrinos se iban a la Iglesia, mi papá decidió que ¡La novia tenía que llegar por lo menos una media hora tarde! ¡Casi enloquecí! ¡Yo, que siempre fui tan puntual! ¡Llegar tarde! Mi papá no salía del baño; yo estaba lista, arreglada, pintada, peinada, vestida, con un sombrerito con velo (que alguien me prestó), con mi ramo en la mano, con las uñas largas y pintadas (no me las podía roer)... hasta que le dije: “Si no sale ahora mismo del baño y nos vamos, yo me voy sola”. Surtió efecto la amenaza porque de inmediato salió y partimos, con un poco de atraso, pero no demasiado.

Los dos, padre e hija, nerviosos, tanto que al bajarnos en la Anunciación me preguntó con qué pie entraba. ¡Casi le dije que con el izquierdo, pero me arrepentí y le dije que con el derecho! Así es que, a paso de marcha y a compás del coro entramos. Al pie del altar nos esperaban el novio (nervioso también), mi madrina (muy arregladita) y los Pawlak. El altar se veía precioso, lleno de ramos de crisantemos blancos, bien iluminado, elegantísimo —eso creí yo, que estaba encantada con todo—. No sé lo que pensarían más tarde la familia de Emilio al ver una novia de corto, de gris y con un altar lleno de crisantemos (¡Que en Las Palmas son signo de muerte!). También estaba el padre Cox envuelto en una capa pluvial muy elegante. Empezó la ceremonia y empezaron a desarrollarse los acontecimientos. La prédica, muy hermosa, se estaba alargando un poco más de lo que mi mamá podía resistir y en un momento en que el padre tomó aire para seguir, ella le dijo: “Ya está bueno padre” y le cortó la inspiración y el aliento. Rápidamente procedió a las preguntas de rigor sin problemas. Cuando pidió las argollas para bendecirlas, las madrinas se miraron las caras como diciendo: “las tienes tú” y no, no las tenían ellas. Los padrinos también se miraron y “nada” entonces fue cuando Emilio aterrizó que el padre estaba pidiendo las argollas y rojo como tomate se las sacó del bolsillo. Ya estábamos casados y con las argollas, ahora faltaban las arras. Nos habíamos preocupado de que fueran monedas de un peso del año 1931, las habíamos limpiado y estaban relucientes como la plata. El padre las pidió y las tenía mi mamá, metió la mano en su cartera y la vació en la bandeja ¡¡¡Tintineaban las monedas revueltas con las llaves de la casa!!! ¡Estas no! —decía mi mamá—, recogía sus llaves y hacía sonar las monedas... hasta que todo pasó y ¡Quedamos casados ante Dios y los hombres!

El primer paso que dimos de casados fue desacorde. Él se arrodilló y yo

me di vuelta. Yo creí que estaba a mi lado para iniciar la salida y no lo encontré. El coro inició su canto:
Ha venido Jesús Rey Canta tu Jesusalem Ve que viene hacia tiEs tu Rey tu Redentor
Y al fin nos pusimos de acuerdo para salir del brazo. ¡Estábamos unidos para siempre! En las buenas y en las malas, en la salud y enfermedad, ¡Hasta que la muerte nos separe! En ese momento ni la muerte nos podría separar.
Tal como lo habíamos proyectado, desde la iglesia nos fuimos al colegio Sagrado Corazón. Allí nos recibieron muy bien, fueron muy cariñosas las monjas que durante tres años me soportaron, ahora todo eran cariños y lindas palabras. En la capilla de Mater leímos la consagración a María de nuestro matrimonio y depositamos el ramo a los pies de la Virgen. Fue un acto íntimo y muy recogido, creo que lo sentí mucho más nuestro que lo pasado en la iglesia.
Después nos fuimos a casa de mis padres, según nosotros para tomar nuestra maleta e irnos a Las Cruces por un par de días, pero no fue eso lo que pasó. Mi tío Julio Salas al enterarse que no habría recepción y al ver que la familia se estaba reuniendo, tuvo el gesto de ir al Club de la Unión y volver cargado con una torta y otras cosas ricas, además de dos mozos que servían a los parientes. Fue un detalle suyo y un cariño que nunca olvidaré. Después de tomar algo y de partir la torta, nos arreglamos para irnos. Nos fuimos con una amiga mía y su marido. Después de un par de horas de camino llegamos a la casa de mis padres en Las Cruces. Nuestros amigos nos ayudaron a abrir la casa, hicimos un brindis y ¡Quedamos solos! Solos, frente al océano Pacífico que se azotaba contra las rocas de la caleta. Solos, él y yo, como lo estaríamos toda la vida. Bien difícil la situación, no creo que para nadie sea fácil compenetrarse como pareja y empezar una vida en conjunto. Así fue como iniciamos nuestra vida, nuestro caminar por el mundo. Cual una letra de tango arrabalero. Algo así como...:
Tango que hacés renacer Mil imágenes dormidas Recuerdo de nuestras vidas Palpitaciones de ayer ¿Un perfume de mujer? ¿El primer amor acaso? Y así pedazo a pedazo Va caminando mi ser.
Mal inicio, mal, muy mal. Pero era lo que había. Ya era de noche. Hacía mucho rato que estábamos sin comer y se suponía que yo haría algo. Lo que estaba fuera de control era que yo no sabía nada de nada, menos de cocinar, pero metí las manos y las patas tratando de hacer una tortilla. ¡Era tortilla porque tenía huevos revueltos! ¡¡Un desastre!! Y, fue el primero de muchísimos, pero estábamos recién casados... y ¿Quién se fija en esas menudencias?

Era abril, hacía frío y el mar seguía azotando las rocas. El viento movía los pinos la noche estaba resplandeciente, plateada, de luna llena, imposible dormir. ¡Había un hombre en mi pieza! ¡Qué raro me pareció dormir con una persona en la cama del lado! ¡Nunca lo había hecho! ¡¡Al fin dormir!! Y ¡¡despertar!!
Función del día después: desayuno, paseo a las playas, el mar, el frío, el viento, el amor, las playas blancas y suaves llenas de conchitas, de huiros, olor a sal, la Punta del Lacho, el reventar de las enormes olas, la brisa marina, energizante. El tiempo pasaba, el hambre nos empezaba a pinchar. ¡Comida! ¡Otra vez! ¿Por qué el hombre tiene que comer tres veces al día? ¿No es mucho el trabajo?... y ¡Vamos pensando en qué hacer! Lo más sencillo ¡Tallarines! ¿Es que a alguien le pueden quedar incomibles los tallarines? ¡Sí, a mí!... y ¡Vamos sumando desastres! Pero ¡Seguíamos recién casados y tampoco importó MUCHO!
Pasó el día y llegó otra vez la noche. El mar seguía donde mismo, el viento seguía meciendo los pinos, la luna nos seguía alumbrando y, a mí, inoportunamente me vino la regla, con ella dolores, molestias, fatigas y como pudimos seguimos viviendo todo el martes y nos volvimos a Santiago en micro. El zamarreo hizo que me sintiera peor, menos mal que habíamos previsto llegar a un hotel en pleno centro de Santiago. Allí llegamos y llamamos a la casa de mis padres —ya no era mi casa— y, fuimos a cenar con ellos ¡Qué alegría verlos! Y ellos también se alegraron, ¡Hacía dos días que no nos veíamos! Nos tenían una cena rica, ¡Qué diferencia!, y, frente a la chimenea, ¡Una botella de vino tinto chambreándose! Poco duró, porque Roberto, que tenía recién cumplidos los tres años, la pasó a llevar en medio de sus juegos y ¡La quebró en mil pedazos! Los cristales saltaron por todas partes, el vino se derramó y había en la casa un penetrante olor a cantina.
Después de todo, quedamos en vernos al otro día para que nos fueran a dejar a Cerrillos. Empezaba otra etapa de nuestra vida, vida de casados en un Campamento minero. Vida lejos de los míos y yo... ¡¡Tan profundamente ignorante!!
Al entrar, el aeropuerto me pareció enorme, con aviones muy grandes que eran los que viajaban a, y desde Argentina. Yo miraba y miraba. Me parecía estar dentro de uno de ellos. Nunca antes había volado. Llegó el momento de los adioses ¡Qué difícil es ese momento! Decir adiós sin saber adonde se va, ni por cuanto tiempo. Pero estaba enamorada y sabía que ese momento tenía que pasar y pasó. Cuando creí que iríamos en dirección a un avión grande, me equivoqué y empezamos a caminar por el aeropuerto hasta llegar a un avioncito que parecía de juguete. Subimos once personas y nos arreglaron en dos series de un asiento cada una y

uno al final y al medio.
POTRERILLOS
Todo lo que yo sabía de aviones era lo que me
habían contado y no era mucho... que se movía, que mareaba... que daba miedo... y poco más. Con esa pobre información me senté en un asientito en una ventanilla diminuta, al otro lado Emilio y en medio un pasillo tan estrecho que nos podíamos dar la mano y sobraba. Respiré hondo y... empezó a dar vueltas la hélice del primer motor y luego la del último, todo se estremeció como si estuviéramos en medio de un tornado... rrrrrr... rrrrr... rrrr. Lentamente empezó a rodar por la pista hasta ponerse al principio de ella, RRRR... RRRR... RRRR, aceleró y se empezó a elevar... tuve la sensación de vacío. No sólo el avión se elevaba sino mi familia quedaba atrás; Santiago de desnivelaba, la cordillera se descuadraba y yo... sentía que me ahogaba... ¡Claro, se me había olvidado respirar! Respiré hondo, muy hondo y... empecé a disfrutar del vuelo. Nada era como me habían dicho, una vez que el juguetito se enderezó empecé a mirar por la ventanilla, Santiago fue quedando atrás, el cerro San Cristóbal pasó y se fue, el río Mapocho se convirtió en un estero y así empezamos a meternos en los campos nortinos. El verde del centro fue disminuyendo y aumentando los amarillos. El avión iba tan bajo que se veían los animales en los potreros y las cabras saltando entre las piedras. De pronto nos encontramos frente aun cerro, me asusté, pero nuestro aparato puso “primera” y se elevó sobre él; después de superado el obstáculo volvimos a la marcha de carretera, y fuimos dejando atrás los obstáculos... Cada vez más adentrándonos en una extensión de terreno desconocida para mi, grande, pareja, amarilla, enorme, vacía. Ya no se veían potreros, ni verdes, ni animales, era una nada vestida de nada. Yo no salía de mi asombro ¿Qué me esperaba en esa nada de nada? Pasó el tiempo, no sabría decir si fueron tres o cuatro horas, pero fue mucho tiempo. El ruido interior no nos dejaba hablar, a ratos nos tomábamos de la mano y yo sentía una corriente de confianza, estaba segura de que donde Emilio me llevara iba a estar bien, a pesar de lo que viera en ese momento.
En el medio mismo de la nada el avión hizo una cabriola y bajó en piquero rumbo a una cancha que apenas se distinguía y alcanzó a frenar justo antes de un barranco profundo. ¡¡Sentí miedo!! Y me lo tuve que tragar... no podía, o mejor dicho no debía demostrarlo. Allí, en la cancha nos esperaba una camioneta donde cupimos todos los que viajábamos al mineral.
Tierra amarilla, piedras y sol. Luego otra vez tierra amarilla, piedras y sol. Así indefinidamente. Bajamos haciendo zigzag por el barranco y luego, sin solución de continuidad, lo empezamos a subir hasta llegar al campamento.

Antes de llegar había una valla donde preguntaban el nombre de cada uno de los pasajeros y controlaban que hubiese estado aprobada su entrada, en caso contrario ¡Hasta aquí duraba su viaje y lo dejaban en medio de la nada que retornara como pudiese! (Menos mal que en ese momento yo ignoraba tal cosa). Pasamos el control y contemplamos las chimeneas —que habíamos visto desde el avión y que se veían bastante chicas— ahora las veíamos enormes y despidiendo mucho humo que el viento arrastraba por la Pampa. Al poco andar vimos el Campamento donde viviríamos: por un lado estaba el Campamento chileno, y al otro lado el americano y dentro de éste, el Copper Club antiguo donde haríamos nuestras comidas hasta que nos entregaran nuestra casa terminada de arreglar y pintar. Mientras, nos dejaron en el Staff de solteros. Allí teníamos una habitación con dos camas, un baño pequeño y un hall común a otra pieza, parecía un hotel bastante frío. De todas maneras, en un vaso que había en el baño puse el ramo de flores que Emilio me había regalado para nuestro matrimonio y que se conservaban más o menos bien. Serían un recuerdo de lo que ya era mi pasado. ¡Pobres flores! hicieron lo posible por sobrevivir, pero una a una se fueron deshojando, las últimas fueron las margaritas que abrieron hasta el último botón dando un olor tan suave y agradable que nos alegraban los días, era el último retazo de verde en el desierto.

El desayuno en el Copper Club era muy temprano porque todos empezaban a trabajar a las 8 de la mañana y el desayuno era muy abundante, “desayuno americano” con huevos revueltos, jamón, tocino, jugo de fruta, café con leche, tostadas con mantequilla, mermelada, queso, fruta fresca... en fin todo lo que comen los americanos por las mañanas y ¡Claro está a lo que yo no estaba acostumbrada! Después de desayunar volvimos a la pieza donde Emilio se arregló para salir y antes de irse me dijo: “Esta es la última camisa que tengo limpia”. ¡¡Sorpresa!! y le pregunté: “¿Qué suponía ese comentario?”. La respuesta me dejó helada: “Que yo me tendría que preocupar de esas cosas” Y... se fue... y, me dejó frita... En esos pensamientos estaba cuando llegó el mozo a limpiar la casa y me preguntó que qué me pasaba. (Debo haber tenido cara de funeral). Yo le conté el asuntito de las camisas y él se rió y me dijo: “Las tendrá que lavar y planchar usted, es lo que le corresponde”. Me quedé muda ¿Cómo le iba a decir que jamás había lavado ni planchado nada? Me dio vergilenza y en cuanto se fue tomé una camisa y la metí en el lavatorio y empecé a lavarla con lo que tenía ¡Jabón de cara! Lógico que la mugre no le salía a pesar de refregar y refregar, de pasar y repasar una escobilla de uñas que había en el baño, de romperme las únicas uñas largas que había tenido en mi vida y ¡Pintadas para la boda! Creo que a media mañana volvió el mozo a

poner carbón en la estufa y me encontró en esos afanes. Le debe haber dado pena porque salió y volvió con un jabón de lavar y una escobilla a propósito y me enseñó a lavar camisas. Luego, con unas pinzas que me trajo la pude tender. Cuando volvió Emilio al medio día para ir a almorzar pudo ver que por lo menos lo había intentado. Ya por la tarde volvió a aparecer “mi salvador”, me traía una plancha y más o menos me dijo cómo funcionaba. —La mía no llegó hasta varios días después— y por la tarde me embestí con el planchado, ¡Qué problema más grande! En ese tiempo las camisas eran de algodón por lo tanto se arrugaban enteras al lavarlas y luego con la plancha las arrugas se iban cambiando de lugar, pasé toda la tarde tratando de solucionar el asuntito. No me quedó muy bien, pero... al no haber otra, mi maridito se la tuvo que poner. Así empezaron mis desventuras como recién casada. ¡Ignorante de todas las labores propias! No recuerdo haber hecho otra cosa que lavar camisas y tratar de plancharlas durante el tiempo que estuvimos en el Staff.

Un día llegó Emilio radiante porque nos entregarían nuestra casa al día siguiente, ya estaba pintada y amoblada por la Compañía, teníamos de todo lo necesario. Ese día sacamos las compoteras de cristal de mi mamá y con una lata de cerveza brindamos por nuestro futuro hogar.

¡Hogar, dulce hogar! Era nuestra casa, un chalet adosado con dos habitaciones, living-comedor, cocina y baño, un jardín delantero adornado con una mata de arvejilla y uno trasero recién limpiado. Además, tenía un subterráneo con una enorme pileta para ¡Lavar! En la cocina una gran cocina a carbón de piedra y en el living un calefactor también a carbón. Para estos dos artefactos había un empleado de la Compañía que los mantenía siempre encendidos, se llamaba Pablo y era obispo de la iglesia evangélica. Los muebles eran de madera oscura, todos los necesarios hasta que pudiéramos comprar otros nos los arrendaba Bienestar. No puedo negar, la casa era cómoda y con vistas al poniente. Desde el living vi las más maravillosas puestas de sol que jamás volví a ver y ¡Los cerros de piedra! que a medida que el sol iba pasando se iban poniendo de distintos colores, siempre diferentes, siempre distantes, siempre tratando de decir algo que yo no llegaba a entender.

Empezó nuestra vida conyugal... empezaron o siguieron mis problemas... muy, pero muy temprano por la mañana, a la hora que a mí más me gusta dormir, a la hora de mis mejores sueños... sonaba el despertador y... rapidito había que hacer un desayuno americano con huevos revueltos y las mismas linduras que nos daban en el Copper, con la diferencia que ahora lo tenía que hacer yo y el olor a huevos a esa hora me provocaba. Después que Emilio se iba, tenía que hacer cosas... las camas... lavar —todos los días—, planchar, —con la plancha prestada— y... ¡Mi

pesadilla! ¡¡Almuerzo!! Yo no sabía nada de cocina, pero así, nada de nada y no le podía dar tallarines todos los días porque a Emilio no le gustaban. Un día me dijo que quería comer arroz blanco con huevos. ¿Es que el arroz puede ser de otro color diferente al blanco? Yo pensé: debe ser facilito de hacer ¡Me equivoqué! Puse a hervir el arroz con el agua y me quedó una pasta asquerosa, menos mal que, cuando pasó Pablo a poner carbón me hizo un poco de arroz y aunque los huevos se me reventaron ¡Pasó! Muchos días pasaron antes que me resultara un arroz decente, y eso a Emilio le gustaba. Otro asunto era la Pulpería. Había que pedir por teléfono las cosas que uno necesitaba, pero había días para hacerlo y cupos para algunas cosas, por ejemplo: cuando "tocaba" carne, mandaban lo que fuera, además de agregar un montón de huesos pelados que nunca supe aprovechar. O cuando llegaba salmón de Alaska me mandaban "mi cuota" y lo comiéramos o no igual lo cobraban. Eran las "leyes" del campamento.

Antes de casarnos mi papá me regaló una camisa de dormir muy linda, toda bordada, de nylon, con encajes y otras linduras y también tenía yo un juego de naipes —por si me podía entretener algún día—; las dos cosas fueron motivo de escándalo para el recién casado y las tomó y las metió en el calefactor a carbón, la camisa "una indecencia" y la "baraja" que: "Jamás en su casa habría una". Días tardé en tragarme lo que había pasado, en fin... tampoco era tan tremendo porque yo no dormía con camisa y a los naipes nunca había jugado, el problema era ¡¡Qué más cosas serían desechadas, o indecentes o inconvenientes.!! ¡Menos mal que no fueron muchas más!

Estábamos recién en Abril y hacía un frío tremendo, se justificaba la insistencia de Emilio que llevara pantalones gruesos y zapatones claveteados, además de calcetines de lana y ropa de abrigo. Mientras estábamos dentro de la casa, no era problema porque Pablo mantenía el calefactor y la cocina siempre encendidos. El problema era cuando había que salir al patio, o bajar al subterráneo a lavar, entonces sí que me helaba. Menos mal que abajo había agua caliente y ya estaba un poco mas diestra en remojar, refregar y escobillar la ropa y luego salir afuera a tenderla. ¡Frío más grande no había pasado nunca en mi vida! Lo que me costaba mucho era planchar, sobre todo las camisas ¡Una pesadilla! En mi desesperación escribí a mi mamá para que me explicara cómo era ese asunto y ella, muy didáctica, me mandó una serie de monitos mostrándome los pasos que había que seguir para lograr que las camisas quedaran presentables, y... ¡Lo logré! Poco a poco le fui encontrando el sentido y me fueron quedando mejores.

¡¡Qué tremendamente ignorante era yo!! No sé ni cómo me atreví a

casarme y hacerme cargo de una casa. Para quién nada sabe todo es una complicación. No tenía ni el sentido de la organización, ni los tiempos que se demoraba la comida que hacía. A veces llegaba Emilio y el almuerzo no estaba listo... ¡Cabreo! Su pregunta era “¿Qué ha hecho toda la mañana?” yo le decía: “Lavé, limpié e hice el almuerzo”. “¿Limpió?” y una vez pasó el dedo ¡¡Por debajo de la mesa!! Y me dijo: “¿Limpió?”, esto no está limpio, está sucio, muy sucio, seguro que nunca le ha pasado el paño por aquí. Y... ¡Tenía razón! ¿Cómo se me iba a ocurrir que los muebles se limpiaran por debajo? ¡Ni por debajo, ni por detrás, ni siquiera las molduras de madera que tenían todas las piezas! Si apenas se me ocurría pasar un paño por lo que se veía, y... me fui acostumbrando a VER el polvo. Muchas veces tuve que agachar la cabeza, él tenía razón y yo era una ignorante. Pero las cosas se fueron aprendiendo a fuerza de disgustos, no sé si hay maneras menos complicadas de aprender. Seguramente el ser dueña de casa se aprende en la casa materna. Yo no tuve esa enseñanza por varias razones: una de ellas era que las empleadas no me querían y no me enseñaban nada; por otro lado, mi mamá tenía muchas cosas que hacer y... supongo que no pensaría que me iba a ver en la obligación de hacer de todo, y además nunca me interesó el asunto CASA; otras cosas me gustaban y las hacía, pero de la casa ¡NADA! En esos días de recién casada me di cuenta de la necesidad de saber hacer cosas.
En Potrerillos no se hacía pan para la venta. En cada casa se amasaba el pan para el día o la semana. También había que tener en cuenta la altura, el único pan que yo había hecho era el pan del fundo ya fuera cocinado en horno de barro y tortillas al rescoldo, esa manera de hacerlo ¡¡No resultó!! Un par de señoras que, teóricamente, se compadecieron de mí y me visitaron — señoras de médicos compañeros de Emilio— me dieron unas recetas de pan de molde, que no es fácil de hacer ¡Fracaso tras fracaso! Cuando ya desesperaba por hacerlo vino en mi auxilio mi vecina y me invitó a su casa un sábado que ella tenía tiempo y hacía su pan de la semana. Ese día, libreta en mano, fui siguiendo paso a paso sus indicaciones que lógicamente no tenían nada que ver ni con lo que yo sabía ni con lo que me habían enseñado las señoras de médico. Más que hacer pan, era un ritual: la levadura tenía que crecer hasta una medida, la masa había que sobarla hasta que salían burbujas y luego dejarla tapada en un sitio caliente y cuando subía había que bajarla, así hasta tres veces y luego ponerla en un molde y por fin ponerla en el horno, entonces esperar y esperar hasta que se dorara. ¡Ya tenía la receta y lo había visto, ahora sólo me faltaba ponerme en marcha! Ni sé cuantas veces lo intenté, pero un día... me salió, no bueno, ¡Riquísimo! Lloré de alegría, desde ese momento tuve pan de molde en casa y ¡Los dos contentos porque nos

gusta el pan!
Un día llegó el aviso que habían llegado nuestras cosas y que las llevarían, ¡Qué alegría! Los cajones que mi mamá había ordenado con los regalos de nuestra boda, la “Marabunta” llena de libros de medicina, la ropa mía, mis libros, la radio-tocadiscos que nos mandaba Héctor Olea, y ¡Nuestros primeros discos! Todavía me parece mentira tanta alegría. El problema que tuvimos fue que había distinta electricidad y que había que ponerle un transformador, pero llegó el momento de oír la música que nos gustaba. Se podían poner los seis discos que teníamos, modernos, de 33 4 rpm, así lo hacíamos, poníamos la torta de discos y cuando se terminaban los dábamos vuelta ¡Un enredo musical! Porque en una cara estaban, por ejemplo, dos movimientos de una sinfonía, en otra un concierto de Bach, en otro una parte del Réquiem, y luego al darlos vuelta se oían los otros movimientos de la sinfonía, una suite de Bach, la segunda parte del Réquiem... pero no importaba ¡era nuestra música y eso nos bastaba! Cuando yo empezaba a hacer el aseo ponía los discos y ¡Era feliz!
Me costó bastante entender el sistema de la Pulpería. Había una parte que era exclusivamente americana, o sea para los que ganaban dólares, —nosotros éramos los últimos de la lista—; y otra, sólo para chilenos que ganaban pesos, a ellos les mandaban todos los meses una caja con el paquete estándar de mercaderías y no podían obtener nada más. A nosotros nos mandaban lo que pedíamos, pero... “de la pulpería americana” si pedíamos algo que se saliera de ella, no lo mandaban y si llegaba algo especial importado para americanos... nos mandaban lo que “nos tocaba”. Dentro de esas especialidades estaba el whisky de Navidad, pero como éramos los últimos nos tocaba una botella ¡Porque no nos podían dar menos! Mientras, al gerente le llegaban varias cajas. También por ese sistema llegaban géneros ingleses que se repartían por cortes de trajes o de abrigos y no se podía rechazar: lo que tocaba, tocaba. Justicia americana.
Con la señora Matilde llegamos a un acuerdo, ella me cambiaba ciruelas secas (que yo necesitaba para mis tripas flojas) y yo le pasaba todos los huesos que por ley me tocaban y a ella no. A ellos les gustaba el caldo y Emilio decía que era “como agua sucia”; así quedábamos de lo más contentos todos. También podía compartir con ella, cuando me “tocaba” una cantidad de verduras mayor a la que podíamos consumir, pero eso era muy de tarde en tarde. Buen recuerdo tengo de Matilde era una muy buena persona. Me ayudó a aprender a cocinar por lo menos las cosas básicas. Ella era la directora de la Escuela Chilena, una escuela donde iban los hijos de los trabajadores porque los hijos de americanos tenían

una escuela americana donde seguían el programa de su estado, todo en inglés y ¡Nada de mezclarse con indios chilenos! ¡Menos aprender el idioma!
Por lo menos una vez por semana recibía carta de mi mamá, a veces de mi papá y de tarde en tarde cuatro letras de la Pilarcita que ya estaba en la Monjas Inglesas y aprendía a escribir con la letra “picuda” — que tantos dolores de cabeza me dio—. Yo trataba de escribir lo más seguido que podía: pidiendo, siempre pidiendo datos, recetas, consejos para mejorar mi condición de dueña de casa... Siempre tuve respuesta y aproveché todo lo que no aprendí de soltera. De paso siempre mi mamá se quejaba que no le escribiera todo lo que ella hubiera querido saber. Así pasó un mes y Emilio la invitó a pasar unos días con nosotros, ella pudo dejar a las dos niñas con la niñera y se llevó a Roberto con ella. Emilio tuvo que pedir permiso para que ellos llegaran, luego Bienestar se presentó y se llevó los muebles de una habitación y montó un dormitorio con una cama para adulto y una camita para el niño. También avisaron a la barrera para que los dejara pasar y ¡Al fin llegaron! Parecía que nunca nos íbamos a separar, nos abrazábamos fuerte, muy fuerte, y Roberto saltaba y me besaba, fueron unos días inolvidables.
Emilio quiso festejar a “madre Julia” y encargó por Bienestar, tres langostas y tres patos rellenos, eso se pedía y lo compraban en un hotel de primera clase en Santiago. Fue una sorpresa, los patos eran enormes, como para unas cuatro personas cada uno, se veían muy ricos y las langostas...¡¡Llegaron vivas!! En una malla hacían fuerzas para salir, hasta que lo lograron, era de película ver tres enormes langostas correteando por la cocina y Roberto tratando de tomarlas... plop, plop, plop, hacían con las colas y el niño detrás. Roberto tenía en ese momento 2 años y se lo pasó en grande. El problema era qué hacer con los bichos.
Emilio invitó a sus amigos Manuel Vargas y señora a almorzar y entre mi mamá y yo no hacíamos ni media cocinera. Tuve que recurrir a la señora Matilde quien al ver el panorama trajo una olla enorme y la puso a hervir en la cocina a carbón, cuando el agua estaba gorgoteando tomó una langosta de las antenas y la metió en la olla, plop... plop... plop... hizo la langosta antes de quedar inerte. Cuando estaba bien colorada la sacó y me dijo: “Ahora usted toma la otra para que aprenda”. Y... ¡Aprendí! las manos me temblaban cuando la metí en el agua hirviendo y tuve que hacer potencia para soportar los últimos estertores de la langosta y que no se me arrancara de la olla, pero... en estas cosas todo está en empezar: la última... no me dio ni lástima y pude hacer lo que debía bastante bien.
El almuerzo fue un éxito, pero tuvimos un exceso de comida que nos duró varios días. Nunca creí que me podía hostigar de comer langosta, pero fue

así. Claro está que pasarían décadas antes que tuviera la posibilidad de degustar otra, y... no tenía el mismo gusto.
Hacía un tiempo maravilloso, el sol lucía en todo su esplendor, parecía que hacía calorcito. Mi mamá sacó su tejido y me dijo que se pondría a tomar el sol y a tejer mientras yo afanaba en la casa... le dije que hacía frío, pero no me creyó... ¡Claro está!, salió y se tuvo que entrar entumida, entonces me creyó del frío tan grande que hacía al “solcito del invierno”.
Los Domingos había Misa en una Iglesia que quedaba bastante lejos de nuestra casa, cuesta arriba nos íbamos caminando muy despacio porque la altura nos cansaba mucho. El padre Miguel era franciscano se hizo bastante amigo nuestro y se avenía con los americanos. Era muy alto y caballeroso. Nosotros íbamos a Misa los domingos porque en la semana era imposible por el horario de Emilio. No creo que pudiéramos seguir tan cerca de la iglesia como Emilio había pensado al principio; teníamos una Biblia y... de tarde en tarde la leíamos, pero nada de lo que habíamos pensado hacer respecto a espiritualidad lo hicimos. A lo mejor estábamos muy metidos en conocernos y en adaptarnos a vivir juntos... no lo sé.
Teniendo el jardín de atrás despejado pensamos que podríamos cultivar algo... cualquier planta hubiera servido, desde acelgas a alguna hierba de olor. Entre camisa y camisa, entre comida y comida, entre escobas y paños de sacudir, traté de cavar un pedazo de tierra. ¡Vano intento! la tierra dura y estéril no quería producir nada, así es que se quedó todo el trozo tal como me lo entregaron. Creo que a los dos nos hubiera gustado tener algo de verde, ¡No sabíamos que el desierto era eso, un desierto!
A fuerza de insistir con el arroz graneado, un día, sin saber cómo, me resultó bueno: suelto y sabroso. Me sentí tan contenta como si hubiera descubierto un nuevo planeta, ya podía variar de: tallarines y papas con lo que fuera, a arroz con lo que fuera; y no es que hubiera mucho donde elegir, con lo que me mandaban me las tenía que arreglar. Mi primera pelea con la carne frita la tuve con un inmenso 7-Bone que me mandaron, ¡Era un lujo! nos tocaba uno para cada uno de nosotros y cada dos o tres meses, así es que había que aprovecharlos. Cada T-Bone pesaba, por lo menos, tres cuartos de kilo y tenía un hueso de costilla entre el lomo y el filete, cada uno de ellos me cabía justo en la sartén más grande. Debo haber estado muy desesperada para hacer algo que resultara más o menos pasable para decidirme a poner uno a freír sin ni siquiera preguntar si se hacía así... y creo que no se hacía de esa manera porque, como Emilio siempre me decía que quería la carne “bien hecha”, me quedó un poquitín quemada y seca... al presentársela al amito, con un arroz estupendo, pensé que tendría alguna palabrita para la cocinera... sí que hubo palabrita y... no se me olvidará así no más..: “mi madre sirve la carne

con salsa”. ¡Demoledor!... ¡Con salsa! Yo me trabé... no era costumbre en casa de mis padres poner “salsa” sobre la comida... pero cuando fui a lavar la sartén vi que con el agua salía una cosa oscura... ¡Tate! Me dije... ¡La salsa! El siguiente 7Bone lo serví con el lavado de la sartén, más una cucharada de Maizena que le dio un toquecito de espesor, muy de Chef... Esa vez sí que asombré a Emilio que no tuvo más que decir: “Así lo hace mi madre”. Un punto para mí que me serviría toda mi vida, “Salsas” para lo que se necesite.

Yo esperaba y esperaba que me llegara la regla, yo quería un hijo, no sólo lo quería, sino que estaba desesperada por tener uno. Cada guagua que llegaba a casa de mi madre era como si fuera mío, ahora me tocaba a mi. Ya estaba casada, tenía mi casa, tenía tiempo, el trabajo de Emilio era bueno, entonces... ¿Qué más faltaba?, yo pensaba que nada, que el asunto era casarse y... que llegara un hijo, así es que, cuando me di cuenta que ese primer mes, no estaba esperando ¡¡Lloré!! Y seguí llorando y no sabía hasta cuando iba a llorar. Menos mal que en ese momento salió todo lo bueno del corazón de Emilio y me consoló... ya habría tiempo y ocasión para tener un hijo y me prometió que tendríamos todos los hijos que yo quisiera tener, así fuera una docena... parece una niñería, pero eso me confortó y me hizo esperar el futuro con más optimismo y fe en que todo saldría bien.

Una noche... empezó a temblar. Yo les he tenido siempre mucho miedo. Parece que la experiencia del terremoto de Chillán me dejó marcada para toda la vida. Emilio siempre me había dicho que él estaba acostumbrado a los temblores y que no tuviera miedo... pero esa noche en que se empezó a mover la casa entera... se le acabó la valentía y me dijo que saliera por la ventana y nos pusiéramos a salvo... todo muy claro... salvo que la ventana estaba con una malla muy apretada. Todo pasó... menos el susto y el saber reconocer que los temblores chilenos eran ¡Cosa seria!

Menos mal que Emilio tenía un par de amigos médicos que nos visitaban y nos alegraban la vida. Las relaciones sociales eran difíciles, las personas chilenas que ganaban dólares eran muy pocas; salvo los médicos no conocí a ninguna, y la ley, era LA LEY. No estaba bien visto que las personas de los campamentos tuvieran amistades fuera de ellos. Cuando nos fuimos a vivir a nuestra casa quisimos invitar a la ayudante de Laboratorio que era una persona encantadora y que le había ayudado mucho a Emilio a ubicarse. Invitamos a cenar a la pareja. Cuan sería nuestra sorpresa cuando al día siguiente el jefe de personal llamó a Emilio y le dijo que estaba prohibido que las personas del campamento americano se relacionaran con las personas del campamento chileno. ¡Cosas de campamentos! Y no sólo nos enteramos de esa discriminación,

había otras como la de los derechos a ser enterrados: Los americanos tenían el derecho a ser embalsamados, puestos en una urna y enviados a USA. De allí iba bajando la categoría del difunto a urna y entierro en el campamento en tumba de cemento, o a cajón y entierro en la tierra. Nos tocó la desgracia de estar allá cuando se ahogó un muchacho hijo de un empleado cuya familia vivía en una ciudad relativamente cerca y ¡No le dejaron sacar el cuerpo para enterrarlo en su sepultura, lo dejaron en el cementerio de la mina!

Así como a mí me dejaban los huesos cada vez que pedía carne, había otras leyes que regían en las oficinas, como, por ejemplo, “la ley del chongo” que consistía en dar lápices nuevos a los empleados sólo si presentaban el resto del viejo. También los trabajadores tenían su pequeña revancha... la ley, no escrita, pero no por eso menos eficaz; en cuanto sonaba la sirena de la salida, todos, pero todos, todos, dejaban lo que estaban haciendo y salían... Ellos decían que si a un escrito le faltaba un punto, lo dejaban en el aire hasta el otro día... pequeñeces que aliviaban su vida.

En una oportunidad, Emilio y sus amigos se fueron de paseo a una ciudad, no recuerdo si sería Copiapó o Chañaral. De todas maneras, se fueron en auto y por un fin de semana. A la salida les preguntaron el día y la hora de su vuelta... pero ellos no tenían nada que ver con horarios, iban “libres”, solteros y sin compromiso. Se les fue pasando la hora de la vuelta y... se quedaron a dormir en algún pueblo, por allí.

Yo era la única que tenía un marido entre los que se iban de paseo y, cuando pasó la hora de llegada, me empecé a preocupar... Me decía: “ya llegarán” ... “no debo preocuparme... son adultos” ... Y pasaban los minutos... y las horas... Como a medianoche ya no pude más, y llamé a Bob Bardach, el jefe de personal y le dije lo que pasaba. ¡Se montó la grande! Mandaron una camioneta a recorrer el camino y buscando, buscando, los encontraron durmiendo, felices, en una pensión. En ese momento los mandaron de regreso a sus casas. Al día siguiente les tocó una llamada de atención bastante fuerte... ¡Ellos creían que podían hacer lo que querían! pero estaban equivocados. En Potrerillos había una ley y había que seguirla: “había que avisar día y hora de llegada y ¡¡Cumplirla!!”. Se había dado el caso de un grupo grande que se fue de paseo a una quebrada donde había un poco de verde y a la vuelta, el último auto se cayó a un barranco y la Compañía supo al día siguiente del accidente cuando los empleados no llegaron a sus trabajos. Sé que los encontraron, pero no supe en qué condiciones, es por eso que eran tan estrictos. Y tenían razón.

Pasado el disgusto por el atraso, Emilio sacó de su maletín un libro de

cocina... lo había comprado en un pueblo por casualidad. El libro se llamaba “La cocinera a vapor”, 365 recetas de cocina para principiantes. Me vino de perillas y muchas recetas pude empezar a hacer, así Emilio estaba un poco más contento de las comidas.
Pero la compra del libro tuvo su historia: “Los amigos que iban al paseo, también querían otras “cosas” que no habían en Potrerillos o que todavía no descubrían, y esos bribones querían “embelequear” a Emilio llevándolo a una “casa de prostitución”... ¿Podría imaginarse algo más ruin?, ¡Mi marido limpio y puro como un querubín metido en esos andares!, pero él fue fuerte y se resistió... y mientras los otros se desahogaban en un prostíbulo de mala muerte, él empezó a recorrer el pueblo hasta que encontró una librería donde, además del diario, estaba el ejemplar que me sacó de tantos apuros.
En una de las visitas de los médicos jóvenes a nuestra casa, me propusieron hacer unos “riñones al jerez” (por el libro, claro está), y si ya era difícil encontrar jerez, mucho más difícil resultó conseguir los riñones... pero ellos estaban antojados y se encargaron de obtener ambas cosas. Fue una aventura para mí, que nunca había visto riñones de vacunos. Llegaron con dos enormes, yo creo que pesarían un kilo cada uno —o poco menos— y una botella de jerez. Me pidieron que los hiciera para la noche siguiente. Yo me leí atentamente la receta, no se veía difícil. Lo principal era que se desaguaran muy bien —los dejé con agua corriente toda la noche— y había que cocinarlos en el momento en que se sentaran en la mesa mientras se comían algo de entrada. Si fue sopa o verduras, da igual, el caso es que salió todo a pedir de boca. Me parecía mentira que de mi mano saliera una comida tan buena. Por otro lado, la receta decía que los riñones se sirvieran con “picatostes” ¡A saber lo que eran! Y el libro no lo decía, a media mañana llamé por teléfono a Emilio, lo saqué de su trabajo para preguntarle algo tan vulgar... me dijo que eran “pedacitos de pan fritos”. Todo salió bien y yo feliz ¡Parecía que cada día era mejor dueña de casa!
Varias cosas pasaron en mis afanes de progresar. Un día Emilio amaneció con ganas de tomarse un chocolate, “como el que hace mi madre, bien dulce y bien espeso, batido, muy bien batido”. Se fue a trabajar y yo a afanar ¿Cómo se podía hacer un chocolate así?... no se me ocurría, así es que en cuanto llegó la señora Matilde le pregunté. Ella tenía una barra de chocolate y me dijo que la derritiera, le agregara leche y la batiera con el batidor de claras. Traté de hacerlo y todo iba bien, pero... la batida no me resultaba... batía y batía y el chocolate no espesaba... ya estaba cansada y el chocolate frío y nada... hasta que me acordé de la ¡Maizena! Volví a calentar el chocolate y le puse una buena cucharada, como acto de magia

¡Espesó! Y cuando llegó Emilio tenía un precioso tazón de chocolate espesito y bien dulce... ¡Le encantó!... lo que él no supo fue que lo que quedó en la olla, al enfriarse se convirtió en flan.”¡Lo “experimento”... igual que en el fundo!”
Seguramente, en alguna reunión de empleados de la Compañía Emilio se contactó con el abogado Manuel Vargas. Se cayeron bien porque a ambos les gustaba la fotografía. Así empezó una amistad que duraría todo el tiempo que vivimos en Potrerillos. Él era casado y no tenían hijos además vivían muy cerca de nosotros así es que nos visitábamos con frecuencia. Su esposa entabló amistad conmigo, ella era muy diestra en hacer cosas ricas y me enseñó a cocinar, lo que yo agradecí mucho. En una de estas visitas Emilio le planteó la falta de cosas naturales que había en las casas, entonces Manuel nos contó que seguramente en la antigúedad habría algo más de vegetación porque en un barranco cerca del campamento había huellas de una casita y de árboles frutales, además dijo que había una vertiente de agua. ¡Qué nos han dicho! Averiguamos con el mozo dónde quedaba el sitio y un domingo ¡Partimos a descubrir lo que fuera! Caminamos cerro arriba y cerro abajo. Nos comimos las piedras: las grandes, las pequeñas y las diminutas. Menos mal que teníamos zapatones aptos para no rompernos los pies... hasta que, cuando nos sentimos perdidos, divisamos, al fondo de una quebrada, un manchón verde ¡¡Qué éxito!! Bajamos lo más rápido posible y encontramos las ruinas de una casita, los restos de un cuadrado de alfalfa, un árbol seco y ¡La vertiente con plantas y guarisapos! Realmente nos parecía mentira que metidos en ese desierto pudiera haber este oasis. Sacamos unas plantas acuáticas y en un frasco los guarisapos que se pusieron a mano, ¡Hermosos! ¡Qué vista, el desierto adornado con verde! Pero no pudimos quedarnos más... había que volver a casa. Otra vez mordimos las mismas piedras, cerro arriba y cerro abajo hasta que las chimeneas de la mina nos mostraron donde quedaba el campamento. Llegamos cansados, pero contentos a poner nuestros hallazgos en agua para que no se murieran. Al otro día el mozo nos ofreció hacer él y un amigo una pileta en el jardín de adelante. No se demoraron nada en hacerla, muy bien hecha de cemento con su cañería para llenarla de agua y en cuanto se secó, plantamos las hierbas acuáticas que trajimos y los guarisapos se aclimataron muy bien. El problema era la alimentación porque en el campamento había pocas moscas. Por más que les pusimos cáscaras de plátanos, nunca había suficientes moscas para todos. Entonces Emilio tuvo la brillante idea de darles carne molida: con un palillo les balanceaba un poquito de carne y, como si fuera una mosca borracha, la hacía “volar” cerca de la superficie, hasta que un guarisapo con más hambre que otro... o más listo, abrió la

boca y se lo tragó... Lentamente empezaron los otros a alimentarse así... pasaron los días... A los guarisapos les empezaron a salir las patas y a encoger la cola y un día nos vimos con la pileta con sapitos de cuatro ojos que conocían la llegada de Emilio por los pasos y se salían del agua para darse el atracón de carne. Llegó a ser tanta la atracción que ejercía que se le subían a la mano y él decía que le daban besitos porque se los acercaba a la cara y no lo rechazaban.
Así fueron pasando los días... yo con el ojo puesto en el calendario... no es que fuera muy puntual en mis reglas, pero por lo menos guiarme por algo... hice bien porque ese mes, junio, no me vino... Todos los días esperaba... hasta que, cuando llevaba unos quince días de retraso y se me revolvió el estómago con los huevos revueltos del desayuno de Emilio, supe que por fin estaba esperando un hijo... ¡Qué felicidad más grande! Se lo dije al “padre” y también fue feliz... parecía que ese momento no iba a llegar nunca, pero llegó. El embarazo del primer hijo es lo más importante en la vida de una mujer y para mí fue importantísimo. Lo más que deseaba era tener una guagua en mis brazos... aunque tuviera que esperar nueve meses. ¡Qué alegría! Todo lo que me pasaba era nuevo, todo único ¡¡Qué amor más grande por esa cosita que se estaba desarrollando en mí!! ¡Me sentía co-creadora con Dios!, nada importaba tanto, ni mareos, ni vómitos, ni insomnio; nada de lo que hacía me parecía mucho cada vez hacía más cosas, cada vez estaba más interesada en saber.
Mi mamá se puso muy contenta cuando se lo dije ¡Era el primer nieto!
Mi suegra se puso feliz porque si era hombre sería el primer nieto con el apellido Valle, las otras que tenía eran mujeres (eso para ellos era importante). Yo le escribía a mi mamá muy seguido y le pedía consejos... ella me contestaba según su experiencia, como cuando empecé a vomitar y no me daba cuenta de que me estaba alimentando mal. Ella me dio el consejo del siglo, ese consejo se lo he dado a todas las embarazadas que se quejan de lo mismo: “Coma poco, seguido y ¡Cosas fáciles de vomitar!”
Yo calculé que tenía unos tres meses de embarazo cuando Emilio me comentó que el médico director del hospital había sabido que esperábamos un hijo y que me mandaba decir que lo fuera a ver para poder controlarme. Así lo hice, aunque mejor hubiera sido que no fuera nunca... ¡Qué mal lo pasé! Lo primero... tenía unas manos enormes... lo segundo... tenía los ojos desviados. Yo, en el potro de tormentos, y él con los ojos vagando; la mano... no la vi... ¡La sentí! Violando un espacio no apto para esas manos... ¡Qué mala cosa! Lo único que me salvó era que sí, que estaba embarazada de tres meses y ambos, sanitos.
Emilio tenía un libro de Embriología ilustrada donde salía todo lo que yo quería saber de mi hijo, seguí paso a paso las figuras de cuatro semanas,

de cinco, de seis... hasta que llegó el momento de dar a luz. Fue de mucha ayuda y un motivo de alegría ver cómo iba creciendo mi hijo.
En el control siguiente me notó que estaba ojerosa, me preguntó lo que me pasaba y yo le dije que no dormía, que de noche me ponía a hacer cosas y que un ratito por la mañana me dormía, él me dijo que eso no podía ser y me dio tres cápsulas para tres noches y que volviera, ¡A saber lo que era, porque dormí una noche un día y otra noche! Emilio tuvo que irse a comer al Cooper Club y la casa... se aguantó sin mí. El tratamiento me hizo bien, después me dejó una pastilla todas las noches... ¡Y hasta hoy!
Pasaron los días en que teníamos que pagar los pasajes en avión y quedamos al día en cuentas, entonces Emilio decidió que necesitaba un microscopio bueno para hacer sus exámenes. Por catálogo compramos un Leitz último modelo... ¡Qué maravilla! ¡Cómo se veía y qué diferencia con el que tenía en el laboratorio! También pude ir a Santiago a ver a mi gente y a buscar más cosas para el laboratorio. ¡Me encantó volver a ver a mis padres! El mismo día que llegué fui al colegio a buscar a la Pilar y la saqué de clases para estar con ella los días que habría de estar en Santiago... menos mal que las monjas no tuvieron inconveniente y “me la prestaron”. Ella era buena alumna y se merecía estar conmigo unos días... ¡Qué cosas, después de todo lo que las hice rabiar ahora me entregaban a mi hermana chica para regalonearla! Fueron unos días felices... buscamos géneros con mi mamá y lanas para tejerle a la guagua, ella se encargó de las lanas porque los chalequitos a mi me seguían quedando deformes ¡Poco prolija! me decía mi mamá... pero para pañales me llevé una pieza de lienzo fino, moletón para mantillas y batista de hilo para camisitas, también piqué para hacer baberos... ¡Las patitas mías! ¡Si no tenía ni máquina de coser! Pero estaba segura de que la tendría y no sabía si volvería a Santiago.
Ya ni me importaba volar en esos aviones de juguete. Se me pasó totalmente el miedo y me parecía hasta divertido ver cómo subían los cerros y los bajaban como si fueran autos poniendo los cambios.
Me pude llevar todo lo que quise... no me pusieron ninguna traba y... hasta encontré lo que Emilio quería ¿Qué más podía desear?
Afortunadamente hubo una venta de unos americanos que iban de vacaciones a USA y pude comprar una maquinita de coser Singer chica. Parecía de casa de muñecas. Con ella y con los apuntes que me dio mi mamá pude empezar a coser... no es que fuera muy diestra, pero... los pañales ¡Me quedaron cuadrados! Los baberos fueron una fiesta... no me resultaban... tuve que recurrir a la señora Matilde que me explicó cómo se hacían... y luego las camisas ¡Eran como de muñecas! Las primeras cosas que hice no me quedaron muy bien, poco a poco y a fuerza de estropear

género me fueron quedando un poco mejor hasta tener un ajuar bastante pasable.
Mucho me habían hablado de los “antojos” de las mujeres embarazadas... yo me sentía rara por no tenerlos. Todo me daba asco, hasta que una tarde me dieron unos deseos irresistibles de comer piña en conserva... por más que le daba vueltas al asunto no se me pasaban las ganas... piña... PIÑA... PITIÑAAA, hasta que no pude más y abrí una lata que tenía... Me dije: “¡Una rodaja!”... y me la comí... luego ni supe como tenía la otra ensartada en un tenedor... y otra... y otra... y ¡Hasta terminar la lata! Si fue antojo o tontería mía ¡Da lo mismo porque no volví nunca más a sentir la NECESIDAD de comer algo!
Menos mal que no se me notaba nada mi guatita, y el día de la Independencia de los Estados Unidos me pude poner el mismo vertido con el que me casé... me veía muy bien... así partimos los dos a la fiesta oficial del campamento. No me hubiera imaginado nunca la tal fiestecita... todas las mujeres con trajes largos, joyas, abrigos de pieles, tacos altísimos. Eso serían las mujeres, porque los hombres, todos con esmoquin, lavados y planchados, elegantísimos. La fiesta en sí... fue algo terriblemente alcoholizada... “Órgia y desénfreno” —como se diría más tarde—. Todo empezó con un trago de whisky con frutas y hielo... ¡En vaso de coñac! (Old fashion lo llamaban, y era una bomba). Lo peor era que habían calculado que cada persona se tomaría siete vasos del brebaje... ¡Con una quedamos listos! y después venía una cena muy rica: jamón asado con una mermelada de un fruto seco rojo, un poco ácido y muy agradable. Debe haber habido otras cosas que ya no recuerdo, lo que sí me acuerdo es que estaba regado con champagne ¡Era primera vez que veía una cena con esa bebida! Después de los postres empezaron a circular botellas y más botellas de whisky y los comensales empezaron a tomar y a tomar hasta caer en la inconsciencia al amanecer. Nosotros no pudimos resistir e inmediatamente después de cenar nos fuimos... afirmándonos llegamos a casa... Emilio se juraba no volver a tomar nunca más... ¡El pobre se lo pasó muy mal! Y la mañana siguiente fue un desastre. Claro está que él no tenía costumbre de tomar alcohol y se sintió mal todo el fin de semana. Buen cuidado tuvimos en las fiestas siguientes para ser muy moderados en lo que tomábamos.
Cada tanto tiempo los médicos y sus esposas nos juntábamos para almorzar o cenar en el Copper Club. Era un momento de camaradería donde se contaban historias, cuentos y muchos chistes, además de las últimas copuchas del hospital. En una de las oportunidades, mientras se aleonaban los médicos adjudicándose distintas enfermeras, Emilio con toda su inocencia dijo: “De todas las muchachas que hay, la más vistosa y

buena moza es la Negra Fernández”. Se hizo un silencio denso, el ambiente se podía cortar con un cuchillo... nadie hablaba... no sabíamos lo que pasaba... hasta que el director cambió el tema y el ambiente se distendió. Días más tarde uno de los amigos nuestros nos dijo que habíamos metido la pata con el asuntito de la Negra Fernández porque era la amante oficial y reconocida de un médico y que él era muy celoso. ¡Qué sabría Emilio de esas tonterías! En fin, ese era el mal ambiente que había en el hospital. Pero ese asunto no quedó allí porque alguien... quién sabe quién... le pasó el dato a la Negra y ella no encontró nada más adecuado que ir al laboratorio e interesarse por el trabajo... Emilio feliz de enseñar a alguien un poco de lo que él sabía, y le empezó a enseñar a mirar por el microscopio. Un día me lo contó y me dijo que no sabía por qué la Negra se le acercaba tanto en la banqueta... como si no viera bien... ¡OJO! le dije, la Negra lo que está buscando no es el microscopio sino ¡Un canarito que está volando bajo y que ella cree que está a su alcance! Parece que no sabe que el canarito tiene dueña. Se anduvo espantando de mis malos pensamientos, pero no faltó quién se lo hiciera ver y... ¿Cómo se la sacudió? No lo sé, pero no volvió a tratar de mirar por el microscopio “aperradita” al canarito.

Mientras tanto yo seguía tratando de mejorar en la casa, por lo menos gracias a mi mamá que me mandaba recetas y a la señora Matilde que me introducía en el mundo doméstico. Entre las cosas que más me sirvieron fue el saber cocinar en la altura, usar la olla a presión y la juguera. Sin ellas yo no era nadie y las cosas empezaron a mejorar. Tratamos de contratar a una empleada por unas horas para que hiciera un buen aseo, pero no lo logramos, así que tuve que asumir que mi papel era el de todo servicio y que lo tenía que hacer por gusto mío y no para dar gusto a Emilio, me costó, pero creo que valió la pena, cada día estábamos más unidos y más contentos con el hijo que venía.

En una ida a Santiago me mandé a hacer unos pantalones prenatales y también una falda elegante para las fiestas que vendrían, me quedaron bien y me sirvieron mucho porque desde los tres meses empecé a tener la figura clásica de la embarazada y yo ¡Feliz con mi guatita! La lucía como la cosa más linda ¡Qué pena que no tenga ninguna foto luciendo mi panza! En ese tiempo no se usaba fotografiar a las futuras madres. Mi mamá estaba como máquina tejiendo chalequitos de a tres tamaños, ella decía que los hacía así para que no “pareciera guacho”, los estaba haciendo blancos, celestes y rosados (por si era niña) ¡No se me había pasado por la mente poder tener una niña! ¡Qué cosas!

Un día, Emilio rompió un acuerdo de no hacer exámenes a gente de fuera del campamento y le hizo una glicemia a una pobre gorda de Pueblo

Hundido que era diabética y que estaba en apuros. No se lo cobró, pero ella fue una mujer agradecida y nos pagó en “crudo” con frutas y verduras de su casa. Con alegría recibimos tunas, uvas, algún pollito y huevos, también, lechugas y acelgas ¡¡Un lujo!! ¡Qué cosa más rica tener algo fresco! Y lo iba a dejar directamente a la casa, para no complicar a Emilio. Hice una buena amistad con ella durante el tiempo que estuvimos “tras la cortina de cobre”.
Cuando tuve cuatro meses de embarazo, una noche sentí un toque en mi vientre, como si estuvieran llamando a la puerta, me extrañé porque no lo esperaba hasta algunos días más tarde... esperé un poco y ¡Otra vez! Llamé a Emilio para que lo pudiera sentir y después de un rato ¡Lo sintió! ¡Qué emoción, era su hijo que lo llamaba!, casi casi lloramos los dos, porque una cosa es saber que viene un hijo y otra muy distinta es sentirlo. Sabíamos cómo era porque el libro lo mostraba, ya parecía que lo íbamos a tener en brazos.
Después de la experiencia de los riñones al jerez, los amigos médicos empezaron a pedir sus “caprichos” algunos eran culinarios... otras veces me pedían “a mi” que les planchara los pantalones porque se iban “de caza”. Me daba mucha risa porque si había alguien ignorante en planchar era yo. De todas maneras, lo intentaba y a veces me salían con varias rayas. A pesar de ponerle bastante empeño, a ellos no les importaba y por lo visto a las niñas tampoco. Creo que a fuerza de planchar y planchar pantalones con un pañito mojado, fue que me empezaron a quedar mejores los de Emilio. Fui progresando en los trabajos de la casa, lento pero seguro y con bastante optimismo porque ahora yo estaba en una situación en la que pisaba fuerte, de embarazos y de guaguas yo algo sabía más que Emilio, por lo menos tenía la experiencia de haber acompañado a mi mamá en sus últimos tres niños, y mal que mal esas cosas se van sabiendo, aunque sea por experiencia ajena.
>
En las ventas de los americanos aprovechamos de comprar una cuna de madera muy sólida y grande, un corral de madera con piso, plegable y un baño portátil de tela para bañar al pequeño, ya casi teníamos todo lo necesario, pero siempre queríamos tener alguna cosa más. Lo que me tenía muy embromada era tener que lavar a mano toda la ropa de la casa. A pesar de las instrucciones del mozo y de haber comprado jabón de lavar y una estupenda escobilla, la postura, de rodillas en la tina de baño me cansaba mucho... Nunca me pude acostumbrar a lavar en la pileta del subterráneo porque era un sitio oscuro y no podía lavar bien. De todas maneras, ponía mi torta de discos y le daba y le daba a la escobilla. Prefería lavar más ropa con tal de que no

se ensuciara mucho. Fue en ese tiempo cuando la señora diabética me trajo un montón de acelgas y Emilio me dijo que su madre las guisaba con ajos crudos. Yo nunca había comido ajos porque en casa de mi madre no se usaban. Para darle un gusto me conseguí unos con la vecina y preparé las acelgas. No puedo decir que no me gustaran, la verdad es que estaban muy ricas y fueron celebradas... también aproveché la inspiración y aliñé la carne con los ajos que me quedaron... también quedó rico... el único problema fue cuando me puse a lavar las camisas y las sábanas. ¡Me llegó un tufo a ajos digeridos que me produjeron náuseas!¡¡Se acabaron los ajos como “en casa de mi madre”!!

Por orden del médico salíamos a caminar por las tardes, cerca de la casa, por la calle del gerente donde había un pino, el único pino del campamento. Otras veces llegábamos al pequeño comercio que había un poco lejos de nosotros. Allí conocimos a don Juan B. Araya. Él tenía un almacén y criaba canarios. Una vez nos mostró uno muy bonito amarillo con un copete verde. Dijo que era fino y que lo vendía, lo dejamos comprometido y en una ida a Santiago se lo llevé a mi mamá. El canario se llamó don Juan Baraya y cantaba bastante bien, pero de fino no tenía mucho... Tiempo más tarde mi mamá quiso emparejarlo y casi mató a la hembra a picotazos, él se miraba bien con otros machitos que había en una jaula vecina y mi mamá decía: “habrase visto don Juan, tan bonito y tan marica” y nunca pudo tener crías de él... murió víctima de un peuco y mi mamá lo lloró.

Mi guatita crecía, el niño pateaba que era un gusto, nosotros felices, el tiempo entibiando un poquito. A fines de octubre decidimos empezar a pintar la división del patio trasero que era de latas. Compramos una pintura verde y empezamos la faena, después de una mano se veía bastante bien, le daba el toque de verde que necesitábamos. En eso estábamos cuando se nos acercó uno de los médicos a decirnos que si no pensábamos ir al baile de disfraces de la compañía, que era obligatorio y que había que ponerse un disfraz. Nosotros no teníamos ni idea que fuera tan obligatorio y no nos apetecía nada ir, pero ante la insistencia, tomamos una escalera y nos fuimos al baile tal como estábamos, nos agregamos un par de brochazos extra y otros por la cara y partimos hasta con el cubo de la pintura. Fuimos muy celebrados y nos dieron una mención por “originales”. Buen cuidado tuvimos esta vez de no tomar muchos tragos y nos volvimos tempranito a casa... total era un aburrimiento ver a tanta gente que tomaba sin medida.

Muy cerca de nosotros vivía una pareja: él, teniente de carabineros, “el teniente Salas” y ella, Náyade, una rubia muy coqueta y buena moza. Tenían un niño pequeño. A lo mejor por ser teniente no hubo problemas en

que nos visitáramos y empezamos una amistad que duró bastante. En esas largas tardes en las que Emilio trabajaba sin parar, y una vez terminadas las faenas de limpieza, nos reuníamos simplemente a “copuchar”; no era ella una persona muy culta, pero de “copuchas” estaba al día. Podría pasar toda una tarde contándome todo lo que pasaba en el campamento y ni se arrugaba. Yo de puro aburrida la oía sin saber ni de quién se trataba. Una tarde llegó por la puerta de atrás y me dijo que me tenía que contar algo... yo estaba a punto de ir al baño, pero le dije que si era corto, bien, pero si era más largo, que pasara y me esperara... no, no era muy largo y empezó un rollo tremendo... me empezaron unas ganas terribles de ir al baño... pero ella seguía y seguía parloteando sin parar. Mis tripas no pudieron más y empezaron a evacuar sin que yo pudiera hacer nada para impedirlo... una cosita caliente y hedionda me empezó a bajar por los pantalones y... bajaba y bajaba sin parar. Me empapó la ropa... y las medias... y los zapatos... y doña Náyade seguía con su cuento... hasta que no pude más y le dije que estaba toda cagada y que me tenía que ir a lavar. Recién se dio por aludida y riéndose se fue y yo tuve que lavar todo lo que había ensuciado. ¡Qué impotencia! ¡Qué vergijenza! ¡Qué asco de mí misma! Nunca me había pasado algo parecido en toda mi vida de adulta.

De todas maneras, la amistad siguió y en una oportunidad un ingeniero convidó a Emilio a cazar guanacos a la Ola. Un lago precioso de donde captaban el agua para el campamento. A cazar iban...pero Emilio no tenía escopeta, allí salió la amistad y el teniente Salas le prestó ¡¡Un fusil!! No sé si sería de reglamento o personal, pero fusil era. Se fueron por la mañana muy temprano y por la tarde llegaron... sin guanacos ni caza ninguna, pero Emilio traía un enorme salmón que había “cazado” de un tiro de fusil ¡¡Asombro general!! Pero no se podía decir muy fuerte porque esos salmones eran algo muy especial: los norteamericanos los habían sembrado en esas aguas para ir a “pescarlos” en ocasiones muy especiales. Me lucí con el salmón, recordando las pocas veces que habíamos pescado en el fundo. Fui capaz de limpiarlo y de cocinarlo. No es que fuera mucha gracia porque el animal era tan exquisito que no necesitaba mucho para quedar impresionantemente bueno. Tenía un gusto que no he vuelto a paladear, a salmón con langosta. Nuestros amigos médicos lo celebraron mucho y se rieron todo lo que quisieron de Emilio y su caza. Él decía que estaba en una piedra sacando fotos cuando vio pasar una enorme sombra por el agua, sin ni pensar dejó la cámara y tomó el fusil, le apuntó y ¡Fuego! Siempre había tenido buena puntería, pero esto fue un récord.

El ingeniero que llevó a Emilio a la Ola estaba casado con la Jueza de

Potrerillos, era una pareja muy agradable pero dispar: él, delgado, alto, seco, denotaba poder. Ella, gordita, simpática, dicharachera, cálida, daba confianza... Un tiempo más tarde ella quedó embarazada y... empezaron los problemas de nuestro amigo. Durante todo el embarazo de ella, él tuvo los más malos síntomas que pueda uno imaginar... todo le caía mal... los vómitos... las jaquecas... los antojos... las penas... las lágrimas... los sentimientos... todo le pasó a él y fue tanto que lo tuvieron que mandar en comisión de servicio a otra parte porque se consumió... y ella, tan oronda, no le pasó nada y a su tiempo tuvo ¡¡Mellizos!!

Después del éxito de la caza, Emilio se entusiasmó con su puntería, no sé quién le prestó un rifle con el que empezó a cazar gatos, de los que vagaban por el campamento sin dueño conocido y que no dejaban dormir por las noches con sus maullidos. ¡Buena puntería la del caballero! Y para que sirvieran de algo, empezó a enterrarlos en nuestra “huerta” y en el jardín de adelante. Lentamente, las tumbas de los gatos empezaron a fertilizar la tierra y más tarde pudimos sembrar algunas flores. Pero había otro problema en cuanto a ruidos molestos: al costado de las casas, la compañía había dispuesto unos tambores con tapa que servían para poner la basura hasta que pasara el camión a retirarla... pues, desde tiempos inmemoriales, había burros sueltos vagando por el campamento. Burros que se paseaban, rebuznaban y correteaban por todas partes. Decía la gente que eran un monumento a los antiguos mineros que sacaban el mineral a fuerza de burros y que nadie los podía tocar. Claro que mientras sólo se pasearan, no había problemas; el asunto era que levantaban las tapas de los tambores para comerse todo lo que hubiera en ellos y hacían sonar las tapas que resonaban por las noches como si fueran una orquesta de percusión mal afinada ¡Insoportables!... Entonces, en medio de la desesperación, Emilio me dijo que él mataría al burro de turno y... ¡Que lo enterraría en la huerta! Casi me da algo...ya me veía enterrando el tremendo bicho, por la noche, sin que nadie se diera cuenta... menos mal que el asuntito quedó así y no hubo masacre.

Emilio se encantó con la “Casa Forestier” de Santiago que le había mandado el microscopio y dentro de su catálogo ofrecía una máquina fotográfica “Leica” muy buena... No nos demoramos mucho en encargarla y en empezar a sacar fotos. Menos mal que Manuel Vargas se encargó de enseñarle a Emilio a desarrollar y copiar fotos en blanco y negro. Pasaban los fines de semana metidos haciendo experimentos mientras yo intercambiaba otras experiencias con Elena, su esposa. También yo aprendí un poquito a usarla y en una ida a Santiago me la llevé para sacar fotos a mis hermanos y a mis padres. Algunas fotos saqué, entre ellas unas muy bonitas a mi mamá —que está riéndose— y a la Pilar posando

de “niña Hamilton” con un ramo de flores en su falda. A Roberto, haciendo equilibrios en una ventana..., en fin, cosillas con las que me “levantaba el tarro”, posando de mujer adulta... Pero todo tiene su principio y ¡Su fin! De tanto moverme para sacar lo mejor que yo sabía... ¡Tropecé y le di un golpecito a la máquina! ... yo creí que ni se notaría, pero ¡Se notó!... fue la última vez que tomé una máquina Leica de Emilio en mis manos. ¡¡¡Qué tropezón más caro!!!

En ese viaje aproveché de comprar un par de metros de gratiné porque no tenía manteles para la mesa, —que era cuadrada— y el marido de la señora Matilde me había ofrecido bordarme, en punto de cruz, dos manteles. Él era noruego y ellos bordaban en las noches de su largo invierno. Me hizo dos lindos manteles uno en rojo y negro y el otro en verde y negro. Mi mesa se veía de lo más linda, parecía que la comida también me estaba quedando mejor.

Mi guatita crecía y crecía, mi niño cada vez parecía más un niño (por lo menos según las láminas del libro de Embriología). Yo me sentía cada vez mejor y más animada, la vida me estaba cambiando, esa vida que estaba desarrollándose en mí, me estaba dando más vida, mejor humor, más ganas de hacer todo. Un día nos avisó Chita Duhart, mi amiga de toda la vida, que nos venía a visitar ¡Qué alegría más grande! ¡Qué cantidad de cosas hicimos! ¡Todo lo que hablamos! ¡Toda la música que oímos! La torta de discos se daba vueltas y vueltas y nosotros seguíamos habla que habla. Los días eran los más largos del año, estábamos cerca de Navidad, era nuestra primera Navidad y por lo tanto nos esmeramos en hacer un Belén muy especial: un Belén de desierto, con montañas piedras y tunas —que hizo milio con pepas de zapallo — Muy ingenioso todo lo que hizo y le quedó muy lindo, lo armamos en el hall de la casa en un sitio destacado. Como no teníamos las figuras tradicionales, pusimos un Niño con un ángel que yo tenía desde chica y el resto fue todo fantasía nortina.

Cuando fui a Santiago mi papá me regaló un montón de figuritas de greda para regalar a las personas del campamento. Allá se acostumbraba a salir y hacer pequeños regalos y de paso tomarse un traguito y unas galletas. Unos días antes de Navidad salimos las dos a “recorrer” el campamento, desde la casa de la Gerencia hasta la nuestra, que era la última. ¡Lo pasamos muy bien! Nuestros regalos fueron muy celebrados y en cada casa un poquito de trago y unas galletas... ¡Cómo llegamos a casa, ni supimos cómo! Pero llegamos. En la Nochebuena fuimos a Misa de medianoche y ¡Estaba todo el campamento...fueran o no fueran católicos! ¡Todo el mundo bastante mareado y muy devotos, todos rezaban, comulgaron todos y se conmovieron! ¡¡ERA NAVIDAD!!

Después del acontecimiento navideño tuve control médico. El verano se

hacía notar, no por el calor, sino por los días tan despejados y llenos de sol ¡Qué lindos se veían los cerros de piedra cambiando de color a cada hora del día! Al médico le insinué que si podría irme al fundo de vacaciones... que siempre lo había hecho... que Emilio me había prometido que iría todos los años... que me hacía falta ver verde... y ver a mi familia... Tanto le insistí que me dio permiso con varias condiciones: que viajara en avión... que me cuidara... que no anduviera a caballo... que no engordara... yo prometí todo lo que quise y me comprometí a obedecer. Así fue como después de la visita de Chita empecé a arreglar mis vacaciones. Emilio quedó de ir a hacer sus comidas al Copper Club y Pablo, el mozo, le haría el aseo. Una maleta chica para que no hiciera fuerzas y ¡¡¡Lísta para viajar a mi fundo tan querido y tan añorado!!! No hubo problemas con el viaje PotrerillosSantiago. De Cerrillos me fui a casa de mi mamá y al día siguiente tomé un avión a Chillán. Supongo que alguno de mis hermanos me llevaría y me traería, pero no lo recuerdo. Sólo me acuerdo de la alegría tan grande que tenía al empezar a vivir mis vacaciones.

Llegué a Chillán y en el aeropuerto estaba mi papá esperándome con su cara llena de alegría, de esa risa que poco prodigaba. Él feliz y yo...feliz también ¿Qué más podíamos pedir? Hasta aquí todo estaba bien o muy bien... El asunto se empeoró cuando salimos en la “burra” de la ciudad... El camino lo estaban arreglando, le estaban haciendo una “cama” de piedras y por lo visto la aplanaban con los vehículos que iban pasando...¡¡Nunca me imaginé que nos zamarreáramos tanto!! Esto no estaba dentro de las cosas que me había prohibido el médico y no teníamos otra manera de salir, así es que ¡¡Adelante!! Y salimos adelante, llegamos a San Carlos y en la quinta del papá descansamos un poco, seguramente él tendría cosas que hacer en el pueblo y las hizo mientras yo me tomaba algo y me tendía...para hacer como si lo necesitara. Muy pronto me fui de palique con la Peta y empezamos a recoger brevas para mi mamá que le encantan. Me sentía muy bien y mi chiquillo se portaba muy bien nadando en mi vientre que ya estaba grandecito.

Llegó el momento de partir, tomamos el camino a la montaña que estaba recién ripiado y suavecito. Yo no quería perderme nada y abría los ojos como platos. Pasamos Tres Esquinas y tomamos por el camino a Zemita. Ya todo era conocido para mi, parecía que hacía mil años que había pasado por estos parajes: Las Casas, La Iglesia, La Cuesta Blanca, los aromos, los pinos, los pinos guachos, El Palo, las cuestas, Los Pitíos...y, allá al fondo...¡¡¡ EL DURAZNO!!! Se me llenaron los ojos de lágrimas... ¡El fundo! ¡Qué amor tan grande por esas tierras! Y seguíamos subiendo y subiendo por la precordillera, los lindos potreros verdes de trigo y los

sembrados de pasto para los animales. Las vacas, los caballos y al fondo “Los Zorrinos”, a un lado el volcán Chillán, al otro el Longaví... Pasamos por los Castaños —3ardín de nuestra infancia—, por las bodegas y... seguimos por los Quillayes, luego por la Piedra...y un poco más allá, el río... Después de una oscura cuesta... la casa del Naranjo y corriendo los niños —mis hermanos—, a nuestro encuentro... Y mi mamá con los brazos abiertos me abrazó...¡Qué alegría más grande!, parece que otra vez era niña y no una futura madre.

Esa noche dormí en MI cama, en MI pieza, sintiendo Mi puelche, oyendo Mi río, oliendo Mi frazada de lana hilada en el fundo todavía con olor a oveja ¡Qué buena noche pasé! ¡Qué buenos días pasé! El sitio donde están los manzanos estaba entrebolado, verde como un paño. Allí nos fuimos con los niños y nos revolcamos en verde y olores... tanto verde y tanto olor me produjo un verdadero mareo de verde... y los perales... y la huerta... todo, todo estaba allí para nosotros, pero en especial para mí que me apetecían todas las cosas que había: frutas y verduras no me saciaban. Al principio me comí un plato de ensalada de tomates y pepinos con cuidado porque mi mamá me dijo que hinchaban. Cuando vi que no me hacía nada fui cada vez comiendo más y más hasta que me servía un lavatorio de ensalada y... me lo gozaba. El río ¡Qué lindo es el río Perquilauquén en la cordillera! donde se precipita con las ansias de un animal joven, canta y resuena todo el día y por las noches arrulla el dormir. Íbamos todos los días a bañarnos, a todos nos gustaba nadar y chacotear, los niños y los grandes, y creo que el más contento de todos era el chiquillo que llevaba en mi. Yo me sentía ingrávida y feliz, pasaba largos ratos en el agua y después al sol, calentándome en las enormes piedras recalentadas por el sol y que tenían un olor especial. Religiosamente, todas las tardes salíamos a caminar, ya fuera por el Potrerillo hasta Las Playitas o por el camino a La Piedra. No nos podía faltar la caminata durante la cual, no sólo íbamos caminando, sino hablando de mil cosas y con los niños buscando insectos para la colección. Muchas veces, en las noches sin luna salíamos a ver las estrellas y cuando hacía calor ¡Las luciérnagas! que, igual a cuando yo era niña las poníamos enredadas en el pelo y en la ropa ¡Qué lindas nos veíamos! ¡Parecíamos hadas! —yo un hada bastante guatoncita, pero hada, al fin y al cabo— y...el silencio de la noche sólo turbado por el canto de un chuncho. La mamá nos contaba que en los campos dicen:

Un chuncho canta Un indio muere No será cierto Pero así sucede

Muchos dichos tenía ella para distintos momentos o circunstancias, a veces veíamos la luna con un halo y ella decía:

Circulo en la luna, novedad ninguna. Circulo en el sol, calamidad o temblor

Yo estaba feliz, me sentía muy bien y era ágil a pesar de la panza. Mi mamá se asombraba que estuviera así de bien, parece que mi estado natural era estar embarazada... ¡Qué feliz era! Y el niño también estaba feliz, se movía como un terremoto. Por las noche se daba vueltas entero y me metía el codo en el ombligo... ¡Me hacía mucha gracia sentirlo!
La señora Leonides era muy cariñosa conmigo, siempre que iba a su casa me hacía una estupenda tortilla al rescoldo y la acompañaba con un pebre bien cargadito al ají o con huevos revueltos picantes, hechos en grasa del animal que hubiera muerto, a veces era cabra otras ovejas y muy al principio del año... de chancho. De todas maneras, indudablemente era una ¡¡Bomba!! Pero yo era a prueba de bombas y nada me caía mal.
Tiempo de verano, tiempo de mermeladas, de conservas, de chuchoca, de mote, todo lo hacíamos para pasar un invierno bien aperados. Ya se encargaría mi mamá de hacerme llegar todo lo que hiciera falta y ¡Qué ricas se sentían en Potrerillos las cosas del fundo!
Lo que no faltaba era un cabrito semanal, lo comíamos enterito, ya fuera en cazuela los trozos con más huesos como el espinazo; las paletas estofadas y las piernas, muchas veces, se asaban. Claro que si nos daba por hacer un paseo al río nos llevábamos medio cabrito para hacerlo al palo. Don Rosa, el hortelano marido de la señora Leonides, era un experto en asados. Se daba el tiempo de hacerlo en las brasas despacito para que se asara bien y lo iba salpicando de aliños con una rama de hierbas de olor. Cuando se estaba tostando le ponía una capa de harina tostada y quedaba ¡Maravilloso!, crujiente y sabroso. Nos peleábamos las costillas para chuparlas y ensuciarnos toda la cara... todos, grandes y chicos, disfrutábamos de esos paseos.
Y... no hay principio sin final... Llegó una carta de Emilio pidiéndome que me cuidara y que llevara algunas semillas para sembrar en nuestro huerto. Tuve una idea genial... si las lombrices fabrican tierra buena ¿Porqué no podía llevar una caja con ellas para que arreglaran la tierra en casa? Y sin más le pedí a don Rosa que me sacara las más gordas lombrices del huerto para llevarlas... También quise llevar grillos, a ver si cantaban y me recordaban el campo... además de las semillas de acelgas, lechugas y de Cosmos unas flores que son casi silvestres y se dan en todas partes.
No puedo decir que me fui feliz, no. Me fui con la pena que siempre siento cuando me voy del fundo. Es una pena honda, y cada vez mayor...pero me tenía que ir. Mis vacaciones habían terminado, tenía que ver a mi marido y preparar el nacimiento de mi hijo. Me despedí como siempre de todas las cosas lindas que hay allá, además de mi mamá y mis hermanos chicos... ¡Adiós, adiós! ¡Hasta pronto!, pero... ¡Volveré!... Porque Emilio me había prometido que de donde estuviéramos siempre volvería al fundo.

Buen viaje de vuelta... ¡Qué gusto volver a ver a Emilio y ver mi casa que estaba impecable! Todos los abrazos y besos que teníamos guardados los entregamos en ese momento. Sentimientos encontrados, sentimientos duplicados. Esa era mi vida...pero también la vida en el fundo era mía, y eso fue siempre así. Emilio lo comprendió porque él también estaba enamorado de esas tierras y nos prometimos volver juntos el año próximo y todos los siguientes de nuestra vida...y casi lo cumplimos.
Cuando fui a control con el doctor Campino me felicitó por lo bien que estaba, el niño también estaba muy bien, lo único que no le gustó fue que había engordado mucho, por lo que me fijó un régimen bastante estricto y me quitó la sal. Sin sal no tenía ganas de comer, así fue como me mantuve, además de dejar de fumar. ¡Lo que me costó!, pero por la salud del niño lo dejé.
A pocos días de llegar hubo un temblor bastante fuerte... hice poderíos por no desmayarme y me quedé acurrucada en el patio esperando el fin de la vida... ¡Qué miedo! Pero Emilio que sabía de mis pánicos llegó ligerito en la ambulancia a socorrerme. Fue mi primer logro para sobreponerme al miedo.
Tenía fecha de término el 19 de Marzo. Los días pasaban bastante más rápido de lo que pensábamos y nos empezamos a preocupar del nombre que le pondríamos a la criatura. Emilio no quería tener un “Emilito”, ya bastante tenía con haber cargado toda su vida con ese nombrete. Como era el primer nieto Valle que nacería nos parecía lógico que llevara el nombre de su abuelo, así es que decidimos ponerle un nombre compuesto. Como el 19 de Marzo es San José, pensamos en José Emilio o Emilio José y, si acaso era mujer, por lo menos a mí me gustaba Alejandra. Emilio no dijo nada, de todas maneras me parecía imposible que yo pudiera tener una niña mujer ¿Porqué? no lo sé.
Yo soñaba un hijo parecido a su padre, parece que ya lo veía como en las fotos de pequeño, blanco, rubio, de enormes ojos claros. ¡Sueños de enamorada!
Mi mamá se las arregló para dejar a sus tres hijos pequeños y el día 18 llegó para acompañarme. Yo estaba lista para irme al hospital al día siguiente, pero... no pasó nada. Mi mamá me dijo que caminámos y lo hicimos por la calle trasversal, que no tenía subida. Llegábamos al final de la calle y volvíamos, yo parecía un barco balanceándome a un lado y a otro. Hablamos de todo lo imaginable, y... nada.
Así pasó un día y otro, y otro. M1 barriga estaba lista, baja, tersa y a punto, pero no llegaba.
Mi mamá me aconsejaba no desesperar. Me decía: “No se ha visto que nadie se quede con el chiquillo dentro”. Pero poco después decía: “Parece

que usted no quiere que nazca”. Eso me dolía porque lo más que quería era que naciera y tenerlo en mis brazos. ¡Lo había esperado nueve meses y desesperaba por verlo y acunarlo!”.
El 27 de Marzo muy temprano por la mañana nos despertó un temblor, menos mal que fue sólo un remezón, sólo para despertarnos y como si fuera una señal, empecé a tener contracciones muy tolerables, cada diez minutos. Un dolorcillo en la cola me auguró un varón. Como ya había pasado hasta la novena de San José, recordé a un amigo de mis primas Rivas que se llamaba Luis Emilio y se lo propuse a Emilio a él le gustó y decidimos que se llamaría Luis (por San Luis Rey de Francia) y Emilio por su padre y su abuelo y juré no llamarlo jamás Emilito ni con ningún sobrenombre.
¡Qué felicidad, el niño venía! La teoría la tenía, la práctica... No me imaginé nunca tener doce horas de pre-parto de las cuales fueron seis muy bravas porque no dilataba. De todas maneras, tuve el cariño y la comprensión de mi mamá y la tremenda preocupación de Emilio que nunca había visto un parto ¡Bravo médico español!
Llegando al hospital Mrs. Barnes me dio una pieza con una cama y, me mandó ¡A la ducha! Un sucucho donde apenas cabía. Yo le alegué que me había bañado en casa, pero ella, firme: ¡A la ducha! ...luego de una preparación nada de agradable, ¡Al fin tranquilidad!
Como no dilataba, estaban pensando en una cesárea, yo no quería por la anestesia, además yo quería que naciera por conducto natural y sin anestesia... a no ser que yo lo pidiera. Era lo que habíamos hablado con el doctor Campino. En un momento de soledad una auxiliar me llevó un balde y me dijo que no dijera nada, pero que orinara allí cuando tuviera deseos... Raro lo encontré, pero me veía tan apurada que hice lo que me había dicho y... ¡Oh maravilla!, los dolores aumentaron y pronto estuve lista. ¿Lista para tener a mi hijo?... No, lista para pelear para tenerlo como yo quería y como lo había hablado con el médico, pero no me tomaron en cuenta y se chacoteaban.
No es fácil dar a luz un niño cuando no se saben los pasos que hay que dar o saber lo que viene. Yo no sabía cuantificar las olas de dolor que venían una tras la otra y que parecía que no servían para nada. Lo único que yo quería era saber cuánto más tenía que sufrir, ya que, por último, el dolor se podía soportar, pero la inseguridad era terrible y eso nadie me lo decía.
Pero llegó el momento en que se cumplió la dilatación y partí a la sala de partos con Emilio. Mi mamá se quedó rezando porque todo saliera bien. ¡Pobrecita! Yo sabía lo que era la espera porque a ella la esperé tres veces cuando nacieron mis hermanos pequeños.

Pabellón, luces, enfermeras, matrona y el doctor Campino haciendo un acto de presencia porque yo era la señora de un colega. Él se encargó de la anestesia, yo le recordé lo que habíamos hablado, que yo se la pediría y él había accedido. Desde ese momento todo se me complica un poco: unas niñas entran otras salen, se conversa, hay ruido, hace calor, parece que a nadie le importa lo que le pasa a uno. Emilio a mi lado, al otro el doctor Campino... De pronto suena la sirena de las 5 de la tarde y con gran asombro nuestro ¡¡Todo el personal sale y entra el siguiente turno!! Y seguimos trabajando como si no hubiera pasado nada.
¡Puje! dice la matrona y automáticamente el doctor Campino me coloca la mascarilla de cloroformo... me revuelvo y me la quito.
¡Puje! dice otra vez la matrona y otra vez el doctor Campino hace el intento de ponerme la mascarilla... yo me indigné con él y le dije todo lo que se me pasó por la mente, sin control ninguno, no recuerdo haber dicho tanto garabato en toda mi vida, además le gritaba que él no tenía palabra, y lancé lejos el artefacto.
Poco sabía yo de pujar, pero lo hice con mucho empeño, con un empeño feroz, aunque parecía que con el chiquillo se me iban a salir todas las entrañas, no me importó y de pronto salió deslizándose como un pescadito y lanzó un llanto estruendoso.
“Sanito”, dijeron... “grandecito”, explicaron, y se lo llevaron. Ni me lo mostraron. A mí me atendieron en crudo, no sé si fue en plan castigo por todo lo que le dije al médico o si se hacía así... explicación ninguna para los veintiún puntos que me pusieron en tres capas de carne y piel, esta última nada de prolija, una costura de saco.
A pesar de todo me sentí feliz de ser madre, cansada pero orgullosa.
Emilio horrorizado. Según dijo a mi madre era el primer parto.
El doctor Campino dijo a mi mamá que yo me había portado “chúcara”.
O sea, todos opinaron diferente y supongo que aliviados de librarse de mí.
Mientras estaba en el pabellón Emilio se me acercó al oído y me dijo despacito: “¿Le damos un hermanito en Febrero?”. Reconozco que no medí la consecuencia: yo le dije que si, y quedé feliz.
Todo pasó, el niño estaba sanito, pesó 3.800 gramos y lo pusieron en una sala donde estaban todos los recién nacidos. Mi mamá y Emilio lo pudieron ver...yo tuve que esperar a que me lo llevaran. ¡Era el primer hijo y el primer nieto! ¡Un torito!, dijeron... Yo, tuve que esperar, seguir esperando para poder tenerlo en mis brazos. Larga se me hizo esta espera... Antes de llevármelo, Mrs. Barnes volvió otra vez con el cuentito de: “A la ducha” y otro purgante. Yo estaba cansada, me di un remojón y... ¡Listo! y el purgante lo boté por el desagie. ¡Me arrepentiría!
Medio dormida estaba. Mientras mi mamá y Emilio salían a comer, me

llevaron a mi hijo... ¡Qué emoción!... ¡Al fin lo podía tener conmigo!... ¡Pobrecito, mi niño! Le habían puesto unas gotas de nitrato de plata en los ojos y los tenía tremendamente hinchados. La piel llena de laceraciones se la habían pintado con óxido de zinc ¡Parecía un indiecito! El pelo largo liso y negro azulado, y, para rematar, como estuvo tanto tiempo encajado tenía la frente plana y la nariz chata... Así presentado, lo desconocí, pero tenía un esparadrapo pegado en el pecho que decía: VALLESALAS. No había duda, era mi hijo, fruto del amor de sus padres y ya sentía un gran amor por él, un amor con una proporción de lástima... ¡Qué maltratado lo vi! Todo cambiaría con el tiempo; por mientras, yo era feliz de sentirlo junto a mi corazón. A lo mejor él recordaría el latir porque estaba muy tranquilo: lo toqué, lo acaricié, lo besé, le dije mil tonterías y... lo revisé entero... pero no encontré nada especial, tenía todo lo que debe tener un varoncito, era muy proporcionado, sus dedos sueltos y abiertos con todas sus uñas. Cinco dedos en las manos y cinco dedos en los pies... es curioso, pero siempre es así en las madres: les contamos todos los dedos a los niños. Nunca he sabido porqué, quizás, a lo mejor, es algo primitivo.
Lo curioso era que no tenía cara de guagua sino de hombrecito, ¡Mejor! así tendría dos hombres en mi familia.
A mi mamá le bajó el tremendo apuro por irse a ver a sus hijos pequeños. Siempre le costó mucho dejarlos, especialmente a Rosarito. Por eso al día siguiente de nacer lo llevaron a bautizar, los dos felices. Él, por ser su primer hijo y ella, por ser su nieto mayor. En la iglesia de Potrerillos lo bautizaron: se llamó Luis Emilio Jorge Roberto de El Salvador : por mi suegro, mi padre, mi hermano y, por ser justo el tiempo en que le cambiaron el nombre a la mina Indio Muerto por El Salvador. Por la tarde se fue mi mamá y yo me quedé de primeriza con mi niño cristianizado, celebrando así mi cumpleaños ¡Qué cumpleaños más feliz! Viendo a mi hijo, aunque fuera unos pocos minutos al día.
Por la noche me empezó a bajar una tremenda angustia, me parecía que me iban a robar a mi hijo, o que me lo iban a cambiar, o que estaría llorando y que nadie lo consolaba. A pesar de los puntos y del cansancio hice un enorme esfuerzo y me levanté; pasito a paso me fui acercando a la sala cuna y entré a mirar las guaguas, todas dormían como angelitos que eran, todos vestidos con las ropas del hospital, un poco toscas y grandes. Todos, como un ejército bien disciplinado vueltos para el mismo lado. Era bien difícil saber cuál era el mío, pero lo supe...tenía un letrero a los pies: Valle-Salas...y, así cada uno estaba identificado por los apellidos de sus padres. Lo vi, y al darme cuenta que estaba bien me devolví a mi pieza y me quedé tranquila.
Al día siguiente siguió la rutina: “a la ducha”, “el purgante” y el desayuno

americano ¡Qué abundancia! ¡Huevos con tocino, pan, mantequilla, mermelada, jugo de naranjas, pan dulce, café y leche! Le hice empeño porque tenía mucha hambre, pero creo que no fui capaz de comerlo todo.
Más tarde me llevaron al niño para darle el pecho. Mi mamá me había explicado cómo hacerlo así es que con toda confianza se lo di. Si yo tenía hambre parece que Luis Emilio también la tenía, era su primera oportunidad de comer y ¡¡¡Comió!!! Casi me comió entera a mí, ¡Vaya fuerza la del niño! Yo sentí un golpe de leche... sentí que era mucha la que tomó... no se saciaba y me dejó toda lastimada. Para lo que no tuve problemas fue para mudarlo. Ya había aprendido con mis hermanos y me manejaba bien con mi guagua y estaba con él todo el tiempo que Mrs. Barnes me dejaba... Fue una verdadera tiranía. Lo que me ofrecía ella eran comidas recuperantes, por la mañana entraba a ofrecerme un buen menú, algo así como: “Un bistec a lo pobre, ensalada de frutas y macedonia” era una comida muy buena y estaba bien preparada... hacía tiempo que no comía tan bien y ¡Preparado por otra persona!
Pero todo pasa en esta vida y después de cinco días me pude ir a mi casa con mi guagua en brazos. Ahora era yo la que manejaba la situación... o eso creía, pero no fue así. El que manejaba la vida de todos era ese pequeñito, nuestro hijo.
¡Empezó mi nueva vida! Ahora, además de las cosillas de la casa tenía que atender, mudar, lavar, bañar, regalonear y mimar a mi hijo. Todavía me resentía de los puntos que me habían puesto, pero se suponía que ya estaba bien para hacerme cargo de todo... ¡Qué falta me hizo mi mamá! De todas maneras, empecé con mucho entusiasmo, pero de a poco, primero las cosas fundamentales... o sea ¡El niño! me ocupaba casi todo el tiempo disponible y cuando dormía aprovechaba para hacer el resto, siempre tratando de dar gusto a Emilio... no fuera a sentir celos... y el niño tenía un don carácter. Además, dormía mal. Yo tenía los pechos enormes y él tomaba a su gusto, en las horas prescritas por el médico, o sea cada tres horas —y no chilenas, sino alemanas— horas justas... si el niño lloraba antes ¡Mala suerte! su hora de comer era ¡Cada tres horas! Y yo... ¡¡Tonta de mí, obedecía!!
Por las noches era un problema terrible, al primer llanto, Emilio decía: “dolor de estómago ¡Dele gotas!”. Al segundo llanto: “dolor de oídos ¡Póngale gotas!”. Al tercer llanto: “tiene fiebre ¡Póngale el termómetro! Al cuarto llanto “tiene hambre ¡Dele comida!”... y así llegábamos a las 6 de la mañana en que efectivamente le tocaba la primera comida y a Emilio su desayuno para poder irse a trabajar. Mal que mal yo podía dormir un ratito cuando el niño dormía...pero Emilio llegaba al trabajo con los ojos nublados de sueño. Un par de días debe haber funcionado este sistema

porque lo que decidimos fue que yo me fuera a dormir con Luis Emilio a la pieza de adelante y que afrontara lo que fuera... Era lógico, Emilio tenía que trabajar para mantener a la familia.
Un día nos llegó una encomienda de Las Palmas... ¡Qué sorpresa! Regalitos para mi niño. La abuela le mandaba tres juegos de camisas de manga larga y sin mangas y con un babero cada una, bordadas por las monjas. Eran una preciosidad, y un traje de bautizo de batista con encajes y bordados, largo como para taparlo entero, con su gorrita igual... ¡No había visto yo una cosa tan bonita! Llegó un poco tarde porque ya estaba bautizado, pero era lindo de todas maneras. Yo no sé de qué tamaño nacían las guaguas en Canarias porque toda esta ropita era diminuta y a Luis Emilio nunca se la pude poner. Lo que yo lamentaba era que ¡Lo único elegante que tiene y no se lo puede poner!
A los 15 días tuvimos control de madre e hijo. Yo iba con mi pliego de peticiones y reclamos... nada pude decir. Tomaron al niño y se lo llevaron para evaluarlo... a mí me encontró bien. Cuando trajeron al niño los reclamos fueron de la matrona: El niño ha perdido 700 gramos de peso... tiene el potito rojo... el pobrecito ¡Tiene hambre! Y la madre es ¡ Puro pecho y nada de leche! ¿Dónde estaba la leche de esos enormes pechos que se veían tan llenos, con su estupendo pezón oscuro? ¡Quién sabe, pero el niño estaba atrasado en peso! Inmediatamente hicieron la prueba definitiva: Lo pesaron antes de darle el pecho y después de 20 minutos en que yo sentía que tragaba y tragaba... ¡No tragaba nada, sólo 25 gramos! ¡Pobrecito mi hijo que estaba hambriento! Me retaron y le dieron Eledón; además, una botella de lo que llamaban “Babioil” un aceite para limpiarle el potito... después supe que era Baby oil... ¡Inglés hospitalario! También me dieron una batería de mamaderas con sus chupetes y ¡¡Un patito para darle agua de anís... por si le dolía la guatita!! Mamaderas que había que esterilizar todos los días hirviéndolas, en olla especial y luego guardarlas en la nevera, ¡Una historia!
Ahora podíamos dormir un poco más. Luis Emilio dormía bastante mejor y se tomaba los biberones como un desesperado... el problema que tuve fue que no quería que se los diera en mis brazos, sino que se los dejara acomodados en la almohada y él se los tomaba bien cuando oía el cierre de la puerta, no antes. ¡Qué malos recuerdos debe haber tenido para rechazarme así!
Nos acostumbramos a llamarlo por su nombre: Luis Emilio. Era una bonita combinación que le sentaba bien a su cara de hombre grande, pero no faltó Robertito que le empezó a decir Luchín...y Emilio, a veces, en el colmo de su amor le decía: “Chirivichi”. De todas maneras, nos esmerábamos en que nadie le pusiera nombretes.

Las vecinas del Campamento me fueron a ver y me llevaron muchos regalos unos más prácticos que otros. De los que recuerdo había un canguro de goma que se apretaba y sonaba un pito, también un cascabel muy original, al moverlo se oía un tintineo con distintos tonos. También nos llevaron ropa de niño y galletas — para los padres—.
La cuna que nos prestó Bienestar era bastante grande, cabía fácilmente un niño de 5 años, por lo tanto, una guagua recién nacida se veía diminuta. Yo contemplaba a mi niño y parecía que cada día iba cambiando: las pinturas de óxido de zinc desaparecieron, la nariz —libre de opresión— dejó de estar chata y se dibujó. También se le deshincharon los ojos y, un día amaneció con ellos abiertos, miraba el entorno con la mirada del ciego al que se le ha devuelto la vista. Me miraba, o yo quería creer que me miraba, con una profundidad enorme, ojos café bordados de oro que los fijaba en los míos.
Yo quería a este hijo mío, carne de mi carne, sangre de mi sangre, con un amor enorme, con un amor sin límite, sin edad, sin razón. ¡Qué manera de quererlo! ¡Todo era poco para atenderlo! Yo creía que el amor que yo tenía por mis hermanos menores era amor de madre ¡Cuán equivocada estaba! Ese amor era grande, sí, pero de hermana mayor, el amor de madre era el que yo sentía ahora por Luis Emilio y cada día crecía. ¡Hijo de mis entrañas, mi vida daría por él! Muchas cosas quedaban sin hacer por estar con él, lo tomaba en mis brazos y oíamos a Bach, lo que nos encantaba.
Trabajo extra tenía con los pañales. Como estaba un poco cocido se los cambiaba a cada rato y a pesar de haber hecho una pieza entera de género y que los lavaba todos los días, siempre me faltaban porque se demoraban en secarse. Cuando los tendía en el patio de atrás, a medida que los iba tendiendo se iban congelando. Nunca supe cual era el paso entre la congelación y el secado, pero se secaban y luego había que plancharlos para quitarles la humedad restante y para ¡Ablandarlos!
A los pocos días de llegar a casa, Emilio tomó unas tijeras y le hizo un corte de pelo parecido al que usaba él, se veía muy especial, parecía un pequeño hombrecito vestido de guagua.
Tenía 40 días de nacido cuando tuvimos que ir a Santiago. Me parece que Emilio tenía que hacer un trámite en el Consulado porque fue más o menos en esa fecha cuando salió un decreto en el que los españoles podían pedir la nacionalidad chilena después de diez años de residencia. Aunque los diez años estaban lejos ¡Era el momento de moverse! ¡No fuera que cambiaran la buena disposición!
Fue la presentación de Luis Emilio a su abuelo y a sus tíos. Significó la sensación del momento, mis hermanos grandes lo celebraron: Pilita se sentía orgullosa de ser tía y Roberto, muy serio, se sentía un poco

desplazado, celoso, creía que el recién llegado le iba a quitar el amor de su Nanita. Él siempre fue muy apegado a mí y yo lo quise ansiosamente, lo más que quería era que fuera hijo mío. Ahora yo sabía lo que era tener un niño mío, salido de mis entrañas ¡¡Era otro amor!!
Mi mamá lo encontró muy cambiado. Le celebró sus ojos, el peinado y lo ágil que era para moverse. Nunca se le dobló la cabeza al tomarlo y afirmaba sus piernas bien tiesas. ¡Qué gracioso se veía, muy serio y de pié! Muchos regalos tuvo. Mi papá estaba feliz con “Don Lucho”, como le decía, y ya se preparaba para tenerle un caballo ensillado en el fundo el próximo verano. Él no era muy celebrador de niños hombres por eso era asombroso verlo tan encantado con un nieto.
Era un cuento de nunca acabar: ¡Miren lo que hace! ¡Escuchen lo que dice! ¡Agú, agú! ¡Conversa! ¿A quién se parece? ¡Tiene la nariz y la cabeza del padre, las orejas y los ojos de la madre! ¡Las manos del abuelo!
Se portó como un rey y dejó a toda la familia encantada... y yo, orgullosa, ¡Orgullosísima! El niño pasaba de brazo en brazo, todos se peleaban por tenerlo y el chiquillo se reía, con su agú-agú nos tenía trastornados. Pilar se tomó una semana de vacaciones para regalonear con nosotros y nadie dijo nada, en realidad fueron unos días felices y distendidos.
Cuando volvimos al campamento tuvimos la suerte que se iba un empleado y le pudimos comprar varias cosas, entre ellas, una cama de madera con baranda, sólida y muy bien hecha, —lo que nos permitió devolver la cuna a Bienestar—. Un calefactor a petróleo que calentaba toda la casa. Una lavadora automática grande que instalamos en el subterráneo ¡Qué felicidad no tener que escobillar la ropa en la tina de baño, ahora la podía poner toda junta y... con apretar un botón quedaba toda limpia y casi seca! También compramos útiles de casa variados entre los cuales había una máquina manual para moler carne, muy buena y útil.
La señora Matilde se encantaba con Luis Emilio, muchas veces en la tarde llegaba a verlo y me preguntaba: “¿Puedo besarle las garritas al león?”, y claro está que le besaba las patitas con un amor tan grande que me emocionaba, ella no tuvo hijos y le encantaban los niños.
Luis Emilio engordaba y crecía a buen ritmo, también se puso un poco abusador, tanto regaloneo le quedó gustando y por las noches era un lío que se durmiera... ¡Quería brazos! Yo me veía entre dos amores: Emilio quería comer y dormir. Luis Emilio quería brazos y brazos... total un desbarajuste familiar.
Todo seguía bien. Yo también, pero... no me venía la regla. Yo pensaba que la gota de leche que le estaba dando a mi guagua sería la causa, pero al comentarlo con el doctor Campino me dijo que, de leche, “NADA” que lo que venía era un hermanito para que acompañara al mayor. ¡Sorpresa!

Porque una cosa es que digan al oído: “Tengamos otro en Febrero” y otra muy distinta es realizarlo. Lo único que sé es que estábamos felices. ¡Qué bien se iban a ver los dos hermanitos en su pieza! ¡Serían amigos y compañeros! También yo estaba más experimentada entonces, seguramente no cometería los mismos errores que con el primero. Lo importante es que estaba bien, el nuevo niño venía lleno de bendiciones, no tuve ningún malestar, todo lo contrario, hasta volví a tener el peso con el que me casé, tanto así que para la fiesta del 4 de Julio me pude poner el vestido de novia y me quedaba muy bien. Para esa fiesta pudimos dejar a Luis Emilio con Julito, el nuevo mozo que mantenía la casa caliente y la cocina siempre a punto. Teníamos buenas referencias de él y al dejarlo me dijo: “No se preocupe de la mamadera, yo le tanteo el calor en mi ojo, porque tengo las manos muy gruesas”. Fuimos a la fiesta, porque teníamos que ir, sólo cumplimos. La verdad es que no estábamos para ese tipo de reuniones, teníamos un hijo y no queríamos dejarlo por mucho rato.
De las actividades sociales que teníamos, la que más nos gustaba era ir a casa de Manuel Vargas, y no la dejamos, envolvíamos a Luis Emilio en una manta y partíamos, total quedaba cerca, nosotros pasábamos la tarde de palique mientras los hombres revelaban y ampliaban fotografías. Se nos pasaban las tardes volando.
Nuestra vida se empezó a desarrollar bastante mejor que al principio. Lentamente fui adquiriendo las destrezas necesarias para atender a Emilio, al niño y la casa. Los progresos de Luis Emilio eran notables: engordó y creció, fue muy precoz-motor, muy pronto se empezó a dar vueltas en la cama y a los cuatro meses se las arreglaba para desplazarse en el corral. A los cinco meses y medio se puso de pié afirmado en la barandilla y antes de los nueve meses daba sus primeros pasos. El único problema que tuvo fue que no se dormía si no era en mis brazos, acurrucado sobre su hermanito se iba quedando dormido y entonces lo podía poner en su cama. Otro asunto fue cuando el médico le dio comida al medio día. No podía ver la sopa de verduras. Yo lo sentaba en una silla alta con barandas y le iba dando por cucharaditas su almuerzo, no le gustaba. Ensayé quitándole la sal y... nada, le puse azúcar y... nada, se la mezclé con plátano y...nada, se la retrasé para que tuviera más hambre y lo único que obtuve fue que devolviera todo lo comido dejando su ropa, la cocina y a mí llenos de sopa de verduras. El médico dijo que era “maña”, pero al niño no había quién le diera su almuerzo. Con carne raspada le hacía una hamburguesa, la chupaba, la mordisqueaba y... desaparecía. Yo creía que se la tragaba, hasta que se la descubrí pegada al paladar ¡Un asco! ¡¡Claudiqué!! ¡Tenía toda la vida para comer verduras y por mientras se tomaba muy bien su leche a todas horas... ¡Y el mundo en paz!

Un día, al darle por enésima vez una cucharada de plátano o de alguna otra cosa sonó la cuchara... ¡Tlin! sonó su primer diente... se lo celebramos y se lo hacíamos sonar a cada rato, ¡El briboncillo se reía! y era una fiesta, ¡El primer diente siempre se celebra!
En el Colegio Americano, los domingos daban películas en dos horarios: después de almuerzo para los niños y por la noche para los adultos. A veces iba con Luis Emilio a la función de los niños, era una pelotera tremenda porque los niños gritaban, chillaban, se peleaban y, los adultos gritaban a los niños y la película cada vez más fuerte para los que pudieran entender algo, pero yo no entendía casi nada, era en inglés y yo lo tenía bastante olvidado. De todas maneras, era una distracción.
Un día llegó al laboratorio un vendedor de libros, de esos vendedores que andan por el mundo promocionando una editorial y ofreciendo diccionarios, enciclopedias y algunas colecciones de libros, de esos para lucir por metros en las bibliotecas: dos metros de rojo y dorado... o metro y medio de negro y plateado... o casi tres metros de verde y dorado... ¡La nuestra! En vista de la falta de lectura, Emilio encargó la colección “Clásicos Jackson” con temas variados, desde Homero hasta Tolstoi. Tan grande era nuestra sed de lectura que, por lo menos yo, los leí uno por uno. Algunos me gustaron más que otros, pero... los leí.
Nuestro segundo hijo crecía, no tanto como Luis Emilio. Se movía prudentemente. Mi vientre estaba más redondo. Pensamos ponerle: Jorge, Ricardo o Carlos, nombres de las familias... De mujer...ni pensamos ninguno.
Otra vez dejó mi madre a sus hijos en el fundo y me vino a acompañar más o menos a mediados de febrero. Ella se encantó con su nieto, todas las gracias del mundo se las encontraba menos la de hablar, porque ni papá ni mamá decía, sólo un enredo de sonidos que no se entendía. Aprovechamos la máquina de coser y le hicimos unos pantalones azules y una camisa blanca ¡Parecía un caballero! ¡Don Lucho! le decía mi mamá y jugábamos con el canguro que le regalaron cuando nació: “Cánguru, Cánguru, Cánguru”, le decía mi mamá y lo hacía saltar a compás. El niño se moría de la risa y le chispeaban los ojos.
A poco de llegar mi mamá tuve que hacer pan porque ya no nos quedaba. Empecé la larga faena, que no pesaba porque me encantaba meter las manos en la masa. La sobé bien sobada hasta que se hicieran burbujas y la dejé subir, al enderezarme sentí una puntada en el pubis, ¡Ni caso le hice!, pero se repitió al cabo de un rato. Mientras subía la masa salimos a caminar y le comenté a mi mamá lo de la puntada, me dijo que a lo mejor era un aviso de la llegada del nuevo hijo, pero era muy diferente a lo que sentí cuando nació Luis Emilio. Seguimos haciendo el pan, una faena que

lleva varias horas, el tiempo pasaba y las puntadas seguían.
Menos mal que tenía mi maleta lista. No tuve problemas, todo era igual a la vez anterior, toda la ropa me pareció muy chica. ¡Claro, ahora el cachorro estaba grande y rozagante! Y parecía que el que venía sería más pequeño porque no engordé casi nada.
Esa noche, al venir el día, las puntadas se hicieron más fuertes y seguidas, se convirtieron en contracciones, recién hicimos cuenta que el niño ¡Venía! y ¡Ya! Justo al levantarnos Emilio se quejó de un dolor al costado y se auto-diagnosticó "apendicitis". También preparó su maleta y pidió la ambulancia. Mi mamá se quedó sola con su nieto y nosotros partimos de doble aventura. Nos hospitalizaron en piezas contiguas, él en observación y yo, lista para dar a luz.
Todo fue más corto, el trato mejor, había un nuevo director del hospital —el doctor Cecchi— y era más comprensivo. También yo ya sabía del cuentito y cuando llegó el momento del: "Puje", puse todo mi empeño en terminar pronto: de dos impulsos salió la criatura. Esta vez la exclamación de la matrona fue: ¡"Mujer"! ¡"Sanita"!... yo no lo podía creer ¿Ser capaz yo de tener una hija mujer? ¡Qué premio más grande!
Pero...
ALTO, ALTO AQUÍ... ¡UN MOMENTO DE REFLEXIÓN!
Antes de seguir escribiendo quiero explicar cómo, cuándo y dónde empecé yo a escribir estas notas tan desordenadas...y quiero saltar al año 2001 cuando Consuelo, mi hija, mi única hija mujer, empezó a escribirme y a pedirme que pusiera en un papel mis recuerdos, que no importaba cuáles fueran, pero que los escribiera. Empecé a escribir los textos que llegaron a ser CARTAS A CONSUELO, motivadas a su vez por el recuerdo tan fuerte de mis deseos de que mi madre me escribiera algo a mí, de mi infancia. Eso me motivó a empezar a recordar mi vida con Consuelo, y así se fueron desenvolviendo recuerdos y otros recuerdos, que me llegaban a la mente "sin pedir permiso".
Desde ese día no he parado de escribir, tanto recuerdos como pequeñas cosas: "loqueras", las llamo para no darles importancia y, poco a poco, he escrito cosas: de mi primera infancia, de mi infancia escolar, de mi llegada al fundo, de la llegada de Emilio a Chile, de nuestra vida en Potrerillos... En Cartas a Consuelo está toda nuestra vida en Purranque, Santiago, Iquique y Antofagasta... y tengo proyectos de seguir con otras partes de mi vida, sin saber si a alguien le interesen. Por lo menos a Emilio y a mí nos entretienen y, además me sirven de ¡Psicoanálisis!
¿Dónde se empieza y dónde se termina? ¿Qué fue antes el huevo o la gallina? Creo que a gusto del consumidor. Todo se puede cambiar de sitio y siempre quedará un fragmento de mi vida expuesto como yo lo he vivido

o recuerdo.

TERCER PRINCIPIO

PRÓLOGO

Marzo 2001

Querida hija:

[illegible]

Estaderegalo[illegible]

1978: ¡Y siguevirgen! ¡Cuidado, queesoesloqueprimerosepudre!

1979: ¿Y? ¿Y? ¿Y?

Mi vida es esperar y esperar, dar y dar.

Eso es amor, esperar y dar, el verdadero amor.

¿Es que alguna vez voy a recibir? ¡Sí!

¿Un cariño? Mucho cariño, siempre.

¿Un reconocimiento? Toneladas

¿Un agradecimiento? Montones

¿Es que nada merezco? No es posible más.

¿Es que tan poca cosa soy? Me esfuerzo por ser algo para los demás, ¿Nada se nota?

Dios lo nota, y con eso basta.

Espero cosechar, [illegible] esperanza [illegible] fruto.

Pa Dios siempre necesitamos [illegible] necesitamos más…

Tiene mucho [illegible] a través.

De [illegible] 1985

Estaderegalo[illegible]

Yo iré escribiendo poco a poco.

Cuando [illegible]

No olvidar [illegible] Padre.

Mi agradecimiento [illegible] entero.

¿Escucha [illegible]

No [illegible]…

Ayer [illegible] evocué?

[illegible]

También [illegible] tengas [illegible]

Como me alegro con las alegrías de mis hijos, sus tristezas trato de que me ajoneen.

[illegible] ¡Gracias!

[illegible]

Siempre [illegible]

Y bien [illegible] ¿Qué sena?

[illegible] Papá).

CARTAS A CONSUELO

5 Junio 2001

[illegible]

—Emilio ¿No tienes alguna tía que se llame Consuelo? Y él contestó:

—Claro que sí, mi tía Consuelo.

—¡Qué linda! —Yo aguanté hasta tres veces y a la próxima le largué.

PURRANQUE

Aprovechando [illegible]

[illegible]

19 Junio 2001

Querida hija:

¡Qué [illegible] Mónica [illegible] verdad. [illegible] cosas [illegible] gran [illegible] Tiempo [illegible] Estoy [illegible] viaje [illegible] Qué [illegible] mucho [illegible] Esta [illegible] O'[illegible] Lo incluyo [illegible] meditación [illegible] encontré [illegible] FAP [illegible] MEDITACIÓN

[illegible] Como [illegible] perfecto, [illegible] misericordia [illegible] 19-09-98.

[illegible] verdad—. [illegible] verdad? [illegible] vivió [illegible] Debía [illegible] mos: [illegible] site. [illegible] también? [illegible] manente! [illegible]

[illegible]

[illegible]

Mientras [illegible] mucho.

[illegible]

Llegaron [illegible] consolidados!

Cuando [illegible] era [illegible] pobreza [illegible] era [illegible] pobreza.

[illegible]

Buenas [illegible] Estaba [illegible] energía [illegible] sabía.

[illegible] mayor [illegible] universidad.

[illegible] hipopótamos [illegible] Nos.

Inmensa [illegible] Santiago!!

"[illegible] nacionalizar [illegible]

[illegible] registrado [illegible] (sufriendo).

SANTIAGO

[illegible]

[illegible] partía [illegible] pensé [illegible] Fácil [illegible] adaptar [illegible] después [illegible] por [illegible] acompañó [illegible] duras.

[illegible] partamento [illegible] habitación [illegible] departamento [illegible] cuidado [illegible] casas.

No [illegible] hacía [illegible] dulce [illegible] mío.

Económicamente [illegible] estaba [illegible] sumamente [illegible] otras [illegible] banzos [illegible] vacas [illegible] casa).

[illegible] pedía [illegible] cosas

Así nació Juan Agustín, en una Clínica de ricos, siendo pobretón.

[illegible] Clínica [illegible] Así.

[illegible] volver [illegible] Juan.

Agustín [illegible] estaba [illegible] entre [illegible] estuvieran [illegible] felicitaron [illegible] mayores.

[illegible] mentiroso [illegible] entonces [illegible] nacimiento.

[illegible] verdad?

[illegible] pasar [illegible] negro.

[illegible] verdad [illegible] mañana.

[illegible] Así [illegible] puesto [illegible] espejo

En la mañana, antes de irse al hospital su papá me ayudó:

1.- A sentarme (me anduve mareando)

2.- A bajar los pies (vi negro).

3.- A [illegible] Sinfonía [illegible] Beethoven [illegible] mucho esfuerzo [illegible] dejé.

¡¡Hoy [illegible] valiente!!… [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Pero tengo perdido hijos y me impactó tanto que tiene estado shock triste

¿Dónde [illegible]

[illegible]

Tiene [illegible] dos.

Cada [illegible] amigos.

[illegible] de!

[illegible]

[illegible] ía

[illegible]

[illegible]

[illegible] pujos… [illegible] lidades.

[illegible] cho [illegible] do.

[illegible] ne.

Estado [illegible] des.

[illegible]

[illegible]

Mientras [illegible] rar.

[illegible]

[illegible] a.

No [illegible] s

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] tas

[illegible] tante.

[illegible]

[illegible] lo.

[illegible] so

[illegible] des!

[illegible] do

[illegible] so.

[illegible]

[illegible] ros.

[illegible] to!

[illegible] s.

[illegible] to.

[illegible] s

[illegible]

—¿Por qué [illegible] sadas.

—¿Dónde están los elefantitos rosados?

[illegible]

Aquí, en lugar de punto y aparte, debería decirse: punto y atrás.

[illegible]

“2 mesas mujeres Puchuncaví”
“1 mesa hombres Pocochay”
“3 mesas mujeres Putre”
“5 mesas hombres Santiago-Centro”…

[illegible]

“Dele gusto en todo”
“Sáquela a pasear a ella sola”
“Cómprele algo bonito”
“Llévala a tomar helados a ella sola”
“Invítela al cine a ver una linda película”.

[illegible]

“Es…que…el hermano de Verónica no me hace caso”.

[illegible]

“Que Juan Agustín tiene cosas que no nos da”
“Que Juan Agustín tiene un león amaestrado para el solo”
“Que Juan Agustín duerme calientito con un tigre y nosotros pasamos frío”.

[illegible]

Los otros le decían: “Muéstranos el tigre”
A lo que él contestaba: “No, no se puede ver, si prendo la luz, desaparece”.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Hacía Antonio, pidió la blanda en esos tiempos difícil misión, pero imposible!

[illegible]

Fue un intento por tratar de hacerla lo más llevadera con resultado bastante malo.

¿Por [illegible] tradicionalmente incréiblemente".

Tiempo físico [illegible] pensamiento [illegible] seguramente [illegible] contándolo

[illegible] continuamente [illegible] vivirlos.

[illegible]

ESTAMPAS

1.- Aculeo

Un día [illegible] Aculeo. Esperamos ansiosos llegada [illegible] Aculeo.

[illegible] estamos [illegible]

Íbamos todos felices a ver lo que aún quisiera ver con nuestros ojos la imaginación.

Cuando [illegible] nos acercamos [illegible] Mientras [illegible]

[illegible] ¡Qué!

Llegamos [illegible] tiempo [illegible] para [illegible]

Igual que la laguna, ese matrimonio tuvo su fin y de amor de casa quedó nada.

¡Qué distintos nosotros que empezamos desencontrados y estamos enamorados después!

2.- Rapel

[illegible]

[illegible] estaba [illegible] caminando [illegible] siguiendo [illegible] me.

3.- Viaje a Viña del Mar

[illegible] Fortuna [illegible] había [illegible] colegio.

Tenía [illegible] bien reglado, porque [illegible] "una casa tipicada sa".

[illegible]

4.- El Circo

[illegible] Tenía [illegible] Circo.

[illegible] espectáculos [illegible]

Ocasión [illegible] anunciaba [illegible] "Hasas".

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] Quién [illegible] preguntó:

—¿Dónde está la madre de este niño?

Y él nos mostró:

—¡Ahí!

El payaso hizo señas al público para que nos mostrara y preguntó:

—¡Dónde está!

Y el público a una voz gritó:

—¡Ahí!

El payaso:

—¿La madre de este niño es buena?

Respuesta de la mitad del público: "¡¡¡NOOOO!!!

La otra mitad gritó, a su vez: “¡¡¡SIIII!!!!”

Estos gritos eran alternativos y se entrecortaban, como un mate, una vez:

—¿Es buena?

—¡Siiii!

—¡Nooo!

Hasta [illegible]

5.- Septiembre [illegible]

[illegible]

Tras [illegible]

6.- Paine-Huelquén-Santa Teresa

Tenía un recuerdo de niña que quería comprobar hasta dónde era verdad. [illegible] aquel recuerdo [illegible] llegar. [illegible] paraíso. [illegible] pasar. [illegible]

¡Feliz de haber ido de viaje a mi infancia!

¡Feliz de compartir con ustedes el gozo de conocer tantas cosas sin por primera vez! [illegible] infancia.

¡Quién pudiera rescatar muchos recuerdos así!

Y… [illegible] perfume a [illegible] más, [illegible] avidas ceras.

Muchas [illegible] pudiéramos [illegible] acción [illegible] ventanas [illegible] cerrada:

¿Qué había allí?

¿Quién viviría allí?

[illegible] pero [illegible] imaginación!

[illegible] “[illegible]”.

[illegible] actrices.

[illegible]

[illegible]

[illegible] sales.

[illegible]

BREVES DEL LABORATORIO

[illegible] Fraglomesitaria!!!

[illegible] “¡Vamos! [illegible] hazaje.

[illegible]

[illegible]

Usted [illegible] peligros.

Dentro [illegible] retenciones:

[illegible] económicas.

[illegible] mejores.

[illegible] lo

[illegible]

Tanta [illegible] partir.

Mientras [illegible] cuidado.

No [illegible] ¡Vaje!

Llega [illegible] sos.

[illegible] fuerte.

[illegible] algo.

[illegible] mo.

Ya [illegible] ses.

Laboratorio [illegible] ia.

[illegible] sa.

[illegible] mente.

Mientras [illegible] da

[illegible] ciones.

Laboratorio [illegible] que

[illegible] dad.

[illegible] rencia [illegible] nada.

IQUIQUE

[illegible] ze,

[illegible] sa

Entre [illegible] dos.

[illegible] so.

[illegible] sales.

[illegible] tros.

[illegible] torio.

[illegible] ¡

[illegible] on

Adri[illegible] ba

[illegible] ¡

[illegible]

[illegible] mar:

OBRA I : LA GUERRA DE LOS GATOS

Actor, director general y ejecutor:

Emilio Valle Ramos

ESPACIO

Todalaacciónsedesarrollabaenelpatioyenelcorredordeatrás.

ACTO I:

[illegible] estaba [illegible] cosas.

OBRA 2: LA TRAMPA INFALIBLE

Mismo actor, director y ejecutor, con la colaboración del primogénito.

ACTO I

Entre ambos hicieron una trampa que falló. Ya usieron el corredor, la ventana.

ACTO II

La trampa funcionó muy bien, pero ¿Quién aguanta un gato encerrado y furioso?

ACTO III

Hubo que liberarlo.

OBRA FINAL: LOS GATOS GANARON

Resultó [illegible] abundo [illegible] dormir.

Así [illegible] Desgracia [illegible] tarde.

[illegible] Salió [illegible]

[illegible] profesionales [illegible] países.

[illegible] matrícula [illegible] técnicas.

Entre [illegible] sí, [illegible] consciencia.

[illegible] operador [illegible] dijo:

[illegible] Rubén [illegible] levadero.

Para [illegible] completas [illegible] estudiar.

[illegible] operador [illegible] técnicas

Todos [illegible] técnicas.

[illegible] **do**

[illegible] Todos [illegible] “[illegible]le”.

[illegible] campo [illegible] oficial. [illegible] ante.

[illegible] Qué [illegible] oficial. [illegible] concepto [illegible]

Cuando [illegible] consciencia!

[illegible] mejor [illegible]

Cuando [illegible] ser

[illegible] Enhabsado [illegible] Para animarnos [illegible] que [illegible] Tirana.

Nosotros [illegible] pos [illegible] decíamos.

Nos [illegible] Qué [illegible] [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Y santo remedio, si se siguieron oyendo pasos, a nadie le volvió a importar.

¿Por dónde empezar?

¿A dónde tenía que mirar la puerta?

[illegible]

[illegible]

¡A la orden mi general!

¿Qué [illegible] general?

¡El general Pinochet!

¡¡Que cosas tiene la vida!!

[illegible] CONFIDENCIAL!

¡¡MILICOS!!

Pero pagaron y las ganas Porque cuando me pongo perra me pongo. Esta vez ME PUSE.

[illegible]

¿Quién fue?

¡Nadie fue!

[illegible] horas.

[illegible]

Mientras nosotros separábamos las saladas, arroz, ensalada y parrilla.

Ellos cómodamente iban y venían con las cantinas llegando bastante tareados.

[illegible]

[illegible]

(Leerlo esto en tono muy, muy dramático)

[illegible]

Receta: [illegible] diafragma.

¡Qué alivio!

¡Teníamos marido y padre otra vez!

¡Qué [illegible] alegría!

[illegible]

Así comenzaba el sino que quedaría enterrado en las mujeres de la cabaña.

[illegible] espíritus de la [illegible] lo [illegible] amigo.

Seguía [illegible]

Luego [illegible] administración [illegible] Guanilsa [illegible] Enrique.

[illegible] quién [illegible] Aldeiro [illegible]

¡¡Misterios de milicos!!

También [illegible] colegio.

Estaba [illegible] siempre

[illegible] este.

[illegible] publicación [illegible] Nos [illegible] había

Siempre [illegible] de,

Cuando [illegible] había [illegible] cargar la [illegible] cómo.

¡Sólo [illegible] había.

[illegible] Reirón-Bo [illegible]

Después [illegible] Cohen [illegible] comunistas [illegible].

Cuando [illegible] soñar [illegible] Chinateza!

Seguimos caminando [illegible] Agua [illegible] chaucha, los [illegible] diez [illegible] llevaron [illegible] ciudad.

[illegible]

¡Ir al extranjero!

¡No todos podían decir lo mismo!

¡Pasar la frontera! ¡Increíble!

[illegible]

Después [illegible]

[illegible]

[illegible] estas [illegible]

[illegible] contrabando”.

[illegible] ción.

[illegible] Química-farmacéutica [illegible]

[illegible] había

En ese [illegible] Medicina, [illegible] estaría [illegible] pisando los [illegible] callos”.

[illegible] poder!

En ese tiempo se puso de moda el tema de los OVNIS, como decían

LA REBELION DE LOS OVULOS

Un día a la noche, allá por el año 68, hubo una reunión de óvulos en un varicocele y se preguntaban:

— ¿Cuánto tiempo hace que nos tienen paralizados?

El más anciano contestó:

—Alrededor de unos cuatro años
—¡Qué barbaridad! ¿No les parece que es mucho tiempo?
—¡Si, sí, claro está!
El anciano:
—¿Qué podemos hacer nosotros contra Schering alemana, potencia en anticonceptivos?
El más izquierdista y revolucionario contestó:
—Unirnos, porque ¡Ovulos unidos jamás serán vencidos!
[illegible]
[illegible]
El más anciano dijo:
—¿Es posible que nadie sepa de este acontecimiento?
Los otros óvulos se rebelaron gritando:
—¡No es posible! ¡Alguien tiene que saberlo, le harán daño! ¡Tenemos que hacer algo!
Nuevamente el más anciano tomó la palabra y les dijo:
—Si antes nos ayudaron las glándulas, ¿Por qué ahora no?
Y por la vía más rápida les mandaron un mensaje:
—¡Hagan saber a la incubadora que uno de nosotros se está desarrollando en ella!
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Llegó el momento de enfrentar al médico, cuatro meses. Lo primero que me dijo, con voz torva:
—¡Usted aquí! ¿Quién le hizo el raspado?
Me dieron ganas de vomitar o de pegarle, pero me quedé inmóvil y le dije:
—Yo estoy bien, y mi guagua también
—Suba a la camilla —me replicó con cara de pocos amigos. Me urgó lo que quiso y se quedó asombrado.
—Está muy bien, señora, ya salió el niño de donde estaba y ahora está en posición normal
¡Qué alegría! ¡Qué triunfo!
¡Ganamos los buenos!
¡Le ganamos a la muerte!
Hasta la última célula de mi cuerpo se alegró
¡Ga-na-mos! ¡Ga-na-mos! ¡Ga-na-mos!
El médico me miró dubitativo y preguntó:
—¿Qué hizo?
—Judo, doctor, judo —le contesté.
—Pues ahora lo va a suspender porque supone un riesgo para el feto —me dijo.
“Feto” dijo ¡Está loco! Es mi hijo y por él daré todas las peleas necesarias
Me podía haber callado, pero no pude y le dije:
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Nosotros sedamos cuenta que la mayoría de los [illegible] (sin nombres).

[illegible]

Salíamos casi todos los días a [illegible] a la familia.

[illegible]

[illegible]

¡Qué sentir las sacrificadas que se servía de la plata.

[illegible]

Apesardetenernombredemujer,estabaseguradequeibaaserhombre.

(Por tanto, fui considerada [illegible] imaginada embarazada).

[illegible]

[illegible]

Muchos [illegible] cuerpos olvidados [illegible] fotografías.

[illegible]

Aspecto [illegible] (Ciudad [illegible] Evita)

O "De las chacras a Europa"

O "La cultura europea vista por una ignorante"

[illegible]

Nosotros [illegible]

Pintamos [illegible]

En cuanto nos contramos [illegible] Angélica [illegible] encantó.

[illegible]

[illegible] (Los [illegible] nos [illegible]).

Mil veces [illegible] ¿Qué cualquier parecería como pintura?

[illegible]

[illegible]

Dejamos [illegible]

Tolerancia [illegible]

Llegamos [illegible]

Alegría [illegible]

Estos [illegible] envainadas.

[illegible] (la argentina [illegible])

[illegible]

Una anécdota de lo tonta que puede llegar a ser una argentinita inculta:

"[illegible] Aristóteles [illegible] lógica [illegible]"

Interrumpe la argentinita:"¿Y la Jacqueline donde está?"

[illegible]

[illegible] Biblioteca [illegible] cabrío".

Después [illegible] Aquel [illegible] cadáver [illegible] ros.

Pregunta [illegible] gentinita "¿Aquí está Franco?" [illegible] respuesta [illegible] cabreada fue "¡NO!"

[illegible]

Después [illegible] dificas [illegible] ta.

Cuando [illegible] interesante [illegible] Por [illegible] comparaciones!

Feo el sitio, feo el significado, no me gustó nada, más bien me dolió.

Hay [illegible] terrenos [illegible] enterrados.

La historia los juzgará en la tierra y la vida eterna serán juzgados por Dios.

Basta [illegible] PARIS!

[illegible] sería!

[illegible]

[illegible] la

[illegible]

[illegible] ra.

[illegible] ver.

[illegible] or.

[illegible] po.

Después [illegible] ría.

[illegible] sos.

[illegible] ar

Otra [illegible] pintura.

[illegible] acción!

[illegible] rado?

[illegible] la!

[illegible] ensivas.

[illegible]

[illegible]

[illegible] ne:

Le vase où meurt cette verveine

D'un coup d'éventail fut fêlé ;

Le coup dut effleurer à peine ;

Aucun bruit ne l'a révélé.

Recordad [illegible] perdido!

[illegible] Quedarse soñando!

[illegible]

[illegible] ".

[illegible]

Tiendas [illegible] ricos

[illegible]

Desgraciadamente [illegible] tes.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Operación [illegible] dando.

[illegible] eaux sont de petites bêtes qui vo[illegible]

¡Par[illegible] Paquero!

[illegible] difícil!

[illegible]

Nues[illegible]

Problemáticos, [illegible]

[illegible] tarfones.

[illegible] quila".

[illegible] nar!

[illegible]

[illegible]

[illegible] dar!

Tam[illegible] ciendo!

[illegible] tumbados! [illegible] sos!

Des[illegible] mos

[illegible] cerdar, [illegible] Espantoso!

[illegible] ior.

Si[illegible] ba?

Aspertar[illegible] ros!

[illegible]

Tam[illegible] ríamos.

Pilar compró su ajuar y quedó contenta y satisfecha.

[illegible] ierno.

[illegible] ncio.

Segura[illegible] mucho [illegible] ás.

[illegible] ís.

[illegible] ".

[illegible] tras!

[illegible] a!"

Todavía [illegible] (fotocopias porque los originales sólo míos)

[illegible] s,

[illegible] a.

[illegible] debe

[illegible]

[illegible] a.

Dejaría[illegible] ar.

[illegible] cido!

Cuando [illegible] cho!

[illegible] des.

[illegible] que

Apenas [illegible] pude levantarme [illegible] Salas-Matute [illegible]
Dejando [illegible] regresar.
Cuando [illegible] pensaban
preocupadas [illegible]
Fada [illegible] suficiente.
Así pasó el tiempo y tocó ir al médico, otra vez al mismo viejo de mierda.
Al llegar, me miró y me dijo:
—Muy gordas se ve. Será mellizos? —yo me callé. ¿Para qué armar escándalo otra vez?
Me midió, me pesó, volvió a calcular y me dijo:
—¿Para cuándo dijo que esperaba?
—Para el 30 de mayo como última fecha.
—Si —dijo dubitativo.
—Podría ser, vuelva una semana antes para verla.
Se [illegible] para [illegible] días
Pasó el tiempo, otro control y otra vez el médico dictaminó.
—Le falta.
Yo me empecé a poner nerviosa y a discutirle
—No me puede faltar tanto.
—Vuelva el 30.
[illegible] ya.
Me acompañó al médico el 30 y me dijo otra vez:
—Le falta.
Yo no podía creer, estaba la fecha máxima y todavía faltaba, me iba a pasar algo y le dije:
—¡Más no, doctor, la guagua se va a pasar de tiempo y le puede pasar algo!
—Entonces vaya al hospital mañana para inducirla —me dijo con pocos amigos.
Al siguiente día me levanté temprano y me puse mi maleta con mis cosas. Creí que me iba a morir de la primera opción.
[illegible]
Mandé a [illegible] Ahora que las copetas largadas, él me dice:
—Le falta —y yo le suelto:
—Mire doctor, usted me conoce, me quedaré mañana y me voy a Santiago, pues espérate más.
En vista de mi arrebato me contestó muy "azorrado":
—Bien, hospitalícese esta noche y mañana a las 8 le hago una cesárea.
Yo me quedé viuda y también. Llegamos a contarle todo a papá y estuvo de acuerdo.
Dormí en el hospital. Al siguiente día me levanté temprano, me puse mi pabellón y me dijo:
—En esa puerta estaré yo esperando.
[illegible]
—Es un hombrecito.
—¿Dónde está? —pregunté.
—En la sala cuna —me dijo y me volví a dormir.
Cuando abrí los ojos, estaba Carlos Ramos y me dijo:
—¿Quieres verlo?
—Sí —le contesté.
[illegible] ¡Qué nuevo sentimiento!
[illegible]
Usted [illegible] Es [illegible] diferente.
[illegible] conocer.

Para mí fue algo conmovedor, por primera vez estaba presente en el bautizo de mi hijo.

Todos estábamos nerviosos, sabíamos que íbamos a dar un espíritu santo a nosotros.

[illegible]

Llegó Pedro Sudrabs, ustedes deben conocerlo, también estaba Pablo Grizans y también Gregor.

[illegible]

Estábamos emocionados, los Quémines formábamos parte de un espíritu!

Después de la misa, [illegible] confirmación.

[illegible]

Para [illegible] Antonio Luís Emilio tenía 13 años

Consuelo tenía 12 años

Joaquín tenía 10 años

Juan Agustín tenía 9 años

Ricardo tenía 8 años

Francisco tenía 4 ½

[illegible]

Ellos sentían que se lo podían todo y varios dijeron.

—¡Yo voy, yo voy!

[illegible]

—¿Hasta cuándo vamos a tener cerrado el Laboratorio?

[illegible]

—¡Depresión post parto! Eso tiene arreglo, con “anfetaminas”.

Yo de esos remedios no sabía nada y él no me advirtió lo que sentiría.

[illegible]

Una de aquellas noches, llegó Rúbén a la escuela nocturna, con voltorios bajo el brazo y dijo acusador:

—¡¡Señora!! ¡¡Se quedó un trozo de almeja en la mesa, está ojada la manchaca!!

Menos mal que tenía la almeja de fuera y no dentro de la mesa. Es decir, que estaba.

[illegible]

Menos mal que al dejar de tomar anfetaminas quedé bien y nunca más las tomé.

[illegible]

Mucho [illegible] fagasta, [illegible] al

La [illegible]

Miércoles [illegible] mañana [illegible] dijo:

—Deberíamos hacer un examen de deposición.

—No hay tiempo, doctor —le contesté.

—Deberíamos hacer un hemograma

Ya, acordándome de aquel viejo decía “Hay que defender el cuerpo médico” insistí:

—Vea doctor, hágale pruebas a ver si tiene apendicitis y si es así, opérela cuanto antes.

No creo que le pareciera muy bien que me metiera en su mundo, pero le insistí:

—Opérela, doctor, bajo mi responsabilidad.

Efectivamente, no sabía para qué había llegado a la pertinencia;

—Sabe, doctor, la familia todos los apéndices que han sacado han sido posteriores.

Me miró como a un bichoraro y no me dijo nada porque llegamos al hospital.

Tú [illegible] Pues [illegible] tipo [illegible] peligroso.

Cuando [illegible] problemas!

[illegible] Jujuano.

Ana, Ricardo [illegible] “[illegible] sanchero.

—Este niño sí que no tenía nada, dijo.

Ricardo [illegible] tenía fiebre [illegible] quizás [illegible] dolor.

—Es mentira que me operaron, me pusieron un parche, pero no hicieron nada.

No [illegible] estupendamente, también [illegible] apéndice [illegible] cicatriz.

[illegible]

[illegible] posible—.

Fue [illegible] vez [illegible] Me [illegible] gusto.

[illegible]

[illegible] partir.

[illegible] decir.

[illegible] cerrada.

[illegible] viríamos [illegible] viríamos [illegible] cartado.

[illegible] parse.

[illegible]

¡Entiendo! Es siempre [illegible] musicalmente.

[illegible] ¡Oríamos!

[illegible] contra [illegible] venir.

ANTOFAGASTA

[illegible] historias.

[illegible] tiño.

[illegible] dientes.

[illegible] fidencial [illegible] acimientos:

1. Nos avisaron que había una casa grande para arrendar.
2. Rubén dijo que se volvía a Iquique, que nos dejaba en la casa nueva y se iba.
3. Se agravó la única hermana de Caco y decidieron postergar el matrimonio.

Cuando [illegible] tó.

¡A ver qué hacía yo entonces!

¡Fue un cumpleaños siniestro!

¡Me quedé con las ganas de ir al matrimonio!

¡Y Emilio deprimido!

[illegible] diantes.

Luego [illegible] habilitamos [illegible] ó.

[illegible] lo.

Tam[illegible] mentaba [illegible] Cajón!

[illegible] ionaba [illegible] 1.500 [illegible] ja.

Me [illegible] ios.

con[illegible] as.

[illegible]

—¿Es usted la madre de Juan Agustín Valle?
—Sí, le contesté con un apretón en el plexo solar.
—El niño ha denunciado a su padre por maltrato.

[illegible]

[illegible]

[illegible] formaban parte de un ciclo más amplio que aún no podía nombrar con precisión. Tampoco sabía si debía considerarlos síntomas, advertencias o simples coincidencias. Lo cierto era que, cada vez que intentaba describirlos a alguien, sentía que perdía parte del significado. Por eso, durante varias semanas, decidió anotarlos en un cuaderno sin clasificarlos todavía.

Tal vez, pensó, el error estaba en querer entender algo que todavía estaba desarrollándose ante sus ojos. Quizás bastaba con observar, con dejar que los hechos se acumularan hasta que alguno de ellos pudiera sostenerse por sí mismo. Aquella noche, mientras cerraba el cuaderno, supo que no podía seguir ignorando lo que sentía. Algo estaba cambiando, y no era un fenómeno aislado.

Mónica había pensado en el hospital como en un lugar ordenado, donde cada paciente ocupaba su espacio y cada problema tenía un nombre. Sin embargo, al cruzar la puerta principal esa mañana, sintió que algo no encajaba del todo. No era el ruido ni el movimiento habituales, sino una sensación difícil de nombrar. Como si el edificio estuviera respirando de otra manera.

Mientras caminaba hacia su consultorio, revisó mentalmente su agenda. Tres pacientes por la mañana, dos por la tarde. Nada fuera de lo común. Sin embargo, recordó haber dejado una carpeta sobre el escritorio la noche anterior y no recordaba haberla guardado. Pequeños olvidos, pequeños desplazamientos que hasta entonces no significaban nada.

Cuando llegó a su consultorio, encontró la carpeta exactamente donde la había dejado. Suspiró aliviada. Quizás estaba cansada. Quizás el cansancio empezaba a jugar con su memoria. Decidió que, por esa vez, no le daría importancia. Pero algo dentro de ella ya había decidido observar con más atención.

Mónica revisó su agenda por segunda vez antes de salir de casa. Tres pacientes por la mañana, dos por la tarde. Nada fuera de lo común. Sin embargo, sentía que algo había cambiado en la forma en que organizaba su día. Como si hubiera dejado de seguir un mapa que siempre había estado allí y comenzara a improvisar sin saber por qué.

Mientras caminaba hacia su consultorio, notó que evitaba ciertos pasillos sin decidirlo conscientemente. No era miedo, pero tampoco era indiferencia. Era algo intermedio, difícil de nombrar, como cuando uno sabe que debe recordar algo pero prefiere no hacerlo todavía. Se detuvo un instante frente a una puerta cerrada y siguió de largo.

Cuando por fin se sentó en su consultorio, abrió la carpeta sin prisa. Los informes estaban completos, ordenados, firmados. Todo parecía en orden. Sin embargo, Mónica sintió que faltaba algo que no podía identificar. Cerró la carpeta antes de terminar la segunda página

[illegible]

El Pueblo decía…
El Pueblo quería…
El Pueblo necesitaba…

[illegible]

Gritos por gritos…
Piedras por piedras…
La libertad de expresión daba para todo…

[illegible]

¿Qué pasó?
¡¡Nadie supo nada!!
¡¡Nadie hizo nada!!

[illegible]

Hasta aquí, todo bien pero, ¡Yo sabía que algo había pasado! Los trinqué a todos.
¿Qué hicieron?
¡¡Nada!!
¿Nada? Pues eso se paga y les di una tanda de azotes a todos
Por hacer lo que no debían.
Por no decir la verdad.
Por romper algo tan importante para todos.

[illegible]

Esperábamos y esperábamos. Mientras tanto el sol se había puesto

[illegible]

[illegible]

¡Así son los sueños!

¡Así son los quereres y los recuerdos!

[illegible]

1. Cortarla en filetes y comerla toda en una comida.
2. [illegible]
3. Hacer un estofado con la mitad y albóndigas con el resto.

[illegible]

Pude sacar a Antonio de la guardería para cuidarlo yo en casa.

[illegible]

Todas las carreras tenían un grito, el nuestro era:

Tecnologí – Tecnologiá

TEC – NO – LO – GÍA MÉ – DI – CA

De los otros, el que me hizo mucha gracia fue el de la escuela de Obstetricia:

“Puja Puja Patricia, Escuela de Obstetricia”

Nada me dijo, nada me hizo augurar lo que pasaría después.

—¿Cuándo fue la última vez que estudió Química?

—Hace 25 años, le contesté

—En ese tiempo ¿Cuál era la parte más chica de la materia?

—El átomo, respondí muy segura.

—Pues, ahora el electrón es más pequeño que el átomo.

El ayudante intervino diciendo: “Pero no pidió ácido”.

¡La reforma agraria no tuvo el éxito de la nacionalización del cobre!

Eduardo, que sabía que yo no podía escribir y que tenía que hacerlo.

Puedo contar con toda exactitud lo que ocurrió después. Me acuerdo de todo perfectamente.

[illegible]

[illegible] Nos [illegible] “amigos”.

[illegible]

[illegible] Francisco.

Nos [illegible] “Estamos” [illegible] Mantener vivir [illegible] recuerdo.

[illegible] estudiaba [illegible]

[illegible] Era [illegible] desarrollaba [illegible] para [illegible] ba.

[illegible] ro?

—No mamá, los veo iguales, fue su respuesta.

[illegible] mal.

[illegible] Adelante, [illegible] colores [illegible] lio:

—¿Qué ves?

—Bolitas de colores.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Bien, en esta otra página. ¿Qué ves?

—Bolitas de otro color.

—¿Qué más?

—Nada más.

Yo me sentía afligida. ¡Qué ganas de soplarle lo que veía, pero no podía hacer!

—Ahora, en esta página, de qué sigues el laberinto de mismo color hasta salgas acá

Lu [illegible] indicado.

¡Qué tristeza sentí! Pensé en todas las dificultades que tendría en la vida.

Eduardo tenía dificultad para percibir los colores intermedios [illegible] alado.

¡¡CULPABLE!!

También me dijo que tendría que examinar a los niños por si alguno tenía mismo fallo.

[illegible] daría.

Yo [illegible] dientes [illegible]

[illegible] ba

[illegible] —.

Fran [illegible] rios.

[illegible] nos

¡Qué [illegible] Estábamos cansados y ganas de jear, fundo verde, [illegible] io.

[illegible] Qué [illegible] estudiantes [illegible] Qué [illegible] presa!

[illegible] os.

[illegible] an.

[illegible] ¿Qué [illegible] ausencia—.

[illegible] bido!

Por [illegible] lumazo [illegible] bsas, [illegible] tratando de cordar [illegible] hacer.

[illegible] oría.

[illegible] tas.

[illegible] Física.

[illegible] o.

[illegible] ntos.

[illegible]

—¡Un ángel, decía su madre!

—Tenemos quien vele por nosotros desde el cielo —se confortaban.

[illegible]

¡Viaje horrible! Pero… ¡Pudo ser peor!

[illegible]

¡¡Teníamos un Presidente de izquierda, lo teníamos que ayudar!!

¡¡ Había que colaborar con un granito de arena!!

[illegible]

[illegible]

Muchotiemposehablódeestavisita,unosparabienyotrosparamal.

[illegible]

“Cuba para los cubanos”

“La tierra para el que la trabaja”

“El estado al servicio del pueblo”

“La cultura para todos”

[illegible]

GOLPE MILITAR

[illegible]

¡Todos a sus casas!

¡Toque de queda de 24 horas!

¡Queda! ¡Queda!

¡El que la rompa, bala con él!

¡Todos aislados en sus domicilios!

¡Nadie se puede mover!

[illegible]

Siguenlasfuerzasarmadasdominando,siguenmandandoyordenando.

¡Queda de 24 horas!

¡Toque de queda de 12 horas!

¡Dos o tres horas para salir!

[illegible]

¿Dónde estaba esa ciudad?

¡Desapareció debajo de la bota militar!

[illegible]

¡Quédifícilesponerseenlamentedeotrasparasaberquéhayqueliquidar!

[illegible]
¡Qué pena los libros!
¡Qué dolor!
[illegible]
Seguíamos pensando:
¡Es cosa de poco tiempo!
¡La democracia tiene que triunfar! ¿Ingenuidad o ignorancia?
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Otra equivocación: el salvoconducto no servía para nada.
La vida durante el golpe nos enseñó muchas cosas:
“La verdad no es tal”
“La seguridad no existe”
“El amigo se acabó”
“Los ideales son un peligro”
“La sospecha surge de cualquier cosa”
“El delator está a la vuelta de la esquina”
“No hay manera de salvar a todos”
[illegible]
[illegible]
Entraron de golpe y nos gritaron:
“¡¡Todos al salón!!”
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
“Permiso para ir a la cocina”
“Permiso para ir a la cocina”
“Permiso…” y de vuelta llegó la voz,
“Permiso concedido con un cabo responsable detrás”
“Permiso concedido…”
[illegible]
¡Escarba, escarba!
¡Clava la bayoneta y vuélvela a clavar!
¡Busca, busca!
De pronto… un grito…

—¡¡Metal, mi teniente!!

Busca, cava con una pala y encuentra… ¡Una lata de leche!

¡Sigue clavando!

¡Sigue buscando!…

—¡¡Metal, mi teniente!! —el grito era menos entusiasta.

Cava, cava; busca y encuentra:

¡¡Otra lata de leche!!

[illegible]

Alcohol para nosotros —volvió a decir—. Un hombre de 40 años!!

Juan Francisco volvió a cargar, y también otra vez con el mismo desprecio:

—¡Marxistas leyendo las epístolas!

¡¡Vergüenza del ejército!! —Ignorantes —dijeron—. Epístolas, cartas.

[illegible]

¡Cobardía! ¡Qué aura tan estadounidense, interpretación, universidad, igual!

Empezaron a romper discos “calientes” con el hocico”, como dicen en los campos.

Indignados, fracasaron en los intentos por registrar el domicilio, dijeron.

Con Bolívar, la barbarie inmediata se entregaron a Negro Pedro, a quien se acusaba de siempre.

Afortunadamente, [illegible]

Se militares, desolación, dolor, consuelo. Se [illegible] que [illegible] poesía:

—Mejor, que me pregunta [illegible] a [illegible] ustedes.

Muchos años tardó en volver a reír.

[illegible]

No [illegible] oficiales [illegible] se gaba [illegible] fonos [illegible] nacionales [illegible] intervenidos.

Universidad [illegible] “Está [illegible] “Está [illegible] “Está [illegible] también.

[illegible]

¡Qué pena de país representado por lo peor de la ciudadanía!

¡Cuánto más tendría que pasar!

[illegible]

Muchos, [illegible]

[illegible]

¡Otra equivocación!

Los militares estaban a que se quedaría en el tiempo que quisieran tener oposición.

¡Acabaron con ella!

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Esperábamos, [illegible] esperábamos [illegible] esperaba [illegible] llegar [illegible] quedarse!

Otro día, otra vez el deslizamiento de un auto sin motor, otra vez angustia ¿Por quién vendría?
[illegible]
La despedida, cruel. El dolor grande, parecía que desgarraba. No saber dónde, ni cuándo, ni cómo.
[illegible]
Noche negra, noche de terror.
¿Qué le pasaría a su padre?
¿Lo volveríamos a ver vivo? ¿Muerto? ¿Seguirían persiguiéndonos? ¿Quién sería el/la próxima?
[illegible]
[illegible]
¡Poco el consuelo, pero al menos seguía, un día más con vida!
[illegible]
[illegible]
En ese momento lo importante era sobrevivir, y pesar de nosotros mismos, lo hicimos.
[illegible]
¿De dónde saqué fuerzas, capacidad e inteligencia para enfrentar ese momento que vivíamos?
Lo mejor era algo que estaba muy escondido en el fondo de mi alma y que, cuando lo necesité, afloró.
[illegible]
¡Un consuelo!
[illegible]
1° Infracción a la seguridad del estado.
2° Posesión de armas,
3° Dar instrucción militar.
¿¡¡De dónde sacarían tanta mentira!!?
[illegible]
[illegible]
¡Un fin de semana entero para rumiar la rabia!
¡48 horas… 2880 minutos… 172.800 segundos de incubación!
[illegible]
[illegible]
[illegible]
—¿Qué se le ofrece?
—Vengoasabersiesustedelqueautorizóquesepublicaraestanota.
—Sí, señora.
—Y, ¿En qué se basa para decirlo?
—Es la acusación formal.
—Eso es una mentira y una calumnia, mi marido no es nada de lo que este artículo dice.
—Señora, los maridos hacen cosas que sus esposas no saben.
[illegible]
Se defendía el oficial. Me pidió el nombre del teniente a cargo.
¡Cómo si se lo hubiera podido pedir!
El nombre del regimiento, la clase de insignia que llevaba.
¡¡Como si ante un fusil se vieran esas cosas!!
[illegible]
¡¡Vaya diálogo!!
¡¡Para la historia!!
[illegible]
[illegible]
[illegible]

Un buen día me advirtió:

—No necesitas volver —dijo el gendarme a cargo.

Nada [illegible] quien [illegible] cómo [illegible] también?

Difícil [illegible] eternos, [illegible] verdad [illegible] eternidad.

Quiero [illegible] gracia.

Así pasó una semana más cinco días —los que estuvo en Investigaciones—. [illegible] “[illegible] eso”. [illegible] misterio [illegible] sentencia “[illegible] quien [illegible] horror. Seguía [illegible] preocupación [illegible] hombre.

Dale [illegible] madre [illegible] protector [illegible] guardar [illegible] hacer.

A la mujer afligida

Dale salud y reposo

A la madre abandonada

Un buen hijo generoso

[illegible] pasar [illegible] bajo: [illegible] noticia [illegible] podíamos asimilarlo. [illegible] personas [illegible]

¿Qué sería de nosotros?

¡¡ Buena pregunta!!

¡¡¡La pregunta del millón!!! [illegible] cara [illegible] cita!! [illegible] Mi noticia, apenas sonrió [illegible] cara, ¿habría pregado? [illegible] hablamos, [illegible] decimos.

¡Cuántas cosas se pueden decir con los ojos!

¡Cuántas [illegible] satisfechos. [illegible] Después [illegible] Afortunadamente [illegible] tranquila.

[illegible]

¡Gracias [illegible]

Tenía que llevar mañana la investigación firmada [illegible] Santiago.

¡Tenía que pagar el pasaje, ida y vuelta a un gendarme que lo llevaría!

¡¡Qué cosa más absurda!!

¿Por qué iba a pagar un gendarme? ¿Por qué pagaban un militar que había condenado?

[illegible] Además, “[illegible]”.

Me tuve que tragar al gendarme y pagarle el paseo. Fue lo único que me dolió pagar.

Sí, el alcaide me lo entregó.

Sí, manejé yo el Land Rover.

Sí, los vio a ustedes y los miró por encima.

Sí, me vio a mí y no fui para él su mujer.

Sí, estaba cansado y quería dormir.

Sí, dormir y dormir.

Sí, obligado lo llevaba a firmar mañana y tarde.

Sí, cambió una cárcel por otra.

Sí, un carcelero por otro.

¿Dónde estaba la diferencia?

¿Dónde la libertad?

[illegible] memorizando.

[illegible] humanidad—.

[illegible] también?

[illegible] indiferente.

[illegible]

¿De paso?

¿A trabajar?

¿En qué?

¿Con qué?

¿Laboratorio?

¿Seguir viviendo de los padres para siempre?

Una tarde, la última, pude plantear mis inquietudes, ¡Fue un desastre!

¡Había que deshacerse de todo el trabajo de una vida!

¡Había que liquidar todo lo contenido de la casa, vender lo que pudiera! ¡Tirarlo!

¿Las casitas de madera? ¡Fuera!

¿Los libros? ¡Fuera!

¿Los discos? ¡Llevar algunos!

¿La cocina? ¡Fuera!

¿Los muebles? ¡Fuera!

¿Los colchones con lana del fundo todavía con olor a oveja? ¡Fuera!

¿Las frazadas hiladas y tejidas por la señora Leonides? ¡Fuera!

¿Mis ollas poto de cobre? ¡Fuera!

Todas nuestras cosas ¡Fuera! ¡Al basurero! ¡Darlas a alguien! ¡Fuera!

Una [illegible] instrumental.

Al colegio San José irían los libros de estudio, novelas, cuentos.

[illegible] interna.

No estaba bien su padre.

[illegible]

[illegible] futuro.

Aceleró el avión y tomó altura. Ya no había nada más que hacer.

La libreta de familia la tenía, pero… ¡Me faltaba la sentencia!

No sé de donde saqué arrestos para decirle:

—Tranquila señora —me dijo— Todo se va a arreglar.

Otra vez el avión aceleró en la pista y se fue llevándose a mis hijos, esta vez.

¡Qué pena decir adiós!

¡Qué pena dejar atrás una vida!
¡Qué pena saber que nada volvería a ser igual!
¡Qué pena, qué inquietud, qué inseguridad!
¡Qué pena el futuro incierto!
¡Adiós! nos dijeron
¡Adiós! dijimos.
Nos fuimos dejando atrás el desierto, el mar, los estudios y los amigos.
Llegamos a la ciudad, tomamos un taxi, no sabíamos nada, estábamos solos con nosotros.
[illegible]
[illegible]
Que me quedara en Santiago.
Que él corría con todos los gastos.
Que me dejaba la casa de Alameda que no había vendido.
Que los niños se podían educar en los Padres Franceses.
Que pagaría toda la educación inclusive porque no podría trabajar en un laboratorio
Que dinero y cariño no nos faltaría.
Que pensara mucho lo que iba a hacer en un país diferente donde la mujer estaba en otra esfera.
Yo le decía que tenía que pensar, que no podía vivir así, que tenía que hacer
[illegible]
Ustedes [illegible] Ministerio [illegible]
Cada uno [illegible] correspondiente [illegible]
[illegible]
[illegible]
Todo pasaba lentamente y yo iba saliendo de la sala [illegible] al llegar:
“Aquí [illegible] Ministerio?”
[illegible]
¡Por [illegible] Adquirí [illegible]
Fatigada [illegible] Tenía [illegible] “Compra-huevos”:
—Aquí no es, vaya a la oficina 3
—No, aquí no es, vaya a la oficina 11
—Aquí no es, vuelva al 1° piso
—No, no es aquí
—Tampoco aquí
—No, no
—No
Así un día, otro día y otro más, yo ya no podía más y ¡Lo necesitaba!
[illegible]
“[illegible] documento.”
Apuntó un nombre en una tarjeta suya y muy sonriente me dijo:
—Vaya al Ministerio de Defensa y pida por este nombre, hablará con esta persona y le atenderá inmediato.
¡Qué [illegible] decimiseptimo! ¡Qué [illegible] decimoquinto!
Cuando [illegible] Tribunales de Defensa, [illegible]
[illegible] hasta sofocarme [illegible] oficina.
Cuando [illegible] Me [illegible] Me iré.
[illegible]
[illegible]
Seguramente [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

No me recuerdo de mí misma, menos puedo recordar a los demás.

[illegible]

—Tiene que pagar X dólares (no sé si 20 o 10) por la firma de cada documento.

¡Qué magnífico primer contacto con la “Madre Patria”.

—No tengo dinero y tengo que viajar los próximos días porque mi marido exiliaron —dije.

[illegible]

[illegible]

Mientras [illegible]

[illegible]

[illegible]

Pasamos los pasajes, facturamos los sacos y nos sentamos. Un funcionario vino a decir:

—No se pueden embarcar porque su permiso de salida está vencido.

¿Qué momento más nombrable, un tiempo que no quiero recordar nunca más:

—Son treinta días hábiles —y el funcionario rectificó

—Es verdad, señora, pasen.

[illegible]

El avión estaba casi vacío, nos acomodaron bien y agusto de cada uno.

A mi lado se sentó Luís Emilio, a su lado Antonio.

[illegible]

Llorábamos [illegible] veces.

¡Nunca más! Miles de nunca más se agolpaban en nuestra mente.

Miles que no se recobraron nunca.

EPILOGO

[illegible]

[illegible]

Pasamos [illegible]

[illegible]

Tambien [illegible]

Toda una vida… como dice Ramón:

Bernardita Salas Rivas, la vida puh!

[illegible]

Ante esto, sólo puedo decir

¡GRACIAS MAMÁ, POR SER MI MADRE!

[illegible]

¡Que honor ser su hijo!

¡Que privilegio tenerla!

¡Que orgullo que sea mi mamá!¡GRACIAS!

Bernardita Salas Rivas

Escritora nacida en Santiago, Chile en 1931.